

# LA TEORÍA IMPERFECTA DEL AMOR

Julie  
Buxbaum

♥ x



D.J.57

Julie Buxbaum

La teoría imperfecta  
del amor

Traducción de **Elena Macian Masip**

*ellas.*  
montena

SÍGUENOS EN  
megustaleer



@megustaleerebooks



@ellasdemontena



@ellasdemontena



@somosinfinitoslibros

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Para Josh, el presidente de mi primera tribu.  
Qué feliz me hace que me dejes ser miembro de por vida.*

*Te quiero*

*Y para Indy, Elili y Luca: sois mi corazón,  
mi razón, mi hogar, mi tribu y mi vida*

*The book of love is long and boring.*

*No one can lift the damn thing.*

THE MAGNETIC FIELDS

# 1

## *David*

Un acontecimiento sin precedentes: Kit Lowell se acaba de sentar a mi lado en la cafetería. Yo siempre me siento solo y cuando digo siempre no lo digo en esa lengua vernácula exagerada que hablan mis compañeros de clase. En los 622 días que he asistido a este instituto, nadie se ha sentado jamás a mi lado a la hora de comer, por eso llamo «acontecimiento» al hecho de que ella esté ahora a mi lado; tan cerca de mí que su codo casi roza el mío. Mi primer instinto es sacar mi libreta y buscar las páginas que he escrito sobre ella. Están en la «K» de «Kit» y no en la «L» de «Lowell» porque, aunque se me dan bien los hechos demostrables y las actividades académicas, soy un negado para los nombres. Por un lado, se debe a que los nombres propios son palabras providenciales totalmente desprovistas de contexto y, por el otro, a que creo que casi nunca encajan con las personas a quienes pertenecen. Si lo piensas bien, tiene mucho sentido. Los padres eligen el nombre de sus hijos en el momento en el que menos información tienen sobre la persona a la que se lo van a dar. Es una costumbre ilógica, la mires por donde la mires.

Pongamos a Kit como ejemplo. En realidad no se llama Kit, sino Katherine, pero nunca he oído a nadie llamarla Katherine, ni siquiera cuando íbamos a primaria. Kit no tiene cara de Kit de ninguna manera, ya que es un nombre adecuado para alguien cuadrado, rígido y fácil de comprender con unas instrucciones paso a paso. El nombre de la chica que está sentada a

mi lado debería contener una zeta, porque me desconcierta, es zigzagueada y siempre aparece en los lugares más insospechados —como en mi mesa a la hora de comer—, y quizá también el número ocho, porque tiene cintura de avispa, y la letra «s», porque es mi preferida. Kit me cae bien porque nunca ha sido mala conmigo, que no es algo que pueda decir de la gran mayoría de mis compañeros de clase. Es una pena que sus padres se equivocasen tanto con su nombre.

Yo me llamo David, un nombre que tampoco me queda bien, porque hay muchos Davides en el mundo (la última vez que lo comprobé, 3.786.417 solo en Estados Unidos) y, a juzgar por la frecuencia, se diría que soy como mucha otra gente. O al menos, relativamente neurotípico, que es una forma científica y menos ofensiva de decir «normal». Debo decir que no es mi caso. En el instituto nadie me llama de ninguna manera, excepto por el ocasional «marica» o «idiota», ninguno de los cuales son apelativos precisos. Mi coeficiente intelectual es de 168 y me atraen las chicas, no los chicos. Además, «marica» es un término peyorativo para referirse a una persona homosexual y, aunque mis compañeros tuvieran razón respecto a mi orientación sexual, tampoco deberían usar esa palabra. En casa mi madre me llama «hijo», y no tengo ningún problema con ello porque es cierto, mi padre me llama «David», que es como llevar un jersey que pica con el cuello demasiado cerrado, y mi hermana me llama Pequeño D, que, por alguna razón inexplicable, parece encajar conmigo, aunque de pequeño no tengo ni pizca. Mido 1,89 y peso 75 kilos. Mi hermana mide 1,61 y pesa 48 kilos. Soy yo quien debería llamarla a ella Pequeña L, por Pequeña Lauren, pero no la llamo así. La llamo Esmía, que es como la he llamado desde que yo era un bebé, porque siempre he sentido que, en este mundo tan confuso, ella era lo único que me pertenecía.

Esmía se ha ido a la universidad y la echo de menos. Es mi mejor amiga. Técnicamente, es la única que tengo, pero creo que si tuviese más amigos ella seguiría siendo la mejor. A día de hoy, es la única persona que conozco que

me ha ayudado a ser un poco menos rígido.

Llegados a este punto, probablemente ya te habrás dado cuenta de que soy distinto. La gente no suele tardar mucho en verlo. Un médico nos dijo una vez que quizá estuviese «rozando el síndrome de Asperger», lo que es absurdo, no puedes estar rozando el síndrome de Asperger. En realidad, ya no puedes tener síndrome de Asperger y punto, porque en 2013 lo eliminaron del DSM-V (la edición en vídeo del *Manual diagnóstico y estadístico de trastornos mentales*). Ahora se considera que las personas que cumplen con ese grupo de características tienen autismo de alto funcionamiento (o AAF), algo que también es engañoso. El espectro del autismo es multidimensional, no lineal. Obviamente, aquel médico era un idiota.

Por curiosidad, yo mismo he leído sobre el tema (me compré un DSM-IV de segunda mano en eBay, porque el V era demasiado caro) y, aunque carezco de los conocimientos de medicina necesarios para hacer un diagnóstico completo, no creo que esa etiqueta pueda aplicarse en mi caso.

Sí, tengo problemas en situaciones sociales; me gustan el orden y la rutina; cuando me interesa algo puedo experimentar hiperconcentración, hasta el punto de excluir el resto de actividades; y sí, vale, soy torpe. Pero soy capaz de establecer contacto visual cuando tengo que hacerlo. No me aparto si me tocan. Reconozco la mayoría de modismos y frases hechas, aunque tengo una lista que voy actualizando en mi libreta por si acaso. Me gusta pensar que tengo empatía, pero no sé si es verdad.

De todos modos, no creo que en realidad importe si tengo síndrome de Asperger o no, sobre todo porque ya no existe. Solo es una etiqueta más. Pongamos como ejemplo la palabra «deportista». Si así lo quisiera un número suficiente de psiquiatras, podrían añadirla al DSM y diagnosticar a todos los jugadores del equipo de fútbol americano de Mapleview. Sus características comprenderían al menos dos de las siguientes: 1. condición física atlética, sobre todo con prendas de licra; 2. una comodidad antinatural ante el hecho



de ponerse una coquilla en el pene; y 3. ser un cabrón. Puedes llamarme «aspi», «rarito» o incluso «idiota», da igual cuál elijas; la verdad sigue siendo que me gustaría mucho parecerme más a los demás. No necesariamente a los deportistas de mi instituto; no quiero ser de ese tipo de personas que se lo hacen pasar mal a chicos como yo. Pero si tuviese la oportunidad de sufrir una mejora de niveles estratosféricos (de cambiar al David 1.0 a una versión 2.0 que supiera qué decir en las típicas conversaciones del día a día), lo haría sin pensármelo dos veces.

Quizá cuando los padres eligen el nombre de sus hijos lo hacen según sus deseos y expectativas. Como cuando vas a un restaurante y pides un bistec poco hecho y, aunque no existe ninguna definición universal para «poco hecho», esperas que te traigan exactamente lo que quieres.

Mi madre y mi padre pidieron un David y les salí yo.

En mi libreta pone:

*KIT LOWELL: altura: 1,62 metros. Peso: aproximadamente 57 kilos. Pelo castaño ondulado. Lo lleva recogido en una coleta los días que hay examen, los días de lluvia y casi todos los lunes. La piel es amarronada, porque su padre —que es dentista— es blanco y su madre es india (del sudeste asiático, no nativa americana). Puesto en la clasificación de notas de alumnos del curso: 14. Actividades extraescolares: periódico del instituto, club de francés, organización de eventos del consejo de alumnos.*

#### Encuentros relevantes

- 1. Tercero: evitó que Justin Cho me tirase de los calzoncillos.*
- 2. Sexto: me hizo una tarjeta de San Valentín. (Nota: KL hizo tarjetas de San Valentín para todos los chicos, no solo para mí. Pero cuenta. Era bonita, excepto por la purpurina. Porque la purpurina es incontenible y tiene propiedades pegajosas; no suelen gustarme las cosas incontenibles y pegajosas.)*
- 3. Octavo: después de clase de matemáticas me preguntó qué había sacado en el examen. Contesté: «100». Ella dijo: «Ostras, sí que has*

estudiado». Yo contesté: «No, las ecuaciones de segundo grado son fáciles». Ella dijo: «Ah, vale». (Más tarde, cuando recreé la conversación para Esmía, me dijo que debería haber dicho que sí había estudiado, aunque fuese mentira. Mentir no se me da muy bien.)

4. Décimo: Kit me sonrió cuando anunciaron nuestros nombres por el altavoz como únicos semifinalistas para la beca al Mérito Nacional. Iba a decir: «Enhorabuena», pero Justin Cho se me adelantó. Le dijo: «¡Joder, tía!» y le dio un abrazo. Y luego ella ya no me estaba mirando.

### Características importantes

1. Cuando hace frío, se tira de las mangas para taparse las manos en lugar de ponerse guantes.
2. No tiene el pelo rizado, pero tampoco liso. Le cuelga como unas comas repetitivas que se alternan.
3. Es la chica más guapa del instituto.
4. Se sienta con las piernas cruzadas en casi todas las sillas, incluso las más estrechas.
5. Tiene una cicatriz junto a la ceja izquierda que tiene forma de zeta, pero ya casi no se aprecia. Una vez le pregunté a Esmía si podría tocársela algún día porque tengo curiosidad por saber cómo es al tacto, y ella me dijo: «Lo siento, Pequeño D, pero como dice la bola mágica... “No va a poder ser”».
6. Conduce un Toyota Corolla rojo con matrícula XHD893.

### Amigos

Casi todo el mundo, pero suele estar con Annie y Violet, y a veces con Dylan (Dylan chica, no Dylan chico). La característica común del grupo, con la excepción de Kit, es el pelo planchado, un ligero acné y pechos más grandes de la media. El año pasado, durante cinco días, Kit fue por los pasillos de la mano de Gabriel. De vez en cuando se paraban para enrollarse, pero ahora ya no lo hacen. Gabriel no me cae bien.

Notas adicionales: es maja. Esmía la pone en la lista de «Personas Dignas de Confianza». Yo estoy de acuerdo.

Por supuesto, no abro la libreta delante de ella. Ni a mí se me ocurriría hacer eso. Pero le acaricio el lomo porque, si la tengo cerca, estoy menos nervioso. Lo de la libreta fue idea de Esmía. Hace unos años, después del Incidente de los Vestuarios, que es irrelevante para lo que ahora nos ocupa, Esmía decidió que yo confiaba demasiado en los demás. Al parecer, a diferencia de mí, la mayoría de la gente no siempre dice la verdad. Tomemos como ejemplo la mentira sobre el examen planteada anteriormente. ¿Por qué debería mentir respecto a si he estudiado o no para un examen? Es absurdo. Las ecuaciones de segundo grado son fáciles. Eso es un hecho.

—Así que tu padre está muerto —digo, porque es lo primero que se me ocurre cuando se sienta. Es una información nueva que todavía no he añadido a su entrada de la libreta, pero solo porque me acabo de enterar. Suelo ser la última persona en saber las novedades sobre mis compañeros de clase, si es que llega a mis oídos en algún momento. Pero esta mañana Annie y Violet estaban hablando de Kit junto a la taquilla de la segunda, que, casualmente, está encima de la mía. Según Annie, Kit «es un desastre desde lo de su padre, y ya sé que es duro y todo eso, pero está como, no sé... borde». No suelo escuchar a los demás chicos del instituto (la mayoría de las cosas que dicen son aburridas; suenan a mala música de fondo, algo metálico y duro, quizá como el heavy metal), pero por alguna razón esto sí lo he oído. Luego han empezado a hablar sobre el entierro, sobre lo raro que fue que ellas llorasen más que Kit y que no es sano que se guarde dentro las cosas (lo cual es absurdo porque los sentimientos no tienen masa y, además, ellas no son médicas).

Me hubiese gustado ir al funeral del padre de Kit, aunque solo fuese porque estaba en mi lista de «Personas Agradables», y creo que cuando muere alguien de tu lista de «Personas Agradables» debes ir a su entierro. El padre de Kit, el doctor Lowell, es —era— mi dentista y nunca se quejó de que mis auriculares de reducción de ruido le molestasen cuando usaba el torno. Siempre me daba una piruleta roja después de hacerme una limpieza,

un gesto contraproducente que de todos modos yo siempre le agradecía.

Miro a Kit. No me parece un desastre. De hecho, va más arreglada que de costumbre y lleva una camisa blanca de hombre que parece recién planchada. Tiene las mejillas sonrosadas y los ojos un poco húmedos, y aparto la vista porque es tan guapa que me deja sin respiración y, por lo tanto, es muy difícil de mirar.

—Ojalá me hubiesen avisado, porque habría ido a su entierro. Siempre me daba piruletas —continúo. Kit sigue mirando fijamente al frente y no me contesta. Doy por sentado que esto significa que debería seguir hablando—. Yo no creo en el cielo. En eso estoy de acuerdo con Richard Dawkins. Creo que es algo que la gente se dice para no temer tanto a la finalidad de la muerte. Al menos a mí me parece muy poco probable que exista, por lo menos en esa versión con ángeles y nubes blancas de la que se habla por ahí. ¿Tú crees en el cielo? —pregunto. Kit le da un mordisco a su sándwich, pero no se vuelve hacia mí—. Lo dudo, porque eres una persona muy inteligente.

—Sin ánimo de ofender, pero ¿te importaría que no hablásemos? —pregunta.

Estoy bastante seguro de que no es una pregunta que requiera una respuesta, pero decido responder de todos modos. Esmía ha puesto la expresión «sin ánimo de ofender» en la lista de «Cuidado». Al parecer suele ir seguida de algo malo.

—En realidad lo preferiría, pero me gustaría decir una última cosa. Tu padre no debería haber muerto. Es muy injusto.

Kit asiente y se le mueve el flequillo.

—Pues sí —contesta.

Después nos acabamos los sándwiches (el mío es de mantequilla de cacahuete y mermelada porque es lunes) en silencio.

Pero un silencio cómodo.

Creo.

## 2

### *Kit*

En realidad no sé por qué decido no sentarme con Annie y Violet a la hora de comer. Siento sus ojos sobre mí al pasar junto a nuestra mesa habitual en la cafetería, que está delante del todo y es perfecta porque desde allí se puede ver absolutamente a todo el mundo. Siempre me siento con ellas. Siempre. Somos mejores amigas, formamos un grupito de tres desde hace años, así que soy consciente de que no saludarlas ni siquiera con la mano es toda una declaración de intenciones. Pero en cuanto he entrado y las he visto charlando y riendo en un corrillo y comportándose con normalidad, como si nada hubiese cambiado (y sí, sé que para ellas todo sigue igual, que en sus familias no hay ni más ni menos problemas que antes de que mi vida implosionara), me he dado cuenta de que no era capaz. No podía sentarme allí, sacar mi sándwich de pavo y comportarme como si fuese la misma Kit de siempre. La que haría alguna broma sobre la camisa que me he puesto como una especie de extraño homenaje a mi padre; es un intento estúpido de sentirme más cerca de él, aunque me hace sentir todavía más marginada y confundida que antes de ponérmela. Es justo la clase de recordatorio que no necesito. Como si pudiera olvidarlo ni aunque fuese solo durante un minuto.

Me siento estúpida. ¿Es eso lo que te hace la tristeza? Me siento como si me estuviese paseando por el instituto con un casco de astronauta en la cabeza. Una cúpula opaca y tan impenetrable como el cristal. Nadie de aquí

entiende por lo que estoy pasando. ¿Cómo lo van a entender? Ni siquiera yo lo comprendo.

Por alguna razón, me ha parecido más seguro sentarme aquí, en el fondo, lejos de mis amigas, que es evidente que se han puesto a discutir sobre temas más importantes, como si los nuevos vaqueros de cintura alta te hacen las piernas gordas; y lejos de todas las personas que me han parado en el pasillo durante las dos últimas semanas con una expresión de falsa preocupación para decirme: «Kit, siento taaanto lo de tu padre...». Todo el mundo parece dejar esa palabra en el aire, como si les diera miedo continuar la frase, experimentar la caída libre que inevitablemente viene después en la conversación, cuando ya no sabes qué más decir. Mi madre afirma que hacer que los demás se sientan cómodos no es cosa nuestra: antes del entierro me dijo que se trataba de nosotras, no de ellos. Pero su manera de actuar, que es llorar y abrazarse a empáticos desconocidos, no es la mía. Todavía no sé cuál es la mía.

En realidad, empiezo a darme cuenta de que no es ninguna.

Lo que no voy a hacer es llorar: me parece demasiado fácil, demasiado desdeñoso. He llorado por sacar malas notas y por castigos y una vez, aunque me dé vergüenza admitirlo, por un mal corte de pelo (en mi defensa, diré que aquel flequillo tardó en crecer tres largos e incómodos años). Pero ¿esto? Esto es demasiado gordo para soltar lagrimitas de niña tonta y para actuar en plan «¡pobre de mí!». Es demasiado gordo para cualquier reacción.

Las lágrimas serían un privilegio.

Llego a la conclusión de que sentarme con David Drucker es la mejor opción, ya que es tan callado que hasta te olvidas de que está. Es un tipo raro (se sienta con su cuaderno de bocetos y dibuja peces con muchos detalles) y cuando habla se te queda mirando a la boca, como si tuvieses algo entre los dientes. No me malinterpretéis: yo me siento incómoda y fuera de lugar la mayor parte del tiempo, pero he aprendido a fingir. David, en cambio, parece

decidido a no intentar siquiera comportarse como los demás.

Nunca lo he visto en ninguna fiesta ni en un partido de fútbol americano, ni siquiera en ninguna de las actividades extraescolares para empollones que quizá le gusten, como el club de matemáticas o el de programación. Que conste que yo soy muy fan de las actividades extraescolares para empollones porque quedan muy bien en las solicitudes para la universidad, aunque suelo decantarme por las más literarias y, por lo tanto, ligeramente más guais. La verdad es que yo también soy bastante empollona.

¿Quién sabe? Quizá no vaya muy desencaminado con su decisión de aislarse de los demás. No es una mala estrategia para sobrevivir al instituto. Viene todos los días, hace los deberes y se pasea con esos auriculares reductores de ruido. Básicamente espera a que termine.

Puede que yo sea un poco torpe socialmente y que a veces esté un poco desesperada por caer bien, pero, hasta lo de mi padre, nunca había sido callada. Es raro estar sentada en una mesa con solo otra persona, que el ruido de la cafetería sea algo de lo que me apetezca aislarme. Es lo opuesto a mi estrategia de supervivencia anterior, que consistía en tirarme de cabeza en todo el meollo.

Por extraño que parezca, la hermana mayor de David, Lauren, era la chica más popular del instituto hasta que se graduó el año pasado. Son polos opuestos en todos los sentidos: ella fue presidenta de su clase y reina del instituto. De algún modo, hasta se las arregló para hacer que ese cliché volviese a parecer guay gracias a su actitud irónica y hípster. Salió con Peter Malvern, al que todas las chicas, yo incluida, adorábamos desde la distancia porque tocaba el bajo y tenía esa barba que a la mayoría de chicos de nuestra edad no les crecería ni en sueños. Lauren Drucker es una leyenda viva: inteligente, popular y guapa. Si pudiera reencarnarme en otra persona, empezar otra vez esta película con un papel distinto, la elegiría a ella, aunque nunca hemos llegado a cruzar una palabra. Seguro que el flequillo le queda



de lujo.

Estoy convencida de que, de no haber sido por Lauren y la amenaza implícita de que haría pedacitos a cualquiera que se riese de su hermano pequeño, a David se lo habrían comido con patatas en Mapleview. Pero lo han dejado en paz. Y lo digo en sentido literal: siempre está solo, siempre. Sin nadie que perturbe su tranquilidad.

Espero no haber sido maleducada cuando le he dicho que no me apetecía hablar; por suerte, no parece ofendido. Puede que él sea raro, pero el mundo ya es una mierda sin que seamos unos capullos los unos con los otros y, además, tiene razón con todo eso del cielo. No es que tenga ganas de hablar con David Drucker sobre lo que le ha pasado a mi padre (no se me ocurre nada sobre lo que me apetezca menos hablar, excepto, quizá, el grosor de las piernas de Violet, porque ¿a quién le importan sus dichosos vaqueros?!), pero la verdad es que estoy de acuerdo con él. El cielo es como Papá Noel, un cuento para engañar a niños pequeños e inocentes. En el entierro, cuatro personas diferentes tuvieron la osadía de decirme que mi padre estaba en «un lugar mejor», como si estar enterrado a dos metros bajo tierra fuese como irse de vacaciones al Caribe. Los compañeros de trabajo de mi padre fueron todavía peores: se atrevieron a decir que él «era demasiado bueno para este mundo». Si te paras a pensarlo, aunque solo sea un segundo, ni siquiera tiene sentido. ¿Acaso se les permite vivir solo a las malas personas o qué? ¿Por eso yo sigo aquí?

Mi padre era la mejor persona que conocía, pero no, no era «demasiado bueno» para este mundo. No está en «un lugar mejor». Y ni de coña creo que «todo sucede por una razón», que esto fuese «el plan de Dios» o que «fuese su hora», como si tuviese una cita a la que no podía faltar.

Ni hablar. No me trago nada de todo eso. Todos sabemos la verdad. Lo de mi padre ha sido una putada.

Al rato, David se pone los auriculares y saca un libro enorme de tapa

dura. En el lomo se lee: *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales IV*. Coincidimos en casi todas las clases (ambos tenemos toda la sobrecarga de trabajo de los alumnos avanzados del penúltimo curso), así que sé que no es una lectura del instituto. Si quiere pasar su tiempo libre estudiando los «trastornos mentales», bien por él, pero le sugeriría que se comprase un iPad o algo así para que nadie más lo viera. Es evidente que en su estrategia de supervivencia falta la regla número uno de Mapleview: no ondees tu bandera de friki demasiado alto. Es mejor tenerla enterrada, que pase desapercibida, esconderla bajo un metafórico casco de astronauta si es necesario. Quizá sea la única forma de salir vivo de aquí.

Paso el resto de la comida comiéndome el triste sándwich sin pensar. El teléfono suena de vez en cuando con los mensajes que me llegan de mis amigas, pero intento no mirar hacia su mesa.

Violet: ¿Hemos hecho algo para herir tus sentimientos? ¿Qué haces ahí sentada?

Annie: WTF?!?!?!?!?

Violet: Al menos contéstanos. Dinos qué pasa.

Annie: ¡K! ¡Tierra llamando a K!

Violet: Va, dime la verdad. Los vaqueros: sí o no?

Cuando tienes dos mejores amigas, siempre hay una que está enfadada con otra. Hoy, al no contestar a sus mensajes, me he prestado voluntaria a ser la desplazada. Pero simplemente no sé cómo explicarles que hoy no soy capaz de sentarme con ellas. Que estar en su mesa, ahí, delante de todos, y charlar sobre tonterías me parece una traición. Valoro la posibilidad de dar mi veredicto acerca de los pantalones de Violet, pero la muerte de mi padre ha tenido el desgraciado efecto secundario de eliminar mi filtro. No hay necesidad de decirle que, aunque sus piernas se ven bien, la cintura alta la hace parecer un poco estreñida.

Esta mañana le he rogado a mi madre que me dejase quedarme en casa,

pero se ha negado. No quería tener que entrar otra vez en esta cafetería ni ir de una clase a otra buscando la fortaleza para enfrentarme a otra sucesión de conversaciones incómodas. Aunque la verdad es que la gente ha sido muy amable. Me han hablado incluso con sinceridad, algo que casi nunca sucede por aquí. No tienen la culpa de que, de repente, todo (es decir, el instituto) me parezca increíblemente estúpido e inútil.

Cuando me he despertado esta mañana, no tenía la maravillosa amnesia de treinta segundos que me ha ayudado a seguir adelante las últimas semanas, ese precioso medio minuto en el que tengo la mente en blanco, vacía, sin nada que la torture. Pero hoy, al abrir los ojos, he sentido una ira nítida y poderosa. Ha pasado un mes desde el accidente. Treinta días imposibles. Para ser justa, me doy cuenta de que mis amigas no tienen las de ganar, se comporten como se comporten. Si lo hubieran mencionado, si hubieran dicho algo compasivo, como: «Kit, ya sé que hoy hace un mes de la muerte de tu padre, así que debe de ser un día muy duro para ti», también me habría molestado, porque es probable que me hubiese derrumbado y, aunque es inevitable que eso suceda en algún momento, no quiero estar en el instituto cuando pase. Por otra parte, estoy bastante convencida de que Annie y Violet no lo han mencionado porque no se acuerdan. Estaban charlando mientras bebían sus cafés idénticos del Starbucks; hablaban sobre qué chicos esperan que les pidan que vayan con ellos al baile y han dado por hecho que yo solo tenía un mal lunes. Lo que se esperaba de mí era que participase en la conversación.

Por alguna razón, se supone que yo ya debería haber vuelto a ser la de siempre.

No debería seguir como un alma en pena, con la vieja camisa de mi padre.

Hoy se cumple un mes.

Es extraño que, de entre todo el mundo, haya sido David Drucker quien

pronunciara las únicas palabras correctas: «Tu padre no debería haber muerto. Es muy injusto».

—Ya hace dos semanas que volviste al instituto —ha dicho mi madre mientras desayunábamos como respuesta a mi último ruego para saltarme las clases—. Es algo a lo que ya te has enfrentado. Es como si te hubieses arrancado una tirita.

Pero no tenía ninguna tirita. Preferiría tener dos ojos morados, huesos rotos, una hemorragia interna y cicatrices visibles. O no estar aquí, sin más. Pero, en cambio, no tengo ni un rasguño. El peor de todos los milagros.

—¿Vas a ir al trabajo? —le he preguntado porque, si yo tenía problemas para enfrentarme al instituto, para ella también debería haber sido difícil vestirse, ponerse unos tacones y conducir hasta la estación de tren para ir a trabajar.

Por supuesto, mi madre también era consciente de la relevancia de la fecha de hoy. Al principio, cuando volvimos a casa del hospital, lloraba todo el rato mientras yo me mostraba insensible, sin derramar ni una sola lágrima. Durante los primeros días, mientras ella sollozaba, yo me quedaba sentada en silencio con las rodillas contra el pecho y unos escalofríos que me recorrían el cuerpo una y otra vez, pese a llevar un montón de capas de ropa. Ahora, un mes después, todavía no he conseguido entrar en calor.

Sin embargo, mi madre parece estar volviendo a ser la persona que yo conocía. Nadie lo diría durante los fines de semana, cuando se pone unas mallas de yoga y unas zapatillas deportivas y se recoge el pelo en una coleta, ni por la pinta que tenía justo después del accidente, hecha pedazos, gris y empequeñecida. Sin embargo, en su vida laboral es una jefa de armas tomar. Es la consejera delegada de una empresa de publicidad online llamada Comunicaciones Disruptivas. A veces la oigo gritar a sus empleados y utilizar la clase de palabras con las que yo me ganaría un castigo. De vez en cuando, su foto aparece en la portada de revistas del gremio junto a titulares

como: «La diversidad, el futuro de los medios virales». Fue ella quien estuvo detrás de aquel vídeo con los perros y los gatos cantando, que la última vez que miré había llegado a los dieciséis millones de visualizaciones, y de ese anuncio pop-up tan genial de cereales para el desayuno con los dos padres gais de dos razas diferentes. Antes de adentrarse en la agonía de la viudedad, nadie podía con ella.

—Pues claro que voy a ir al trabajo. ¿Por qué no iba a hacerlo? —ha preguntado ella. Y, tras eso, ha recogido mi cuenco de cereales, aunque todavía no me lo había terminado, y lo ha dejado caer en el fregadero con tanta fuerza que se ha roto.

Luego se ha ido vestida con su «uniforme de trabajo»: un jersey negro de cachemira, una falda de tubo y unos zapatos de tacón de aguja. He pensado en limpiar los pedazos de cristal del fregadero. Quizá incluso en cortarme con uno, por accidente pero a propósito. Solo un poquito. Tenía curiosidad por descubrir si sentiría dolor o no. Pero entonces me he dado cuenta de que, pese a este estado que he adquirido tras la muerte de mi padre, en el que imbuyo de grandes significados cada pequeña cosa (como ponerme esta camisa de hombre para ir al instituto), era un acto demasiado metafórico. Incluso para mí. Así que he dejado allí los pedazos para que mi madre los limpiase después.

### 3

## *David*

Después de comer con Kit Lowell me quito los auriculares. Normalmente los llevo puestos entre clase y clase para que, cuando recorro los pasillos, el sonido ambiente se oiga amortiguado e ininteligible. La cháchara y el movimiento me sobrecitan y me distraen, y así es mucho más probable que tropiece. La distancia más corta entre dos puntos es una línea recta, pero los chicos del instituto corren de un lado a otro con una agresividad injustificada. Se dan puñetazos en la espalda, se agarran del cuello con una sonrisa y chocan los cinco con fuerza. ¿Por qué querrán tocarse todo el rato? Y las chicas, aunque no zigzaguean tanto como ellos, también se detienen en medio todo el tiempo, a menudo sin razón aparente, y se abrazan de vez en cuando, aunque se hayan visto antes de la última clase.

Me los quito porque quiero ver si alguien habla del padre de Kit. He buscado su nombre en Google y he encontrado su obituario, que publicaron en el *Daily Courier* en la sección A16, hace tres semanas y cuatro días. Solo tenía tres frases cortas y, aunque valoro la concisión, se olvidaron algunos detalles relevantes, como el de las piruletas y que era un hombre agradable.

Robert Lowell, cirujano dental, falleció el viernes 15 de enero en un accidente de tráfico. Nació el 21 de septiembre de 1971 en Princeton, Nueva Jersey, y trabajó como dentista en Mapleview durante los últimos doce años. Deja una esposa, Mandip, y una hija, Katherine.

Los datos que he aprendido hasta ahora gracias a mi rápida búsqueda son

los siguientes: 1. El padre de Kit se llamaba Robert, algo que de algún modo tiene sentido, una palabra corriente y un número de letras par. Yo siempre había pensado en él como Dentista, lo cual, ahora que lo pienso, es demasiado restrictivo. 2. El padre de Kit murió en un accidente de tráfico, una definición que no suele ser exacta porque, en la gran mayoría de los accidentes automovilísticos con víctimas mortales, los accidentados no mueren en el coche, sino después, en la ambulancia o en el hospital. Tendré que averiguar las particularidades de este caso.

Me encuentro a Gabriel en el pasillo.

*GABRIEL FORSYTH: pelo rizado, ojos como canicas y boca de payaso.*

#### Encuentros relevantes

1. Séptimo: me quitó las Oreo sin preguntar. Las sacó de mi bolsa térmica para el almuerzo y se fue.

2. Décimo: fue de la mano con Kit L. (No es un encuentro conmigo, pero sigue siendo relevante.)

3. Undécimo: se sentó a mi lado en física porque el profesor nos asignó esos asientos el primer día. Cuando vio que estaba lejos de Justin Cho, dijo: «Oh, mierda, ¿en serio, señor Schmidt?», con lo que se ganó una primera amonestación. No señalé que era un asiento relativamente bueno en términos de acústica y visión de la pizarra. Esmía dijo que fue buena idea que me lo guardase para mí.

#### Amigos

*El equipo de lacrosse, el equipo de tenis (que, por supuesto, se solapan de forma considerable debido a los calendarios de la temporada).*

*Su mejor amigo desde los siete años es Justin Cho.*

*Información adicional: Esmía lo clasifica en la lista de «Personas No Dignas de Confianza».*

No lo miro, sino que mantengo la cabeza gacha y me concentro en la gente que se detiene y echa a andar delante de mí.

—Eh, tío, después del entrenamiento en el Pizza Palace —dice Gabriel.

Por las zapatillas deportivas y el contexto, estoy seguro al 99 por ciento de que se dirige a Justin. No voy a incluir aquí las páginas de la libreta dedicadas a Justin, porque estoy cansado de leer y releer mis anotaciones sobre él y de preguntarme por qué me odia tanto. Es una ecuación irresoluble. Mi lista de «Encuentros relevantes» con él ocupa cinco páginas y es el presidente del club de «Personas No Dignas de Confianza».

El Pizza Palace es el segundo mejor restaurante italiano de Mapleview según la página web de reseñas Yelp. La mayoría de la gente prefiere el Rocco's. Si Gabriel me estuviese invitando a mí, cosa que no está haciendo, le sugeriría que fuésemos al Pizza Pizza Pizza, que ofrece dos porciones por el precio de una de dos a cinco de la tarde. Creo que el ligero descenso en la calidad queda más que compensado por el precio. Dicho esto, entiendo por qué eligen el Pizza Palace de todos modos (que no tiene nada que ver con un palacio, sino que es un pequeño establecimiento situado en la calle Principal). Por muy barata que sea la comida del Pizza Pizza Pizza, es un poco ridículo decir ese nombre tan redundante en voz alta.

Y eso es precisamente lo que estoy haciendo. Me imagino que Gabriel dice: «Eh, tío, después del entrenamiento en el Pizza Pizza Pizza», y pienso en lo ridículo que habría sido. En ese momento me doy de bruces contra un grupo de chicas congregadas junto a una taquilla: Jessica, Willow (que es la única Willow entre los 397 alumnos de nuestro curso y los 1.579 de nuestro instituto) y Abby. Esmía las ha etiquetado en mi cuaderno con letras mayúsculas subrayadas con rotulador: «las zorras populares».

La primera vez que las designó de este modo, tuvo que explicarme que no se trataba de un oxímoron, que alguien podía ser popular (que supongo que significa que le caes bien a mucha gente) y una zorra a la vez (que supongo que debería resultar en lo contrario). Al parecer, la popularidad en el contexto de un instituto tiene una correlación inversa con el número de personas a las



que les caes bien, pero una correlación directa con el número de personas que quieren ser tus amigos. Tras analizarlo cuidadosamente, llegué a la conclusión de que tiene sentido, aunque en mi caso esa correlación no implica una causalidad. Yo soy amable con todo el mundo, pero no disfruto de ninguno de los aspectos positivos que deberían derivarse de ello: a la gente no le caigo bien y tampoco quieren ser mis amigos.

—Ten cuidado —me espeta Jessica, y pone los ojos en blanco. Como si me hubiese chocado con ella a propósito. ¿Es que mis compañeros no se han dado cuenta de que el sentimiento es mutuo? ¿No quieren tener nada que ver conmigo? Estupendo. Yo tampoco quiero tener nada que ver con ellos. Esmía me ha prometido que en la universidad todo irá mejor, aunque yo tengo serias dudas al respecto—. Y ¿qué haces hablando solo?

¿Estaba hablando solo? Es muy posible, y bastante irónico, que todo mi razonamiento sobre el Pizza Pizza Pizza y lo ridículo que es decir su nombre en voz alta haya ocurrido, de hecho, en voz alta. A veces olvido la barrera que hay entre el interior de mi cabeza y el resto del mundo.

—Perdón —murmuro mirando al suelo. Recojo el libro que se le ha caído y se lo doy. Ella no me da las gracias.

—Friki —dice Abby, y se ríe, como si fuese divertido u original.

Me obligo a mirarla a los ojos, a mirarla directamente, porque Esmía asegura que el contacto visual me humaniza. Tampoco tengo ni idea de por qué es necesario que se me humanice, de por qué todo el mundo da por hecho que soy una excepción a la regla universalmente aceptada de que todos somos seres humanos con sentimientos. Pero lo hago de todos modos: hasta ese punto llega el poder de Esmía.

—¿Qué miras? —me espeta Abby.

Durante un segundo, considero la posibilidad de preguntarle sin rodeos, de decírselo en voz alta: «¿Te he hecho yo algo?». Me he chocado con

Jessica, no con ella. No hemos tenido ningún Encuentro Relevante, ni positivo ni negativo. Pero en ese momento suena la campana, un sonido estruendoso e incómodo, y todo el mundo corre a su clase. Yo tengo física, lo que significa que tendré que pasar los próximos cuarenta y cinco minutos sentado al lado de Gabriel, intentando no percibir que huele a desodorante corporal Axe para él, que da golpecitos en el escritorio con el lápiz a un ritmo errático y que se aclara la garganta aproximadamente cada treinta y cinco segundos. Sin duda, pese a la acústica y la visión de la pizarra, estaría mucho mejor sentado solo al fondo del aula.

Kit entra en clase diez minutos después de que empiece la lección del señor Schmidt, que hoy es sobre la tercera regla de Newton. La he anotado en latín para no aburrirme.

—He perdido la noción del tiempo —se justifica Kit, y se sienta en su sitio, que está dos filas por detrás de mí y un asiento más a la derecha. No es la mejor de las excusas, sobre todo si tenemos en cuenta que el instituto nos recuerda que es hora de entrar en clase con una campana escandalosa. Sin embargo, el señor Schmidt asiente y no le grita, ni le da una primera amonestación, como haría normalmente. Una vez, cuando fuimos a casa de nuestros vecinos para darles el pésame durante el *shiva*, Esmía me contó que las normas que se aplican a quienes acaban de perder a alguien son distintas. Me pregunto cuánto dura esa situación; no la parte de la muerte, claro, sino la del trato especial. ¿Haría concesiones conmigo el señor Schmidt si mi padre muriese?

Probablemente no. Mi padre es investigador médico en los laboratorios Abbot. Dudo que esté en la lista de «Personas Agradables» de mucha gente, sobre todo porque no es del tipo de personas que salen en listas, excepto en aquellas relacionadas con la ciencia. Si muriese mi madre, en cambio, la gente sí que se daría cuenta. En eso Esmía y ella se parecen: todo el mundo las quiere. Mi madre siempre se para a hablar con otras mujeres en la cola del

supermercado o en la farmacia. Se sabe los nombres de todos los chicos de mi clase y también los de sus padres, a veces incluso añade información en mi libreta. Ella fue quien me contó que Justin y Jessica estaban saliendo juntos (los vio enrollándose en el centro comercial) y, luego, que habían roto. Al parecer, esto último lo averiguó mientras se hacía la manicura porque tiene la misma esteticista charlatana que la madre de Jessica.

Esmía es todo lo contrario a mí. Cada año se otorgan premios a «los más» del último curso del instituto y el año pasado ganó muchos: a la más popular, la más atractiva, la que tiene más probabilidades de tener éxito... Yo no espero ganar ninguno. De todos modos, diría que mi hermana y yo tenemos una cosa en común: ella también es un ejemplo de que una correlación no implica causalidad. Es popular, pero no es una zorra. Por desgracia, también me ha llevado a cuestionar la disciplina de la genética, puesto que compartimos el cincuenta por ciento de nuestro ADN.

Mis padres llevan veintidós años casados y todavía están enamorados. Es estadísticamente destacable.

Mi madre dice: «Los polos opuestos se atraen».

Mi padre dice: «Tuve muchísima suerte».

Esmía dice: «Mamá, en el fondo, es un bicho raro, y papá, en el fondo, es una persona normal, y por eso encajan».

Yo nunca he reflexionado mucho sobre su matrimonio, pero me gusta que mis padres sigan juntos. No me gustaría tener que hacer la maleta en fines de semana alternos, dormir en una casa que no conozco y lavarme los dientes en un lavabo distinto. Mi madre asegura que mi padre y yo nos parecemos mucho, y eso me hace ser optimista. Si él consiguió que una persona como mi madre se enamorase de él (una persona universalmente reconocida como fantástica en multitud de aspectos), y que no solo lo quisiera, sino que lo quisiera lo suficiente como para pasar el resto de su vida con él, quizá

también haya esperanza para mí.

A media clase, cuando el señor Schmidt empieza a apuntar ecuaciones en la pizarra digital, Kit se levanta y sale del aula. No da ninguna explicación. No pregunta si puede ir al baño. Sin excusas. Simplemente se va.

Cuando la puerta se cierra tras ella empiezan los murmullos.

JUSTIN: «QUÉ PAR DE HUEVOS».

ANNIE: «Tiene que hablar con nosotras. Nos está dejando al margen».

VIOLET: «Su padre se ha muerto, Annie. Muerto de verdad, para siempre. Dale un respiro».

GABRIEL: «Tengo hambre».

ANNIE: «Me queda una barrita energética».

GABRIEL: «Me acabas de salvar la vida».

Esto funciona así. Las conversaciones se suceden a mi alrededor y todas las palabras me parecen inconexas, como si estuviese jugando al pinball con los ojos vendados. ¿Qué tiene que ver que el padre de Kit haya muerto con que Gabriel tenga hambre?

—Señoras, señores, sigamos con lo nuestro —dice el señor Schmidt y da tres palmadas (plas, plas, plas) sin razón aparente. Antes de que me dé cuenta de lo que estoy haciendo, levanto la mano—. ¿Sí, señor Drucker?

—¿Me podría disculpar? —pregunto.

—¿Disculpar? Estamos en una clase, no sentados a la mesa cenando. Volvamos al trabajo.

—Quiero decir, ¿podría ir a la enfermería? Tengo migraña —insisto, aunque es mentira. Esmía estaría orgullosa. Dice que tengo que practicar esto de no decir la verdad, que cuanto más mientes, más fácil es. Se me ocurre que podría emitir un gemido, como si me doliera, pero decido que sería

exagerado.

—Está bien, salga —accede el señor Schmidt, así que me levanto y salgo de clase, igual que ha hecho Kit hace unos instantes.

Tampoco es que me vaya a perder nada interesante. Me leí el libro de texto el verano pasado, solucioné las pocas dudas que me surgieron con un par de búsquedas en Google y profundicé en el tema con una clase online gratis de la Universidad de Stanford.

Cuando estoy en el silencioso pasillo, mi cerebro se da cuenta de lo que está haciendo mi cuerpo y comprendo por qué me he marchado. Aunque la clase del señor Schmidt es realmente aburrida y una total pérdida de tiempo para mí, suelo obedecer órdenes. Voy a todas mis clases y escucho con la boca cerrada. A no ser que quiera saltarme el instituto y solicitar que me adelanten un curso, tampoco tengo mucho margen de maniobra.

Me doy cuenta de que lo que quiero es buscar a Kit. Necesito saber adónde ha ido.

Corro pasillo abajo y decido salir por la puerta principal. Ignoro a madame Rubenstein, la profesora de francés, que me llama con su fuerte acento de Nueva Jersey:

—*Vous allez où, monsieur Drucker?* —pregunta.

Miro el aparcamiento de mi derecha, que está a unos doscientos metros al noroeste de la entrada del instituto. No hay ni rastro de Kit, pero sí veo su Corolla rojo que, como siempre, está aparcado en la segunda fila, seis coches más atrás, sitio número 43 de la zona de los estudiantes de los últimos cursos.

Rodeo el edificio en dirección al campo de fútbol, que tiene unas gradas muy altas desde donde Mapleview se ve bastante bien. Quizá esté allí sentada para tomar un poco de aire fresco. No me gustan los acontecimientos deportivos (hay demasiado ruido y demasiada gente), pero siempre me han gustado las gradas, ordenadas verticalmente de arriba abajo.

—¿Te manda el señor Schmidt? —pregunta Kit. No está en las gradas, que es donde estaba buscándola, sino en el quiosco, donde los chicos del consejo de estudiantes venden perritos calientes, limonada y caramelos en los partidos a unos precios exagerados. Las luces están apagadas y ella está sentada en el suelo sucio con las rodillas contra el pecho. Si no me hubiese hablado, no sé si la habría visto.

—No. Le he mentado, le he dicho que tenía migraña —contesto, y me obligo a establecer contacto visual. Es más fácil de lo habitual porque está oscuro. Kit tiene las mejillas coloradas por el frío y los ojos verdes. Siempre han sido verdes, claro, pero, de algún modo, hoy lo son todavía más. Es mi nueva definición del color verde. Hasta ahora verde era el color de la rana Gustavo y, a veces, de la primavera. Pero ahora ya no. Ahora el verde es el color de los ojos de Kit. Es una conexión inextricable, igual que cuando pienso en el número tres siempre veo también la letra erre, por alguna razón que nunca he sido capaz de comprender.

—No estaba intentando crear tendencia —dice Kit. Sonrío porque, aunque no sea exactamente un chiste, lo parece un poco.

—Por si no te habías dado cuenta, no suelo seguir las últimas tendencias —respondo, y señalo mis pantalones, que son holgados, de color caqui y, según Esmía, «un crimen contra la moda». Lleva años suplicándome que la deje llevarme de compras y asegura que solo con esforzarme un poco podría tener mucho mejor aspecto. Pero no me gusta ir de compras. En realidad, lo que me molesta no es comprar, sino la ropa nueva. La sensación de los tejidos desconocidos sobre la piel.

Kit levanta la vista y me mira, luego mira detrás de mí, al instituto.

—Entonces, ¿me estás siguiendo? Esto no es la enfermería —apunta. No consigo comprender su tono de voz. No sé si está molesta. Su voz suena un poco áspera y su rostro no coincide con ninguna de las expresiones de las

tarjetas que Esmía me imprimió una vez.

—Solo quería saber si estabas bien. —Levanto las manos, una señal para indicar que no tenía malas intenciones, como hacen en los programas de televisión sobre policías.

—Todo el mundo ha empezado a hablar de mí cuando me he ido, ¿verdad? No quería llamar la atención. Es que, de repente, no me veía capaz de seguir allí sentada —explica.

—Está claro —respondo—. O sea, es obvio que no te veías capaz de seguir allí sentada. No que no quisieras llamar la atención.

Ahora que estoy aquí hablando con Kit, por segunda vez en el mismo día, cuando en realidad no habíamos hablado prácticamente nunca, excepto en nuestros escasos «Encuentros relevantes», me doy cuenta de lo mucho que me he desviado de mi horario. Nada de esto formaba parte de la agenda de hoy.

Que yo la siguiese fuera.

Que yo decidiera ser la persona que debía comprobar si estaba bien.

Que yo redefiniera el verde.

## 4

### *Kit*

Estoy sentada en el quiosco y David Drucker está de pie ahí fuera. La situación es rarísima. Seguro que ha entendido que cuando este mediodía me he sentado en su mesa solo estaba buscando un lugar donde estar sola. No quiero nada de él. Ni que de repente seamos mejores amigos o algo por el estilo. No lo digo a malas, yo no suelo ser así. No abandono a mis amigas en la cafetería ni salgo del aula antes de que el profesor termine con su explicación, ni tengo problemas en mentir y decir: «Se te ve un culo estupendo en esos vaqueros de cintura alta».

La camisa de mi padre está sucísima.

Este sitio apesta a perritos calientes podridos y a zapatillas deportivas viejas.

Todo está mal.

Ha pasado un mes.

Sigo mal en todos los sentidos.

—No te estaba siguiendo —dice David. Su mirada se desvía hacia las paredes y finalmente se detiene en mis ojos—. Bueno, sí. Pero solo porque alguien tenía que hacerlo. ¿Tiene sentido lo que digo?

—No pasa nada —respondo, porque parece tan nervioso que quiero



ponérselo fácil—. Ven, ayúdame a levantarme. No quiero tocar el suelo.

David se acerca a la puerta lateral y me tiende la mano. Se la cojo y me pongo de pie.

—Este sitio es asqueroso —comento.

—Las gradas habrían sido la mejor opción.

—¿Sabes qué? Es una idea genial.

Corro hacia el campo y subo las escaleras de dos en dos, ese momento de ímpetu me sienta bien. El aire bombea directamente mi corazón frío y muerto. Cuando llego a la última fila, me siento.

Me había olvidado de lo mucho que me gusta estar aquí arriba. Casi nunca me pierdo un partido, no porque el fútbol me importe mucho, sino porque me encanta formar parte de la multitud. Me siento como si nadie tuviese ningún otro lugar donde estar, más que aquí, animando a nuestro equipo: perfectos clichés adolescentes que cumplen con su obligación como tales. Bajo la mirada y veo a David, que estira el cuello para mirar hacia arriba, probablemente intentando decidir si debería unirse a mí.

—¡Venga! —le llamo.

Sube las escaleras más despacio que yo, mirando al suelo para no caerse. David es uno de esos casi desconocidos del instituto en los que no piensas nunca, pero ahora que lo he invitado a sentarse aquí a mi lado, intento recordar todo lo que sé sobre él. Espero que eso haga la situación un poco menos violenta, porque, la verdad, preferiría tener un virus estomacal antes que sentirme incómoda.

Pero el problema es que esa es la primera palabra que se me ocurre cuando pienso en David: incómodo. No sé mucho más sobre él. Recuerdo que de pequeña iba a sus fiestas de cumpleaños y que la que celebró cuando cumplió cinco tenía como tema el espacio exterior. Nos dieron a todos unas

chapas de la NASA muy chulas (todavía tengo la mía, ahora que lo pienso), y sus padres alquilaron un castillo hinchable que parecía la luna. Mientras todos saltábamos y nos chocábamos los unos con los otros, de repente él se cayó al suelo y empezó a llorar, tapándose las orejas con las manos. Ese día todos nos fuimos a casa temprano.

¿Qué más? Lo he visto tropezar cientos de veces y tiene la mala costumbre de chocarse con la gente. Quizá sea porque va por ahí con esos auriculares enormes que no le dejan oír nada, o tal vez porque su cerebro está ocupado resolviendo el calentamiento global o algo por el estilo. Y antes tenía razón: se viste fatal. Parece un misionero o alguien que tiene un trabajo después del instituto en una tienda de electrónica del centro comercial.

Ahora que está aquí sentado, estudio su rostro rápidamente y reparo en que no es feo. De hecho, es más guapo que Justin y Gabriel, que se creen que están buenísimos, pese a que los dos tienen acné en la barbilla. Si David se cortase el pelo y dejase que todo el mundo viera esos profundos ojos marrón oscuro, sería muy mono. Si soy sincera conmigo misma, he de reconocer que probablemente la razón por la que lo he invitado a sentarse conmigo es porque mi padre lo mencionó sin venir a cuento hace apenas unos meses. Una noche, mientras cenábamos, anunció que pensaba que yo debería conocer mejor a David Drucker.

—David Drucker ha estado hoy en mi consulta y tengo que decirte que ese chico es interesante. Ha hablado conmigo sobre mecánica cuántica —dijo mi padre.

Y estoy segura de que yo le contesté algo sarcástico, como:

—Fascinante, papá, enseguida me pongo a ello.

¿Querría volver atrás y darme un puñetazo en la cara? Sí, diría que sí.

—El estadio Arthur B. Pendlock puede albergar hasta ochocientos cuatro personas —me informa David, que está sentado a mi lado, pero mira al

campo. Desde aquí se puede ver la oficina de correos, la pastelería y Sam's Bagels.

—¿Así es como se llama este sitio? —pregunto—. ¿Estadio Arthur B. Pendlock? —David asiente—. No lo sabía. Yo habría dicho que caben más de ochocientos cuatro personas. Se llena mucho cuando hay partido.

—No he venido nunca —admite.

—¿A un partido? ¿En serio? Es divertido —respondo, aunque me pregunto si entenderemos lo mismo por «divertido». Él se encoge de hombros. Valoro la posibilidad de preguntarle sobre mecánica cuántica, pero no sé lo que es. ¿O se dice física cuántica? ¿Es lo mismo o hay alguna diferencia?—. No te gustan los deportes, ¿no? —pregunto sin saber bien por qué. No sé cuál es la razón, pero siempre doy por hecho que la responsabilidad de mantener una conversación recae sobre mí. La mitad del tiempo me convendría más quedarme callada.

—Pues no. No acabo de entender qué atractivo tienen. El suspense es inherentemente limitado. Tu equipo perderá o ganará a partir de ciertas variaciones a la hora de lanzar y atrapar pelotas. Dicho esto, prefiero verlo que jugar. ¿Por qué arriesgarte a que te derriben contra el suelo y a sufrir una lesión en la cabeza? Es desconcertante.

—Entiendo por qué puede ser desconcertante —respondo y me descubro sonriendo.

—Alguna vez he pensado que puede que algunos de los chicos lo encuentren homoerótico, pero la mayoría tienen novia, así que probablemente no.

Me río.

—Estoy de broma. A medias —aclara. Me mira, pero enseguida vuelve a apartar la vista—. Podemos dejar de hablar si quieres. Supongo que te has ido de clase para alejarte de todo ese ruido, aunque mis suposiciones solo tienen

un porcentaje de acierto del treinta por ciento.

—La verdad es que esta vez has acertado por completo —respondo.

Desde aquí se ve el aparcamiento de la tienda de comestibles, donde mi padre me enseñó a conducir hace poco. Íbamos allí a deshoras durante los fines de semana, e incluso algunos días laborables, durante los tres meses anteriores a mi cumpleaños. Era un buen profesor; tenía mucha paciencia y solo se molestaba conmigo al principio, cuando confundía el pedal del freno con el del acelerador. Aprobé el examen a la primera y mis padres y yo lo celebramos bebiendo sidra de manzana en elegantes copas de champán. Mi padre brindó por «todas las carreteras por las que Kit todavía ha de viajar». Me hizo una foto con mi nuevo carnet en la mano y luego lloró un poco, porque dijo que ya empezaba a imaginarse cómo sería todo cuando me fuese a la universidad y que su vida tendría un vacío con forma de Kit.

Se suponía que era mi padre quien iba a echarme de menos a mí y no al revés. Así era como tenían que ser las cosas.

Y no me gusta pensar en ello.

Después de un rato, David y yo nos quedamos en silencio y, sorprendentemente, no es incómodo en absoluto. De hecho, es agradable estar aquí sentada, lejos del instituto y de toda la mierda que me espera en casa, lejos de la aterradora idea de que ha pasado un mes entero. Es agradable estar sentada junto a alguien y no tener que pensar qué más decir.

No vuelvo a clase. Me voy a casa y paso el rato tumbada en el sofá viendo Netflix. Aunque llevo aquí horas, no he estudiado para el examen de física de mañana. No me he leído las cincuenta páginas de *El corazón de las tinieblas* que tocaban ni he pensado en la relevancia de su temática aplicada a mi propia vida (aunque habría sido fácil), ni he empezado la redacción sobre migraciones para historia universal. Tampoco he escrito ese artículo sobre el equipo de debate para el periódico del instituto, aunque tengo que entregarlo

mañana antes de las tres. Supongo que tendremos que publicar una foto en su lugar. Sin duda, no es la forma adecuada de conseguir el puesto de redactora jefa, que ha sido mi objetivo durante los últimos tres años, pero parece que soy incapaz de encontrar la motivación necesaria.

—Rollitos de primavera, tortitas de cebolleta y pollo agripicante. Grasa por doquier —anuncia mi madre, mientras deja una bolsa repleta de comida china en la encimera. Se quita los zapatos de una patada—. ¿La pena no hace que se te hinchen los pies? Porque a mí me están matando.

—No sé. —Me levanto y pongo la mesa para dos, no para tres, como era habitual. Tengo que dejar de fijarme en estos detalles.

—¿Qué tal tu día? ¿Tan mal como esperabas? —Mi madre me da un beso en la cabeza y luego decide que también necesito un abrazo.

—La verdad es que no. A ver, no es que haya ido bien. —No le digo que me he saltado las clases. No hace falta que se ponga como loca—. Pero tenías razón. Tenía que ir. ¿Y el tuyo?

—Genial. He conseguido algunos nombres e incluso un cliente nuevo. Nada mal para ser lunes.

—Qué bien —contesto, y brindamos con los vasos.

—Pero tengo que currármelo más en el aspecto financiero. —Junto a las comisuras de la boca se le dibujan unas arrugas que no había visto antes. No debería tener que mejorar. Ya trabaja demasiado. Se queda pegada al ordenador después de cenar y escribe un correo electrónico detrás de otro hasta muy tarde. Cuando era más pequeña y consentida, me quejaba de que amaba su trabajo más que a mí. Ahora que soy mayor, me doy cuenta de que eso no es cierto. Lo que pasa es que mi madre es una de esas personas a las que echas de menos incluso cuando está sentada justo enfrente de ti.

—No me había parado a pensar en el dinero —reconozco, y la culpa me hace un nudo en el estómago. Pronto tendrá que pagar la matrícula de mi

universidad y ¿qué pasará cuando me marche? Mi madre llegará todos los días a esta enorme casa vacía. Un equipo de tres personas reducido a dos y, al final, a solo una. ¿La venderá? Espero que no.

—No te preocupes, nadie se va a morir de hambre. Pero ¿sabes lo que me estresa de verdad? ¿Cómo sabré cuándo cambiarle el aceite al coche? O ¿cómo se llama nuestra compañía de seguros? Y luego están las contraseñas online... No tengo ninguna —reconoce mi madre—. ¿Será tu nombre? ¿Tu cumpleaños? Todo esto me sobrepasa. El trabajo puedo manejarlo, el problema es todo lo demás... La vida real.

Me doy cuenta de que, además de mí, mi madre no tiene mucha gente que la ayude. Mis abuelos se jubilaron y volvieron a Nueva Delhi hace siglos y, de todos modos, su relación con ellos es muy complicada. Cuando mi madre era niña, hicieron todo lo que estuvo en su mano para que asimilara la cultura norteamericana. Pagaron un colegio privado de postín, mayoritariamente blanco, que apenas se podían permitir. Incluso le preparaban sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada porque los demás niños se metían con ella porque su comida india olía demasiado fuerte. Por como lo cuenta mi madre, la educaron para ser americana y luego se sorprendieron y se disgustaron cuando resultó no compartir sus valores tradicionales. Estoy bastante segura de que, en este caso, los «valores tradicionales» se refieren a que no estuvieron de acuerdo con que se enamorase de un tipo blanco y se casase con él porque, por lo demás, ella está completamente de acuerdo con el resto de sus creencias (bueno, excepto por el hecho de que es una carnívora convencida sin resentimientos y se corta y se tiñe el pelo cada seis semanas). De todos modos, un domingo al mes íbamos al *gurdwara* de Glen Rock y mi padre a veces venía con nosotras, más por la comida india casera que por haber sentido un despertar religioso. Tengo que admitir que, ahora que ya soy lo suficientemente mayor como para elegir por mí misma, yo también voy por la comida. Para respetar los deseos de la abuela, mi madre mantiene el contacto con todos sus parientes, aunque estén en Delhi, Vancouver y

Londres, sean parientes lejanos y, a decir verdad, un grano en el culo. Y aunque no lo hablo con fluidez, me ha enseñado bastante panyabí como para que me defienda. Mi madre habrá nacido en Estados Unidos, pero nunca se ha olvidado de que también somos indias.

Todo el mundo finge delante de mis abuelos, imposibles de complacer, que todo va bien. Vamos a Delhi a visitarlos año sí año no, aunque mi padre siempre se quedaba en casa porque «tenía que trabajar». Fingíamos que era cierto y que no tenía nada que ver con que mis abuelos no lo veían con buenos ojos. Siempre que mi madre habla por teléfono con Bibiji, pone una voz que asocio con su trabajo, la voz de la ejecutiva publicitaria. Las conversaciones entre mi madre y mis abuelos siempre han consistido en una enumeración de nuestros discretos méritos: mis notas, un nuevo cliente que haya conseguido mi madre, un premio local que le hayan dado a mi padre... Como si todo eso formase parte de un discurso de campaña que demostrase que ha tomado las decisiones correctas. Y cada vez que me ponía una lengha o un salwar kameez para la fiesta de cumpleaños de algún primo segundo o tercero (para lo que era necesario pasar tres horas en el coche hasta llegar al centro del estado de Pensilvania), mi madre jamás se olvidaba de hacerme una foto y enviársela inmediatamente a Bibiji por correo electrónico. «¿Veis? —parecía querer decirles—. Aquí no se ha perdido nada. Se lo estoy enseñando todo a ella.»

Y aquí viene la parte más triste y espantosa: en cuanto me pongo ropa india, mi madre avisa a sus padres de inmediato, pero cuando mi padre murió no los llamó hasta el día después del funeral. Mi madre me explicó que sabía que ese fin de semana viajaban a una boda y no podrían venir a Estados Unidos a tiempo, así que no tenía sentido desbaratarles los planes. La verdad es que creo que mi madre no quiso saber si habrían venido o no a presentar sus respetos.

A mí me gusta pensar que sí habrían venido, por supuesto. Quizá no

estuviesen de acuerdo con que mi madre se casara con mi padre, pero no son monstruos. Solo son anticuados. Y, vale, un pelín racistas.

Por extraño que parezca, aunque puede que no les guste que yo sea medio blanca, siempre alaban el color de mi piel.

«Qué clarita —comenta siempre Bibiji, como si el hecho de que mi piel sea un par de tonos más clara que la de mi madre fuese importante y maravilloso—. Y veo que te gusta comer.»

—Yo te puedo echar una mano con todo eso —me ofrezco—. Lo siento.

—Oh, cariño, no digas eso. Todo irá bien, no tienes nada que sentir. No debería haber dicho nada.

Me entretengo poniendo la comida en los platos, que lleno todo lo que puedo. Hay gente que no come cuando está triste, que pierde el apetito y se queda como un fideo. Mi madre y yo no somos de esa clase de gente.

—Te quiero, mami —digo. En cuanto salen las palabras vuelvo a sentirme mal, porque se le llenan los ojos de lágrimas. Solo quiero que sepa que soy consciente de la suerte que tengo de tenerla como madre. Que, si tuviera que elegir a una sola persona en el mundo con la que tener que superar esto, si tuviera que elegir una madre, sería ella. Solo ella. En parte es el dolor el que habla. Antes de todo esto, mi madre a menudo me sacaba de quicio. Es una experta en hacer críticas sutiles disfrazadas de sugerencias: «¿Por qué no te alisas el pelo? ¿No crees que tendrías las uñas mucho más bonitas si no te las mordieras? Esa camiseta ya está un poco vieja, ¿no?». Sin embargo, ahora me siento estúpida por haberme molestado por ese tipo de cosas. Podría morirse mañana—. No pretendía hacerte llorar —añado.

—Tranquila. Son lágrimas buenas, te lo prometo —me asegura mientras se enjuga los ojos con una servilleta de papel. No parecen lágrimas buenas. Parece al borde de estallar en un amasijo de lágrimas y mocos, nada que ver con la mujer que debe de haber sido hoy en el trabajo: poderosa, equilibrada



y con todo bajo control—. Estoy muy agradecida por tenerte a ti, Kit.

Sé que no es su intención, pero sus palabras me hacen daño.

—No me voy a ir a ninguna parte —le prometo, y levanto el dedo meñique para sellar la promesa.

—Un mes entero sin él —se lamenta, ignorando mi dedo estirado—. Pero ¿cómo es posible?

—No lo sé.

—¿Kit? —Espero a que por fin lo diga, que mencione el accidente sin eufemismos, y que luego, quizá, murmure algunas palabras vacías que en teoría deberían consolarme. Me preparo para hablar de todas las cosas de las que se ha negado a hablar hasta ahora—. Tienes un trocito de cebolleta entre los dientes.

*David*

Se sienta en mi mesa otra vez. No me lo esperaba. Me dije que no tenía importancia. Me dije que me he sentado solo 622 veces y que me gusta mi ritual: espero para que sea Emplatadora, la cocinera, quien me sirva porque siempre lleva guantes y, en los días buenos, también la redecilla para el pelo; dispongo la comida en el orden en el que me la quiero comer; como un bocado de cada plato, de pequeño a grande, y vuelvo a empezar. Cambio de música en cuanto me siento; de Mozart, que es lo mejor para moverme por los pasillos, a los Beatles, que es más social, como debería ser la comida del mediodía. Me dije que no pasaría nada si no volvíamos a hablar nunca más. Tengo dos nuevos encuentros relevantes que añadir a mi libreta y en uno de ellos hago reír a Kit Lowell.

A carcajadas.

Incluso echó la cabeza hacia atrás.

—¿Te importa? —pregunta, aunque ya se está sentado.

No espera a que le conteste, sino que mete la mano en su mochila y saca una variada selección de lo que parecen ser sobras de comida china. Probablemente es de los Szechuan Gardens, que es el restaurante chino mejor valorado en Yelp de Mapleview y también el único restaurante chino de la ciudad. Soy particularmente aficionado a su sopa agripicante.

—Siempre eres bienvenida.

Por cómo me mira deduzco que es una respuesta un poco extraña. La verdad, suele serlo. No se me ocurre mucha gente que sería realmente bienvenida a mi mesa. Quizá José, que lleva gafas bifocales, o Stephanie L., a quien nunca he oído hablar en voz alta. Pensándolo mejor, quizá no. José me pediría que me uniera a la Liga Académica, como ha hecho en veintiséis ocasiones durante los últimos tres años. Y Stephanie L., aunque tiene la ventaja de ser claramente poco dada a la comunicación verbal, tiene pinta de hacer ruido cuando mastica. Sufro misofonía y preferiría que su rabiosa masticación no me encolerizase.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dice Kit.

Me abstengo de puntualizar que, al preguntarme si puede hacerme una pregunta, me acaba de hacer una. Hace poco, cuando se lo dije a Esmía en una de nuestras tres llamadas semanales por FaceTime previamente acordadas, me contestó: «Pequeño D, ¿por qué tienes que ser tan pesado?». Por supuesto, eso también es una pregunta, aunque retórica.

—Claro —le contesto a Kit.

—¿Por qué siempre te sientas solo?

Me encojo de hombros, algo que no hago a menudo, y ese sube y baja se me antoja algo extraño. Es un gesto un poco exagerado. Como si fuese una persona confundida en una obra de teatro.

—Ahora no estoy sentado solo.

—Ya sabes a qué me refiero —responde ella. Se está comiendo un rollito de primavera y le brillan los labios de aceite. Solo Kit Lowell podría convertir la comida en maquillaje.

—En este instituto no hay mucha gente con quien quiera sentarme a comer —contesto, orgulloso de no haber añadido lo que Esmía llamaría

«demasiada información»: «Y cuando digo que no hay mucha gente, quiero decir que tú eres la única, Kit».

—No todos somos tan horribles, ¿sabes? —Hace un gesto con la mano que entiendo que significa «aquí hay mucha gente donde elegir», aunque bien podría ser que estuviese espantando una mosca. Decido que tengo razón con un ochenta por ciento de probabilidades frente al veinte.

—¿Sabías que, solo durante este curso, pasaremos 185 horas y media en la cafetería? Me parece que sería pasar mucho tiempo con gente con quien no tengo nada en común, excepto tres coincidencias insignificantes. La primera: como millones de personas, nacimos en el mismo año. La segunda: resulta que nos hemos criado en la misma ciudad pequeña. Y la tercera: nuestros padres decidieron que recibiéramos nuestra educación en el instituto público de Mapleview. —Mientras hablo, cuento hasta tres con los dedos, una costumbre que a mi madre le parece odiosa. La verdad es que estoy de acuerdo con ella, pero es un hábito difícil de cambiar—. Desde el punto de vista de nuestros padres, entiendo por qué esto les parece suficiente para construir una amistad, debido a todas las decisiones compartidas: dónde vivir, cuándo tener hijos, etcétera, pero, para mí, sobre todo porque yo no elegí nada de esto ni tampoco lo habría hecho si mi opinión hubiese contado para algo (y no contó para nada), las características en común no son suficientes. Y muchas de estas personas que tú dices que no son tan terribles son bastante desagradables conmigo. Así que, para responder a tu pregunta original, que no la primera (de hecho, creo que ha sido la tercera): tengo cosas mejores que hacer con mi tiempo que desperdiciarlo con... —Tras haberme decantado por que el gesto de Kit era realmente un gesto y no estaba apartando ninguna mosca, lo imito. Me resulta un poco teatral, pero adecuado para la situación y también muy muy propio de Kit— esta gente.

—Bonito discurso —dice—. A veces yo también me siento así. La gente no es desagradable conmigo, pero coincido en que no tenemos nada en

común. ¿Quién sabe? Igual todo el mundo se siente así. No te he preguntado lo que quería saber en realidad, que supongo que será mi cuarta pregunta: ¿no te sientes solo aquí sentado, sin nadie que te haga compañía?

Levanto la vista y la miro a los ojos. Verde, verde, verde. Hoy no lleva una camisa de hombre. Se ha puesto un jersey que parece suave, de los que me paraba a acariciar cuando mi madre me obligaba a ir de compras. Es amarillo claro, del color del plumaje de un pollito. Lleva una delgada cadena de oro con un gran colgante en forma de K al que le da vueltas con el índice y el pulgar de forma rítmica, como si fuera una cruz o un rosario. Viste unos vaqueros rotos y las rodillas le asoman por los agujeros. Me pregunto si las tendrá frías.

En la cafetería hay mucho ruido, mucho más que cuando uso mis auriculares, que me he quitado en cuanto he visto que Kit se dirigía hacia mi mesa y hacia mí. Ahora recuerdo por qué me gusta llevarlos puestos.

—Llevas cinco preguntas —respondo—. Y sí, claro que me siento solo. Como todo el mundo.

—¿Ves? Tienes más cosas en común con nosotros de lo que pensabas —dice, y sonrío, como si lo que he dicho fuese algo alegre y no triste. Es raro, porque yo pensaba que era claramente lo segundo.

—Es mi turno —digo. Una afirmación declaratoria, aunque superflua—. ¿Por qué has elegido esta mesa?

—¿La verdad? Sabía que me dejarías en paz si te lo pedía. No estoy muy bien últimamente, por si no te habías dado cuenta. —No me había dado cuenta, pero no se lo digo. A mí me parece que está bien. Mucho mejor que bien. Incluso luminosa—. Y no sé cómo enfrentarme a que... Ya sabes, a que todo el mundo me mire todo el tiempo. Si estuviese comiendo todo esto delante de Vi y Annie, empezarían a juzgarme por comerme mis sentimientos y te aseguro que ya sé que lo estoy haciendo. No necesito que insinúen que

ponerme más gorda no me va a ayudar en nada.

—Eso significaría que ya estás gorda —respondo—. Y no lo estás. Aunque tampoco estás delgada. Diría que tienes un peso normal para tu estatura, quizá unos dos kilos y medio por encima de la media en las piernas.

Se ríe. Es la segunda vez que la hago reír y me gusta tanto como la primera.

—Muchas gracias —responde—. Supongo que la honestidad sin filtros era una forma de contestar.

—De nada. No deberías preocuparte por el peso. Estarías guapa aunque estuvieras gorda. Puedes ganar muchos kilos antes de tener que preocuparte. —Intento volver a establecer contacto visual, pero esta vez es ella quién ha apartado la vista. Tiene las mejillas sonrojadas—. ¿Tienes calor? —pregunto.

—Hace un frío que pela.

La temperatura aquí dentro es de aproximadamente diecinueve grados, pero quizá ella tenga más frío debido a las rodillas descubiertas.

—¿Tienes eccema? —pregunto. Es evidente que su sistema nervioso simpático ha hecho que se le dilaten los vasos sanguíneos. La mejor forma de descubrir la causa es por eliminación. No se me dan bien las convenciones sociales, pero las conozco lo suficiente como para saber que no debo preguntarle directamente si la he avergonzado.

—Vaya pregunta. No. ¿Por qué?

—Por nada. —¡Ja! Otra mentira. Se me empieza a dar bien—. Me gusta esa expresión, «comerte tus sentimientos». Tengo una lista de modismos que voy actualizando. Tendré que añadir ese.

—Tú sí que eres un modismo —contesta, y se me encoge el estómago: se está riendo de mí. Pero entonces levanto la vista y veo que sonrío con amabilidad. «Está de broma, eso es bueno», pienso. Solo es tonto, como en

las viejas comedias románticas que a mi madre le gusta ver. Este tipo de intercambio verbal nunca se me ha dado especialmente bien porque es imprescindible disponer de ingenio y rapidez y comprender qué más decir en una conversación.

—Muchas gracias —contesto. Y es mi turno para sonrojarme. Esta vez no necesito descubrir la causa por eliminación. Ya sé cuál es.

Veo muchas películas, sobre todo a modo de investigación sociológica, pero también porque tengo mucho tiempo libre. Lo que he deducido de ellas es que se supone que los adolescentes deben sentir antipatía por sus padres. Debemos pedirles que nos dejen a una manzana del instituto y quejarnos sobre nuestra hora de llegada de los sábados por la noche. Debemos robar alcohol de su mueble bar, emborracharnos en aparcamientos con nuestros amigos y tomar decisiones estúpidas que culminan con accidentes de coche que podrían haberse evitado. Debemos molestarnos más todavía cuando nuestra madre o nuestro padre nos hacen preguntas sobre cualquier cosa relativa al futuro o a nuestros planes.

Una de las ventajas de ser diferente es que a mí no me pasa nada de lo anterior. Mis padres se equivocaron totalmente al elegir mi nombre y mi madre tarda, de media, trece minutos más de lo necesario en comprar pasta de dientes. Mi padre suele darme largos sermones sobre temas en los que solo tengo un interés marginal, como el tráfico o la ornitología, y Esmía me abandonó para ir a la universidad, pero me gusta mi familia. La verdad es que disfruto de nuestras charlas de después del instituto.

—¿Qué tal tu día? —me pregunta hoy mi madre, como hace todos los días cuando vuelvo de clase. Mete una lasaña en el horno. Hoy es martes y los martes cenamos pasta. Aceptar lasaña implica ser un poco laxo con la categoría, pero mi padre y yo intentamos ser flexibles. El martes también toca clase de guitarra, que me gusta mucho más de lo que odio a mi profesor, Trey, lo cual es mucho decir, y luego tengo 73 minutos de entrenamiento de

artes marciales.

—Kit se ha vuelto a sentar en mi mesa.

—Y una mierda —dice mi madre—. ¿Lo dices en serio?

—En serio —contesto, y le permito el «y una mierda» sin hacer ningún comentario, aunque sabe que no me gusta esa expresión. Me hace pensar en estreñimiento y eso me hace pensar en gruñidos, que es el ruido que menos me gusta después de los chillidos y el ruido al masticar. También tengo una lista de mis ruidos preferidos. Solo hay un elemento en ella: la risa de Kit.

—¿Habéis hablado? ¿Te has quitado los auriculares?

—Por supuesto. —Mi conversación con Kit es otro Encuentro Relevante, uno tan agradable que no quiero ni anotarlo en mi libreta. Quiero fingir, aunque sea solo un momento, que no se trata de una ocurrencia excepcional, que este tipo de cosas me suceden todo el tiempo. Que no soy de la clase de personas que necesitan una libreta—. Sé que piensa que soy raro, pero me da la impresión de que aprecia mis rarezas. Como vosotros y, a veces, como Esmía. ¿Tiene sentido lo que digo?

Hago esta pregunta a menudo («¿Tiene sentido lo que digo?»), normalmente a mi familia, porque valoro la claridad y doy por hecho que los demás también. Igual que pedir un bistec en un restaurante y elegir un nombre para los niños, el idioma parece ser optimista de forma inherente e irracional: simplemente damos por hecho que la gente entiende lo que decimos. Que estamos, tal y como dice la expresión, en la misma onda. Y según mi experiencia eso no es así.

—Claro que sí. La verdad es que te imagino como amigo de Kit. Siempre ha sido muy maja. Cuando eras pequeño siempre venía a tus fiestas de cumpleaños. ¿Lo sabías?

—No, aunque no estoy seguro de que las fiestas de cumpleaños a las que vas de pequeño sean un fiel reflejo de tu futura personalidad. —Mi madre no



suspira, se le da bien reprimir ese impulso, pero eso es exactamente lo que haría Esmía si estuviese aquí. Creo que últimamente he mejorado en eso de escucharme a mí mismo. Si mi madre hubiese suspirado, me lo habría merecido—. O sea, tienes razón. Es maja.

—Y tiene una inteligencia fuera de lo normal, igual que tú —dice mamá.

—No sé si esa expresión es aplicable a Kit en forma alguna. Es extremadamente normal.

—Y guapa —añade ella.

«Guapa» no le pega nada.

Es una palabra demasiado pequeña. Como su nombre.

—Guapa no —la corrijo—. Preciosa.

Como de costumbre, Trey llega puntual, ya que sabe que no me gusta que la gente llegue tarde. Lleva lo mismo de siempre: una concha colgada de una cuerda de cuero alrededor del cuello que se compró «en Bali, tío», una camiseta raída con un eslogan (JUST DO IT!) o una perogrullada (YOLO!, las siglas en inglés para «solo se vive una vez»), y unas chanclas, aunque estemos en invierno. Estudia en la Universidad de Princeton, pero no se parece nada a los chicos que salen en la portada del catálogo de asignaturas que me trajo una vez. No lleva pantalones chinos ni cinturón ni americana, y no es blanco. Una vez le pregunté qué era y, después de explicarme por qué esa pregunta era de mala educación, me contestó que era un cuarto chino, un cuarto indio (del sudeste asiático, no nativo americano) y mitad afroamericano. Kit es medio india, pero no se parece en nada a Trey, un ejemplo más de por qué la genética es una disciplina fascinante.

—¿Cómo va, colega? —pregunta Trey después de que hagamos unos ejercicios para calentar los dedos. Sé que esto es lo que la gente define como conversaciones triviales. Y también sé que el mundo sería un lugar mejor si no existieran.

Y ¿por qué me llama colega? No somos amigos. Somos profesor y estudiante.

—Bien —respondo, y señalo la guitarra para que no nos desviemos del tema. Quizá Trey tenga un trastorno de déficit de atención. Tendría que mirar los criterios diagnósticos en mi DSM.

—Escucha —dice, y gruño porque, por raro que sea, Trey es la única persona en mi vida que parece tener el nombre adecuado: es un profesor de guitarra estupendo, pero no se limita a enseñarme guitarra y a mí me encantaría que aprendiera a ceñirse a su trabajo. Le gusta sermonearme sobre la vida, darme consejos para que los apunte en mi libreta y «desafiarme» a hacer cosas con las que no me siento cómodo, como hablar con alguien nuevo cada semana (algo que acabé haciendo, pero quizá me lo guarde para mí porque no quiero darle esa satisfacción), pedir un bolígrafo prestado a algún compañero de clase (algo absurdo porque todos usamos un ordenador portátil) o apuntarme a la Liga Académica (que parece ser una constante en mi vida).

Ese «escucha» quiere decir «voy a pedirte que hagas algo que no quieres hacer». Comprender el subtexto no es lo mío, pero Trey me lo pone bastante fácil.

—Estoy preparando un recital —continúa.

—No —lo interrumpo.

—Ni siquiera sabes qué voy a decir.

—No —repito—. Vamos con «Stairway».

—Quiero que participes.

—No.

—Es en un café. Una situación en la que no habrá presión alguna.

Además, también vendrán algunos de mis otros estudiantes.

—No. No lo pienso hacer.

—David, será bueno para ti, y creo que los demás te caerán bien. Se parecen mucho a ti.

—¿En qué sentido? —pregunto porque, aunque no sé a qué se refiere, no me gusta el cariz que está tomando esto.

Hace una pausa y se acaricia la barbilla, que no tiene pelo. Un gesto muy propio de Trey que he imitado varias veces ante el espejo. A mí no me queda bien.

—Son todos majos. Y tal vez algo tímidos. No son de la clase de gente que se siente cómoda dando un concierto.

—Entonces la lógica dicta que no deberíamos dar ninguno —respondo, y toco un riff corto para hacerle saber que la conversación ha terminado.

Más tarde, durante el entrenamiento de krav maga del día, en lugar de utilizar la fantasía habitual, que consiste en que una banda criminal me asalta en la calle al confundirme con un miembro de una pandilla rival (he de admitir que es una historia poco realista, porque no vivo en un lugar conocido por sus guerras entre bandas de traficantes), me imagino que alguien le roba el bolso a Kit en la calle Principal. En mi mente, persigo al culpable calle abajo y lo neutralizo con una rápida patada en la ingle y un codazo en la cara. Es cierto que se supone que en el krav maga debes evitar los enfrentamientos y atacar solo en defensa propia, pero esta noche me permito esta excepción. Mientras sudo y doy patadas y puñetazos una y otra vez, me imagino el rostro de Kit, con las mejillas sonrosadas, igual que hoy durante la comida. Pero esta vez, en lugar de ser una señal de que está avergonzada, es una señal de que está orgullosa.

## 6

### *Kit*

Violet y Annie me están esperando después de clase en la puerta de la sala de ordenadores y tienen esa mirada que ya identifico como falsa compasión: cejas arqueadas y una media sonrisa preocupada, como si estuviesen a punto de darme una charla para hacerme entrar en razón. O como si fuesen emojis humanos, concebidos y creados para enviar un mensaje en particular.

O quizá sea compasión de verdad, no lo sé. Sea lo que sea, no me gusta cómo me hace sentir.

Todo me lo recuerda.

—Hola —saludo. Me comporto como siempre. Finjo que no he roto muchas de las normas no escritas de nuestra amistad o que no sé lo que va a pasar ahora. He ignorado sus llamadas y sus mensajes. He desertado de nuestra mesa a la hora de comer sin dar explicaciones y sin ninguna razón. Y no le he dicho a Violet qué opino de sus vaqueros de cintura alta—. ¿Qué tal?

—Creo que tenemos que hablar —dice Annie y, aunque está intentando ser amable, me da la sensación de que en el fondo está cabreada, pero sabe que no se le permite estarlo. La muerte de mi padre es la mejor y a la vez la peor carta para quedar libre de la cárcel. Violet me pone un brazo sobre los hombros y me esfuerzo para no apartarme. No quiero esa clase de abrazos

(uno de esos medio abrazos que dicen: «¡Venga, alegra esa cara!»), pero le dejo hacerlo. Parpadeo para contener las lágrimas.

Violet lleva su habitual uniforme ultrapijo: una camisa abotonada y el cabello rubio apartado de la cara con una diadema ajustada y recogido en una complicada trenza que le cae sobre el hombro. Parece una modelo del catálogo de una tienda de ropa cara. Es básicamente la persona más blanca que he conocido nunca. Annie también es blanca (Mapleview no es escenario de mucha diversidad; aquí la gente es blanca por defecto), pero lo es de forma menos manifiesta, si es que eso tiene sentido. No es tan pija como Violet ni sus padres juegan a golf en un club de campo exclusivo ni intentan dejar caer algo sobre la India o sobre algún indio que conocen cada vez que hablan con mi madre. Los padres de Annie son judíos liberales que se conocieron cuando trabajaban con el Cuerpo de Paz en Katmandú. Parecen comprender que el mundo es un lugar vasto y diverso, que lo diferente no tiene por qué asustar a nadie. Me resulta fascinante la cantidad de gente que establece esta relación.

Si no conociese a Violet desde que teníamos nueve años, que es cuando su familia se trasladó a Mapleview desde Connecticut, jamás habría adivinado que es una de mis mejores amigas. Lo que pasa es que, pese a los cuellos de camisa perfectamente planchados, los cinturones cursis y los padres sutilmente racistas que dominan el arte de las microagresiones, Violet es muy dulce. Es la primera en avisarme si tengo algo entre los dientes o pegado a la suela del zapato. Me escribe en el anuario largos mensajes llenos de bromas privadas con bolígrafos rosa y lila. Cuando se enteró de lo del accidente, vino de inmediato a mi casa y esperó en los escalones de la puerta de entrada hasta que mamá y yo llegamos, corrió a abrazarme antes incluso de que yo acabase de salir del coche. Hasta ahora lo ha hecho todo bien, ha seguido el Manual de la Mejor Amiga al dedillo. No tiene la culpa de que yo, de repente, ya no sepa cómo hablar con ellas. De que casi preferiría que se enfadasen conmigo.

Mi amistad con Violet y Annie siempre ha funcionado porque nos equilibramos las unas a las otras. Los estampados estridentes y los monos disparatados de Annie encajan con su personalidad a la perfección. Sin ella, estoy casi segura de que me pasaría todos los sábados por la noche comiendo galletas Oreo con Violet en su sótano y «asistiendo» a fiestas a través de Instagram. Gracias a Annie, nuestras vidas van un poco más allá, aunque, por supuesto, no escapan de Mapleview, que tiene unas dimensiones muy muy limitadas. Pero, aun así, ella nos hace llegar más lejos.

—Chicas, no creo que el asunto de la hora de comer sea como para que tengamos que hablar. Solo he estado un poco desconectada —me excuso, y aprovecho la oportunidad para cambiarme la mochila de lado, una forma de librarme del brazo de Violet sin ser maleducada—. He estado ocupada.

Annie ha sido mi única fuente de vida social desde la escuela primaria. Es la razón por la que pasamos casi todas las tardes en el Pizza Palace, ejerciendo de satélites de planetas como Justin y Gabriel; la razón por la que tenemos los mejores asientos de la cafetería y por la que nos invitan a fiestas de verdad. En mi mundo sería imposible estar ocupada sin ella.

—*WTF?* —pregunta Annie. A veces habla igual que escribe mensajes, una costumbre que no puedo defender.

En mi mente, le respondo del mismo modo: «*OMG*, asco de vida, ya hablaremos».

—Cálmate, Annie —interviene Violet.

—Perdona, no quería ser brusca —dice Annie, y vuelve a hacer otra mueca, como si estuviese haciendo algo doloroso, como depilarse las cejas con cera—. Estoy preocupada por ti, Kit. Deberías hablar con nosotras. Somos tus mejores amigas.

—Solo necesito un poco de espacio —insisto—. Es obvio que no sois vosotras, soy yo.

—¿Por qué hablas como si estuvieses cortando con nosotras? «No sois vosotras, soy yo. Necesito espacio.» —Annie se ríe para intentar relajar la tensión que hay en el ambiente. Como si pudiese convertir mis palabras en un chiste y salir de esta a base de risas.

Casi contesto: «No te pases».

O: «Ahora reírse no es tan fácil».

O: «Por favor, para».

O: «Lo siento».

—No es para tanto, en serio. Solo es la hora de comer —contesto.

—Lo que Kit quiere decir es que lo está pasando mal. Por todo —interviene Violet. Intento no hacer caso de la rabia irracional que siento ante su eufemismo. Es evidente que con «todo» se refiere a la muerte de mi padre. ¿Por qué no puede decir eso y ya está?

Hasta el médico, cuando vino a la sala de urgencias a darnos la noticia a mi madre y a mí, recurrió a lo que a mi profesor de lengua le gusta llamar «prosa púrpura». «Lo hemos perdido —dijo—. Ya descansa.» Como si mi padre fuese una tarjeta de crédito olvidada en un supermercado o un perrito que se ha dormido después de jugar.

Ayer David dijo las palabras justas en voz alta. La desagradable verdad, sin florituras.

—¡Anda ya! Pues para eso están los amigos. Para ayudarte —dice Annie. La miro y me pregunto qué entiende por «ayudar». Probablemente intentar resucitar a la vieja Kit. La Kit anterior a «todo». Pero eso es imposible, porque la vieja Kit está tan muerta como mi padre.

«La hemos perdido —pienso—. Ya descansa.»

—No es sano que te aísles así —continúa Annie.

—Sano —repito con voz inexpresiva porque, de repente, ya no sé qué significa esa palabra. ¿Qué tiene que ver la salud con cómo me siento? ¿Con este dolor inimaginable que hace que me resulte difícil pasar de un instante al siguiente? Sé que solo llevo aquí de pie unos minutos, pero se me han hecho tan largos como si hubiesen sido horas o días. El tiempo se ha convertido en algo interminable e impenetrable, algo que debe soportarse, atravesarse de cualquier forma posible. La salud no es un factor a tener en cuenta aquí. Esto no se arregla ni hablando ni con un batido de frutas y verduras. No todo se arregla con una dieta depurativa de cuarenta y ocho horas.

Ojalá fuese capaz de decirles todo esto, pero no puedo. No sé cómo.

—¡Chicas! —El señor Galto, el encargado del periódico, nos llama para que entremos en el aula y añada ese suspiro tan propio de los profesores desde tiempos inmemoriales. Como si fuésemos reclusas inmanejables en lugar de alumnas aventajadas de matrícula de honor—. Si queréis tener la oportunidad de llegar a redactora jefa, más os vale entrar.

Como no tengo talento para el atletismo, la música ni nada por el estilo, mi objetivo desde que tengo memoria es el puesto de redactora jefa. Violet y Annie también van detrás de él. Es la manera que tenemos las chicas como nosotras de adornar nuestras solicitudes para la universidad sin tener que sudar o unirnos a la banda de música del instituto. Hoy es el día que nos presentamos oficialmente como candidatas. Últimamente he fallado con algunas fechas de entrega, pero tengo la esperanza de que mi carta para quedar libre de la cárcel valga también para las actividades extraescolares.

—Por favor —les digo. Son las peores palabras que podría haber elegido, porque esa mirada ha vuelto. Y esta vez la compasión es real. La veo a través de la tristeza que hay en la mía.

—Por favor, ¿qué? —pregunta Annie, con voz tan amable que casi me rompe en pedazos. Se supone que ella no es amable. Se supone que es agresiva y a veces un poco mala, porque es la única que se arriesga y



consigue todo lo que se propone.

Se supone que Annie debería decirme que lo supere de una vez y deje de lamentarme, y quizá incluso podríamos discutir por ello, por lo poco que entiende lo que me está sucediendo ahora mismo. Cualquier cosa sería mejor que esto.

Me empieza a temblar el labio inferior y me doy cuenta de que si me quedo aquí plantada un segundo más romperé a llorar en medio del pasillo. Justo antes de que suene la campana, cuando el tráfico de gente llega a su punto álgido.

Ni hablar. No pienso llorar aquí. No estoy dispuesta.

—¡Última oportunidad! —grita el señor Galto desde el aula.

Hago lo único que puedo hacer. Me largo. Tiro por la borda casi tres años de trabajo en el periódico y mi única oportunidad de ser la redactora jefa.

Echo a correr pasillo abajo.

Cuando al fin llego a mi coche y entro, me doy cuenta de que es el último lugar sobre la faz de la tierra en el que quiero estar. Bajo las ventanillas del todo y pongo el aire acondicionado al máximo. Enciendo la radio. No me salen las lágrimas.

Estoy demasiado alterada para conducir, así que me quedo sentada y miro fijamente el reloj del salpicadero, mientras me maravillo por lo quietos que están los números.

—Por favor, por favor, por favor... —susurro una y otra vez, un mantra vacío porque todavía no sé por qué suplico.

Suena el teléfono, que tiene un cable en forma de muelle y cuelga de la pared, como si estuviésemos en el siglo XVIII o algo así. Es nuestro teléfono fijo «para emergencias» que mi padre insistió en que instalásemos, aunque todos tuviésemos nuestro propio móvil. Él era así. Cada año, para celebrar su

cumpleaños, cambiaba las pilas de la alarma de incendios y del detector de monóxido de carbono. En el sótano tenemos una caja de carne desecada, comida enlatada y galones de agua por si hay un huracán de categoría seis o un apocalipsis zombi. Y en la nevera hay una tarjeta plastificada con el número de teléfono del Centro de Control de Envenenamientos, aunque tengo dieciséis años y es poco probable que me trague una botella de detergente por error.

—Nunca se sabe —solía decir—. De verdad, nunca se sabe. Ni te imaginas los golpes bajos que te puede dar la vida.

Mi padre se quedó huérfano cuando tenía veintipocos años. Mis dos abuelos paternos murieron de cáncer con un año de diferencia. Mi abuelo murió de cáncer de huesos y mi abuela Katherine de cáncer de mama. Me llamaron así en su honor.

—Una aliteración de cánceres —bromeaba él—. Algo insólito.

Nunca se me ocurrió pensar en cómo debió de ser perder a sus dos padres. Cuánto le debía de costar hablar de ello de forma tan desenfadada conmigo, que soy tan estúpida que nunca me paré a pensar en la magnitud de la palabra «siempre». Que me reía de la yuxtaposición de las palabras «aliteración» y «cáncer» como si fuese algo muy ingenioso.

Mi madre me contó que mi padre cambió por completo tras la muerte de mis abuelos. Dejó de beber cerveza con sus amigos, guardó su guitarra eléctrica y se cortó la melena grunge estilo años noventa. Empezó a tomarse su relación con más seriedad, aunque ambos habían dado por hecho que no sería más que un rollo pasajero entre universitarios. Solicitó una plaza en odontología, aunque nunca había mostrado pasión alguna por los dientes o las encías ni por diagnosticar gingivitis. Se sacó el carnet de adulto casi de la noche a la mañana. Eligió el pragmatismo y la estabilidad antes que la pasión.

Y ahora que pienso en la caja que mi padre construyó con tanto mimo

para mí (no solo la del sótano, sino esta ciudad tan segura, esta casa con un sistema de alarma, esta familia de tres), veo que después de todo no sirvió para protegernos. Mi padre solo lo hizo para sentirse mejor. Me doy cuenta de que vamos por ahí fingiendo que tenemos algún control sobre nuestro destino porque reconocer la verdad —que da igual qué hagamos porque el suelo se desmoronará bajo nuestros pies cuando menos lo esperemos— es demasiado insoportable.

El teléfono vuelve a sonar y doy un brinco, como si estuviese en una película de terror. Me da tanto miedo contestar como no contestar.

—¿Kitty? —Es el tío Jack, el mejor amigo de mi padre y mi padrino. Fue el compañero de habitación de mi padre durante el primer año de universidad y su padrino de boda, y ha sido un invitado habitual en casa durante este último año, desde que su esposa lo dejó. El mes pasado asumió también el trabajo de albacea de las propiedades de mi padre.

—¿Qué pasa? —pregunto, porque este es el teléfono «para emergencias». Se usa en caso de emergencias.

—Nada, todo va bien. Bueno, bien, no, ya sabes. ¿No estará por ahí tu madre? He llamado a su oficina, pero me han dicho que no estaba. —Mi madre se ha ido a trabajar esta mañana, como siempre. Parecía estar incluso mejor que ayer.

—Lo siento, no está.

Conozco al tío Jack de toda la vida. Lo llamo «tío» siguiendo la tradición india, como muestra de respeto, aunque técnicamente no es familia (ni tampoco indio). Cuando era pequeña me hacía aparecer monedas de detrás de la oreja y doblaba el pulgar como si estuviese partido en dos. Vino a mi ceremonia de graduación de primaria solo porque quería verme subir al escenario. Lleva todo el mes diciendo lo mismo de maneras diferentes y no lo quiero volver a oír. «Ha sido insólito.»

Pienso en que la policía nos informó de que el semáforo no funcionaba (habían encargado su reparación para la semana siguiente) y de que cuando hicieron la prueba de alcoholemia dos horas después del accidente el otro conductor estaba bajo el límite legal. Que no se cometió ningún delito. No había nada que procesar. Pienso en que el otro coche avanzó por la intersección contra mi padre. Literalmente. Contra mi padre. Eso fue lo que lo mató: el impacto.

Mi madre no sabe que el día después de su muerte, mientras se echaba una siesta inducida por el Xanax, cogí un taxi hasta el desguace para ver con mis propios ojos qué había quedado del coche. Necesitaba sentir que era real, tener pruebas de que mi padre estaba muerto de verdad. No perdido, como había dicho el médico, ni esperando en algún sitio a que lo encontrásemos.

Lo único que quedaban eran pedacitos de Volvo. Parecía un coche de papiroflexia. Le hice una foto, pero no me parecía más real que antes. El accidente era un vacío. Una historia que nos contaron sobre personajes que no conocíamos, sobre vidas que no nos importaban. Pero ahí estaba el coche, mi padre estaba muerto y yo no.

Yo no estaba muerta.

No llegué a conocer a los padres de mi padre, a mis otros abuelos, y si alguna vez tengo hijos, ellos no conocerán a mi padre. Si algún día me caso, él no estará para acompañarme al altar. El día de mi graduación solo estará mi madre entre el público. De ahora en adelante, cada momento feliz de mi vida tendrá el sabor amargo, desgarrador y permanente de la pérdida.

—Ha sido insólito —dice Jack. Era de esperar.

No está bien que sus palabras sean un eco tan preciso de las de mi padre. Que use la misma expresión vacua. Por primera vez, reparo en la mentira implícita que hay en ellas. Me doy cuenta de que el que sea insólito no lo hace menos cierto. Solo desvía la atención. Es un truco de magia verbal.

No es la verdad. No es la verdad en absoluto.

Esta noche mi madre viene a mi cuarto a arroparme, algo que no había hecho en muchísimo tiempo, quizá años. En los últimos días nos hemos quedado dormidas en medio de alguna actividad, empachadas de la comida que nos traen a domicilio. No paramos hasta que nuestros cuerpos se rinden.

—¿Cielo? —Mi madre se sienta en la cama a mi lado y las mantas me aprietan el cuello debido a su peso. No le pido que se mueva. Me he tomado dos ibuprofenos para librarme de esta sensación identificable, de este vacío tembloroso, pero las pastillas no sirven para tratar esto, sea lo que sea—. Hoy, en el tren, me he encontrado con la madre de Violet.

—¿Ah, sí? ¿Ha dicho algo sobre el curri? —pregunto como si no tuviese ni idea de lo que va a decir ahora. Por supuesto, era solo cuestión de tiempo. Una de mis amigas acabaría contándole algo a su madre y la madre de esta a la mía. Como cuando de niñas jugábamos al teléfono roto y nos susurrábamos secretos de oreja a oreja.

Mi madre se ríe de mi chiste sin gracia.

—No, esta vez no. Me ha dicho que Violet le ha contado que últimamente no te sientas con ellas a la hora de comer. —Me acaricia el pelo, que es un poco más claro que el suyo. Siempre he querido teñírmelo de color castaño oscuro para que lo tengamos igual.

Cuando era pequeña estaba convencida de que, en realidad, mi madre era una superheroína. Pensaba que Mandip Lowell era solo una identidad secreta y que cada noche, mientras yo dormía, se dedicaba a luchar contra el crimen y pateaba a los malos mientras gritaba: «¡Kiá!». Ahora creo que podría representar el papel de una de esas policías demasiado guapas de las series dramáticas de televisión, de las que corren por callejones sin salida en un set de rodaje. Me la imagino apuntando con una pistola de atrezo: «¡Detente o disparo!».

Mi madre es fuerte y puede correr con tacones.

Pero voy a ser sincera. Sería mucho más probable que le diesen el papel de una terrorista, una taxista que dice que sí con la cabeza todo el rato o una dependienta de una tiendecita de comestibles. En televisión no se ve a menudo a personas con su aspecto y que además hablan como ella.

—No pasa nada, mamá. Solo necesitaba un poco de espacio. —Ella asiente como si me comprendiera. Y quizá sea así.

—No soporto pensar que estás allí sentada sola.

—Me he sentado con uno de los chicos, con David Drucker, ¿sabes quién es? Es majó.

—¿David Drucker? ¿El hijo de Amy? Antes era un bicho raro. —Me tira de un mechón de pelo, que vuelve a ondularse en cuanto lo suelta. No me cabe duda de que lo que siente cuando me mira a mí, su única hija, es decepción. Se supone que las mujeres hermosas deben tener hijas hermosas. Estoy segura de que pensaba que, al menos, yo tendría un aspecto «exótico», una palabra repugnante que toda persona mestiza ha oído miles de veces, aunque no es aplicable en mi caso. Los rasgos de mis dos padres se mezclaron para dar lugar a una persona fácilmente olvidable. Mi piel es lo bastante oscura como para que, en este barrio residencial superblanco, la gente sea a veces tan maleducada como para preguntarme: «¿Y tú qué eres?». Siempre parecen decepcionados cuando les digo que no soy latina, que es lo primero que se les pasa por la cabeza. Como si adivinar mi origen étnico fuese un juego muy entretenido—. Cuando eras pequeña ibas a sus fiestas de cumpleaños —recuerda.

—Sigue siendo muy raro, pero resulta que quizá lo sea en el buen sentido, ¿sabes? —Miro a mi madre y pienso en que no hay superhéroes de piel oscura y en que probablemente yo esté demasiado gorda para salir en televisión. Quizá debería alisarme el pelo y teñírmelo de un color más oscuro.

Pasar un poco más de tiempo al sol. Así mi madre y yo nos pareceríamos más. Sin mi padre a nuestro lado, las dos juntas no tenemos mucho sentido.

Quiero decirle que David era uno de los pacientes de papá, pero no soy capaz de pronunciar esa palabra en voz alta: «papá».

—¿De verdad? Entonces, ¿quieres volver a jugar con David? —pregunta con las cejas enarcadas.

—No es eso.

—¿Sigue siendo igual de mono?

Me descubro sonriendo en la oscuridad, con la mirada fija en el techo. Y casi se me escapa una carcajada porque, de entre todos los chicos del instituto, de entre todos los chicos del vasto mundo, estoy pensando en David Drucker. El bicho más raro de todos.

Sí que es mono.

Más o menos.

Pero sigue siendo David Drucker.

—En una tormenta vale cualquier puerto, cariño. Cualquier puerto —dice mi madre, y se echa a reír.

*David*

Cruzo los dedos. Un gesto infantil por mi parte, sí. Y por supuesto irracional. No soy supersticioso. No creo en conceptos inventados como el destino. Creo en la ciencia. En lo que podemos ver, sentir y calcular con instrumentos bien calibrados. Pero, aun así, que Kit se haya sentado en mi mesa tres días seguidos parece ser de una probabilidad equivalente a lanzar una moneda al aire cien veces y que salga cara en todas ellas. Este tipo de cosas simplemente no suceden.

No tengo la menor duda de que ayer dije algo ofensivo sin querer, tal y como suelo hacer, y de que ya no seremos amigos, si es que sentarnos juntos dos veces y hablar en las gradas se puede clasificar como amistad. Yo sí que lo clasifico así, claro, pero estoy seguro de que Kit tiene un baremo más exigente. Le he retransmitido nuestra conversación a Esmía palabra por palabra y me ha dicho que no debo volver a hablar jamás sobre el peso de una chica, en ninguna circunstancia, ni siquiera si es ella quien saca el tema. Ha sido inflexible al respecto; incluso me ha obligado a anotarlo en la sección de «Normas» de mi libreta.

Como corolario, también hay una única respuesta correcta cuando una chica pregunta si está gorda.

Esa respuesta es: «no».



Y precisamente por eso cruzo los dedos; espero, contra toda esperanza, no haberlo estropeado todo y que, pese a que todas las pruebas apuntan en la dirección contraria, con desear algo baste para que suceda. Cinco minutos después de que empiece la pausa para comer, justo cuando mi optimismo se disipa, aparece ella, Kit Lowell, que viene directa hacia mi mesa. Puede que pronto sea nuestra mesa, aunque no sé cuántas veces tenemos que sentarnos juntos para que sea adecuado usar el posesivo plural.

—Ayer te cogí apuntes en clase de física —le digo mientras saca su comida de hoy, que son sobras de comida india de algún restaurante. Espero que sea del Star of Punjab, que es el segundo restaurante indio de Mapleview con mejor puntuación en Yelp. Mi padre y yo nos negamos a ser clientes del número uno, Curryland, pese a la relevancia estadística de las siete reseñas de cinco estrellas a su favor, porque tenemos como norma evitar los restaurantes que recurren a una temática, especialmente si es tan absurda como fingir que los clientes son turistas en un lugar de fantasía llamado Curryland.

—Gracias —responde ella, y se pone arroz y un pedazo de naan en el plato. Una ración doble de carbohidratos; una mala idea si, como sugirió ayer, le preocupa engordar. Me guardo esta observación para mí. «Gracias, Esmía.»

—No suelo tomar apuntes y seguro que tus amigas también te cogieron, pero pensé que los míos estarían mejor —continúo. Ella me mira con el ceño fruncido, una clásica expresión de desagrado, y me pregunto en qué me habré equivocado. También le he hecho un resumen de literatura inglesa y de historia universal, pero Esmía me dijo que no se los ofreciera a no ser que me los pidiese. No me conviene «pasarme», signifique lo que signifique eso.

—Madre mía, pues sí son mejores, sí —dice Kit al echar un vistazo a mis apuntes, que incluyen dos dibujos tridimensionales para cada paso del experimento con permanganato de potasio que hicimos en el laboratorio. Y entonces su rostro se transforma: una sonrisa. Eso significa que la he hecho

feliz—. Debes de haber tardado siglos. Qué bonitos son. Lo digo de verdad.

—Siglos, no: 76 minutos aproximadamente.

—Pero esto no son apuntes de física. Esto es arte. En serio, no tenías por qué.

—En serio, lo hice encantado —contesto.

—Bueno, pues gracias. En serio —dice ella.

Más «tonteo». Quizá sea mi nueva palabra preferida.

—¿Star of Punjab? —pregunto.

—Sí. No me gusta Curryland. Es comida india para idiotas —dice Kit. Estoy sonriendo, pero no lo puedo evitar—. ¿Quieres un poco?

Asiento, aunque no me gusta compartir la comida. Pero Kit parece estar en un perfecto estado de salud, incluso robusta, y, en cualquier caso, merecería la pena ponerse enfermo por ella, siempre que no me contagie algo que dure mucho, como la mononucleosis. En casa suele cocinar mi padre, con la excepción de las noches de pasta de los martes, ya que mi madre tiene raíces italianas. Me pregunto si Dentista tendría interés por el arte de la gastronomía, cosa que explicaría la tendencia recientemente adquirida de la familia de Kit por la comida a domicilio. Antes solo se traía sándwiches, aunque me sentaba demasiado lejos de su antigua mesa para distinguir de qué eran.

—Probablemente te sorprenderá saber que soy muy buen cocinero. Sé hacer esto —afirmo señalando el pollo tikka.

—¿De verdad? Mi madre siempre me promete que un día me enseñará a cocinar, pero luego nunca tiene tiempo. ¿Cómo aprendiste? —Se inclina hacia delante y apoya la barbilla en la mano. Tiene los codos a unos veinte centímetros de los míos. Sus rodillas están todavía más cerca: se mediría mejor la distancia en milímetros. Ojalá pudiera sacar mi metro, porque me

gustaría fijar un número exacto para definir esa distancia. Una medida que luego podría escribir en un pedazo de papel para guardármelo en el bolsillo y sacarlo los días en los que necesite la seguridad de un número.

—Me gusta la ciencia, y la gastronomía parecía una extensión natural de la ciencia. —No le digo que a veces también cocino para ayudar en casa, sobre todo ahora que Esmía no está, porque las películas de adolescentes me han enseñado que ayudar a tus padres no es guay. Aunque eso no tiene mucho sentido para mí, igual que todo lo demás a lo que se aplique la palabra «guay».

—No te lo tomes a mal, por favor, pero mira que eres raro —dice ella. La miro, o al menos le miro la barbilla, y descubro que un comentario improvisado de Kit tiene la capacidad de alterar mi respiración—. Pero raro en el buen sentido, ¿sabes?

«Raro en el buen sentido.»

Que soy «raro en el buen sentido» es lo que llevo años diciéndome siempre que ser «raro» sin más era una carga demasiado pesada. «Raro en el buen sentido» es la única solución al problema cuando «normal» no es una opción viable. «Raro en el buen sentido» bien podría ser lo contrario a «guay», pero yo nunca he aspirado a ser guay. Al menos, no la versión de «guay» que conozco.

—Gracias.

—Y hablando de cosas raras, tengo que hacerte una pregunta que no viene mucho a cuento. ¿Qué puedes contarme sobre la física cuántica? —pregunta Kit, y siento un escalofrío que nace en el final de mi espina dorsal y se extiende hasta arriba del todo.

Esmía me sugirió que pensase algunas ideas para mantener con Kit conversaciones de cosas sin importancia, en el caso de que hoy volviese a sentarse en mi mesa.

Y ¿cuál era la primera de la lista?

La física cuántica.

Es casi suficiente como para que me replantee el concepto de «destino» en su totalidad.

Quizá sea porque tengo el cerebro tan saturado de Kit que me he olvidado de mantener la cabeza gacha y los ojos fijos en el suelo. Llevo los auriculares, por supuesto, pero el volumen está más bajo de lo habitual porque, al contrario de lo habitual, hoy no quiero amortiguar mis pensamientos con sonidos. Hoy quiero regodearme en la comida de hoy, reproducir el «Bueno, pues gracias. En serio» de Kit una y otra vez. Y también su sonrisa. Cómo nuestra conversación iba hacia delante y hacia atrás, de forma específica y precisa, sin dejar casi lugar a los malentendidos.

—¡David! ¡David! —me llama José, y me saluda moviendo la mano delante de mi cara, de forma que no tengo otra opción que detenerme y pausar la música de mi móvil.

Este encuentro me va a descolocar todo el horario y eso significa que ahora es muy poco probable que la *Sinfonía número 36 en do mayor* termine justo cuando me siente en mi silla en clase de física. Maldita sea.

*JOSÉ GUTIÉRREZ: gafas. Pelo castaño con raya en medio. Unicejo. Es el segundo chico más inteligente del instituto, después de mí.*

#### Encuentros relevantes

*Noveno: me pidió prestados los apuntes tras haber faltado por la gripe. Se los presté y me dijo: «Gracias». Yo le contesté: «Supongo que si me pongo enfermo podré tomar prestados los tuyos, aunque yo no me pongo enfermo», y él respondió: «Todo el mundo se pone enfermo. Es biología básica». Entonces dije: «Quiero decir que no me pongo enfermo a menudo» y él contestó: «Vale».*

#### Amigos

*Aaron C., porque los dos son presidentes del club de física.*

—¡David! —exclama José por tercera vez, aunque ahora ya es obvio que ha llamado mi atención.

—Por favor, no me vuelvas a pedir que me apunte a la Liga Académica. Me lo has pedido ya 26 veces y te he dicho que no 26 veces. —Le doy esta información de forma voluntaria.

—En realidad han sido 27. Esta es la número 28 —me corrige José, que, inexplicablemente, continúa de pie delante de mí, sin dejarme pasar—. ¿Te unirías al equipo, por favor?

—No —contesto. ¿Han sido 27 veces? Perder la cuenta no es propio de mí. Las matemáticas no son mi disciplina preferida (me interesan más las ciencias), pero valoro la precisión.

—Te necesitamos. Tenemos un encuentro importante contra el Ridgefield Tech y son muy buenos. ¿Quién fue el matemático que demostró la infinitud de los números primos?

—Qué fácil. Euclides.

—¿Ves? Serías perfecto.

—¿Sabías que Einstein dijo que la definición de la locura es hacer lo mismo una y otra vez esperando un resultado distinto? —pregunto.

—Había oído la cita, pero no es de Einstein. En realidad, la mayoría de las citas que se le atribuyen en contextos no científicos están mal atribuidas.

—¿En serio?

—Pues sí. Además, he pensado en ello y me he dado cuenta de que, como cada vez que te lo pregunto es una vez más que la anterior, no es hacer lo mismo una y otra vez, así que hay al menos una pequeña posibilidad de obtener un resultado distinto. Por lo tanto, no estoy loco. Al menos no debido a esto. —José pronuncia su monólogo mirando a mi hombro izquierdo—. Una cosa más. ¿Crees en el multiverso?

Culpo a Kit y a que me haya preguntado sobre física cuántica y me haya hecho pensar que todo es posible porque, durante un segundo, me lo imagino: estoy de pie en un escenario y Kit, entre el público. Yo respondo pregunta tras pregunta, salvando a Maplevew de una derrota a manos del Ridgefield Tech. Kit está impresionada por mis amplios conocimientos sobre termodinámica y excitada por el tamaño del trofeo que inevitablemente me llevaré a casa. En lo que respecta a los trofeos, es innegable que el tamaño importa.

—Sí y sí —contesto.

—¿Sí te unirás al equipo y sí crees en el multiverso?

—Sí —repito.

José sonrío y me doy cuenta de que tengo algo nuevo que añadir a su descripción en mi libreta. ¿Cómo es posible que no me hubiese dado cuenta hasta hoy de que lleva unas gomas de color rosa fosforito en los aparatos de los dientes? Espero que esa distracción no afecte a mi desempeño.

Más tarde, después de clase, veo como Kit se dirige a su Corolla rojo. Saca el llavero con control remoto con manos temblorosas para abrirlo. No hace tanto frío, así que llego a la conclusión de que ese temblor se debe sobre todo a la ansiedad. Mañana tenemos dos exámenes, historia universal y literatura inglesa, y ella faltó a las clases de ayer. Hoy me he sentido aliviado al ver que no se ha vuelto a largar del instituto. Todo es mejor cuando está ella, al otro lado del aula, a menos de cinco metros de distancia. Me gustaba que estuviese allí incluso antes de que empezase a hablar conmigo.

Valoro la posibilidad de llamarla. De romper la norma de Esmía. Seguro que mis apuntes le resultarían útiles, sin duda, serán mejores que los que le hayan prestado sus amigas. Pero no. Mi hermana sabe de lo que habla. Es mejor que confíe en la ley de la ventaja comparativa y deje que mis decisiones sociales las tome un tercero.

—¡Eh! —dice Kit, y miro detrás de mí para ver a quién se dirige. Probablemente sea Justin o Gabriel—. No, bobo. ¡Tú!

—¿Yo? —pregunto. Examino el contexto de nuestra interacción. No hablaba de forma literal. «Bobo» incluso podría considerarse un término cariñoso.

—Sí. ¿Necesitas que te lleve a casa?

Mi coche, un Honda Civic de cinco puertas del 2009 con 157.077 kilómetros, está aparcado, igual que todos los días, dos filas a un lado y tres plazas por detrás del suyo. El número de la plaza es el 89. No me hace falta Esmía para saber cuál es la decisión correcta.

Ni siquiera es una mentira de verdad. La gente usa las palabras «querer» y «necesitar» de forma intercambiable constantemente.

—Sí, por favor —contesto—. Necesito que me lleves.

—¿Me explicas otra vez esa teoría de que la conciencia sobrevive a la muerte? Porque a mí no me parece que sea ciencia de verdad. Me suena mucho a religión —dice Kit y comprueba que llevo el cinturón de seguridad abrochado antes de salir del aparcamiento. Conduce con las manos en una posición que equivale a las agujas del reloj cuando marcan las 10.10 y mira por el retrovisor cada cinco segundos, tal y como sugiere el manual de la Dirección General del Tráfico. Mi madre, que nos enseñó a conducir a Esmía y a mí, estaría impresionada.

—Básicamente, el quid de la cuestión es que nuestro cerebro es el depósito de nuestros sentimientos, pensamientos y deseos —explico, y me sonrojo. Ojalá no hubiese usado esa palabra: «deseo»—. Es el recipiente de nuestra conciencia. Y cuando morimos y ese contenedor físico se erosiona, nuestra conciencia podría seguir viviendo.

Frunce el ceño y se inclina por encima del volante. Me pregunto cuánto tiempo podría estar observándola sin aburrirme. Estimo que al menos 39

minutos.

—La dualidad entre el cuerpo y la mente refleja la que hay en la relación entre onda y partícula, cosa que lleva a los físicos cuánticos modernos a plantear que las leyes de la física cuántica que rigen la mente y las partículas son las mismas, como si la mente fuese un objeto físico —continúo. Por un instante, me pregunto si tengo razón. Este tema me resulta fascinante, pero mi comprensión del mismo no es muy consistente. Un segundo lo veo todo claro (y lo veo de verdad, veo las tres dimensiones de la teoría dispuestas delante de mí, en imágenes) y un segundo después ya no.

—Mi padre me contó que le hablabas de todas estas cosas cuando ibas a la consulta. ¿Hablabais sobre todo esto? ¿De si la conciencia sobrevive a la muerte? —pregunta. Si hubiese sabido que lo que decía en la silla de Dentista llegaría a oídos de Kit habría sido mucho más cuidadoso con mis palabras. Quizá incluso estratégico. ¿No existe la confidencialidad entre médico y paciente? Ya sé que piensa que soy raro. Raro en el buen sentido, quizá, pero raro de todos modos. No necesito que también piense que me falta un hervor.

—La verdad es que no. Hablábamos sobre una nueva teoría de la física cuántica sobre el flujo del tiempo. Puedo hablarte también de esa si quieres.

—No, no hace falta. A mi padre le interesaban todo tipo de cosas. Por ejemplo, tenía una colección de microscopios y de lupas antiguos. Y le encantaban los libros sobre arte, así que tenemos la casa llena. Estaba obsesionadísimo con la meteorología y el canal del tiempo y con esos árboles diminutos. Los bonsáis. Se llaman así. Bueno, que me voy por las ramas. El caso es que te nombró y dijo que le caías bien. —Me quedo mirando por la ventanilla mientras conduce por la calle Principal. Aunque hace frío, ha salido el sol y hay gente que pasea con perros y carritos, con los abrigos puestos pero desabrochados.

Hay demasiado donde mirar. Demasiados colores, demasiada gente y demasiadas formas. Bebés con gorros de lana. Carteles que anuncian rebajas.



Un poste de barbero antiguo que da vueltas. Vuelvo a mirar a Kit y me concentro.

—Era mutuo. —Me imagino a Dentista, con esa luz que llevaba en la frente, y recuerdo que siempre olía a látex por los guantes de goma. Me habría encantado charlar con él sobre meteorología, ya que mis conocimientos sobre ese tema son como mucho rudimentarios—. ¿Quién sabe? Quizá los físicos tengan razón y no haya desaparecido. O sea, tu padre está muerto, claro, pero creo que es reconfortante creer que una pequeña parte de él o, mejor dicho, la parte más importante de él, su conciencia, sigue ahí fuera de algún modo. O, al menos, tener esa esperanza.

—Sí, sí lo es —dice ella.

—Pero sigue siendo un asco que no vayas a poder volver a verlo. La conciencia no es lo mismo que el que continuase siendo tu padre. Obviamente, ese habría sido el resultado más deseable.

Ella resopla. No tengo ni idea de qué significa eso. Pero, signifique lo que signifique, no me parece que un resoplido sea neutral.

—No se puede negar que llamas a las cosas por su nombre. No mucha gente lo hace, ¿sabes?

—Sí.

—Todo el mundo me trata con pinzas últimamente. Incluso mi madre. Tu honestidad brutal es... como un sople de aire fresco, por raro que suene.

Le digo que gire a la derecha, que mi casa está en la esquina. Aparca en la entrada y ahora ya no me queda nada por hacer más que salir del coche.

—Gracias por traerme.

—Cuando quieras —contesta, y quiero preguntarle qué quiere decir con eso. Si es una oferta real o lo dice por educación. La ambigüedad de nuestro idioma, como en todos los idiomas, es frustrante. Bueno, excepto por el

loglan, claro, que se derivó de los principios lógicos matemáticos precisamente para evitar este tipo de confusiones. La verdad es que si todos lo hablásemos nos iría mucho mejor.

Entro en casa y miro por la ventana como Kit da marcha atrás. La distancia que nos separa crece exponencialmente y yo espero ahí, con las manos en el cristal, hasta que ya no soy capaz de estimar cuánto mide.

Diez minutos después, mi madre me lleva hasta el instituto, que está a ocho kilómetros, para recoger mi coche.

Sonríe durante todo el trayecto.

8

Kit

**Para:** Kit

**De:** Mamá

**Asunto:** Las cinco etapas de todo es una mierda

Es de madrugada y me acabo de encontrar con este artículo sobre las cinco etapas del duelo:

1. Negación
2. Ira
3. Negociación
4. Depresión
5. Aceptación

Obviamente, el BEICON debería ser el número uno de la lista. Además, he decidido que me voy a saltar los primeros tres pasos y voy a ir directamente a la DEPRESIÓN. ¿Estás conmigo en esto?

**Para:** Mamá

**De:** Kit

**Asunto:** Re: Las cinco etapas de todo es una mierda

Deberías enviarme un mensaje como una persona normal. ¿Quién sigue mandando emails? Cosas que faltan en esta lista: chocolate, ver Netflix durante horas, ponerse el pijama.

Sobre lo de la depresión, creo que te he adelantado. #vidademierda

—¡Eh! —saluda Gabriel cuando entro en el Pizza Palace. Está superemocionado, como si no me hubiese sentado detrás de él en clase de cálculo hace dos horas. Como si estuviésemos en la sección de llegadas en un enorme aeropuerto internacional y yo acabase de llegar de un viaje de un año alrededor del mundo. Suelta a Justin, al que le estaba haciendo una llave de cabeza, y me da un abrazo enorme.

—Hola, chicos —saludo, y hago una mueca que se aproxima a una sonrisa. Requiere de una coordinación muscular complicada. Me canso más que aquella vez que Violet me obligó a probar el pilates.

Miro hacia donde están mis amigas. Violet salta del reservado y corre hacia mí. Annie me hace el saludo de los Boy Scouts, que es una broma recurrente entre nosotras, y me doy cuenta de que me la he ganado solo con haber venido. Eso me hace sonreír de verdad y con la sonrisa me entran ganas de llorar, así que paro.

—¡Has venido! —exclama Violet.

—No puedo quedarme mucho rato.

En cuanto lo digo, me doy cuenta de que es verdad. Después de haber dejado a David, estar sola en el coche se me ha hecho insoportable, y estaba más cerca del Pizza Palace que de mi casa. Desde el accidente, mi madre me obliga a conducir a cada oportunidad que se me presenta. Dice que no quiere que desarrolle una fobia para toda la vida y creo que su plan funciona, más o menos. De todos modos, cuando estoy sola en el coche me estremezco cada vez que paso junto a un todoterreno, y soy demasiado consciente de lo rápido que van los otros vehículos, de lo delgada que es la línea que me separa de ellos y de lo fácil que es que un solo error baste para matarnos a todos. Los coches son máquinas terribles, poderosas y destructivas. Quizá los adolescentes de dieciséis años no deberían tener permiso para conducir. Quizá no debería tenerlo nadie.

Ahora, aquí, con todos, no me siento mejor que cuando venía. Últimamente sudo cuando estoy con mis amigos, como si fuese un tipo de ejercicio cardiovascular, pero sin las endorfinas y la satisfacción que sientes después de hacer deporte. Necesito rogarle a mi cuerpo que resista.

—No me puedo creer que ayer te largases del periódico —dice Annie—. Después de tanto trabajo, ¿vas a tirar a la basura la oportunidad de ser redactora jefa?

Me encojo de hombros y Gabriel aprovecha la oportunidad para empezar a darme un masaje.

—Estás tensa —observa. Gabriel y yo estuvimos juntos el año pasado, aunque fue visto y no visto. Una de esas estupideces que pasan porque te encuentras en una esquina en una fiesta donde todo el mundo está borracho. Me besó de repente, como un pájaro que baja en picado para coger basura de una papelera, y cuando me recuperé del ataque sorpresa, yo también lo besé a él. Ese lunes me dio la mano en el pasillo del instituto y luego nos volvimos a enrollar en el aparcamiento del 7-Eleven entre sorbo y sorbo de granizado. Dos semanas después rompió conmigo; me dijo que era mejor que fuésemos solo amigos y a mí ya me pareció bien. Gabriel no me gustaba en especial, pero era divertido tener a alguien a quien besar y con quien ir de la mano. Tener, aunque fuese durante poco tiempo, una distracción agradable.

Sin embargo, ahora me gustaría mucho que dejara de tocarme los hombros. De hecho, desearía que hubiese una forma de transferir sus manos hacia Annie, que, inexplicablemente, hace meses que está pillada por él en secreto. Nunca nos lo ha dicho, pero Violet y yo esperamos que le pida que vaya al baile con él. En teoría, Gabriel no tiene nada de malo, pero es que tampoco se pueden decir grandes cosas sobre él. Annie no es del tipo de chica que deba conformarse con una distracción agradable. Mola demasiado como para eso.

Jessica, Willow y Abby irrumpen en el restaurante con una escandalosa

explosión de risitas y se paran en el mostrador a pedirse sus Coca-Colas light antes de unirse a nosotros. Estas chicas no me caen muy bien (nunca me han caído bien) y, aun así, de algún modo, están en la periferia de nuestro grupo de amigos. Bueno, vale, somos nosotras quienes estamos en la periferia de su grupo de amigos, ya que, como trío, Jessica, Willow y Abby son, por mucho, las chicas más populares de nuestro curso. No tengo ni idea de cómo lo han conseguido. La popularidad es algo indefinible en Mapleview. Lo más que puedo decir es que implica una seguridad en una misma inmerecida y conseguida sin esfuerzo, y la habilidad de conseguir que los demás te miren sin ninguna razón aparente.

Jessica es rubia, Willow, morena, y Abby, pelirroja, igual que cualquier grupito de amigas de una serie de televisión (aunque, en este caso, sin la típica amiga negra y deslenguada). ¡Listo! Mejores amigas para siempre. Aunque supongo que su amistad se basa en algo más que un abanico de distintos colores de pelo y una afición compartida por los tangas. Y puede que, si las conoces individualmente, sean personas interesantes. En cualquier caso, dudo que yo lo vaya a saber nunca, ya que se mueven en manada.

La razón por la que no me caen bien no es porque sean un cliché con patas y, por lo tanto, susceptibles de convertirse en chicas malas por antonomasia, sino porque sus conversaciones son aburridas. En Mapleview vivimos en una pequeña burbuja de privilegios y nunca he entendido su empeño en hacer que parezca todavía más pequeña.

—Chicos —dice Abby a modo de saludo. La forma en la que la palabra se desliza por su lengua hace que parezca que los menosprecia y coquetea con ellos a la vez. Practico su misma entonación mentalmente, «chicos», y la memorizo para usarla en un futuro muy muy lejano. En la universidad, por ejemplo. No, para eso solo falta un año y medio. Quizá me resulte útil si voy a la escuela de posgrado—. Y chicas.

Los chicos se comportan de forma distinta cuando están ellas tres. Están

más nerviosos e incluso intentan llamar más la atención. Gabriel deja de masajearme los hombros, por suerte, y Justin esboza una sonrisa bobalicona. Antes Jessica y él se enrollaban de vez en cuando, pero lo último que supe al respecto es que ella rompió con él porque está saliendo con uno de primero de la Universidad de Nueva York. En el mundo del ascenso social, los universitarios siempre ganan a los chicos de instituto. Se rumorea que Justin sigue hecho polvo.

—Bueno, ¿qué pasa contigo y David Drucker? —me pregunta Willow, y no sé por qué, pero se me cierran las manos en dos puños. Resulta que sí que estoy pasando por las cinco etapas del duelo. Acabo de hacer la parada técnica requerida en la número dos: la ira.

—No pasa nada. Somos amigos —contesto.

—Venga ya, no puedes ser amiga de David Drucker —interviene Abby, y suspira con fuerza. Como si todo lo que digo la exasperara—. Sentarte con alguien a la hora de comer no lo convierte en tu mejor amigo.

—¿Y a vosotras qué os importa? —pregunto. Puede que tenga demasiadas ganas de callarles la boca, lo cual es una estupidez. Son mis amigas, más o menos. No es propio de mí.

—Pues claro que no nos importa —replica Jessica, y se echa a reír. Y es verdad. Estoy segura de que no le importa.

—Pero hoy se ha subido en tu coche —apunta Willow—. Lo he visto. — De repente, decido que odio a Willow más que a las otras dos. Nació con una buena dosis de la misma magia que tiene Lauren Drucker, pero sin su amabilidad.

—Ya os lo he dicho: somos amigos. En realidad es una persona bastante interesante.

—¿Interesante? —pregunta Gabriel, aunque en realidad no es una pregunta. Lo suyo es ir siempre a la respuesta más fácil: el sarcasmo vacío y

reflejo.

Mi ira se desinfla. De todos modos, no era real. Solo es una tontería de etapa en una tontería de artículo. Así de desesperadas estamos mi madre y yo: buscamos consejos en la página web de Oprah Winfrey. Es una pena que se olvidaran de nombrar otra de las etapas: el despertar repentino de la sensación de que todo te importa una mierda. Lo que ahora llamo síndrome del casco de astronauta.

Miro a mi alrededor y veo a todo el mundo charlando y riendo, a menos de un metro de mí, y siento que están a kilómetros de distancia. Al final todos somos desconocidos.

Resulta que la tristeza no solo transforma el tiempo, sino también la distancia. De algún modo, aumenta la distancia que hay entre tú y el resto de la gente. Debería preguntarle a David si hay alguna teoría científica que apoye esa idea.

—Bueno, da igual. Hablemos de cosas importantes —dice Jessica.

—Sí. Dos palabras —añade Willow.

—El baile —concluye Abby.

Annie mira a Gabriel de reojo, pero si él se da cuenta, disimula.

—Qué asco —dice mi madre mientras se mete un bocado de tallarines con salsa de queso baja en calorías en la boca.

Últimamente, durante la cena, hablamos con frases de una o dos palabras, una jerga a la que hemos recurrido porque estamos demasiado cansadas para cualquier otra cosa. Por la noche, cuando cierro los ojos, el proyector de mi cerebro se enciende y lo veo ahí, en el techo: una repetición en bucle del accidente a vista de pájaro. Como si me divirtiera ver esta película de terror imaginaria, quedarme a un lado y ver cómo el otro coche —un Ford Explorer azul marino— se estrella contra mi padre, en bucle, una y otra vez. Huelo la



goma quemada y el humo. La sangre metálica, un olor tan fuerte y reconocible que no podría confundirse jamás con otra cosa. Olor y sabor a la vez.

La vida y su opuesto.

Intento distinguir el momento exacto en el que el pie debería haber pisado el pedal de freno para que no hubiese habido ningún accidente. Como si las matemáticas del instituto pudieran ser útiles por una vez.

Cuando por fin me duermo, sueño con la tercera ley de Newton: para cada acción, hay una reacción proporcional y opuesta. Fuerza contra fuerza. El coche, aplastado y descartado como una bolsa de patatas fritas vacía. Brumm, fiuuu, ¡catacrac!

Sin embargo, ahora solo estamos aquí mi madre, los tristes sonidos que hacemos al masticar y yo. Y entonces, inexplicablemente, se oye una llave en la cerradura.

¿Tendría razón el médico y mi padre solo se había ido? ¿Estaba momentáneamente perdido? Ahora entrará alegremente por la puerta, me alborotará el pelo y me llamará Kitty Cat.

Pero, por supuesto, eso no sucede. Mi padre no se ha levantado de entre los muertos. Ni siquiera con la ridícula teoría de la conciencia de David se sostendría algo así. Solo es el tío Jack, la única otra persona viva que tiene llaves de casa. Claro. Eso es mucho más lógico.

—¿Qué haces aquí? —pregunta mamá, con un tono mordaz que revela su decepción.

«No pasa nada —quiero decirle—. Yo también he pensado que era papá.»

Normalmente mi madre se alegraría de ver a Jack. Cuando se divorció, fue idea suya invitarlo a quedarse en casa los fines de semana que sus hijos estaban con la tía Katie. En aquel entonces él también estaba triste y mi

madre le preparaba unos desayunos generosos y reconfortantes: tortitas, huevos con beicon y café del bueno.

«La cura para un corazón roto», decía ella. Le servía la comida en la vajilla buena y luego los tres, mi madre, papá y Jack, se sentaban a la mesa del comedor y se pasaban las distintas secciones del *New York Times* mientras yo jugaba con el móvil.

«Esta es exactamente mi definición del cielo —solía decir mi padre—. Mi mejor amigo, mis dos chicas y un periódico de referencia.»

—Como no contestabas al teléfono... Estaba preocupado —responde Jack y mira a mi madre, que tiene la mirada fija en sus tallarines gelatinosos. Jack es alto, desgarbado y calvo. Lleva unas grandes gafas de plástico, que son de empollón, pero guais al mismo tiempo, y unos trajes muy estilosos que parecen importados de Inglaterra. No es guapo (tiene la nariz demasiado grande, los ojos le bizquean un poco detrás de las gafas y es un poco pálido), pero tiene algo familiar y reconfortante.

—¿Quieres cenar? —pregunto y salto de la silla para mirar qué hay en el congelador—. Tenemos algo de comida precocinada.

—Eres consciente de que eso no es comida de verdad, ¿no? —habla con un tono desenfadado, mucho más desenfadado que la atmósfera de la habitación.

—¿Te apetece una copa de vino? —pregunta mi madre, que se descongela de repente, como si le hubiesen apretado el botón del Play. Se levanta, saca una botella, la abre y se sirve una copa enorme, que se bebe de golpe. Luego sirve dos más: una para Jack y otra para ella.

—También hay helado —añado, lanzándole el bote de helado de menta con trocitos de chocolate que he encontrado en el congelador. Él coge una cuchara del cajón y empieza a comer directamente del bote. El tío Jack no se ha molestado en afeitarse y su casi barba está salpicada de canas. Parece tan

deprimido como mi madre y yo—. ¿Cómo está Evan? —pregunto solo para dar algo de conversación.

Evan es uno de los hijos de Jack; tiene catorce años y también va al instituto de Mapleview. Cuando éramos pequeños, y jugábamos mucho los dos, nuestras familias iban juntas de vacaciones, antes del divorcio de sus padres. Evan, Alex, su hermano pequeño, y yo hacíamos castillos de arena y nos empujábamos los unos a los otros al mar, y yo me quejaba a la tía Katie y le decía que tendrían que haber hecho al menos una niña para que yo pudiera jugar con ella. Ya no tengo la sensación de que esos viajes sucedieran de verdad. Son como un recuerdo de algo que vi una vez en la televisión.

—Pues al parecer va a ir al baile de los de segundo —responde Jack con una sonrisa.

—Para uno de primero eso no es poca cosa —contesto.

—¿Y tú?

—No, yo no voy a ir. —Evito mirar a mi madre. Me da la sensación de que lo de no ir al baile entra en la misma categoría que lo de no sentarme con mis amigas a la hora de comer. Dará lugar a un debate como mínimo.

—Tu padre habría querido que fueses. Él querría que te lo pasaras bien —dice Jack—. No que te quedes aquí lamentándote con unos vejstorios.

—Mejor no hablemos de lo que Robert habría querido —lo interrumpe mi madre con voz fría y cortante.

—No quería echar sal en ninguna herida —responde Jack con suavidad.

—Pues no lo hagas.

—Mandi, no te puedes pasar la vida evitándome.

—Lo puedo intentar.

—Solo estoy haciendo mi trabajo como albacea. Hay asuntos sobre las

propiedades de los que nos tenemos que ocupar, yo no tengo autoridad para...

—Uf, se está haciendo tarde y tengo mucho trabajo que hacer. —Mi madre salta de la silla y sale de la habitación así, sin más, llevándose su copa de vino con ella.

—Yo puedo ayudar —le digo a Jack tras lo que me parece un rato muy largo en el que nos hemos quedado mirando fijamente el espacio vacío que ha dejado mi madre—. Dime qué necesitas y ya lo haré yo.

Mi voz suena vacía. Me siento inútil; es lo que soy. El tío Jack me da el bote de helado y nos lo vamos pasando hasta terminarlo.

*David*

—¡Pequeño D! —me llama Esmía. Me la encuentro ahí, junto a la mesa, sentada en su silla, que dejamos vacía en su ausencia de forma protocolaria. Lleva el pelo un poco más largo, pero a primera vista está más o menos igual que siempre. Igual que mi hermana—. ¡Estoy en casa!

Sí, eso es obvio, aunque me contengo para no decírselo. He aprendido de experiencias anteriores que es de mala educación. Lo que no es tan obvio es por qué está aquí. Se supone que no tenía que volver a casa hasta dentro de otros 49 días, que es cuando tiene su semana de vacaciones de primavera, que no coincide ningún día con la mía. Ya hemos hecho los planes pertinentes para solucionar esta contrariedad. Me saltaré las clases ese martes con el permiso de mis padres —ya han accedido a escribirme una nota en la que digan que tengo una visita médica muy importante—, y Esmía y yo recrearemos lo que para ambos fue el Día Más Perfecto de Todos los Días Habidos y por Haber. Comprende ir a comer al Sayonara Sushi, tomar un helado en el Straw, pasar 47 minutos en nuestra librería preferida y luego ir de excursión al acuario.

—¿Por qué estás aquí? —pregunto.

—Hay cosas que no cambian nunca. Siempre directo al grano —dice Esmía, y emite un sonido que se parece al resoplido de Kit. Una risa que no

es una risa en realidad, sino algo completamente inidentificable para mí. Alguien debería hacer un vídeo para YouTube en el que se explique todo el rango existente de sonidos femeninos, parecido a los que hacen para los entusiastas observadores de aves—. Necesitaba pasar unos días lejos de la uni. Y os echaba de menos.

Aunque me parece poco probable que Esmía me echara de menos —estimo que la irrito el ochenta por ciento del tiempo que pasamos juntos—, estoy contentísimo de que esté aquí. Kit en mi mesa a la hora de comer y mi hermana en casa el mismo día parece algo más que una coincidencia. Es como si se hubiesen alineado los astros.

—¿Cuándo te vas? —pregunto. Las despedidas me resultan más fáciles si dispongo de un plazo para preparar un plan, para imaginar el antes y el después de los acontecimientos.

—Cuando lo sepa, serás el primero en saberlo. Y ahora ven aquí —dice, se levanta y extiende los brazos. No soy muy aficionado a las muestras de afecto, pero hago una excepción con mis padres y con Esmía. Bueno, en realidad solo con ella y con mi madre. Mi padre es más dado a levantar el pulgar en señal de aprobación.

Me da un abrazo y empiezo de inmediato a buscar cambios sutiles. Su perfume ya no es de cítricos, sino de algo almizcleño con base de sándalo y su ropa no huele a recién lavada. Ahora tiene un mechón de pelo de color violeta y un piercing más en la parte superior de la oreja. Tiene los ojos muy rojos.

Espero que no se haya hecho ningún tatuaje. No podría soportarlo.

Esmía era perfecta tal y como era cuando se marchó en septiembre. No me gusta tener que reajustarme a una nueva iteración cada vez que vuelve a casa. Tengo problemas con ese mechón violeta. Para mí es ruido.

—Mamá me ha contado que Kit te trajo a casa en coche el otro día —

comenta. No es una pregunta, pero de algún modo hace que suene como si lo fuera.

—Sí —contesto—. Hablamos de física cuántica.

—Ay, Dios mío, D. ¿Es que no te he enseñado nada? —protesta.

—Me has enseñado muchas cosas. No mencioné nada sobre su peso, por si es eso lo que te preocupa.

—Pero ¿qué vamos a hacer contigo? —pregunta, y se me hace un nudo en el estómago. Al empezar el instituto, cuando me metía en líos unas dos veces por semana, la señora Hoch, la directora, me hacía esa pregunta, que es a la vez idiomática y retórica. «¿Qué vamos a hacer contigo?» Como si yo fuese un trabajo en grupo.

Aunque solo fuese por una vez, me gustaría que la respuesta fuese: «Nada».

O que la respuesta fuese: «Estás bien tal y como eres».

O que, directamente, no me hiciesen esa pregunta. Solo por una vez.

—Ve a por tu libreta —ordena Esmía, y yo la saco de mi mochila. Acaricio la familiar cubierta azul, un tic que me ha quedado de cuando necesitaba mirarla cada hora. Sin embargo, últimamente permanece en el interior de la mochila durante períodos de tiempo más largos. Casi me puedo imaginar el día en el que ya no la necesitaré—. Una oportunidad como Kit llega una vez en la vida, si es que llega.

—Kit es una chica. Aunque estadísticamente hablando es poco probable que sea la mejor chica del mundo, a mí me lo parece. No hay duda de que es la mejor chica de Mapleview. Pero lo que no es Kit es una oportunidad —explico.

—Lo único que digo es que tenemos mucho trabajo que hacer. No pienso dejar que hagas una tontería.

—Mira quién habla —bromeo. Llevaba semanas esperando la oportunidad de usar esa frase, desde que aprendí cómo se usaba, así que no puedo evitar sonreír cuando Esmía se parte de risa. Su expresión es más relajada y despreocupada cuando se ríe y su pelo violeta también está más silencioso. La suma de sus partes ahora sí que me resulta familiar.

Pero ojalá no tuviera los ojos tan rojos.

—Me equivocaba. Quizá algunas cosas sí que cambian —dice, y me alborota el pelo como si fuese un niño pequeño. Y, aunque en realidad no comprendo el porqué de ese gesto, me descubro inclinándome hacia sus brazos.

Hoy, el cuarto día que Kit se sienta en mi mesa, se come un sándwich y una manzana. Si lo inspecciono de cerca, parece ser de hummus y pavo entre pan integral. Lleva el esmalte de uñas negro descascarillado y la camiseta colgando por uno de los hombros, igual que una que tiene Esmía, cosa que me hace pensar que debe de ser una elección estilística y no un error al elegir la talla. Tiene unas cuantas pecas cerca del centro de la clavícula que forman un pequeño círculo. Es un detalle delicado, como el hecho de que su labio inferior sobresalga apenas un milímetro del superior o que, cuando se pasa las manos por el pelo, el flequillo le caiga hacia delante, como si hiciera una reverencia.

La gente suele ser demasiado llamativa, escandalosa y sofocante. El pelo rubio de Jessica me hace daño a los ojos. Los codos y las rodillas de Willow son demasiado puntiagudos; cuando pasa por mi lado en el pasillo, imagino que me cortan como pequeños cuchillos. Y Abby, la tercera chica de ese triunvirato, la misma que me llamó «friki» el otro día, lleva demasiada cantidad de un perfume tan dulce que mareo; puedo olerla incluso antes de que entre al aula. Pero Kit es totalmente silenciosa. Nunca ofende a mis sentidos.

—Siempre me pareció raro que tu padre diese piruletas a sus pacientes —



comento, y después de decirlo me doy cuenta de que preferiría no tener que hablar sobre Dentista en pasado. Pero eso es lo que pasa con los muertos. No pueden participar en el presente ni en el futuro.

—Solo les daba a los niños —responde.

—Yo nunca me fui de su consulta sin una —digo, y me parece que como réplica está bastante bien. No añado que su higienista dental, Barbara, siempre me daba otra a escondidas. Eso sería presumir. Yo le caía bien. Normalmente a los adultos les caigo bien, es con los demás adolescentes con los que tengo problemas.

—Eran sin azúcar. —«Pues claro», pienso. Me avergüenzo de que esto (un dentista que daba piruletas) me haya confundido durante años. Qué fijación más tonta. Pero eso es lo que me pasa. Reparo en un ínfimo detalle (una contradicción o una inexactitud) y se me queda grabado en el cerebro. No me gustan los cabos sueltos—. Entonces, ¿vienes en coche al instituto todos los días? Te he visto esta mañana en el aparcamiento.

No le digo que hemos estado en el aparcamiento a la misma hora desde que empezó el curso. Yo siempre llego a las 7.57, que es exactamente el tiempo que se necesita para ir a la taquilla, sacar un libro o dos y llegar puntual a la primera clase en el ala norte. No debería sorprenderme que no hubiese reparado en mí antes. En este aspecto, la gente parece estar en dos extremos opuestos. Para los Justin Chos del mundo, yo destaco. Soy el equivalente de uno de los codos de Willow: desagradable y en cierto modo disruptivo, aunque no diga ni una sola palabra. Para todos los demás, soy casi invisible. Cuando Kit se sentó en mi mesa la primera vez, di por hecho que no me había visto. Vivo aterrorizado por la llegada del día en el que, inevitablemente, alguien se sienta en mis piernas sin darse cuenta.

—Sí, ¿por qué? —pregunto.

—Bueno, ayer te llevé yo a casa. —Se me encienden las mejillas y me

empiezan a sudar las manos. Qué horror. Ni siquiera se me había ocurrido esta posibilidad, que Kit descubriese que en realidad no necesitaba que me llevase.

—Ya. —Intento dar con una explicación razonable. En otras palabras, mi némesis: una buena mentira. Pero no se me ocurre ninguna. Me decido por un incómodo silencio. Contemplo el grupo de pecas de su clavícula. Es una distracción apropiada. Pienso en la relación de la circunferencia por el diámetro, que, por supuesto, me lleva al número pi. ¿Quién no adora la belleza rítmica e interminable del número pi?

—Entonces ¿anoche dejaste aquí tu coche? Sabes que llaman a la grúa, ¿no?

Asiento. Eso lo sabía.

—Mi madre me trajo en cuanto me dejaste en casa. —Oigo las palabras que acabo de decir en voz alta y me doy cuenta de que soy una persona ridícula. Siempre seré una persona ridícula. ¿Cómo es posible que ayer estuviera preocupado por si Kit pensaba que me falta un hervor? Pues claro que lo piensa. No engaño a nadie.

«¿Qué vamos a hacer contigo?»

Me decido por lo que mejor se me da. La verdad.

—Es que me gusta hablar contigo. Así que, aunque técnicamente no necesitaba que me llevases a casa, quería que lo hicieras.

—Vale —dice. Levanta la vista y durante un fugaz segundo nuestras miradas se cruzan. Yo soy el primero en apartarla—. A mí también me gusta hablar contigo.

Más tarde, cuando ya han terminado las clases, veo a Kit mientras se dirige al coche. Aunque tenemos cinco asignaturas juntos, parece que, con la maravillosa excepción de la hora de comer, hemos llegado al acuerdo tácito

de no hablar durante el resto del día mientras estemos dentro del instituto. A mí no me molesta; me gusta mi rutina. Tengo una lista de reproducción y mis auriculares para todas las transiciones entre clase y clase. Pero ahora que estamos fuera, la saludo con las llaves en la mano. Pienso en este gesto como en un equivalente de reírme de mí mismo, algo que mi familia siempre me recuerda que debo hacer más a menudo. Ella sonrío.

—Bueno, no me voy a volver a ofrecer a llevarte a casa —dice—. No sería muy justo para tu madre.

—Es una lástima. Conduces muy bien.

A Kit se le cierra el rostro. No estoy muy seguro de cómo describirlo: no ha movido ni un músculo, pero de repente es como un ordenador al que han desconectado. Prefiero su cara cuando está abierta.

—Hasta luego —se despide, y entra en su Toyota Corolla rojo, un coche que, a diferencia de su nombre, encaja con ella. Vuelvo a saludar, un gesto estúpido del que me arrepiento en cuanto me doy cuenta del motivo por el que Kit ha cerrado el rostro. Gabriel y Justin nos estaban mirando.

—Espera, ¿dijo eso? ¿Que a ella también le gusta hablar contigo? ¿En serio? —pregunta Esmía cuando vuelvo a casa.

Está tumbada en el sofá y tiene pinta de haber estado ahí todo el día. Tiene el pelo enredado y lleva puesto su pijama preferido, el que le compré hace dos años para Navidad que tiene un dibujo de un bicho con una tiara al lado de la palabra «raro». Se lo olvidó aquí cuando se fue a la universidad, y aunque me ofrecí a enviárselo por correo, me dijo que era demasiado lío. Cuando le dije que no me importaba, me contestó que le gustaba saber que estaba a salvo en casa, donde no podía perderse ni se lo podían robar. Y así es como sé que es su preferido.

—Sí. Dijo exactamente eso. Y luego charlamos sobre lo mucho que a los dos nos gustan las viejas películas de los ochenta. Ella también es fan de John

Hughes. Le conté que murió a los cincuenta y nueve años: cayó fulminado por un ataque al corazón. Un día estaba aquí y al siguiente ya no, igual que su padre. Bueno, el padre de Kit murió en un accidente de coche, pero es el mismo concepto. En un abrir y cerrar de ojos, pasó de estar aquí a no estarlo.

—Pequeño D. —Esmía se sienta y niega con la cabeza—. No puedes hacer eso. Es decir, tienes que tener cuidado con todo eso del padre muerto.

—Kit dice que le gusta que diga la verdad. Lo llamó «honestidad brutal», pero diría que es lo mismo.

Mi hermana se queda en silencio un minuto. Lleva puesta su cara de pensar.

—Creo que tienes que decirle a Kit que salga contigo.

—¿Qué?

—No como novios ni nada parecido. Todavía no. Tiene que ser algo supercasual. Puedes proponerle que quedéis para estudiar, por ejemplo. O para hacer algún trabajo del instituto juntos. Tienes que conseguir alargar el tiempo que pasas con ella, como si fuese una extensión natural de la hora de comer. —Esmía se aparta el pelo de la cara y se lo recoge en una coleta. El mechón violeta queda casi escondido y siento que la opresión de mi pecho disminuye. Todavía tiene los ojos muy rojos y hay unos círculos azules debajo de ellos. Luego compraré unas pastillas de zinc en la farmacia por si está incubando alguna enfermedad—. Ojalá recordase a Kit de cuando iba al instituto de Mapleview. He mirado sus cuentas de Twitter y de Instagram y todo eso, pero no les he podido sacar mucho. Parece muy normal, por sorprendente que sea.

—¿Por qué es tan sorprendente? Ya te dije que era perfecta. Y además es la chica más guapa del instituto.

—Esto... sí, tiene su aquel. —No tengo ni idea de qué quiere decir con eso, pero no se lo pregunto. Tenga lo que tenga Kit, a mí me gusta.

—Y ¿por qué habríamos de estudiar juntos? Voy muy adelantado en todas las asignaturas. Sería ineficiente. —Me quedo mirando el lado derecho del rostro de mi hermana. De ese modo no veo el piercing nuevo que, como el mechón violeta, me grita. No, es un ligero cambio de octava. Es como si me estuviera exigiendo algo, pero no sé qué es.

—No se trata de eso. Pero antes de que pasemos a esta fase del plan, si quieres tener alguna posibilidad vamos a tener que arreglarte un poco. Ha llegado el momento, Pequeño D.

Esmía sonrío, como hace siempre que está a punto de obligarme a hacer algo terrorífico. En eso es igual que Trey. Siempre me presiona para sacarme de lo que ella llama «mi zona de confort», cosa que no entenderé jamás. ¿Por qué te pondrías a ti mismo en una situación incómoda a propósito?

Pero como Esmía es la primera de la lista de «Personas Dignas de Confianza», me esfuerzo al máximo para hacer lo que me pide, sea lo que sea. Aunque eso no siempre es posible.

—Ha llegado el momento ¿de qué? —Pienso en la clavícula de Kit. En el círculo perfecto de pecas. En el número pi. Eso me relaja, igual que contar hacia atrás.

—De ir de compras, Pequeño D. Ha llegado el momento de que superes el miedo al malvado centro comercial.

Sí, yo tenía razón. Es terrorífico.

## 10

### *Kit*

David Drucker está oficialmente en todas partes: en el aparcamiento antes y después del instituto, en casi todas mis clases y, por supuesto, a la hora de comer, ya que sigo eligiendo su mesa a modo de refugio. Supongo que siempre ha estado en todos esos sitios, pero hasta ahora nunca había reparado en él. Se diría que alguien tan extraño no debería ser capaz de camuflarse, pero está tan contenido en esa extraña isla delimitada por sus auriculares que se mueve en silencio por todo el instituto. Su presencia casi ni se nota.

En cualquier caso, aunque esto se esté convirtiendo en «la semana de David», sigue siendo rarísimo que me dé de bruces con él en la farmacia. Y lo digo de forma literal. Los dos íbamos con la cabeza gacha y nos dimos un coscorrón. ¡Ay!

—¿Me estás siguiendo? —le pregunto en tono de broma. Estoy casi coqueteando con él delante de las compresas súper con alas. Dejo caer al suelo mi paquete tamaño grande de tampones superabsorbentes y lo aparto de una patada para que él no lo vea.

—No, claro que no —responde David, y parece ofendido, como si lo hubiese acusado de algo.

—No lo decía en... No importa. Es que es curioso verte aquí.

—Solo he venido a comprar unas cosas para Esmía —aclara. Entonces se

me ocurre que últimamente he sido yo quien lo ha buscado a él, con la notable excepción del quiosco del campo de fútbol. Al fin y al cabo, soy yo quien ha elegido su mesa y ayer me ofrecí a llevarlo a casa. Igual lo estoy molestando.

—¿Esmía?

—Mi hermana.

—¿Tienes dos hermanas? —Me pregunto si Esmía tendrá el mismo encanto natural que Lauren. Decido que no. No solo tiene un nombre raro (¿A quién se le ocurre llamar «Esmía» a su hija?), pero nadie tiene el mismo encanto natural que Lauren Drucker. Echo un vistazo a su cesta y veo que lleva un montón de medicamentos diferentes para el resfriado.

—Solo una, Esmía es un sobrenombre. Lauren se graduó el año pasado.

—Lo sé.

—¿La conoces? —pregunta.

—Bueno, sé quién es. En el instituto todo el mundo sabe quién es. —Ojalá encontrase la manera de alejarnos a ambos del pasillo de los productos femeninos, pero lo que viene justo después son los condones y el lubricante.

—¿De verdad?

—Claro. Fue la presidenta de su clase, la reina del instituto... Es como... la realeza de Mapleview. —Si estuviese hablando con Justin, probablemente no habría admitido saber tanta información sobre su familia, pero con David no me molesto en fingir indiferencia. No creo que se diese cuenta.

—Tú no tienes hermanos, ¿verdad? —pregunta, y por primera vez me doy cuenta de que se parece mucho a Lauren. La actitud, los gestos y la voz son diferentes, pero la cara es la misma: ojos oscuros, pestañas largas y labios gruesos. Si no fuese por la mandíbula, que es cuadrada y fuerte y siempre tiene una sombra de barba, sería casi tan guapo y delicado como ella.

—No, no tengo. Estoy yo sola.

Él asiente, como si acabase de confirmar lo que ya sabía.

—Se nota que eres hija única.

—No sé si eso es un insulto o un cumplido.

—Ninguno de los dos. Es una observación. Siempre he pensado que me sentiría todavía más solo si no tuviese una hermana.

—¿Estás diciendo que parece que me siento sola? —Y en esto consiste hablar con David Drucker. Directo al grano. Da igual que estemos en una farmacia, rodeados de tampones y productos para tratar las infecciones vaginales. Creo que hacemos buena pareja para conversar: yo he olvidado el arte de la conversación banal y él nunca lo ha aprendido.

—No, no es eso. Pero desprendes calma. Como si... Si fueses una onda de radio, tendrías tu propia frecuencia. Y eso aísla, porque no creo que todo el mundo pueda oírte. —Pronuncia esa frase mirándome los pies, pero entonces, de repente, levanta la vista y me mira a los ojos. Ese contacto visual me resulta íntimo e intenso, y me estremezco. Soy la primera en parpadear—. Pero también tienes muchas otras ondas, esas frecuencias compartidas por los demás, las mismas que a mí, sin duda, me faltan. Pero las ondas más importantes, las que te salen de dentro, son más difíciles de descifrar para los demás. De todos modos, solo es una teoría mía.

No sé qué contestarle. David Drucker tiene una teoría sobre mis ondas de radio metafóricas.

En la calle hace un frío que pela. Nos quedamos de pie con las manos metidas en los bolsillos del abrigo y le propongo que vayamos a comer algo. No quiero entrar en el coche, ni tampoco ir a casa. Ambas opciones implican sentir sentimientos y es algo que prefiero evitar. Lo que necesito es una distracción. Las distracciones hacen que el tiempo no pase a cámara lenta.



—¿Pizza Palace? —sugiere David. Está muy cerca de aquí. Imagino a todos mis amigos en un corrillo en uno de los reservados del fondo. No quiero mezclar a David con mi vida real.

—Mejor no.

—Ya me imaginaba que no querrías ir allí. El Pizza Pizza Pizza es mucho mejor y tiene un menú de dos por uno estupendo. Pero no quería proponértelo —dice él.

—¿Por qué?

—Por el nombre. No es que tengan tres veces más pizza que el resto de restaurantes. Es ridículo.

—¿Y si no comemos pizza?

—Eso también me lo imaginaba, porque antes has dicho que hoy has comido ya algo satisfactorio y equilibrado. —Hace una pausa, se aclara la garganta y mira al único coche que circula por la calle Principal—. Esa es una de las cosas que digo en voz alta y de las que luego me voy a arrepentir, ¿verdad?

Me echo a reír. Me siento bien. Es muy dulce cuando se da cuenta de que ha metido la pata. Se le abren mucho los ojos. Para rescatarlo, le doy el brazo y echo a andar calle abajo.

—Para que lo sepas, si me preguntaran, yo no tendría ni idea de cómo describir tu frecuencia —digo.

—La verdad es que a veces pienso que solo pueden oírme los perros —contesta.

—Por si te interesa, yo te oigo perfectamente.

—Me interesa mucho —responde David. Me sonrojo y estoy bastante segura de que él también.

Acabamos en el mostrador del Straw, donde pedimos dos cucuruchos de dos bolas cada uno, una de vainilla y otra de brownie de chocolate, a pesar del frío que hace fuera. Así, sentados en el mostrador el uno al lado del otro, todo es más fácil. No tenemos que mirarnos mientras hablamos. Parecerá una locura, pero con David no me siento cohibida, como me pasa con casi todo el mundo. De todos modos, mirar a la vieja gramola en lugar de mirarlo a él me ayuda a evadirme.

—¿Crees en el efecto mariposa? —pregunta David de repente.

—En mi idioma, por favor.

—En la teoría del caos se habla de que un pequeño cambio puede tener efectos muy grandes. Es decir, si una mariposa mueve sus alas aquí, en Nueva Jersey, y perturba la atmósfera, podría desencadenar un huracán en las islas Galápagos, por ejemplo. —Asiento y pienso en cómo, hace exactamente 34 días, un hombre llamado George Wilson, que es nombre de vecino corpulento en una comedia de televisión, no de una persona real, decidió quedar con un amigo para tomar algo. Pienso en que, hace exactamente 35 días, una orden para reparar un semáforo quedó pendiente de aprobación, atascada en el tráfico burocrático. Pienso en un pie que no pisó el pedal de freno lo bastante rápido.

Detalles que parecían pequeños e intrascendentes.

Pienso en una mariposa moviendo sus alas y en que ahora mi padre está muerto.

—Sí creo en el efecto mariposa. Pero ojalá no fuese así, porque hace que me dé cuenta de que mucho de nuestra vida escapa a nuestro control —digo.

—Como la muerte de tu padre. —Lo dice como si esas palabras no tuviesen ningún poder. Siento que me falta el aire, como si David me acabase de dar un puñetazo en el estómago. Y también me siento un poco atolondrada, porque me ha leído la mente en voz alta. Tal cual. Con la

excepción de anoche, mi madre apenas pronuncia el nombre de mi padre y mucho menos menciona el hecho de que esté muerto.

Hay tantas palabras disponibles... Fallecido. Extinto. Difunto. Exangüe. Desaparecido.

Todas ellas están prohibidas en casa.

—Más o menos —contesto—. Pero fue por un accidente de coche. Influyeron varias cosas, pero había unos conductores, dos, para ser exactos. Hubo errores humanos. No es lo mismo que una perturbación en la atmósfera, ¿no?

—Puede que no. Pero si coges cada uno de esos errores humanos y los aíslas, habrías tenido un resultado totalmente diferente. Tu padre podría haber salido ileso.

Lamo mi helado, que de repente me parece demasiado empalagoso. Debería haberlo pedido como David, con la bola de brownie en el fondo, para ir bajando poco a poco hacia la dulzura más decadente.

—Estaba pensando en el efecto mariposa, en que una serie de acontecimientos te llevaron a sentarte en mi mesa a la hora de comer, y en que eso nos ha traído hasta aquí. Hace una semana no habríamos ido a tomar un helado juntos.

—No, no lo creo.

—Y luego quizá yo diga algo que no debo decir y eso nos lleve a no volver a comer un helado juntos nunca.

Miro el perfil de David. No es tan inmune al resto del mundo como parece.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente —contesto—. Soy como un sarpullido recurrente.

—¿Qué?

—Nada —contesto, avergonzada. ¿Me acabo de comparar con una enfermedad de la piel? Sí, eso es exactamente lo que he hecho—. No he dicho nada.

Un rato más tarde seguimos sentados en la heladería vacía, con las piernas colgando de los taburetes. David tiene chocolate en la barbilla, pero no se lo digo. Me parece adorable.

—Si pudieras ser otra persona, ¿quién serías? —pregunto, porque he llegado a la conclusión de que admiro que David no se autocensure. Yo también debería probarlo.

Pienso en eso todo el tiempo. En levantarme por la mañana, mirarme al espejo y ver a alguien totalmente distinto. Estos días daría cualquier cosa por ser la antigua yo, la yo anterior al accidente, la que se podía sentar en la mesa de siempre a la hora de comer y charlar de cosas sin importancia. La yo anterior al accidente que aspiraba a parecerse a Lauren Drucker, antigua soberana benevolente y reina de los acontecimientos sociales de Mapleview. No me importaría nada ser un saco de patrañas, siempre que no me diese cuenta de ello.

—Un chico que se llama Trey me da clases de guitarra —dice David—. En realidad me irrita mucho, pero es del tipo de persona que cae bien a todo el mundo. Siempre sabe qué decir, como si tuviese una frecuencia perfecta, tanto que fastidia. Así que supongo que él.

—Antes quería que mi frecuencia metafórica tocara música poco convencional, pero muy bien elegida, ¿sabes? Música que molara. Pero ahora siento que soy como el tráfico en hora punta.

—No eres así en absoluto —dice y, muy a mi pesar, se limpia la barbilla con una servilleta—. Aunque tampoco me importaría ser eso. Fiable e informativo, si bien repetitivo. Al menos la gente lo escucha.

—Creo que tu frecuencia está en código morse —respondo sonriente.

—Cuando tenía ocho años aprendí código morse de forma autodidacta. Los clics son muy irritantes.

Me inclino hacia delante y, por alguna razón desconocida —quizá porque no tengo nada inteligente que decir o quizá porque con David me siento como una persona totalmente distinta o, al menos, deseo serlo—, le doy un lametón a su helado. A la bola de vainilla. Se me queda mirando los labios, tan anonadado como yo.

—Perdón —digo—. Es que el tuyo me gustaba más.

—Los medicamentos para el resfriado no son para mí. Para que lo sepas —contesta.

—No estaba preocupada.

Me pregunto qué pasaría si me mirase al espejo ahora. ¿Quién habría en el reflejo? ¿He avanzado en el tiempo con ese lametón?

Más tarde, cuando estoy en mi habitación intentando resolver un problema, aunque ya hace rato que debería haberme ido a la cama, recibo el primer mensaje de David.

David: Soy contrario a enviar mensajes, pero he pensado en hacer una excepción.

Yo: Qué honor. Y ¿por qué esa firme postura contra los mensajes?

David: Tengo problemas para concebir la idea de que las palabras viajen así. Y me preocupa que a mí me suenen diferentes de como te suenan a ti. No se me da bien lo del tono.

Yo: No debería sorprenderme una respuesta tan real, pero aun así me sorprende.

David: Si haces una pregunta recibes una respuesta.

Levanto el teléfono y me hago un selfi. Yo, en pijama, con el pelo recogido en un moño en lo alto de la cabeza y el pulgar levantado. No es una

foto bonita, pero creo que si le pusiera un filtro David se molestaría. Le doy a «enviar».

Yo: ¿Te resulta más fácil que nos comuniquemos con fotos?

Hay una larga pausa y me pregunto qué estará pasando al otro lado del teléfono. ¿Habrá entrado su madre a su habitación para preguntarle por qué no se ha ido a la cama todavía? ¿Estará mirando mi foto, asqueado ante esa chica regordeta y desaliñada que no hace más que pasarse de la raya? No dejo de pensar en cuando me he inclinado a lamer su helado y odio a esa persona, a la yo de hace un par de horas. Presuntuosa y coqueta, pese a que no tenía ninguna intención de comportarme así con David. Me gusto aún menos de lo que me gustaba esta mañana y no pensé que eso fuese posible.

Espero durante otro minuto interminable.

David: :)

David: Ese ha sido mi primer emoticono. O emoji. Tengo que buscar cuál es la diferencia en Google.

Yo: ¡Por fin! Algo que yo sé y tú no.

David: Hay muchísimas cosas que tú sabes y yo no sé. Es evidente que tienes un coeficiente intelectual social muy alto, por ejemplo.

Yo: Esto... Gracias. Es evidente que tú tienes un coeficiente intelectual de inteligencia muy alto.

David: De 168, la última vez que lo comprobé.

Yo: A veces no sé si hablas en serio o en broma. ¿Por qué no estás durmiendo? Es tarde.

David: Eso tampoco se me da bien.

Yo: A mí tampoco, sobre todo últimamente.

David: ¿Qué haces cuando no puedes dormir?

Hago una pausa. Soy consciente de que, si me estuviese enviando mensajes con, por ejemplo, Gabriel, durante esas dos semanas que salimos juntos el año pasado, contestaría con una frase desenfadada. Una respuesta que no fuese una respuesta. Quizá un emoji de un cordero para decirle que cuento ovejitas. O un GIF divertido. No habría ninguna razón para dedicar un minuto a pensar en la verdad.

Yo: Ahora mismo, deberes. Pero casi siempre pienso en el accidente y en lo que le pasó a mi padre.

David: ¿Por qué haces eso?

Dejo de escribir otra vez. Me miro las puntas de los dedos y me pregunto qué tienen que decir. Con David parece que actúo por impulsos. Nada es premeditado. ¿Quién le da un lametón al helado de otra persona? No siempre es mejor ir con la verdad por delante.

Yo: ¿Alguna vez te has apretado un moratón?

David: Claro.

Yo: Bueno, pues es eso, más o menos.

Suelto el teléfono, pero vuelvo a cogerlo de inmediato.

Yo: Pero también es como un rompecabezas. Quiero comprender en qué momento se podría haber evitado... Si se podría haber evitado. ¿Cuál fue el último segundo en el que alguien podría haber pisado el pedal de freno? Aunque ya no importa.

David: Claro que importa. Es un cabo suelto. Odio los cabos sueltos.

Yo: Yo también.

David: Yo podría ayudarte a descubrirlo, si de verdad quieres saberlo.

Yo: ¿En serio?

David: Claro que podría. No hace falta ser un genio. Solo es física.

Busco la foto del Volvo aplastado en el teléfono. Me obligo a mirarla y

me estremezco de la cabeza a los pies. Luego cierro los ojos y toco el botón de «enviar».



*David*

A la hora de desayunar, Esmía lleva otra vez el pijama del bicho raro. Está de mal humor porque mamá la ha despertado, pese a ser legalmente adulta y no tener que ir a ningún sitio. Los medicamentos para el resfriado que le compré siguen en la encimera sin abrir. A mi hermana le pasa algo, pero empiezo a pensar que no es congestión.

—Ten cuidado con los mensajes. Podrías acabar metiéndote en la *friendzone*.

—«Zona de amigos» —traduzco—. No sé lo que significa eso.

—Le dio un lametón a tu helado. A eso se le llama coquetear.

Anoche Esmía se puso como loca cuando se lo conté. No hacía más que repetir: «No puede ser, no puede ser», una y otra vez, y aplaudía sin parar. Yo le contesté: «Es, es», hasta que me creyó. Fue idea suya que empezase a mandarle mensajes a Kit y tengo que admitir que, ahora que he empezado a hacerlo, no estoy seguro de por qué me mostraba tan reacio a la idea. De este modo, no tengo que sufrir ese pesado silencio mientras traduzco de lo que la gente dice a lo que la gente quiere decir, y luego otra vez, mientras proceso la respuesta apropiada. Que sea la tecnología moderna la que encuentre una brillante solución a mis problemas sociales. Con la obvia excepción de cuando hablo con mis padres, mi hermana, Kit y Siri, cuyas habilidades con

el manos libres son de mucha ayuda mientras conduzco; si pudiera, enviaría mensajes todo el tiempo y no volvería a hablar jamás.

—Quieres besarla, ¿verdad? —pregunta mi hermana.

—¿Qué?

He perdido el hilo de nuestra conversación. Estaba pensando en que, si Kit me llamase amigo, habría multiplicado el número de amigos que tengo por dos. Y luego me había parado a pensar en la palabra «coquetear», que suena a «revolotear», que es lo que hacen las mariposas. Y eso, por supuesto, me ha llevado de nuevo a la teoría del caos y a darme cuenta de que me gustaría tener más información sobre el tema que compartir con Kit.

—Que si quieres besarla —repite Esmía.

—Sí, claro que quiero. ¿Quién no querría besar a Kit?

—Yo no quiero —repite ella, que se ha puesto a imitarme cuando respondo a preguntas retóricas. Lo hace a veces. Aunque su intención es burlarse de mí, más que educarme, ha resultado ser una técnica muy informativa para poner de manifiesto mi tendencia a tomarme a la gente de forma demasiado literal—. Mamá tampoco quiere. Y no sé si papá querrá, pero lo dudo mucho.

Mi padre no levanta la vista. Tiene la cara enterrada en un libro sobre los patrones de apareamiento de las aves migratorias. Es una pena que nuestros intereses académicos nunca coincidan. El desayuno sería mucho más interesante si pudiéramos debatir sobre nuestro trabajo.

—Bueno, el caso es que, si quieres besar a Kit, también querrás que te vea como a un chico de verdad —continúa Esmía, y me señala con su taza de café. Hoy se lo toma solo. Puede que no le pase nada, quizá solo esté cansada.

—Soy un chico de verdad. —¿Cómo es posible que incluso mi hermana

me vea como algo no del todo humano? Como a un otro—. Tengo pene.

—Justo cuando pensaba que habíamos progresado, vas y mencionas tu pene.

—¿Qué? Es un hecho: tengo pene. Eso me convierte en un chico. Aunque, técnicamente, hay personas trans que tienen pene, pero se identifican como chicas.

—Por favor, deja de decir esa palabra.

—¿Cuál? ¿Pene?

—Sí.

—¿Prefieres miembro? ¿Falo? ¿Verga? ¿Pito? —pregunto—. ¿Pilila, quizá?

—Preferiría no referirme a tus partes de ninguna manera.

—Un momento, ¿debería enviarle a Kit un mensaje de inmediato para dejarle claro que poseo un miembro viril? —Cojo mi teléfono y empiezo a escribir—. Querida Kit, que quede claro: tengo pene.

—Ay, Dios. No le escribas eso. En serio, ¡para!

Esmía deja la taza sobre la mesa de un golpe. Está dispuesta a saltar sobre la mesa y tirarme al suelo si es necesario.

—¡Ja! ¡Te lo has creído! —sonrío. Me siento tan orgulloso como el otro día, cuando hice la broma de «mira quién habla».

—Pero ¿quién eres tú? —repite ella, pero también sonrío.

He de reconocer que, por la desconexión entre su tono confundido y su expresión de felicidad, casi le contesto: «Soy Pequeño D, ¿quién voy a ser?», pero dejo que su pregunta retórica quede suspendida en el aire, como debe ser.

Día cinco: Kit vuelve a sentarse en mi mesa. Eso quiere decir que se ha sentado aquí conmigo durante una semana entera. Cinco días consecutivos. Estoy eufórico, un sentimiento nuevo y desconocido, sobre todo en el instituto.

—Tengo que decirte una cosa y me da un poco de vergüenza, pero creo que necesito quitármelo de encima. A lo hecho, pecho —dice Kit y, sin poder evitarlo, le miro el pecho, que es pequeño, redondo y perfectamente proporcionado. Ya he imaginado antes qué aspecto tendrá sin camiseta y qué se esconderá bajo su sujetador, que estimo que es de talla 75C, y me cuesta mucho no pensar en ello ahora mismo.

Pero, por supuesto, pensar en sus pechos cuando está sentada enfrente de mí e intentando decirme una cosa, es una falta de respeto. Ya pensaré en ellos más tarde, cuando no exista la posibilidad de que ella se dé cuenta.

—Siento haber dado un lametón a tu helado ayer. Estuvo un poco... No sé, fuera de lugar —dice.

—No tienes por qué sentirlo —respondo mientras me pregunto si esto equivale a que esté retirando su tonto, y una parte diminuta pero inmadura de mí quiere gritarle: «¡Lo que se da no se quita!»—. Puedo compartir mi helado contigo siempre que quieras.

Miro la comida que tengo delante (un sándwich de pollo, una bolsa de patatas y un plátano) y me pregunto si debería tener un gesto con ella y ofrecerle un poco. Me gusta compartir la comida con Kit. Me hace sentir que somos uña y carne, una expresión que hasta hace poco no tenía ningún significado para mí.

—Bueno, vale —dice.

—Vale —respondo, aunque no tengo ni idea de en qué nos hemos puesto de acuerdo exactamente.

—Te vas a sentir orgulloso cuando veas mi comida. Es muy equilibrada.

Kit saca una bolsa de papel de la mochila y me enseña un pequeño yogur griego.

—¿Solo eso? —pregunto. Me preocupa que no se esté cuidando lo suficiente; prefería que comiese más de la cuenta—. ¿Hoy no hay sobras?

—Pues no. Anoche cenamos cereales. Mi madre se debe de haber olvidado de cómo cocinar o algo así. Tampoco es que antes cocinara mucho, ya sabes, antes —repite, enfatizando esta última palabra—, pero ahora en mi casa es o festín o hambruna. O una cantidad excesiva de comida a domicilio o nada de nada.

—¿Sabes cómo se hace el yogur griego? —pregunto.

—No y no quiero saberlo —responde, y la sonrisa que yo ya tenía pintada en la cara se ensancha más. Me gusta que Kit me diga de qué quiere hablar y de qué no. Gracias a eso, no me obceco con temas que no le interesan, que, según mi madre y Esmía, es uno de mis principales problemas: no siempre me doy cuenta de cuándo los demás no comparten mi fascinación por algo.

—Bueno, vale —contesto, repitiendo su respuesta anterior. Es una técnica muy utilizada en el tonto de las películas—. Entonces podríamos hablar de la teoría de las cuerdas.

—No. De eso tampoco.

—¿Empezamos con el Proyecto Accidente? —propongo, porque tengo muchas ganas de ayudar a Kit a comprender qué le pasó a su padre. He leído sobre las cinco etapas del duelo y he llegado a la conclusión de que si está tan dispuesta a descubrirlo es porque ya ha pasado la etapa de la negación.

—Aquí no. En el instituto no.

—Vale.

—¿Cómo te ha ido el examen de historia? Si me dices que era fácil, te

doy un bofetón. —Pienso en que Kit me pegue y no me resulta del todo desagradable, porque significaría que tendría que tocarme la cara con la mano. Solo nos hemos tocado dos veces: el lunes, cuando la ayudé a levantarse del quiosco, y ayer, cuando entrelazó su brazo con el mío en la calle Principal.

—No era difícil —digo. Y entonces lo hace. De verdad, lo hace. Se inclina sobre la mesa y, con ademán juguetón, me da un golpecito en la cara con la palma de la mano.

Cuando tenía cuatro años, una mañana de principios de verano, mi madre me llevó a la piscina a nadar. Hasta entonces me había negado a meterme en el agua: había demasiados niños que chillaban, salpicaban y lanzaban cilindros de espuma de colores chillones (Esmía los llamaba «churros», pero no eran ni comestibles ni dulces). Ese día, la piscina estaba desierta y yo llevaba unos manguitos de la marca Wonder Wings, que, aunque significa «alas milagrosas», no obraban ningún milagro ni me proporcionaban la habilidad de volar, sino que me apretaban y me resultaban extraños. Me quejé; ya me imaginaba las marcas rojas que me dejarían en los brazos, pero mi madre me dio la mano, nos metimos en el agua y sentí el primer golpe de frío. No sé cómo, pero encontré el coraje de meter la cabeza en la piscina, del todo, orejas incluidas, y el mundo se hizo azul, tenue, lejano y por fin, por fin, silencioso.

«Esta es mi casa», recuerdo que pensé. Aquello. Allí. Un lugar donde había sitio para respirar, pero no había aire. Aquello era mi casa.

Y cuando la palma de la mano de Kit me toca la cara me siento exactamente así. Como si estuviese nadando por primera vez. Como si acabase de descubrir la magia del agua. Como si hubiese llegado a casa.

## 12

### *Kit*

Resulta que los clichés son clichés por algo: son ciertos. Y hay uno más cierto que ninguno: «No sabes lo que tienes hasta que lo pierdes».

Jack y yo estamos en el despacho de mi padre, que utilizaba como oficina y también para sus cosas, y huele a «antes». Estamos buscando unos papeles: un seguro de vida, información sobre nuestra hipoteca (aunque no sé a ciencia cierta qué es una hipoteca) y las contraseñas de las cuentas del banco. Según Jack, todos esos datos importantes estarán guardados en la misma carpeta. Mi madre, que claramente ha retrocedido hasta la primera etapa (negación), o quizá a la etapa previa (beicon), se ha metido en la cama provista de todo un despliegue de productos derivados del cerdo, así que nos ha dejado solos ante este ejercicio de masoquismo.

Aquí hay demasiados recuerdos. En el escritorio de mi padre hay una foto mía de cuando tenía ocho años. Estoy en Disney World y enseño con orgullo una piruleta multicolor del tamaño de mi cabeza. Hay otra en la que salimos mi padre y yo de punta en blanco en el baile de padres e hijas de mi escuela primaria. En cuanto hemos entrado, le he dado la vuelta para no tener que verla. Hay otra foto en la que salen solo mi madre y él en su luna de miel, increíblemente jóvenes y enamorados. Están en la cima de una montaña y mi madre lo abraza por los hombros, todavía con los brazos cubiertos de los elaborados dibujos de henna que le hicieron para la boda. Y, finalmente, está

mi foto de familia preferida, que sacamos en la fiesta del cuarenta cumpleaños de mi madre y que ahora está boca abajo. En ella, mi padre me tiene cogida sobre su cadera, aunque tengo diez años y soy demasiado grande para que me lleven en brazos, y nos estamos riendo por un chiste que acababa de contar sobre que mi madre se estaba haciendo demasiado vieja para él. Se nos ve muy alegres; nadie merece ser tan feliz.

Jack y yo no deberíamos estar aquí, violando este espacio sagrado, pero mi madre necesita nuestra ayuda. Cuando era pequeña, suplicaba que me dejaran jugar en este despacho, justo aquí, sobre la moqueta beige, a los pies de mi padre. Prometía (cruzando los dedos con fuerza) no hacer ningún ruido y dejar que mi padre se ocupara de los asuntos misteriosos de los que se ocupaba aquí. Pero luego, por supuesto, no me callaba ni un segundo. Hacía preguntas tontas —¿sabía él que la sangre de los pulpos es azul? ¿Que es el macho del caballito de mar el que carga a sus crías?—, supongo que solo porque quería oír su voz.

Me encantaba el sonido de su voz, grave y profunda. El sonido de mi hogar.

«Los caballitos de mar pueden llevar hasta dos mil crías a la vez, aunque el número suele rondar unas mil quinientas. Y la sangre de los pulpos es azul porque contiene una proteína especial que les permite vivir bajo temperaturas extremas. Y ahora, fuera, Kitty Cat. Esta es una zona libre de niños», decía mi padre y me llevaba hacia la puerta.

Me digo que no pasa nada por estar aquí. Que no soy una niña.

Ya no.

Y la sangre de mi padre resultó no ser ni azul ni roja. Era marrón cobrizo. Del color de las monedas sucias.

Jack y yo trabajamos en silencio. Tenemos tres bolsas: una para lo que nos quedamos, otra para lo que donaremos y otra para la basura. De vez en



cuando, uno de los dos coge algún objeto como el conejo de plata que mi padre usaba como pisapapeles y le pregunta al otro con un gesto silencioso a qué bolsa debería ir. Señalo la que contiene lo que nos quedamos más veces de las que debería. No se me pasa por alto que ahora no me cuesta nada estar en silencio aquí. La propia habitación parece exigirlo.

Cuando encuentro una carpeta en la que se lee «Kit», rompo a llorar. Dentro están mis notas de los últimos diez años, ordenadas cronológicamente, fotos de mi madre y de mí, el certificado en el que se me reconoció como semifinalista de la beca al Mérito Nacional y el proyecto que hice para el Día de la Cultura en la guardería, en el que dibujé a mi familia cogidos de las manos y coloreé a mi padre con un crayón melocotón, a mi madre con uno marrón y a mí mitad y mitad, dividida justo por el medio. En la frente me dibujé un bindi con forma de árbol de navidad. Ese dibujo se convirtió en una broma recurrente según la cual mi lado izquierdo es indio y sij y mi lado derecho estadounidense y episcopaliano. «Prepara tu lado izquierdo —bromeaba mi padre—. Mañana por la mañana mamá te va a llevar al templo.»

Esta carpeta es una prueba de lo que ya sabía: teníamos una buena vida. Puede que incluso perfecta.

Y luego, en una carpeta delgada, veo un documento legal de cinco páginas a espacio sencillo. Lo leo. Tiene que ser un error. No puede ser lo que creo que es. Jack ve mi expresión y viene a leerlo por encima de mi hombro.

—Mierda —dice—. No, no deberías... Ni siquiera sabía que él... Kitty Cat, no leas eso.

—¡No me llamo Kitty Cat! —grito, aunque esto no es culpa de Jack, sino de mi padre.

En la parte superior de la página se leen las palabras: «Demanda de

divorcio». Quizá no sea oficialmente adulta, quizá no pueda definir con exactitud la palabra «hipoteca», pero no soy tonta. Sé lo que significa. Y también sé lo que significa esta otra palabra, la que hay escrita debajo de una sección titulada «fundamentos», subrayada y en negrita: **adulterio**.

Subo las escaleras de dos en dos a toda prisa y aporreando la puerta de la habitación de mi madre.

—¡Mamá! —grito.

Irrumpo en su cuarto antes incluso de que me diga que puedo pasar. Las lágrimas ruedan por mis mejillas y me odio por ello. He conseguido pasar cinco semanas sin derrumbarme, no he permitido que ni una sola persona me vea llorar, y al final ha sido esto lo que ha podido conmigo. La mitad de mis amigos han pasado por esta situación. Los padres de Annie están divorciados. Jack también lo está de Katie.

Los matrimonios se desmoronan todo el tiempo, pero nunca pensé que a mis padres les pasaría. De algún modo, parecían estar por encima de eso.

Y entonces caigo en la cuenta de que, ironías de la vida, no habrá consecuencias reales. Mi padre está muerto. No tengo que lidiar con tener dos casas ni con planes complicados para el fin de semana ni con negociaciones incómodas para el día de Acción de Gracias. Esto no cambia nada de mi futuro.

Y, sin embargo, cambia todo lo que creía sobre mi pasado. Sobre cómo me siento respecto a la persona que he perdido.

—¿Qué narices es esto? ¿Papá te engañó y os ibais a divorciar? ¿Cómo es posible que yo no supiese nada? ¿Cómo pudisteis dejarme al margen? —Me limpio la nariz con la manga. Tengo que dejar de llorar, pero no consigo detener las lágrimas ni el temblor de mis hombros. Empujo los papeles hacia ella, pero se niega a cogerlos.

—Kit, no es lo que piensas. No nos íbamos a divorciar. Todavía

estábamos discutiéndolo. Tu padre y yo íbamos a terapia de pareja —dice, y da unos golpecitos sobre su cama como si pensase que soy capaz de sentarme en un momento así. No está sorprendida, ni tampoco llora. De hecho, se muestra casi serena.

—¿Cuándo? ¿Cuándo ibais a terapia de pareja?

—Los martes por la noche. En realidad no jugábamos al bridge. —Me burlaba de mis padres por ir a jugar a las cartas una vez por semana. Les decía que al menos deberían haber elegido un juego guay, como el póker. Y ellos me seguían el rollo. Sonreían, me daban un beso en la frente, me decían: «No te acuestes tarde» mientras se dirigían a la puerta. Y en realidad iban a hablar con un psicólogo sobre el hecho de que mi padre se había acostado con otra mujer. A que un experto opinara sobre si podían o no salvar su matrimonio.

Cuántas mentiras.

La semana pasada le sugerí a mi madre que volviese a jugar al bridge. Pensaba que le iría bien ver a sus amigos. Ella movió la cabeza hacia los lados con tristeza y dijo: «Sin tu padre no soy capaz».

Mentira. Una jodida mentira.

—No sabía que había guardado los documentos —continúa mi madre—. No sé qué habría pasado si no hubiera... —Se interrumpe y quiero gritarle: «¡Muerto, mamá, si no hubiera muerto!».

Pero no lo hago.

—Pero te engañó. ¿Cómo pudo...? —Se me rompe la voz y vuelvo a empezar—: ¿Cómo pudo hacernos eso a nosotras?

—Espera, Kit. No lo hizo. Papá no me engañó.

—No soy tonta, mamá. Lo dice aquí. —Vuelvo a señalar la hoja de papel, que ahora está tirada en el suelo. Debería haber hecho caso de las normas y

no entrar en el despacho de mi padre, en la «zona libre de niños». Entre los mocos, las lágrimas y mi berrinche infantil, es evidente que ni me correspondía entrar entonces ni me corresponde ahora. Ni siquiera después de todo lo que ha pasado.

—No me engañó —repite.

—Pero ¡mamá!

Suspira.

—Yo lo engañé a él.

Su tono de voz me recuerda al de David. Inexpresivo. Neutral. Prosaico. Como si fuese Siri informándome del tiempo que hará mañana. No está llorando y pienso en el mes pasado, en todas las lágrimas y en los lamentos, en los millones de pañuelos usados que dejó tirados hechos una pelota por toda la casa. ¿Era todo aquello un espectáculo para mis ojos?

—Quiero pensar que iba a contártelo en algún momento. Quizá cuando fueses mayor —dice, y niega con la cabeza—. O no. Algunos errores es mejor que sigan siendo secretos.

—¿Qué? ¿Tú lo engañaste a él? ¿Tú? ¿Cuándo? ¿Quién? —pregunto y, pese a todo, me corrijo mentalmente: «¿Con quién?». Pero, por supuesto, no es eso lo que quiero saber. Lo que quiero saber es «¿Por qué?» y «¿Cómo pudiste?» y «¿Qué hago yo ahora?». Sobre todo esto último.

Ella no responde. El tío Jack sube las escaleras de dos en dos y se queda de pie junto a la puerta, detrás de mí.

—Kit —dice, con la misma voz de domador de leones que usó con mi madre hace solo unas noches. Entiendo por qué ella se largó de aquel modo entonces. Es exasperante.

—¡Esto no es asunto tuyo, tío Jack! —le espeto, y me vuelvo de nuevo hacia mi madre. Me pregunto cuánto tendré que esperar para que me diga la

verdad. Es probable que tenga que quedarme aquí plantada para siempre. Pero resulta que mi madre ni siquiera me está mirando a mí. Mira detrás de mí, a Jack, que le devuelve la mirada y niega con la cabeza una sola vez, tan rápido que casi se me pasa desapercibido.

«Oh, no —pienso—. No, no, no.»

Porque ahora lo entiendo todo. No hace falta que mi madre diga ni una palabra.

Justo cuando pensaba que las cosas no podían ir a peor... van a peor. Siempre van a peor.

Fue con Jack.

Mi madre tuvo una aventura con el tío Jack.

*David*

Ya no soy invisible. El 83 por ciento de las personas con las que me he cruzado esta mañana se han parado a mirarme y luego han cuchicheado con sus amigos. El otro 17 por ciento se ha parado a mirarme dos veces, de esa forma que solo había visto en los dibujos animados, cuando los cuellos de los personajes se doblan tanto. Estoy distinto. Llevo el pelo corto y despeinado, en lugar de largo y delante de la cara. Mi ropa es de un estilo similar a la de los chicos populares del instituto.

Intento no pensar en ese pliegue absurdo que noto en la espinilla izquierda ni en que los vaqueros me aprietan y se doblan por donde no deben. A cada paso que doy echo de menos mis viejos chinos. Tengo tres pares idénticos que he ido rotando día tras día durante los últimos dos años. Huelo mi nuevo gel para el pelo, que tiene aroma a coco y no es del todo desagradable, siempre que no me obceque con su textura pegajosa. Esmía me lo ha puesto esta mañana: ha usado una cantidad del tamaño de dos monedas de 25 centavos y yo he grabado todo el proceso para poder repetirlo con exactitud cuando ella vuelva a la universidad.

—Joder, Pequeño D, no me puedo creer que no me hayas dejado hacer esto antes —me ha dicho mi hermana esta mañana durante el desayuno, después de que haya bajado las escaleras y, porque mi madre ha insistido, me haya quedado de pie para que pudieran echarle un buen vistazo a mi nuevo

yo.

—Las chicas van a comer de la palma de tu mano —ha añadido mamá.

Ahora, mientras camino por el pasillo, pienso en esas escenas de las películas de adolescentes en las que, en un montaje rítmico, el personaje principal, que siempre es una chica, se prueba una plétora de vestidos y sombreros extravagantes, abre y cierra las puertas de los probadores al ritmo de la música y al final emerge supuestamente transformada por algo tan mundano como un nuevo corte de pelo y un vestido revelador. Lo que no he entendido nunca es por qué los chicos se sorprenden siempre cuando ven por primera vez la nueva imagen de la chica con la que han quedado, como si las chicas no fuesen guapas antes, pese a su predilección por la vestimenta andrógina. ¿Acaso los guionistas creen que los adolescentes carecemos de toda imaginación? En lo que respecta a mí, al menos, es lo contrario. Estoy bastante seguro de que ya sé cómo es Kit desnuda.

Pese a lo mucho que se ha esforzado Esmía, no me siento transformado. No me imagino a Kit al pie de las escaleras mirándome boquiabierto. Y, sin duda, pensar en que alguien coma de la palma mi mano como una cabra en un zoo de animales de granja me da muchísimo asco. ¿De verdad puede llegar a pasar eso?

—Uau, está usted que quita el hipo, monsieur Drucker —dice Abby cuando entro en clase de francés.

Llevo los auriculares puestos, pero la música está apagada por si veo a Kit, que no estaba en el aparcamiento a las 7.57 como yo esperaba y se ha perdido las clases de la mañana hasta ahora. Es la segunda vez en todo el tiempo que llevo en el instituto que Abby me habla. La primera fue hace cuatro días, cuando me choqué con Jessica y me llamó «friki». No sé si se está burlando de mí o no, así que la ignoro. Además, soy incapaz de comunicarme con alguien que se pone tanto perfume.

—Parece una persona diferente —comenta Willow. ¿Se cree que no la oigo porque llevo los auriculares o es que le da igual?—. O sea..., ¡fli-pa!

Practico la inflexión en mi cabeza, la forma en la que ha enfatizado el «flipa», para repetírselo a Esmía luego y que me lo traduzca. O sea..., ¡fli-pa!

—*Désolée* —dice Kit en francés a madame Rubenstein cuando finalmente entra en clase trece minutos después de que suene la campana—. *Problèmes avec le coché.*

Hoy Kit se ha vuelto a poner esa camisa blanca tan grande y lleva el pelo recogido y despeinado de los lunes, aunque esta vez lo lleva enrollado en un moño en forma de rosquilla, en lugar de la coleta habitual. Tiene la cara un poco hinchada, como si se acabase de despertar. Me siento cuatro filas por detrás de ella, así que observo su cuello. Tiene un pequeño lunar redondo en la nuca que parece que le hayan colocado ahí con delicadeza, como si fuese el final perfecto de una frase exquisita. No confío en recordar sus dimensiones exactas más tarde, así que saco mi libreta y empiezo a dibujar.

—Veo que tiene un nuevo corte de pelo, monsieur Drucker —dice madame Rubenstein en francés, no sé con qué propósito, y al principio no me molesto en levantar la vista. Acabo de esbozar las dos dobleces del cuello de la camisa de Kit y quiero que me salgan bien—. Monsieur Drucker. *Écoutez, monsieur Drucker.*

—*Oui* —contesto, levanto la cabeza y me doy cuenta de que toda la clase me está mirando. Ignoro a madame Rubenstein, los golpecitos que da en el suelo con el pie y todas esas expresiones de curiosidad y miro a Kit para intentar lo imposible y leer la suya. Levanta la ceja derecha aproximadamente un milímetro y mantiene los labios en una desalentadora línea recta, luego se vuelve hacia la parte delantera de la clase. Tiene los ojos muy rojos, como Esmía. Quizá haya una conjuntivitis circulando por ahí—. *Oui, je me suis fait couper les cheveux.*



Madame Rubenstein se las arregla para usar mi corte de pelo como transición a una nueva unidad sobre las costumbres y la cultura francesas, una conexión ilógica y burda, pero que no parece molestar a nadie. Kit sigue mirando hacia delante, con el cuello recto, y no se vuelve a girar en toda la clase.

Es evidente que odia mi nuevo corte de pelo.

Quizá también me odie a mí.

Sigo dibujando. Al menos así tendré una pequeña parte de ella para después.

Termino saliendo de clase después de José, que empieza a atosigarme a preguntas antes de que me pueda poner los auriculares.

—¿Qué llevas puesto? —pregunta. Supongo que, como ahora somos compañeros de equipo, debemos cumplir con las formalidades requeridas, como la cháchara. Ojalá pudiera disuadirlo con educación.

—Ropa.

—¿De dónde la has sacado?

—Del centro comercial.

—¿Podrías ser más específico?

—¿Por qué?

—Porque creo que yo también debería comprármela. Las chicas están hablando de ti.

—La eligió mi hermana.

—Tu hermana está muy buena.

—No creo que eso sea relevante.

—Bueno, ¿podría elegirme a mí la ropa?

—Podría, pero no creo que lo haga.

—No te olvides de que mañana después de clase tenemos la reunión para el decatlón académico.

—Yo no me olvido de las cosas.

—Yo tampoco. Bueno, obviamente no me acuerdo de todo, pero sí de casi todo. Mi primer recuerdo es de cuando tenía dos años y cinco meses. ¿Cuál es el tuyo?

—Tengo que pensármelo.

—¿Era cara?

—¿El qué?

—La ropa.

—Define cara —le pido, y entonces José me sorprende. Porque lo hace. Define la palabra «cara» con una precisión impresionante.

Me dije que podría empezar a decir, en secreto, que la mesa en la que comemos es «nuestra mesa» si llegábamos a compartirla una segunda semana y aquí estamos: semana dos, día uno.

—*Très beau* —dice Kit a modo de saludo y se señala la cabeza. Me obligo a establecer contacto visual, pero en sus pupilas hay demasiada actividad. Intentar descifrarla y quedarme quieto al mismo tiempo hace que mi velocidad de procesamiento se ralentice.

—¿Qué?

—Tu corte de pelo. *Très beau*.

No necesito a Esmía para traducir esto. *Très beau* es, por supuesto, «muy guapo» en francés. Me alegro mucho de no haber elegido latín, una opción que barajé porque me habría sido útil si algún día decidía estudiar medicina.

—Gracias. Quiero decir, *merci*. —Parece que sus pupilas empujen y tiren de mí al mismo tiempo, como si fuese un ejercicio de resistencia. Me rindo y le miro la clavícula, la constelación circular de pecas.

—¿Cómo te sientes? —pregunta.

—¿Qué quieres decir?

No contesta, pero hace un gesto con la mano señalándose desde la cabeza hasta los pies.

—Bueno, se me hace raro tener mucho menos pelo y echo de menos mi ropa vieja. Esta es un poco rígida. Pero Esmía dice que ya era hora y que los cambios son buenos. No estoy seguro de coincidir con ella en el último punto.

—Estás muy... diferente —observa Kit.

—¿De verdad? —pregunto, aunque es una estupidez, porque ya sé que estoy diferente. Lo que quiero preguntarle es: «¿Te gusta?».

—Casi no te reconozco. Pareces una persona totalmente distinta. Aunque no es que antes estuvieras feo. No me refería a eso.

—No había entendido eso —contesto.

—Es solo que... tienes buen aspecto. Muy buen aspecto. Estás superdiferente. No importa. Voy a callarme ya.

Levanto la vista de nuevo, nuestras miradas se encuentran y esta vez decido soportar la incomodidad y aguantársela. Ella sonrío, pero estoy bastante seguro de que es una sonrisa triste, porque quiero que deje de hacerlo. Su expresión vuelve a ser un misterio.

—¿Estás bien?

—Sinceramente, no lo sé —responde—. Además, me he olvidado la comida en casa.

Empujo dos de mis platitos hacia ella (una galleta y una manzana) y entonces caigo en la cuenta. Esta es la oportunidad de la que hablaba mi hermana. Debería proponerle que vayamos a comer algo después de clase. Eso «mantendría la tensión», lo que, según Esmía, es necesario si quiero que alguna vez Kit estampe sus labios contra los míos. Cosa que sí quiero. Con todas mis fuerzas.

—¿Te gustaría...? —No consigo terminar la pregunta. No puedo acabar la frase «¿Te gustaría ir a comer algo conmigo después de clase?» porque Justin cruza la cafetería como una exhalación y se deja caer en el asiento que hay al lado de Kit. Su llegada es como una invasión alienígena. No, peor. Una bomba nuclear.

—¡Joder, qué susto! —exclama Kit. Yo no digo nada, porque no me gusta hablar delante de Justin. Mis experiencias pasadas demuestran que no puede salir nada bueno de ello. Cuando no ha transcurrido ni un segundo, aparece Gabriel, porque los dos tienen una extraña relación simbiótica. Como una anémona de mar y un cangrejo ermitaño: uno no puede funcionar sin el otro.

—Bonito corte de pelo —dice Gabriel, y alarga las manos hacia mi cabeza. Hago una mueca y me aparto—. Durante un segundo he pensado que eras tu hermana.

Estoy a punto de darle las gracias, porque mi hermana está universalmente reconocida como una persona atractiva, pero entonces me contengo. Es evidente que no me está haciendo ningún cumplido. Oigo a Esmía en mi cabeza: «Recuerda con quién estás hablando. Dedicar siempre unos segundos a analizar el contexto».

—Déjalo en paz —le espeta Kit, y se inclina para coger mi manzana. Le da un gran bocado, como si quisiera demostrar algo. Quizá que ella y yo compartimos a veces la comida.

—¿Para qué es? ¿Para el *Especial retrasados* de un programa de cambio

de imagen de la tele? —pregunta Justin, y Gabriel le choca los cinco con un entusiasmo desmesurado.

—Sois unos idiotas —les espeta Kit. No me gusta el cariz que está tomando este asunto. No quiero que piense que soy de la clase de personas que necesitan que las defiendan. No lo soy.

Después del Incidente de los Vestuarios (que, una vez más, es irrelevante en las presentes circunstancias), mi padre colgó un saco de boxeo en el sótano y me enseñó a boxear. Dijo que era obvio que yo era igual que él, que el instituto me resultaría duro y que en algún momento me vería obligado a defenderme. Desde ese día, he dedicado catorce horas semanales al ejercicio físico y al entrenamiento de defensa personal y me he interesado por diversas artes marciales. Sé que, si tuviera que hacerlo, podría dejarlos a los dos para el arrastre con facilidad. Y lo digo en sentido literal y en sentido figurado. Cuando estudié kung-fu, aprendí a dar una patada giratoria y a dejar a mi oponente tirado en el suelo boca abajo.

—¿Nos podríais disculpar? Estábamos en medio de una conversación —digo, y vuelvo a mirar a Kit, con la esperanza de que lo que mi madre me decía cuando era pequeño se haga realidad por una vez: «Si no les haces caso, se irán».

Pero no, nada ha cambiado. No funcionaba entonces ni funciona ahora.

—¿Nos podríais disculpar? —dice Justin, y me imita con un falso acento pijo, cosa que no tiene sentido. Es evidente que yo no soy pijo. Hemos ido juntos al colegio desde la guardería. A un colegio público.

—¿Por qué no os vais? —dice Kit—. De verdad, hoy no puedo aguantar vuestras chorradas.

—Relájate. Solo queríamos saludar. Te echamos de menos, tía —dice Gabriel, todo sonrisas. Como si Kit y él fuesen mejores amigos. Cosa que no creo que sean, pese a que se dieron la mano en al menos ocho ocasiones

diferentes durante dos semanas el año pasado.

He pensado en cómo sería tener la mano de Kit en la mía y he llegado a la conclusión de que la sensación sería completamente opuesta a la que me produce el pliegue de los vaqueros nuevos.

Intercambian unas cuantas palabras más —Justin le dice algo a Kit y ella le contesta—, pero no los escucho. Estudio el dorso de mi botella de agua y los degrado a ruido de fondo. Recuerdo todas esas veces, hace tres o cuatro años, en las que hice lo que Justin me pedía. Tirarle del sujetador a una profesora, bajarme mis propios pantalones... Y otras cosas que no pienso mencionar. En aquel entonces me halagaba que me prestase atención, porque cuando estaba con él hacíamos reír a la gente. Pensaba que era mi mejor amigo.

En aquel entonces pensaba muchas cosas que no eran ciertas.

Cojo mi libreta, la pongo junto al plato y acaricio la cubierta. No la voy a abrir aquí, pero tener las normas de Esmía cerca me ayuda. Justin y Gabriel son los primeros en la lista de «Personas No Dignas de Confianza». Eso es lo único que tengo que recordar.

*Regla nº1: Ignora a la gente de la lista de PNDC.*

*Regla nº2: Ignora a la gente de la lista de PNDC.*

*Regla nº3: Ignora a la gente de la lista de PNDC.*

Esmía lo escribió tres veces, determinando así una importancia superior incluso a la de su último mandato: no hablarle a una chica sobre su peso.

Por fin Justin se pone de pie como si estuviese listo para dejar nuestra mesa. Siento una sensación de alivio en el pecho, pero no debería confiarme: mi lista de «Encuentros Relevantes» deja bien claro que jamás he salido ileso de una conversación con Justin. Se agacha y, con la mano plantada en mi cabeza, me susurra al oído:

—Te habrás cortado el pelo, pero sigues siendo raro de cojones —dice

con la lengua tan cerca de mi oreja que noto su aliento húmedo y asqueroso. Aprieto los puños. Quiero darme la vuelta y darle un puñetazo en la cara.

No tiene derecho a tocarme.

Sé que si le pego habrá consecuencias; con Justin siempre las hay. Castigos o expulsiones, notas imborrables en mi expediente, el tipo de problemas que podrían disminuir mis posibilidades de que me acepten en una buena universidad. Eso era lo único en lo que pensaba antes de que Kit empezase a sentarse en mi mesa a la hora de comer: que un día me iría de Mapleview y empezaría de nuevo en otro lugar donde nadie supiera de mis errores.

Y eso no es todo: si pegase a Justin, es bastante posible que le rompiera la nariz y, si le rompiera la nariz, se me quedarían los nudillos pringosos de su sangre, sus células muertas y su ADN. No quiero tener que lavarme las manos de restos de Justin. Qué asco.

Así que me concentro en Kit. Ignoro mis instintos y la miro a los ojos. Hablo con ella sin hablar: «Por favor, dime que sabes que soy mejor que ellos. Elígeme. Elígeme».

Ella me devuelve la mirada, aunque no tengo ni idea de qué me está diciendo. Nunca sé lo que nadie está diciendo.

No es hasta más tarde, durante la clase de física, cuando me doy cuenta del precio que voy a tener que pagar por ese contacto visual. Mientras estaba ocupado mirando a Kit, Justin me ha robado la libreta.

Pues ahora ya lo sabe todo el mundo: David Drucker está bueno. Una vez lo miras, es decir, una vez lo miras de verdad, como yo hice por primera vez en las gradas, es tan obvio que te maravilla no haberte dado cuenta antes. Es como uno de esos efectos ópticos tan raros que a mi madre le gusta enseñarme en Facebook.

—¿Por eso te has estado sentando con él? ¿Sabías que debajo de todo ese pelo había un tío que estaba buenísimo? —pregunta Annie. Violet y ella están tan emocionadas por la revelación que ha supuesto David que están a punto de vibrar. Estamos entre clase y clase, de pie al lado de mi taquilla, donde siempre, mientras montones de adolescentes pasan junto a nosotras por el pasillo. Yo niego con la cabeza y ella añade—: Aunque igual no deberíamos sorprendernos tanto, porque Lauren Drucker es guapísima, es hasta injusto. Pero, aun así, ¿David?

Para ser sincera, no sé qué pensar sobre la transformación de David. De algún modo, ahora me parece menos mío, como si hubiese expuesto al resto del instituto lo que antes era pequeño y privado, un secreto que ambos compartíamos. Un corte de pelo ha bastado para que Gabriel y Justin vengan a molestarnos a la hora de comer.

Lo único que quiero es que todo el mundo nos deje en paz.



—Creo que es una persona interesante y ya está —digo. Elegí la mesa de David por su silencio y porque era un refugio y sigo eligiéndola porque resulta que me gusta estar con él, aunque no estoy exactamente segura de por qué.

Y supongo que no estoy siendo muy justa con su nuevo look. Si ahora hay otras chicas que se fijan en él, me alegro por la parte que le toca. Me alegro de que su mundo crezca. No tiene la culpa de que yo esté desesperada porque el mío siga siendo pequeño.

—Sí, claro, tan interesante como los hermanos Hemsworth —ironiza Violet.

—Bueno, pero sigue siendo raro —repite Annie.

—Raro en el buen sentido —apostillo.

Ambas me miran como si hubiese perdido la cabeza. Y quizá sea así, aunque no por David Drucker. Valoro la posibilidad de contárselo todo a mis amigas, de sincerarme de una vez por todas. De contarles la historia al completo, relatarles esta pesadilla desde el principio hasta el final. Pero no puedo. Hay algunas palabras que no se nos permite decir en voz alta. No sé cómo explicar que me he pasado el fin de semana en mi habitación porque mi madre y yo ya no nos hablamos. Que ella traicionó a mi padre, que tuvo un *affaire*, una palabra que odio porque suena inofensiva, como si hubiese dado una fiesta de cóctel y no como si se hubiese follado al mejor amigo de mi padre. No concibo cómo las últimas cinco semanas han podido pasar.

Todavía no me parece real. Me lo repito una y otra vez, como si así fuese a conseguir que en algún momento tuviese sentido. Mi madre se acostó con Jack, probablemente varias veces. Cuando mi padre se enteró, se quedó destrozado y empezó a pensar en dejarla o en dejarnos a ambas, no lo sé. Ahora está muerto. Los primeros dos hechos no tienen ninguna relación con el segundo, pero, aun así, en mi cerebro estarán mezclados para siempre y se

reproducirán de forma continua, una vez detrás de otra.

Un triple revés.

Quizá debería decir estas palabras en voz alta: «Ya no tengo un padre y una madre».

Esa es la versión corta.

Hasta hace poco pensaba que yo era una excepción: tenía una familia feliz. No entiendo qué es lo que me queda ahora.

Sé que estoy siendo melodramática. Al fin y al cabo, estoy bastante segura de que el padre de Annie engañó a su madre, y mi amiga no sufrió una crisis emocional. Su padre se mudó con su ayudante el mismo día que se fue de casa y, aunque Annie sigue enfadada por lo que pasó, deja que le compre regalos para redimir su culpa y se queda en su nueva casa los fines de semana alternos. Dice que el arreglo no está tan mal.

¿Es diferente cuando es ella quien es infiel? No debería serlo y, aun así, no lo sé. Estoy tan enfadada con mi madre que anoche acabé pegando un puñetazo a la pared. Tengo los nudillos rojos y amoratados, pero no me duelen tanto como desearía. Esa parece ser la paradoja del duelo: tanto dolor, pero, aun así, no es en absoluto suficiente cuando necesito sentirlo.

—¿Te ha pedido ya que vayas al baile con él? —pregunta Annie, pero estoy demasiado ensimismada en mis pensamientos como para contestarle. Me imagino el momento en el que mi padre descubrió lo de mi madre y Jack. ¿Cómo fue esa escena tan terrible? ¿Eran reales las lágrimas de ella durante el entierro? ¿Eran de pena o de culpa?

Durante este fin de semana mi madre ha llamado unas cuantas veces a la puerta, y esta mañana también, cuando no me he levantado a tiempo para ir al instituto. La he ignorado. También me ha mandado mensajes, distintas versiones de: «Deja que me explique. ¿Podemos hablar? Lo siento». Me pregunto si le mandaría esos mismos mensajes a mi padre antes de su muerte.

«Lo siento. Lo siento. Lo siento.»

Echaría un vistazo a su teléfono, pero ya no está, igual que todo lo demás.  
Pulverizado.

O tal vez yo lo haya entendido todo mal. Quizá mi madre estaba que no cabía en sí de alegría por divorciarse de mi padre y empezar una nueva vida. Si algo he aprendido en las últimas cinco semanas es que tiene una relación complicada con la verdad. Ningún engaño es demasiado grande. Es capaz de mentir sobre cualquier cosa.

—¿Qué? ¿Quién? —pregunto.

—¿Estás ahí? ¿David Drucker? ¿Baile? —repite Annie.

—Ah. No, claro que no. No voy a ir. —Violet me mira preocupada, pero la ignoro. Está esperando a que empiece a cumplir con nuestros planes habituales. Que vuelva al Mundo de lo Normal. No sé cómo explicarle que no voy a volver nunca.

—Primero pasas de ser redactora jefa, así sin más, y ahora ¿ni siquiera vas a ir al baile? —pregunta. Yo no le contesto, porque no creo que espere respuesta—. Sé que ha sido duro y todo eso, pero tienes que empezar a pasártelo bien otra vez, o al menos a intentarlo.

Me encojo de hombros, porque no me parece que ir al baile sea pasárselo bien. Me parece una tortura.

—Yo quiero que Gabe me lo pida —confiesa Annie, y Violet y yo fingimos que no lo sabíamos, aunque sea obvio desde hace meses. Eso es lo que hacen las buenas amigas.

O quizá no. Quizá debería seguir el ejemplo de David y llamar a las cosas por su nombre: Gabriel es un capullo. Annie, te mereces algo mejor. Muchísimo mejor. Gabriel es el equivalente humano del paradigma del

adolescente que intenta ser popular, pero no lo consigue del todo. Ni siquiera tiene nada especialmente interesante ni atractivo. Es aburrido y poco original incluso cuando es maleducado, como lo ha sido hoy con David. Solo sobresale de entre los demás si está con Justin, que, pese a que también es un capullo, al menos es listo.

—¿Por qué no se lo pides tú a él? —Decido que eso es una buena alternativa a lo anterior. Una manera de devolverle el control sobre la situación. Si le dice que no, que le den. La vida es corta y cruel, no deberíamos malgastar ni un solo segundo preocupándonos por estupideces como los bailes del instituto. Pues claro que sí, Annie debería pedirle a Gabriel que vaya al baile con ella. Y yo debería... ¿qué? ¿Irme de casa? ¿No volver a hablar con mi madre nunca más? ¿Besar a David Drucker? ¿Suicidarme?

No tengo la valentía suficiente para ninguna de esas opciones. Solo soy lo bastante valiente como para sentarme en una mesa silenciosa a la hora de comer, para esconderme en mi habitación y para fingir con mis amigas durante solo diez minutos que todo está bien. Que yo estoy bien.

—Es que no solo quiero ir con él, quiero que me lo pida. No te enteras —dice Annie, mientras echa una ojeada a mi taquilla, como si sus profundidades oscuras y poco decoradas escondieran alguna revelación—. Da igual. Seguro que se lo pide a Willow.

—Me estoy cansando un poco de las chicas esas —admite Violet.

—Yo no puedo con ellas —añade Annie—. Kit, ahora se presentan en el Pizza Palace todos los días y se comportan como si nosotras ni siquiera estuviéramos allí. Como si Justin y Gabriel fuesen sus únicos amigos.

En ese momento, Willow, Jessica y Abby pasan junto a nosotras, como si al nombrarlas las hubiese hecho aparecer por arte de magia. No nos dicen hola, solo levantan la mano a modo de saludo mudo y simultáneo. Una

especie de coreografía. Annie, Violet y yo estábamos igual de sincronizadas, o eso creo. Pero ya no. Eso también es culpa mía.

—Antes las he oído hablando de David Drucker —dice Violet, interrumpiendo mis pensamientos.

—Todos están hablando de D.D. Así lo llaman ahora: D.D. —añade Annie. No le pregunto a quién se refiere con «todos».

Vuelve a obrar su magia, porque justo en ese momento aparece David. Pasa por nuestro lado con los auriculares en las orejas y la mirada fija al frente. No nos ve. Es evidente que está perdido en su mundo. La sudadera con capucha le marca la espalda ancha y se le notan los músculos. También huele bien. David huele a limón, fresco y dulce.

—¿Lo que se le marca es una tableta de chocolate? —pregunto.

—No me había dado cuenta hasta ahora —contesta Violet.

—Uf... —añade Annie cuando pasa, con la mirada fija en su trasero, que se le marca dentro de esos vaqueros perfectos—. Es que... Uf.

En clase de física me vibra el teléfono, así que lo saco de la mochila y le echo un vistazo por debajo de la mesa.

David: ¿Haces algo después de clase?

Lo miro. Me había olvidado por un momento de lo diferente que está y me vuelvo a sorprender. Se me encoge el estómago. Annie no anda desencaminada. Está buenísimo.

Yo: No. ¿Qué tenías pensado?

David: Primero tienes que comer.

Yo: OK.

David: Luego podemos empezar con el Proyecto Accidente, como dijimos.

Claro, el Proyecto Accidente. Una idea de David para ayudarme a comprender lo sucedido. ¿Existe algo que se llame Masoquistas Anónimos? Porque está claro que yo debería asistir a una de sus reuniones cuanto antes.

Miro al señor Schmidt. No tengo ganas de escuchar su sermón sobre la tercera ley de Newton, así que me quedo mirándolo embobada mientras espero a que se le caiga ese pedacito de atún que lleva pegado al bigote. Preferiría no estar en clase: sería mejor ir a comer algo con David y, sí, empezar con el Proyecto Accidente, por enfermizo que sea.

Yo: Vámonos ya.

David: ¿Ya? Pero... ¿y la clase de física?

Levanto la mano de forma impulsiva y hablo antes de que el señor Schmidt me dé permiso.

—Voy a la enfermería —digo con convicción, como si no estuviese pidiendo permiso. Meto los libros y el ordenador en la mochila y salgo. Mi cerebro todavía va unos pasos por detrás de mis piernas. Mejor será darle buen uso a mi única y corta vida.

Dejo que David decida si quiere seguirme o no.

*David*

Si no fuera por el cambio de imagen de Esmía, habría podido salir de clase sin más. Cruzar la puerta sin que ni una sola persona se diese cuenta. Ahora, debido a la ropa nueva y a los siete centímetros menos de pelo, tengo que inventarme una excusa, una mentira, porque me he quitado mi capa de invisibilidad. Pues claro que voy a seguirla. Eso ni me lo cuestiono. De ningún modo podría quedarme aquí durante los 42 minutos restantes de esta clase mirando con tristeza su silla vacía. Además, Gabriel está sentado a mi lado, en toda su aromática gloria, y no consigo atreverme a preguntar por mi libreta. Está perdida. Robada. Sin embargo, siento que está cerca, como un miembro fantasma. Decido no preocuparme. Seguro que leerán la primera página, se darán cuenta de que no está llena de apuntes de historia ni de física y me la devolverán. Y aquí no ha pasado nada.

—¿Señor Schmidt? Necesito... —Apunto mentalmente que la próxima vez me pensaré la excusa antes de levantar la mano. Me está mirando. No, no solo el señor Schmidt. Me mira toda la clase. Otra vez—. Necesito evacuar los intestinos.

Lo digo en voz alta y con seguridad, porque Esmía afirma que esa es la clave de toda buena mentira. Que suene como si tú mismo te la creyeras. Oigo unas risas, pero tienen una cualidad distinta a las habituales. No suenan a cristales rotos. Suenan colaborativas. ¿Podría ser este cambio un resultado

del corte de pelo y la ropa nueva? No creo. Quizá mis compañeros de clase no me caigan bien, pero no pueden ser tan estúpidos como para que su opinión sobre mí dependa de algo tan intrascendente como mi apariencia.

—Demasiada información —responde el señor Schmidt, una expresión que para mí no tiene mucho sentido, porque mi principio más importante es que nunca se tiene demasiada información. Así es como uno se hace más listo—. Vaya, señor Drucker.

Señala la puerta y, pese a que no encaja con la excusa que acabo de dar —mimiento fatal—, me echo la mochila a la espalda y salgo corriendo.

Encuentro a Kit en el aparcamiento del instituto, de pie en medio de la carretera, con la cabeza hacia atrás y los brazos estirados.

—Está nevando —dice—. ¿Te lo puedes creer?

Asiento porque sí me lo puedo creer. Anoche, la última vez que miré la aplicación que me informa de las previsiones del radar meteorológico, vi que habría una probabilidad de precipitaciones del 72 por ciento entre la una y las cinco de la tarde, y estamos a tres grados bajo cero.

—Siento haber hecho que te saltes la clase —continúa—. Pero he pensado que... —No termina la frase, sino que deja que sus palabras se desvanezcan en el aire, sublimándose en otro estado, como el agua y la nieve. Alargo una mano y cojo un copo justo antes de que aterrice en su mejilla.

—¿Sabías que no es matemáticamente imposible que haya dos copos de nieve idénticos? Están formados por un trillón de moléculas que pueden tomar diversas formas geométricas, así que solo es muy improbable.

—¿Un trillón?

—Imagina un uno seguido de dieciocho ceros. —Ella se encoge de hombros. No creo que se lo imagine y es una lástima, porque para mí la imagen de un trillón es como el verso de una poesía—. Lo que quiero decir es



que es totalmente posible. Es improbable, por supuesto. Las posibilidades son de una entre un porrón. Eso no es un número de verdad, sino un parámetro de sustitución hiperbólico, pero ya sabes a qué me refiero. Sí que es posible.

Miro la nieve que cae y me pregunto si alguno de estos copos, contra todo pronóstico, tendrá un gemelo en algún lugar. Hay algo sobre los amigos que no comprendía antes de empezar a hablar con Kit: hacen que tu mundo crezca. Te ofrecen unas posibilidades que antes eran inconcebibles.

Antes de Kit, yo nunca usaba la expresión «sentirse solo», aunque era exactamente así como me sentía. Mi mente era demasiado estrecha, estaba demasiado poblada por una única voz. No me gusta el exceso de ruido, ni de luz, ni de aromas, que son las consecuencias inevitables de la interacción humana, pero mi conciencia —que espero que sobreviva a mi inevitable muerte— sigue anhelando las conexiones personales. Igual que la de todo el mundo.

En realidad es física básica. Todos necesitamos una fuerza equivalente y contraria.

Kit me mira y yo la miro a ella. El contacto visual me suele resultar parecido al dolor de cabeza que provoca comer algo muy frío. Simplemente es demasiado y demasiado rápido. Agudo y desagradable. Pero con Kit es como los primeros segundos en una montaña rusa: fuerza gravitatoria y pura adrenalina, sin que exista la posibilidad de escapar.

Estoy nervioso, así que sigo hablando.

—Pero es reconfortante, ¿no? Que algo tan impensable como que existan dos copos de nieve idénticos pueda pasar de verdad. A veces, cuando no me siento bien, pienso en ello. —Ella me dedica una perfecta sonrisa, aunque en realidad no es perfecta, no del todo: tiene el tercer diente de la izquierda un poco roto. Sin embargo, me deja sin aliento literalmente, así que dejo de hablar porque no quiero que me dé un ataque de asma.

—Ahora mismo, todo es una auténtica basura —dice, aunque sigue sonriendo—. Ni siquiera sé por dónde empezar a contártelo.

Asiento. No sé qué contestar. Quiero que sus palabras encajen con su expresión o, aunque tal vez en menor grado, viceversa. Se le escapa una lágrima por el rabillo del ojo y se la enjuga de inmediato.

—Pero me lo voy a tomar como una buena noticia. Lo de los copos de nieve —continúa—. Así que gracias.

—¿Quieres que vayamos andando? —pregunto porque, de repente, no me apetece subirme en un coche. Quiero seguir bajo esta nevada tan leve y silenciosa. Quiero ir al lado de Kit, observar cómo se protege del viento y oír el suave silbido de los copos al caer sobre su abrigo.

—Sí, por favor —acepta, y luego, como si fuese lo más natural del mundo, como si lo hiciéramos todo el tiempo, entrelaza sus dedos con los míos.

Vamos de la mano durante 2 minutos y 29 segundos, pero cuando doblamos la esquina de la avenida Clancy, nos soltamos. Ojalá supiera quién de los dos lo ha decidido. ¿Me habré distraído contando y habré reducido la presión sin querer, indicando por lo tanto mi deseo de soltarme? No lo sé. Hay un 92 por ciento de probabilidades de que haya sido Kit. Me gustaba la sensación de tener su mano en la mía. Tiene los dedos más largos de lo que pensaba y pesarán en total lo mismo que la pata de un perro. Pienso en cómo sería besarla, acariciar las pecas de su clavícula con la punta de un dedo, no preocuparme por nuestros límites físicos. Me imagino que sería como romper un átomo, la destilación de las partes que lo componen. Que todo sería lo bastante pequeño para ser contable. Todo tan perfecto y permanente como el número pi.

—Hoy estás muy callado —dice Kit. No hemos hablado en 2 minutos y 29 segundos. Hablar y darse la mano al mismo tiempo es muy difícil.

Ocasionaría una sobrecarga del sistema.

—Solo estaba pensando —contesto.

—Yo también. Ojalá pudiera hacerlo menos.

—¿El qué?

—Pensar. —La miro y veo que tiene el rostro húmedo. ¿De la nieve? ¿De las lágrimas? ¿Ha estado llorando desde que nos fuimos del instituto?

—Estás triste —observo, y se me ocurre que es completamente posible, incluso probable, que Kit haya estado llorando mientras yo pasaba los mejores 2 minutos y 29 segundos de mi vida.

No. Estaba equivocado. Nunca habrá dos copos de nieve idénticos y yo estaré desincronizado respecto al resto del mundo para siempre.

Miro los establecimientos que hay al otro de la calle porque no quiero ver la cara de Kit. Esas tiendas son una zona desprovista de sentimientos. Una cafetería, una tintorería, una tienda de licores y un negocio de baratijas que vende todo un surtido de trastos inútiles como figuritas en miniatura y servilleteros. ¿Por qué lo envuelven todo con papel de celofán y lazos retorcidos? Little Moments. Así es como se llama la tienda. La odio casi tanto como a Justin.

—Mi madre engañó a mi padre. Me acabo de enterar —dice Kit, y se limpia la cara con las dos manos—. ¿Puede ser más jodida la cosa?

No digo nada, porque estoy bastante seguro de que es una pregunta retórica. Y si no lo es, tampoco sabría cómo empezar a calcular lo jodido que puede ser algo. Así que me quedo en silencio y espero a que me cuente más. Esta técnica parece funcionar con Kit.

—Ni siquiera sé qué hacer, ¿sabes? ¿Qué narices debería hacer con esa información? —pregunta, y creo que esta vez me lo está preguntando de verdad, pero continúa antes de que pueda responderle—: De todos modos,

ahora es irrelevante. Está muerto. M-U-E-R-T-O. Muerto. *Au revoir, mon ami. Sayonara, baby.* ¿Por qué debería importar?

—Lo siento. —Visualizo un diagrama de Venn y tres círculos superpuestos para esta frase tan trillada, «lo siento», que se usa cuando: 1. alguien está triste; 2. alguien muere; 3. no tienes ni idea de qué decir. En este caso, se cumplen las tres condiciones. En mi mente, escribo la palabra «Kit» en la zona en la que los tres círculos se encuentran—. Es posible que no importe, pero yo me disgusto todo el tiempo por cosas que no importan. Como los cabos sueltos, por ejemplo.

Cruzamos en el semáforo y dejo que Kit lidere el paso. Llevo 33 dólares y 15 centavos encima, efectivo más que suficiente para pagar la comida de los dos en casi todos los restaurantes de Mapleview que Yelp clasifica con menos de dos símbolos de dólar. Dudo que Kit elija un sitio con tres.

—No sé por qué te cuento todo esto —añade—. Ni siquiera se lo he contado a Vi o a Annie.

—Somos amigos —lo digo como si no fuera importante, como si fuese la verdad y siempre lo hubiese sido, y también como si de repente no estuviese aterrorizado de haberme metido, solo por haber pronunciado estas palabras, en la zona de «nunca tendré la oportunidad de besar a Kit Lowell»—. En cualquier caso, ojalá tuviese un modo de arreglarlo. Si pudiera, lo haría por ti.

—Eres muy dulce —responde, y vuelve esa sonrisa, la que empiezo a pensar que no es para nada una sonrisa. Solo tiene una forma parecida. Está empezando a nevar con más fuerza, en formas geométricas más grandes, cosa que hace que la posibilidad de que haya dos copos idénticos sea infinitamente más remota.

—¿Sabes qué nos hace falta? Hacer un agujero enorme en el continuo espacio-tiempo. Así podríamos retroceder en el tiempo y arreglarlo todo. —Siento una punzada al darme cuenta de que los viajes en el tiempo no

servirían para arreglarme a mí. Yo soy distinto a nivel genético molecular. Tendríamos que alterar el esperma de mi padre o el óvulo de mi madre, algo que, a todos los efectos, desharía mi propia existencia. Y no quiero eso—. ¿Le has preguntado a tu madre por qué?

—¿Por qué engañó a mi padre?

—Sí.

—No.

—Quizá deberías. Podría ayudar a atar el cabo suelto.

—Estás obsesionado con esto de los cabos sueltos.

—Piensa en el símbolo del infinito —le pido, y espero a que lo haga. A que se lo imagine. Se detiene, así que doy por hecho que se lo está imaginando. Me está dando permiso para pintar dibujos en su mente. «Imagínate besándote», quiero decirle. «Imagínate eso»—. ¿Ves como fluye en sí mismo? O el concepto de pi. Tiene un orden y un ritmo, y no termina. Nunca termina. Fluye de forma continua. Así es como debería ser todo. Sin cabos sueltos. Tú pregúntale a tu madre por qué.

—Me gusta tu corte de pelo —responde, aunque no viene a cuento de nada, y entonces alarga una mano, creo que para tocarme la cabeza, pero luego vuelve a metérsela de golpe en el bolsillo del abrigo—. Ahora tu exterior encaja más con tu interior.

—No sé qué significa eso —replico.

Pero Kit no me contesta. Simplemente mira al cielo y deja que la nieve le moje la cara con sus variaciones infinitas.

16

*Kit*

Saco el móvil y le escribo un mensaje a mi madre. Una palabra y tres signos de interrogación:

Yo: ¿¿¿Por qué???

Ella contesta de inmediato.

Mamá: Mejor hablamos en persona.

Yo: No. Dímelo y punto. Es una pregunta simple.

Mamá: Es complicado.

Yo: Prueba a ver.

Mamá: No lo entenderás.

Yo: Olvídalo.

Mamá: Me sentía sola. Y fui estúpida. Pero sobre todo me sentía sola.

—Le he mandado a mi madre un mensaje para preguntarle por qué y dice que se sentía sola —le digo a David, mientras ignoro lo absurdo de esta situación. De que esté compartiendo detalles íntimos de mi vida familiar precisamente con él. De que estemos aquí sentados en el McCormick's comiendo hamburguesas en un reservado de vinilo púrpura como si estuviésemos en una casicita. De que él parezca salido de un anuncio de

calzoncillos de una revista y yo vuelva a llevar la camisa de mi padre, un error que he cometido por segunda vez. De que haya hecho caso a David y haya roto mi silencio con mi madre para mandarle un mensaje tras su inocente sugerencia. De que sigamos hablando de este concepto de los cabos sueltos, como si pudiéramos arreglar cualquier cosa solo con aunar el poder de nuestros cerebros.

Él sonrío, como si fuese una buena noticia.

—Eso tiene sentido —contesta.

—No, no lo tiene —replico—. Nada tiene sentido.

—Pero es un poco triste, si lo piensas —continúa, como si no me hubiese oído—. Estar casada y seguir sintiéndote sola.

—Solo es una excusa.

—¿Alguna vez has oído hablar de los números primos gemelos? —me pregunta.

Veo que está a punto de saltar rápidamente a otro tema y no puedo decidir si quiero acompañarlo o no. Siento que mi mente está reblandecida y demasiado gastada. Quizá esto no haya sido buena idea: saltarse la clase, dar este largo paseo bajo la nieve... Pero me ha gustado darle la mano a David. Esa parte en la que la nieve me mojaba la cara y se mezclaba con mis lágrimas sin que nadie lo viera, sus dedos encajados en los míos... Eso ha estado bien. Su mano pesaba más de lo que había imaginado y era más sólida. Como si pudiese evitar que me fuese volando.

—No —contesto.

Doy un bocado a mi hamburguesa y pienso en la obsesión de Annie con el mindfulness y conciencia plena. Siempre insiste en lo importante que es estar en el momento presente: saborear la comida, sentir tu respiración, notar cuando pasas de estar sentada a estar de pie... Desde el divorcio de sus

padres, su madre se ha convertido en una hippie de los pies a la cabeza. Se lleva a Annie a retiros de yoga y quema incienso para librarse de las malas energías. Cada vez que voy a su casa, me habla de algo a lo que llama «fatiga adrenal», como si esas fuesen dos palabras que yo puedo entender cuando van juntas.

Por supuesto, todas esas cosas se las ha inculcado su hija y luego han pasado a Violet y a mí. Así que decido estar en el aquí y el ahora, signifique lo que signifique. Saboreo mi hamburguesa; la saboreo de verdad. Tiene demasiado ketchup y demasiados pepinillos. El aquí y el ahora están sobrevalorados.

Dejo que David llene nuestra mesa de conversaciones; sus palabras son como burbujas de dibujos animados que toman el espacio que yo no parezco capaz de ocupar. Que es una manera muy retorcida de decir que, si quiere hablar sobre números primos, que hable.

—Los números primos gemelos son números primos entre los que hay una diferencia de dos. Como el tres y el cinco o el cuarenta y uno y el cuarenta y tres. Pero lo que mola de ellos es que siguen existiendo a medida que vas contando, pese a que, como todo el mundo sabe, la diferencia entre las cifras va creciendo cuanto mayores son.

—Claro, como todo el mundo sabe —ironizo.

—Bueno, pues ahí lo tienes, es un fenómeno extraño y maravilloso.

¿Qué quiere decir «me sentía sola y fui estúpida»? Mi madre es la persona más inteligente que conozco, y lo digo sentada enfrente de David Drucker, que sacó la nota más alta en los exámenes de la beca al Mérito Nacional de toda el área de Connecticut, Nueva Jersey y Nueva York. Aunque mi madre no suele ondear su bandera de empollona, cuando lo hace te das cuenta de que su cerebro es prodigioso. Me pregunto si a Jack le gustaba por eso. Un momento, ¿le gustaba? ¿O la quería? ¿La quería Jack?



¿La quiere todavía? ¿Van a casarse, y Evan y Alex pasarán a ser mis hermanastros e iremos de vacaciones todos juntos otra vez y fingiremos que no es raro que nos hayamos reencontrado en esta nueva y anteriormente inconcebible combinación? ¿Fingiremos que mi padre nunca existió?

—No sé qué tienen que ver los números primos con todo esto —contesto en tono amable.

—Los números primos tienen que ver con todo, con absolutamente todo. Pero, para aclararlo, así es como me imagino que es enamorarse y luego seguir casado. Empiezas como los números primos gemelos más bajos y, a medida que pasa el tiempo, si consigues desafiar las probabilidades estadísticas y no divorciarte, te conviertes en algo parecido a esos números primos gemelos tan escasos que siguen separados solo por dos cifras. Es una hazaña asombrosa.

—Qué romántico —repongo con sarcasmo porque, para mí, la idea de enamorarse, algo que he de reconocer que no he tenido el placer de experimentar, no tiene nada que ver con los números primos, ni con las matemáticas ni con la física cuántica. Es más bien como la música, el arte o la poesía. Algo hermoso y formidable, quizá incluso sorprendente, como el modo en que antes veía la relación de mis padres.

—Sí que lo es, es superromántico.

David agacha la mirada y juguetea con su pajita. Creo que se está sonrojando, y eso hace que me sonroje yo, aunque no tengo ni la menor idea de qué está diciendo. Pero, claro, cuando un chico guapo usa la palabra «romántico» con total seriedad y se sonroja, sea cual sea el contexto, aunque estés hablando de condenados números primos, tú también te sonrojas. Es un acto reflejo. No significa nada.

—Solo estaba pensando que quizá tus padres eran como números primos que se estaban separando poco a poco y por eso tu madre se sentía sola.

Porque su gemelo estaba demasiado lejos —aclara.

—Tal vez —contesto, incapaz de mostrar la misma empatía. No creo que mi madre se sintiera sola. Fue egoísta y ya está. O peor: quizá estaba cachonda. Puaj. Me están entrando ganas de vomitar.

—¿Por eso llorabas antes? ¿Por tu madre y tu padre? —pregunta David. Todavía no me he acostumbrado del todo a esta característica suya. Como si el único camino posible fuese recto y pasase por en medio de todo.

Y luego está la otra cara de la moneda de la franqueza de David, claro. La verdad es que no quiero hablar de que he estado llorando.

—Es por... muchas cosas.

—Estás guapa cuando lloras. No quiero decir que no lo estés cuando eres feliz. Eres guapa todo el tiempo, claro. Pero ahí fuera, bajo la nieve, estabas preciosa. —Se me encoge el estómago y se me escapa una risita. No, más bien un grito ahogado. ¿Qué se supone que tienes que decir cuando un chico te dice que eres guapa? Esto no me había pasado jamás. Siento que todo mi cuerpo entra en calor y vibra al oír sus palabras.

Mi mente va a toda velocidad. El McCormick's es un sitio agradable: sirven batidos y tienen un cartelito en el que te disuaden de hablar por teléfono. Me gusta estar aquí con David, disfrutando de cumplidos que no merezco.

—Gracias —respondo al fin, tras pensar en qué más decir durante lo que me parece un rato muy largo—. Gracias por decirme eso.

—De nada. —Se levanta de golpe, me da la mano y yo dejo que me la dé—. Ahora vamos a ver el lugar donde murió tu padre y a atar ese cabo suelto.

Mientras caminamos tres manzanas, pienso y descarto al menos cinco excusas diferentes para dar media vuelta. Me digo que nunca se lo pedí en serio. Nunca tuve ninguna intención de embarcarme en lo que David ha

titulado el Proyecto Accidente. Es evidente que para él esto no es más que alguna clase de ecuación o un puzle que resolver. Otro de sus cabos sueltos que atar. No se da cuenta de que estoy sudando, aunque haga un frío que pela, ni de que tengo tanto miedo que estoy mareada.

Y entonces veo la intersección entre la calle Plum y la Primera. Esta esquina está de camino a la tienda de comestibles, a las clases de ballet que di hasta tercero, a casa de Violet, al Star of Punjab y a un millón de otros lugares icónicos de mi infancia. El parque donde Kenny Kibelwitz me besó en los labios por un desafío cuando teníamos diez años. El parque donde, muchas mañanas de mi niñez, mi padre y yo extendíamos una manta de picnic y celebrábamos la hora del té con mis ositos de peluche mientras mi madre dormía hasta tarde porque «descansar la ponía guapa». Aquí está, esta intersección, que parece tan inofensiva como siempre. No hay cristales rotos, ni flores que marquen el lugar exacto en el que sucedió.

Me suena el teléfono: un mensaje, doy por hecho que es de mi madre. No quiero pensar en ella porque eso me lleva a un hecho ineludible: mi padre no murió en paz, ni feliz con su lugar en el mundo. Mi padre murió traicionado. A minutos de presentar una condenada demanda de divorcio.

Justo ahí, justo ahí, justo ahí.

Una X marca el lugar exacto, con un círculo y un punto.

Me saco el móvil del bolsillo con la mano que no está unida a la de David. Con un mensaje podré ganar un poco de tiempo. Pensar en mi madre acostándose con Jack es preferible a pensar en que a mi padre lo mutiló un Ford Explorer azul marino. No sabía que el dolor fuese jerárquico.

Resulta que no es mi madre. Es un mensaje de Violet, todo en mayúsculas y con tres signos de exclamación. Qué raro. De nosotras tres, Annie es la que chilla por mensaje de texto, la que se excede con los signos de puntuación sin razón aparente. «TENGO HAMBRE!!!», escribe a veces. O: «ESTOS ZAPATOS ME

ESTÁN MATANDO!!! AAAAH!»». Violet prefiere las minúsculas: sus mensajes son tan refinados como su ropa.

Violet: OMG, Kit!!! Has visto esto?!

Hay un enlace al Tumblr de alguien: *La guía de un retrasado de Mapleview*. Qué más da. No tengo ganas de leer otro de los blogs estúpidos y ofensivos de mis compañeros de clase. El año pasado alguien publicó de forma anónima una guía sobre *Cómo conseguir que las chicas se acuesten contigo* que era tan asquerosa como su nombre indica. Decido no clicar. Me da igual.

—La nieve lo complica un poco —comenta David, me suelta la mano para buscar algo en su mochila y saca un metro. Hay algo en el gesto (en el hecho de que se haya llevado ¡un metro! al instituto) que hace que me entren más ganas de llorar. Me pregunto qué más esconderá en su mochila. Me imagino un compás y quizá también una calculadora científica. Imagino que está más que preparado para un apocalipsis zombi, igual que mi padre—. Pero no creo que esté cayendo tanta, así que podemos medir su densidad una sola vez y tenerlo en cuenta.

No tengo ni idea de qué hace. ¿Qué estamos midiendo? Pienso en la palabra «densidad» y de repente ya no recuerdo lo que significa.

—El informe decía que tu padre murió a las 6.52 de la tarde. ¿Sabes si murió del impacto? Porque si fue así, podemos trabajar desde esa hora. —Su voz es plana e inexpresiva.

—No sé si esto es buena idea. —Lo digo en voz alta, aunque ya lo había estado repitiendo en mi mente. «No es buena idea. No es buena idea. No es buena idea». Y también esto: «Sal corriendo. Sal corriendo. Sal corriendo»—. Prefiero que lo dejemos estar.

David se da la vuelta y me mira de arriba abajo. Estoy temblando de la cabeza a los pies.

—Esto es duro para ti —observa de forma inexpresiva. Como si se le acabase de ocurrir.

—Sí —respondo.

—Solo es un lugar. Si quieres, puedo sacar las coordenadas. Así ni siquiera será un lugar —dice, y luego lo hace. Me da nuestra localización basándose en medidas de latitud y longitud. Si no me pitasen los oídos, si no tuviese el estómago encogido y un nudo en la garganta, me echaría a reír—. Si no quieres que lo hagamos, no tenemos por qué. Pero no me gusta que no duermas. Necesitamos dormir para que nuestros cuerpos funcionen de forma eficiente.

—Murió después. En el coche no, después, en el hospital —respondo en el mismo tono. Fría indiferencia. Quizá sí que sea capaz de hacer esto, en lugar de romperme en pedazos como el parabrisas del Volvo. Y, si no me rompo, me gusta pensar que tendré la oportunidad de mejorar. O, al menos, de cerrar los ojos por la noche y no volver a abrirlos hasta que se haga de día. Quizá hayamos decidido hacer esto por una buena razón: respuestas. Me sería útil obtener algunas respuestas.

—Entonces es mejor que no recurramos al tiempo. Podemos descubrir dónde tendría que haberse detenido el coche antes de que se hubiese producido una colisión. ¿Te parecería bien eso?

No contesto. Ahora estamos en la esquina, mirando al centro de la intersección. No hay ningún coche cerca. Si quisiera, podría caminar hasta el medio de la carretera.

Ahí no hay nada. Solo un poco de basura que baila al compás del viento.

—Nos faltan algunas variables, pero creo que podremos hacer estimaciones razonables.

Voy a vomitar. Porque toda la escena se está reproduciendo delante de mí, como si la estuviese viendo en directo. El rechinar de las ruedas cuando

derrapaban. La explosión de azul. Cuando todo se volvió negro. El olor. Dios mío, el olor.

—Lo siento, no soy capaz —digo, me doy la vuelta y me tapo la boca con la mano. Me trago la bilis. No, no quiero vomitar delante de David. No pienso exhibir mi hamburguesa medio digerida en este manto de nieve immaculada. Pero cada vez tiemblo más y las náuseas se transforman en vértigo. El mundo empieza a dar vueltas y el suelo se ondula, como si estuviese en un laberinto de espejos tridimensional. Necesito salir de aquí ahora mismo.

—Si quieres, puedo hacer los cálculos sin ti —se ofrece, pero mirando a mi espalda, porque ya he echado a correr, resbalando por el suelo mojado, escapando tan rápido como puedo.

*David*

Después de que Kit escapase corriendo de mí, pasé otros 55 minutos fuera, en la nieve, midiendo velocidad y ratio de aceleración y haciendo cálculos mentales y en el móvil, ya que no tenía mi libreta para apuntarlos.

Ahora que estoy en casa, necesito reajustarme después de haber pasado todo ese tiempo solo, después de todas esas palabras y cifras que iban de un lado a otro por mi mente, dando tumbos; después de haber visto a Kit irse corriendo y de preguntarme por qué me dejaba allí sin tan siquiera decir adiós. Sé que si fuese otra persona comprendería ese esquivo subtexto para el que todo el mundo parece preprogramado y entendería por qué de repente, sin previo aviso, le parecí tan repugnante. Es la única palabra que puedo usar para describir su mirada en ese momento: repugnancia. ¿Sabría que tenía ganas de besarla?

No estoy preparado para Esmía, que me recibe en la puerta con pinta de querer abrazarme. El mechón violeta de su pelo es estruendoso, como una trompeta. No, como el rechinar de un coche que se detiene de repente.

—Está por todas partes —dice, y reparo en que sigue vestida con el pijama del bicho raro. Hoy tampoco ha salido de casa. Tiene los ojos rojos, pero sin legañas. Entonces no es conjuntivitis: si tuviese una infección, habría algún tipo de secreción.

—¿Qué está por todas partes? —pregunto, pero en realidad no me importa. Lo único en lo que pienso es en la mano de Kit en la mía, en que ella me hace valiente. ¿Cómo sabía que tenía ganas de besarla? Sé que miento fatal, pero tampoco me preguntó directamente: «¿Tienes ganas de besarme?».

—Tu libreta.

No tengo ni idea de a qué se refiere Esmía. ¿Qué quiere decir que mi libreta está por todas partes? Una libreta es un objeto concreto. Las leyes de la física no permiten que esté en más de un lugar a la vez. A no ser que estemos hablando del multiverso, pero mi hermana no entiende ese concepto. He intentado explicárselo montones de veces.

—Alguien lo ha colgado todo en Internet —aclara ella, y me pasa su móvil. Tumblr. El título es: *La guía de un retrasado de Mapleview*. Me tiembla el cuerpo una sola vez, como si acabase de encajar un único golpe.

—Ah —contesto.

—¿Ah? ¿No vas a decir nada más?

—Pensé que me la habían robado por los apuntes de física. Que me la devolverían en cuanto se diesen cuenta de que no les iba a servir de nada. ¿Por qué han hecho algo así? —No sé ni por qué me molesto en preguntarlo, porque a estas alturas ya debería saber que nunca entenderé la respuesta. ¿Por qué la gente hace lo que hace?—. Se supone que mi libreta era privada.

—¿Quién ha sido? —pregunta.

No le contesto. Da igual. Mi libreta ya no es un objeto tangible. Es como la conciencia de un muerto. Está pero no está. Está en todas partes a la vez.

—Pequeño D, ¿quién? —repite Esmía, que me coge de los hombros y me obliga a mirarla a los ojos.

—Justin Cho y Gabriel Forsyth.



—Los voy a matar —dice. Es un gesto amable, pero no quiero que vaya a la cárcel. No podría hablar con ella siempre que quisiera. Tendríamos que sentarnos el uno frente al otro en un vestíbulo sucio y hablar a través de un cristal a prueba de balas. Y mi hermana es muy tiquismiquis con la comida. Odiaría el menú de la cárcel.

—Quizá la gente dejará de leerlo en cuanto se den cuenta de que es privada —sugiero esperanzado. Esperanzado, qué estúpido. No aprenderé nunca.

—No lo creo. Solo en los últimos minutos me lo han enviado seis amigos.

Pienso en la palabra «viral», una palabra sucia, e imagino que mi libreta es como un agente patógeno que se multiplica exponencialmente. Que se replica como una célula cancerígena.

Asiento. Ya lo he entendido. Como de costumbre, solo necesito unos segundos más. Mi cuerpo reacciona primero. Mis manos empiezan a agitarse a los lados y las piernas se me mueven arriba y abajo. Parezco un pájaro que se prepara para emprender el vuelo. No he aleteado así desde que tenía once años, cuando Esmía me gravó con el móvil y me explicó que si algún día quería tener amigos tenía que dejar de hacerlo. Y, para mi sorpresa, la siguiente vez que me descubrí aleteando fui capaz de parar: sustituí el movimiento por contar en silencio, aunque para entonces el daño ya estaba hecho. Al parecer, nadie quiere ser amigo del niño que antes aleteaba.

—¿Cómo de malo es, Esmía? Dímelo. ¿Cómo? —Tengo la esperanza de que haya algo que me he perdido. Quizá no sea tan raro. Tal vez haya más gente que haga lo mismo que yo, que tenga una libreta sobre sus compañeros de clase. O quizá sirva de ayuda al fin y al cabo, igual que mis apuntes de física.

Pero no. Justin y Gabriel han llamado a la página: *La guía de un retrasado de Mapleview*. ¿Acaso no saben que esa palabra no se debe

utilizar? ¿Que es ofensiva incluso para aquellos que tienen síndrome de Down de verdad? A no ser que se refieran a la forma adjetiva de esa misma palabra, «retrasado», es decir, lento o limitado, en lugar de la forma sustantiva elegida. No estoy seguro de que sea un uso justo ni políticamente correcto, pero este tipo de situación —esta humillación abyecta— no parece sucederles a las personas neurotípicas.

Recuerdo a Kit cuando huía de mí. No dejó de correr ni cuando se resbaló en la nieve. Imagino a Kit leyendo mi libreta, aliviada por haberse librado de mí justo a tiempo.

—Es malo. Muy muy muy malo —me explica Esmía—. Lo siento mucho.

—Voy a ir a ver a la directora. Hará que esos bestias lo quiten —afirma mi madre mientras entra al salón corriendo desde la cocina con las llaves del coche en la mano. Se dirige hacia la puerta principal—. Podríamos emprender acciones legales. ¡Lo que han hecho viola tu derecho constitucional a la intimidad!

—¿Tú también lo has visto? —pregunto.

Ahora tengo los ojos cerrados. La oscuridad ayuda. Hay demasiados sonidos, demasiados pensamientos y demasiado de todo. Necesito oscuridad y silencio.

—Lo vamos a arreglar —me asegura mi madre. Se le rompe la voz, como si fuese una niña de trece años. Me alegro de no poder verle la cara. No quiero saber qué me encontraría. Pienso en meterme los dedos en las orejas, pero sería excesivo incluso para mí—. Te lo prometo.

—Mamá, no puedes ir al instituto —dice mi hermana—. Solo empeorarás las cosas.

—¡No pueden irse de rositas! No pueden...

Mi madre y Esmía siguen discutiendo sobre qué hacer durante unos minutos. Solo por su tono de voz ya sé que esto es mucho peor que el Incidente de los Vestuarios. Cuando teníamos doce años, Justin me encerró en una taquilla justo después de convencerme de ir a los baños porque tenía que enseñarme una cosa muy guay. Era mentira. Lo que hizo fue agarrarme del cuello y meterme la cabeza en un inodoro sucio. Y fue espantoso. Lo sé porque mi madre lloró cuando vino a buscarme al colegio y se pasó el día siguiente metida en la cama. Lo sé porque mi entrenamiento de defensa personal con mi padre empezó poco después y porque la semana siguiente mi hermana me compró una libreta y empezó a hacerme anotar normas y a decirme en quién podía confiar y en quién no. Lo sé porque no me pude olvidar del olor en semanas y porque algunos chicos todavía me llaman Caramierda.

Lo sé porque más adelante, cuando me permití pensar en ello y en lo que había dejado que me pasase, sentí que me partía en dos.

Dejo de escuchar. No, esto no tiene arreglo. Ahora lo sé. Leer mi libreta es como abrir mi cerebro y exponer ante el insensible mundo todas esas partes de mí que no tienen sentido. Las partes que me convierten en un friki o un idiota o un perdedor o lo que sea que a la gente le guste llamarme.

Las partes que, para ellos, me convierten en el otro.

Las partes que, para mí, me convierten en mí.

Esmía tiene razón. Esto es muy muy muy malo.

Antes Kit ha dicho: «Ahora tu exterior encaja más con tu interior», pero se equivocaba. No, mi verdadero interior está ahora expuesto para que todo el mundo lo despedace y se ría de él. Soy como un animal atropellado. Me mirarán, me examinarán, pero ni siquiera se me comerán. No valgo ni para eso.

Kit tenía razón en una cosa: soy repugnante.

No le digo nada a Esmía ni a mi madre. En realidad, lo que decidan hacer no me importa. No importa nada en absoluto.

Con libreta o sin ella, seguiré siendo yo.

Alguien que repugna.

Así que subo a mi habitación y cierro la puerta.

*Kit*

*La guía de un retrasado de Mapleview* —un título horriblemente ofensivo— es como una recopilación de perfiles extraños de páginas de contactos. He conseguido volver al instituto y a mi coche, e incluso he conseguido conducir hasta casa sin vomitar, aunque ha sido espantoso. Clico en el enlace porque necesito una distracción.

Estoy cansada de ese vacío constante que siento en el estómago, del escozor constante de la pérdida. Nunca volveré a ver a mi padre. Nada de lo que haga puede cambiar eso. Me pregunto si un día de estos me olvidaré del sonido de su voz. Soy incapaz de imaginar un mundo en el que no pueda evocar su gravedad ni los planos de su rostro ni la sensación de tener su mano en la frente. No es un mundo en el que tenga ganas de vivir.

A primera vista, la guía parece un montón de páginas escaneadas de una libreta escrita a mano. Entradas por orden alfabético sobre varias personas de clase, una lista de normas, de las cuales las tres primeras son: «Ignora a la gente de la lista de PNDC». ¿Qué querrá decir PNDC? Seguro que Annie, que habla el idioma de las siglas, lo sabe.

Hay una larga lista de gente con descripciones y observaciones inconexas que son a la vez poéticas y extrañas. A Violet la describen como «encinchada» por su predilección por los cuellos de camisa abotonados y los

cinturones; al pelo rubio de Jessica lo llaman «ofensivamente llamativo» y al perfume de Abby, «el equivalente olfativo de morir asfixiado por los pedos de una anciana», que es, ahora que lo pienso, una descripción muy acertada. También hay una lista de «Encuentros relevantes» con casi todas las personas de clase y gráficos muy elaborados sobre varios grupos de amigos.

¿Qué narices es esto?

Me suena el teléfono:

Violet: KIT, HAS ABIERTO EL ENLACE QUE HE ENVIADO?!?

Annie: LÉELO YA!!! MAMMA MIA!!!

Hay algo en sus mensajes que hace que aparte la vista de la pantalla un instante. Intento pensar en otras cosas. La mano de David en la mía. Eso ha sido agradable. Nos dimos la mano de forma inocente, como amigos. Recuerdo su metro y su corte de pelo. Imagino qué sentiría al besarlo. No es que piense en él de ese modo —como un novio, ni siquiera como un rollo—, pero, de todos modos, creo que me gustaría besarle.

Sería algo verdadero, algo real. Me imagino que sabría a honestidad.

Y en ese momento, mientras estoy pasando las páginas distraídamente en el teléfono, lo veo. Un precioso dibujo de la nuca de una chica. Un dibujo de un círculo de pecas en una clavícula.

Es extraño, pero me resultan familiares.

Es mi nuca. Es mi clavícula.

Y entonces lo comprendo. Esta es la libreta de David.

Oh. Mierda.

19

*David*

3,1415926535897932384626433832795028841971693

Otra

vez:

3,1415926535897932384626433832795028841971693993751058209749445

Basta.

No.

Es demasiado.

El ruido y la luz y las vibraciones y los pensamientos en mi cabeza, que cada vez se estrechan más, cada vez más, como si fuesen dedos que me aprietan el cuello, el sol que me apuñala los ojos y una mano desconocida que me estruja los testículos, todo a la vez.

Me escondo debajo de las gruesas mantas.

Una última vez.

Necesito escaparme de esta sensación una última vez:

3,1415926535897932384626433832795028841971693993751058209749445

*Kit*

—Mira, no digo que seas fea ni nada de eso, eres bastante mona, en serio, pero no eres la chica más guapa del instituto —dice Willow a modo de saludo cuando entro en el Pizza Palace.

Como era de esperar, están todos reunidos alrededor de un ordenador portátil leyendo la libreta de David. A nadie parece importarle que sea su diario personal o algo así. Los que están ahí son Justin, Gabriel y Jessica-Willow-Abby. Annie y Violet también están, aunque se han sentado en otro reservado.

—Cierra el pico. Kit es preciosa —le espeta Annie, y quiero darle un abrazo por defenderme, por seguir de mi lado, aunque últimamente soy lo peor.

Sin embargo, estoy de acuerdo con Willow: pese a los delirios de David, para nada soy una de las chicas más atractivas del instituto. No sé a quién ve él cuando me mira —tal vez sus ojos funcionen como un laberinto de espejos—, pero no me cabe duda de que no es la misma persona que ve el resto de la gente. Pero sí tiene razón en lo demás y me parece muy dulce que se haya dado cuenta: sí que me siento con las piernas cruzadas en casi todas las sillas y tengo el hábito nervioso de taparme los dedos con las mangas del jersey. A mi madre le molesta porque siempre los deformato.



También anotó mi número de matrícula. Sí, está bien. Eso da un poco de mal rollo.

—Creo que eso tendrías que hacerlo tú —le contesta Willow a Annie—. ¿Has leído lo que dijo David Drucker sobre tus vaqueros demasiado ajustados?

—Vas a dejar de ser amiga suya, ¿no? —me pregunta Jessica, e intento recordar qué ha escrito David sobre ella, pero lo único que recuerdo es lo del pelo. Es verdad que es demasiado llamativo. El color de pelo no debería distinguirse desde el espacio exterior.

Sigo sin estar segura de por qué ha descrito a todos los alumnos de nuestra clase, pero los textos se parecen a las notas que escribo yo cuando guardo en el móvil el número de alguien cuyo nombre es poco probable que recuerde: «Chico del piercing en la ceja de la simulación del Parlamento», «Chica pelirroja de la clase de preparación a los exámenes de acceso a la universidad». ¿Tendrá David un problema con los nombres?

—Y ¿por qué iba a hacer eso? —pregunto, pero entonces me doy cuenta de que me están distrayendo. No he venido aquí a hablar con estas chicas. No quiero ensuciarme las manos enfrentándome a ellas. Y, de todos modos, ¿qué más les da lo que David diga sobre ellas? En los últimos años, las tres han dicho cosas mucho peores sobre él.

No, he venido para ver a Gabriel y Justin, que me esperan con los brazos abiertos para darme un abrazo. «El cariño barato», lo llama Violet: cuando los chicos intentan tocarnos sin razón aparente. Brazos por encima de los hombros, un apretón en un costado. A veces incluso nos tiran de la coleta como cuando íbamos a la guardería. No es sexual, es más parecido a cuando la gente coge un puñado de caramelos gratis del cuenco al salir de un restaurante. Es avaricia.

David no hace nada de todo eso. Solo me coge de la mano como si fuese

algo delicado.

—¿Has sido tú? —le pregunto a Justin intentando parecer dura. Es una tontería porque nunca he tenido pinta de tía dura; por desgracia, soy demasiado normal.

La lista de «Encuentros Relevantes» de David y Justin tenía cinco páginas que se remontaban hasta la escuela primaria. Los planes de Justin para humillar a David eran ambiciosos, eso se lo tengo que reconocer. Ambiciosos y diseñados a la perfección acorde a las debilidades de su adversario. ¿Por qué tendría nadie tantas ganas de destruir a otra persona? ¿Será Justin un sociópata? Y ¿por qué estábamos todos tan dispuestos a quedarnos a su lado y reírnos? Me había olvidado de aquella ocasión, hace unos años, en la que torturó a David en el baño. ¿Me reí yo también? Espero que no, pero no lo puedo asegurar. Fue hace mucho tiempo.

Sí sé que no lo llamé Caramierda, como hizo mucha gente después. Y no solo después: se lo llamaron durante años.

Al menos yo no lo hice.

Pero es un pequeño consuelo.

La verdad es que, para mí, David no era una persona de verdad hasta que empezó a serlo.

—¿A qué te refieres? —Justin da unos golpecitos al asiento de su lado, con dos dedos, como si yo fuese un cachorro que obedece sus órdenes. Me pasa lo mismo que con el pelo de Jessica. ¿Cómo es posible que no haya reparado en su crueldad hasta ahora? ¿Cómo pude pensar que era divertido? Me impresionaba demasiado que fuese listo, atlético y a veces ingenioso; unas distracciones estúpidas que de algún modo evitaron que me diese cuenta de que en realidad es un pedazo de cabrón.

—La... La guía de Mapleview. La habéis publicado vosotros, ¿no? — Odio haberlo formulado como una pregunta, odio haberles dado la

oportunidad de contestar: «No, lo siento, nosotros no hemos sido».

—No —contesta Justin (se veía venir), aunque se le escapa una sonrisa que lo delata. Está orgulloso de sí mismo—. Nosotros, no.

—Tía, tu novio es muy raro —apunta Gabriel, y de forma instintiva pienso en contestarle: «No es mi novio», pero no lo hago. No porque David sea mi novio, sino porque esa respuesta me parece desleal, como si significara que ahora mismo me da vergüenza que me relacionen con él. La verdad es que me da igual lo que piensen; esta gente me da asco y quizá esa sea la única ventaja que se me ocurre de lo que me ha sucedido en el último mes. Mi vida será mejor sin Justin, sin Gabriel y sin tardes como esta.

Sí, claro, David es incluso más peculiar de lo que pensaba. Vale, no solo peculiar, sino profundamente distinto, tan ajeno a las normas sociales que tiene que escribirlas en una libreta para aprendérselas, como si fuese un estudiante de intercambio venido de Marte.

¿Qué más da?

Si alguien publicase las páginas de mi diario —que ahora que lo pienso voy a quemar en cuanto llegue a casa—, la gente también leería cosas raras. Recuerdo una frase que a mi padre le gustaba decir: «La gente que vive en casas de cristal no debería tirar piedras a nadie».

¿De qué está hecha mi casa?

De papel. Como en un libro con páginas en relieve. Podría colapsar en un suspiro.

—Sois unos capullos, de verdad —digo—. Seguro que lo estáis disfrutando.

—Tiene bastante gracia —contesta Gabriel.

—¿Y qué? Es... supermaleducado por haber dicho todo esto de nosotros —protesta Willow, y pone morritos, aunque en realidad no parece disgustada.

Es como si estuviese posando para un selfi. ¿Alguno de ellos tiene sentimientos como un ser humano? ¿Por qué de repente me siento como si estuviese rodeada de actores representando a adolescentes? Como si yo fuese la única con una vida de verdad, con una vida complicada. De todos modos, soy consciente de que eso no es cierto. He oído que Abby va a una clínica para trastornos alimenticios como paciente externa y que Jessica se ha cortado algunas veces, cosa que implica que, pese a su luminosa apariencia, también tienen sus propios demonios. Sobre Willow, no estoy tan segura. Es muy posible que de verdad se crea la protagonista de su propio reality show —. Está claro que muy bajo no es... —añade.

—A mí me gustan tus codos —interviene Jessica.

—Y a mí tu pelo —responde Willow.

—Chicas, en mi opinión sois todas preciosas —apunta Gabriel, aunque mira solo a Willow. Me pregunto si siempre ha sido tan condescendiente. ¿Cuándo decidimos ser amigas de esta gente? ¿Y si dedicásemos tiempo a conocer a los chicos de otros grupitos, como los que van de artistas o los del grupo de teatro? ¿Y si todos saltásemos de las cajas en las que estamos confinados y nos quitásemos estas etiquetas tan estúpidas? ¿A quién descubriríamos?

Llego a la conclusión, con una sensación desagradable, de que Gabriel no le va a pedir a Annie que vaya con él al baile, aunque mole diez veces más que Willow y que las demás. Le dará miedo que se ponga algo disparatado. Que sea demasiado Annie.

Pruebo con otra táctica. Me siento al lado de Justin, cerca de él, y le toco el brazo.

—Anda, porfi. Dímelo —insisto—. Solo quiero saberlo.

Mi tono de voz me recuerda a la clase de chica que nunca he sido: necesitada, cursi y supercoqueta. Pero he venido hasta aquí por una razón y

solo una razón, y no me pienso marchar hasta que no haya arreglado la situación de David. Siento que se lo debo, quizá porque lo dejé abandonado entre la nieve con su metro. O puede que sea porque comprendo que todo esto debe de ser una mierda para él. Sé lo que es ir por los pasillos y que tu espalda sea la dirección en la que miran un montón de ojos. Oír la marea de ecos que dejas a tu paso. «¿Te has enterado? Se ha muerto su padre, se ha muerto su padre, se ha muerto su padre...»

—Querida, no sabemos de qué estás hablando —dice Justin, y Jessica se echa a reír, quizá por su condescendiente «querida».

Tengo ganas de darles un buen bofetón a los dos. En toda la cara.

—Venga, sé que le robasteis la libreta. —Mi tono de voz ha vuelto a cambiar, ha vuelto a la ira. Pienso en volver a ponerme de pie.

—En serio, Kit, *chillax* —dice Abby—. No es para tanto. No estamos diciendo que no seas guapa.

—Voy a ir a hablar con la directora Hoch. —Apenas reparo en la palabra híbrida que ha fabricado con «chill» y «relax», ni en que ha vuelto a hacer un comentario sobre mi aspecto que no le he pedido. Durante un tiempo, cuando Justin y Jessica se estaban enrollando, todo el mundo los llamaba «Justica» y yo siempre pensaba: «No veo la hora de ir a la universidad»—. Le voy a decir que vi como la cogíais.

Miro a Violet y a Annie buscando su apoyo, aunque no sé si me lo van a dar. No son precisamente #prodavid.

—¿Y por qué harías eso? —me pregunta Justin—. Somos tus amigos.

Parece sorprendido y dolido a la vez, como si nunca se hubiese esperado que yo acabaría poniéndome en su contra. Recuerdo lo que dijo David, que la coincidencia de acabar en el mismo instituto al mismo tiempo no era suficiente para que él encajase allí. ¿Era Justin mi amigo? Quiero decir, ¿lo era de verdad? Vino al entierro de mi padre y me dijo que lo sentía mucho,

como todos los demás, y luego Gabriel y él se quedaron un rato en el aparcamiento, con sus juegucitos de siempre, empujándose y haciéndose llaves. Me he sentado con ellos en esta misma mesa más veces de las que puedo contar, cotilleando y viendo vídeos de YouTube en nuestros móviles. Pero ¿nos conocemos de verdad? ¿Hemos mantenido alguna conversación profunda? Diría que no.

Nadie, excepto David, me ha preguntado nunca qué pienso sobre Dios, si creo en la vida después de la muerte o si pongo mi fe en la ciencia o en la religión. Nadie, excepto David, sabe que veo el accidente todas las noches en el techo de mi cuarto. He confiado en él lo suficiente para hablarle de la traición de mi madre. Jamás se me ocurriría sincerarme con Gabriel y Justin, quitarme esa mordaza de inseguridades y compartirlas con ellos. O dejar que me viesen llorar.

No, no somos amigos. Somos parámetros de sustitución. Pero yo no he sido tan fuerte como David. No he podido hacerlo sola. Y es probable que siga sin poder.

—Porque lo que habéis hecho es cruel. Porque él es una buena persona. Y porque sí —contesto.

—Yo no me arriesgaría, chicos. Si os pillan podría afectar a vuestras solicitudes para la universidad —añade Violet, que se pone de pie, como para unirse a mi protesta. Veo que lleva la camisa por fuera del pantalón y eso me duele.

—Kit tiene razón. Quitadlo, porque si no lo hacéis, yo también me voy a chivar —dice Annie. Lleva un mono vaquero entallado, una blusa multicolor desteñida debajo y unos pendientes setenteros enormes en forma de bola de discoteca. Está ridícula y tan fiel a sí misma que me dan ganas de abrazarla. Ahora somos tres; somos más fuertes—. Eso era su diario personal o algo así. Publicarlo en internet no ha estado bien.

—Solo era una broma —se defiende Justin.

—Ahora mismo —exijo, señalando el ordenador.

—¿En serio? ¿No puedo esperar a volver a casa? No es que quitarlo vaya a servir de nada, ya lo ha visto todo el mundo.

—Ahora mismo —repito y, por una vez, sueno dura de verdad. Quizá es porque sé que Violet y Annie me cubren las espaldas, que mi grupo de amigas no se ha disuelto por completo.

Justin mueve los dedos sobre el teclado y ¡chas!, como por arte de magia, el enlace queda inhabilitado. Lástima que tenga razón. En realidad no servirá de nada: el daño ya está hecho y no me cabe duda de que hay miles de capturas de pantalla por todas partes. Nada se puede borrar del todo de internet.

—Y dame la libreta —le ordeno.

Y, de nuevo para mi sorpresa, me la da. Tiene la cubierta azul y lisa, una espiral y el nombre «David Drucker» escrito en pequeñas letras mayúsculas en la parte inferior. Es retro de una forma encantadora, como algo que podría pertenecer a un niño de nueve o diez años. Me siento tentada de abrirla para mirar los dibujos.

Me encanta cómo dibujó mi nuca, como si fuese algo que merece la pena mirar.

—Joder, Kit, no me puedo creer que hayas elegido a Caramierda antes que a nosotros —dice Justin, y se inclina para chocarle los cinco a Gabriel.

—Joder, tío, eso fue una pasada —responde este—. Una pasada.

Unos minutos después estoy en la calle con Violet y Annie.

—Gracias por haberme apoyado —digo mirándome los pies—. Sois las mejores.

—Ya, bueno. Gabe le ha pedido a Willow que vaya al baile con él. Así que... Que le den —dice Annie y, aunque intenta hacer ver que no le importa, sé que no es así.

—Lo siento. Qué mierda. —Ojalá estuviese más sorprendida por la noticia. Ojalá todas pudiésemos vernos con más claridad.

—David tiene razón: es verdad que tiene boca de payaso —opina Violet, y le da un codazo cariñoso a Annie—. No querrás ir al baile con un chico que se parece al Joker, ¿no?

Pero Annie no se ríe. Solo parpadea un par de veces para evitar que le caigan las lágrimas de los ojos.

—Lo que no quieres es ir al baile con un cabrón —repongo—. Lo que han hecho Justin y él es horrible.

—Puede. Pero en esa libreta hay unas cosas rarísimas —dice Annie jugueteando con sus pendientes—. Ten cuidado con ese chico, Kit.

—¡Venga ya! Fuera de contexto todos los diarios son raros —digo, aunque no estoy segura de por qué siento que debo defender a David, ni siquiera ante mis amigas. No soy nadie para defenderlo—. Pero tampoco lo he leído todo. Lo justo para ver de qué iba.

—¿En serio? —pregunta Violet con las cejas enarcadas, sorprendida.

—Pues deberías —añade Annie. Yo me encojo de hombros. Antes de lo de mi padre no comprendía la necesidad de tener intimidad, ni el deseo de librarse de las preguntas de los demás. Ahora sí lo comprendo.

—¿Qué es el Proyecto Accidente? —pregunta Violet con una voz suave y vacilante, casi como una nana. Como si me estuviese preguntando algo fácil de contestar, como, por ejemplo, cuál es mi plato o mi programa de televisión preferido o si puedo prestarle mis apuntes—. ¿Es por lo que te estás saltando clases y por lo que no fuiste a la reunión del periódico? ¿Porque estás



trabajando en eso?

—¿Qué?

—El Proyecto Accidente. Que qué es —pregunta Annie sin la gentileza de Violet—. Vamos juntas a casi todas las clases, así que sé que no es nada del instituto. ¿Qué estás haciendo con David?

—Esto... ¿Eso sale ahí? —pregunto, pensando en qué puede haber escrito David al respecto. ¿Me ha expuesto ante todo Maplevew? Intento recordar cómo se lo pregunté exactamente. Quiero saber cuál fue el último segundo en el que el accidente de mi padre se podría haber evitado. En qué momento se tendría que haber pisado el pedal de freno. Si se podría haber evitado, sin más. Quería encontrarle un sentido matemático a lo inexplicable, pero ahora mismo me parece una locura.

—Como te he dicho, deberías leerlo y ver por quién nos estás dejando tiradas —me espeta Annie—. ¿No nos lo vas a contar? Lo del Proyecto Accidente.

—No es nada, en serio. Y no os estoy dejando... —Annie me mira y niega con la cabeza, hace un gesto con la mano y echa a andar hacia su coche antes de que yo termine de hablar—. Chicas, no os estoy dejando tiradas. No es eso.

—Solo está enfadada por lo de Gabriel, ya sabes —la justifica Violet—. Y te echamos de menos.

—Lo siento —digo.

«Me duele —quiero decirles—. Solo el estar aquí hablando con vosotras duele. Todo me duele más de lo que sois capaces de imaginar.» Quiero enseñarle mi reloj para que vea que el tiempo apenas pasa, que a mí tampoco me gusta esta versión de mí. Pero me quedo callada.

—¿Te gusta de verdad? Me refiero a David —pregunta Violet, y hay

esperanza en su voz, como si la posibilidad de que me guste pueda justificar todo lo demás, como que ya no quiera pasar tiempo con ellas. Pero no merezco su perdón ni su comprensión. Si las cosas fuesen distintas, si Violet me dejase tirada de repente por un tío cualquiera sin darme ninguna explicación, yo no tendría ninguna empatía con ella.

—No lo sé. Es muy fácil hablar con él —confieso—. Me gusta estar con él.

Lo que no le digo es que puedo contarle cosas que no puedo contarle a nadie más. Puedo hablarle de mi padre y de mi madre. Quizá algún día pueda hablarle de mí. Él sopesa la información con honestidad.

Lo que no le digo es que él hace que el tiempo siga avanzando.

Violet asiente, pero tiene una expresión triste.

—Antes también te gustaba estar con nosotras.

Como si la situación con Annie y Violet no me hiciese sentir lo suficientemente culpable, unos minutos más tarde, cuando estoy sentada en el coche intentando aunar el coraje suficiente para meter la llave en el contacto e ir a casa, recibo un mensaje de mi madre. Estupendo.

**Mamá:** Sé que ahora mismo no soy tu persona preferida y que no es el mejor momento, pero creo que no deberías volver a quedar con David Drucker.

**Yo:** ¿ESTÁS DE COÑA?

**Mamá:** He visto esa guía de Mapleview. La madre de Annie me ha enviado el enlace.

**Yo:** ¿Cómo te atreves? ESO ES SU DIARIO PERSONAL.

**Mamá:** Solo estoy preocupada por ti. Eso es todo.

**Yo:** Déjame en paz.

**Mamá:** Cariño, qué es «el Proyecto Accidente»?

**Yo:** Que te den.

*David*

El número pi no funciona y la tabla periódica tampoco. Intento contar y consigo llegar a 300.000, pero no logro olvidarme de nada. Mi libreta es de dominio público. A estas alturas, Kit ya debe de haberla leído entera. Incluso teniendo en cuenta las siguientes conjeturas: 1. No vio el enlace hasta después de las cuatro de la tarde, asignando una parada técnica de 35 minutos en el trayecto desde nuestro encuentro hasta su casa; 2. lee a una velocidad tremendamente lenta, una media de una página cada cinco minutos, algo que no tiene sentido teniendo en cuenta sus buenas notas; ya habría llegado a la última página hace una hora. Y eso significa que todo ha terminado entre nosotros: ya no nos sentaremos juntos a la hora de comer, no terminaremos el Proyecto Accidente y no estaré en la *friendzone* ni en ninguna otra zona. En el diagrama de Venn de nuestra relación, ya no hay ningún círculo que se toque.

Pienso en enviarle un mensaje, pero encender el móvil me da demasiado miedo. En cuanto he llegado a casa ha empezado a recibir mensajes de números desconocidos.

Te voy a matar, cabronazo.

¿Que mi novia se parece a la cerdita Peggy? ¿Cómo te atreves? Si te veo estás muerto.

Muérete, retrasado.

Cerdo friki. Tú sí que tienes cara de pan.

¿K COJONES T PASA?

Haznos un favor a todos y MUÉRETE.

Es un tema recurrente en los mensajes y también en los comentarios que han publicado en internet: mis compañeros de clase desean mi muerte. Me parece desproporcionado para el crimen cometido, ya que es obvio que no he sido yo quien ha publicado el diario. ¿Por qué está la gente enfadada por cosas que yo no esperaba ni quería que vieran? Es ilógico. Es como procesar a alguien por pensar un delito.

Y quieren que me muera. De verdad. Quieren que mi corazón deje de latir, que mi madre pierda un hijo, y Esmía, un hermano; que deje de existir, al menos en mi forma actual. Todo eso solo porque anoté en una libreta unas sencillas observaciones para que me ayudaran a recordar los nombres de la gente, en quién confiar y cómo sobrevivir en este mundo tan confuso llamado instituto. Joe Mangino, el capitán del equipo de fútbol americano, no tiene en absoluto cara de Joe, pero sí que se parece mucho a un hurón y antes me pellizcaba los pezones cuando pasaba por mi lado en el pasillo. ¿Tan malo es que me lo apunte? ¿Que escriba para mí mismo que es mejor que me aparte del camino cuando vea a un idiota con cara de roedor? Que te pellizquen los pezones duele.

Doy por hecho que las amenazas de muerte no las profieren en sentido literal. Esmía me amenazaba todo el tiempo cuando éramos pequeños y no creo que nunca lo dijera en serio. Pero no veo otra forma de interpretar que deseen mi muerte. Quizá no quieran asesinarme de verdad, con sus propias manos, porque se arriesgarían a que los descubrieran y los metieran en la cárcel, por no hablar de que deberían cruzar algunos límites morales universalmente aceptados, pero no me cabe duda de que sí desean el resultado final. Que yo deje de vivir.

Haznos un favor a todos y MUÉRETE.

Mátate, cabrón.

De hecho, el asunto se pone todavía más específico. No solo quieren que me muera, quieren que me suicide. Al parecer, la mejor contribución que puedo hacer a este mundo es abandonarlo.

Las manos me empiezan a aletear otra vez y me ruedan lágrimas por las mejillas. Estoy perdiendo el control, deslizándome hacia un vórtice vertiginoso. Antes pensaba que la soledad era tener una única voz en tu cabeza, pero estaba equivocado. La soledad es oír también las voces de todos los demás cuando no dejan de repetir: «Muérete, muérete, muérete».

Llaman a mi puerta y la abren. No me molesto en levantar la vista: No sé si podría, aunque quisiera. Sé que es Esmía porque da un único golpe con los nudillos y por el olor. Huele a su nuevo perfume de sándalo y a pelo sucio.

—Lo han quitado —anuncia—. El enlace ya no funciona. He pensado que querrías saberlo.

No contesto. Sigo balanceándome; tengo la cabeza sobre las rodillas y las manos por dentro y al aletear me muevo hacia delante y hacia atrás. Supongo que al final mi madre habrá ido a hablar con la directora. Lástima que sea demasiado tarde: todo el mundo que importa lo ha visto y estoy seguro de que estará guardado en al menos un centenar de discos duros.

Kit no me volverá a hablar jamás.

Mi hermana me pregunta si puede acariciarme la espalda y niego con la cabeza una sola vez y con ímpetu. Todavía no soy capaz de pronunciar palabras. Naranja. El mundo es naranja, como el centro ardiente de un sol de dibujos animados o como un volcán.

No quiero que nadie me toque. Solo el olvido. Darle a la gente lo que quiere, como se suele decir.

—Está bien. Te quiero, ya lo sabes. Todo irá bien, te lo prometo, Pequeño D —dice, pero todo suena confuso. Lo único que hay es naranja, y una especie de ruido, pero no es tranquilizador, como el sonido del océano, sino

estruendoso. Ensordecedor. Aniquilador—. Sé que te parece el fin del mundo y, créeme, he pasado por eso. Pero te pondrás bien.

Pero para estar bien tengo que estar aquí y no lo estoy. Floto a la deriva. El globo que hay en el interior de mi cerebro se ve cada vez más pequeño y al final desaparecerá por completo en el cielo azul.

Los tres días siguientes no voy al instituto. Me quedo en mi habitación y paso el tiempo aleteando y pensando en el número pi. También duermo, durante horas largas y oscuras que no son reconstituyentes ni están llenas de sueños. Es lo más cercano a la muerte que puedo estar sin morir.

Esmía y mi madre hacen turnos para ver cómo estoy y a veces se sientan en mi cama, a una distancia de seguridad de un poco más de un metro para que no nos toquemos. Pero se balancean conmigo, al mismo ritmo, y me gusta. Es casi como tener compañía, un pequeño recordatorio de que no estoy solo. No del todo.

Un día, creo que el martes por la tarde, Trey llama a mi puerta. Yo no dejo de mecarme, ni tampoco levanto la cabeza. Hoy no habrá clase de guitarra.

—Puedes contar conmigo, colega. Cuando estés preparado —me asegura, pero no lo estoy.

Más tarde oigo que Trey y Esmía hablan en el pasillo. Intento prestar atención, como si escuchar sus palabras y traducirlas a frases que comprendo me fuese a ayudar a regresar.

—Has hecho un buen trabajo con él —dice mi hermana y me quedo atascado en esa palabra, «trabajo»—. Se pondrá bien.

—¿Tú crees? —responde Trey—. No sé. Esto es... alarmante. ¿Había pasado antes? ¿A estos niveles?

—No, así no.

—Yo creía que estábamos avanzando.

Pienso en los riffs de guitarra. Intento que mi cerebro se acople a las secuencias de notas que Trey me enseñó la semana pasada.

—Y así era, últimamente estaba superbién. Ha hecho una amiga, hacía bromas... Parecía estar conectando de verdad, hasta que ha pasado esto — dice Esmía, y sus palabras se apagan. No sé si es porque se están alejando pasillo abajo o porque mi cerebro se ha vuelto a cerrar.

Mucho más tarde me doy cuenta de que esto se acabará pronto. La desesperación se va esfumando. No, eso no es cierto. La desesperación —esa sensación horrorosa que experimento al darme cuenta de que no solo no les caigo bien, sino que me odian, y de que me las he arreglado para perder la única amiga que he tenido nunca— no se va a ir a ninguna parte. De todos modos, decido que es hora de volver y siento que mi mente se endurece en sus extremos, que pliega las mejillas y pone los asientos en vertical para prepararse para el aterrizaje.

Deslizo las piernas a un lado de la cama y me pongo de pie. Estoy mareado por el hambre, así que me tomo de golpe el batido de frutas que mi madre ha dejado en mi escritorio. Me ducho y, cuando me dispongo a lavarme el pelo, me sorprende ver lo poco que hay: me había olvidado del cambio de imagen. Después, cuando abro la puerta del armario y veo que mi madre debe de haberse deshecho de mi ropa vieja, lucho contra el pánico. Sin embargo, cojo una muda de ropa nueva. Si la gente normal puede lidiar con botones, capuchas y dobleces, yo también puedo.

Cuando bajo las escaleras, veo a mi madre y a Esmía, que hablan en voz baja en la cocina. Mi madre se ofrece a hacerme mi sándwich preferido o a calentar caldo de pollo, como si hubiese estado enfermo de gripe. El pelo de mi hermana vuelve a ser del color de siempre y ya no va en pijama. Reparo en que es la primera vez que la veo vestida desde que volvió a casa. Algo dentro de mí suspira al darse cuenta de ello y un nudo invisible se afloja.

—Hoy voy a ir al instituto —anuncio, creo que en voz demasiado alta. Es la primera vez que hablo en tres días y estoy desentrenado. Voy a ir al instituto y, si alguien me pide que me muera, contestaré: «No, gracias» y seguiré andando. O quizá no diré nada. En cualquier caso, son Gabriel y Justin quienes deberían estar sufriendo, no yo. Yo no he hecho nada malo.

—Ahora no —responde mi madre, mientras deja un variado surtido de comida delante de mí, cada elemento en un plato diferente, tal y como me gusta.

—No tengo miedo —insisto.

—No es eso, Pequeño D. Es que es tarde. El instituto está cerrado —me informa mi hermana, y alarga una mano para tocarme el hombro. Puede que me esté poniendo a prueba, así que no me aparto.

Miro por la ventana y veo que el cielo se ha puesto oscuro y azul. Un moratón. Quiero que el mundo vuelva a ser verde, como los ojos de Kit.

—Come —ordena mi madre—. Y luego ya pensaremos qué hacer.

Su uso de la primera persona del plural es agradable, no como el de «¿Qué vamos a hacer contigo?». Esta primera persona del plural significa que no estoy solo, que todos estamos en el equipo David. Nos imagino como un heterogéneo grupo de benefactores del lado de los agraviados y los desamparados. En mi imaginación, el equipo David se parece mucho a los muchachos de *Somos los mejores*.

—Vale —contesto, y me pongo a ello. Como de cada plato siguiendo el orden de las agujas del reloj. Al cabo de un rato levanto a la vista y descubro a mi madre y a mi hermana, que siguen ahí sentadas mirándome comer.

—Bienvenido a casa —dice mi madre con la voz gruesa del asombro, como si yo me hubiese ido a un lugar del que creía que no volvería nunca.

Más tarde, Esmía y yo damos un paseo a la manzana. Nos tapamos bien



con nuestros abrigos, bufandas y guantes, igual que cuando éramos pequeños y mi madre nos mandaba fuera a jugar con la nieve. Yo odiaba que me obligasen a separarme de mis libros y a salir a la calle fría y mojada. Recuerdo que me dolía en el espacio descubierto que quedaba entre la manga y el guante, que ese centímetro de piel expuesta lo arruinaba todo. Nunca entendí cómo mi hermana era capaz de hacer muñecos de nieve y ángeles en el suelo con las muñecas tan frías.

Ahora ya no me importa tanto. El bulto del abrigo me resulta agradable, me gusta sentirme cobijado dentro de él, igual que cuando te arrojan en la cama.

—El aire fresco nos hará bien —opina Esmía. He aceptado salir porque ya me he saltado el horario. No he practicado artes marciales en tres días, que es el parón más grande que he hecho desde que empecé a entrenar. Y aquí estamos, caminando por la calle. Parece que el resto de Mapleview se ha metido ya en casa para pasar la noche: hay pocos coches y nadie más pasea.

—Me gusta tu pelo —digo señalando el mechón que antes era violeta.

—Pensaba que necesitaba un cambio y luego me di cuenta de que eso no era en absoluto lo que necesitaba —responde ella. Pienso en sus palabras y sopeso cada una de ellas, igual que mi madre cuando palpa la fruta en el supermercado, pero no saco nada en claro. No sé qué quiere decir—. Estoy orgullosa de ti, ¿sabes? Últimamente en la universidad no me ha ido muy bien y luego me pasó algo, nada muy importante, pero sé cómo te sientes. He estado en tu lugar, más o menos.

—¿Te quedaste en tu habitación y te balanceaste mientras recitabas el número pi durante casi setenta horas seguidas?

—Vale, no exactamente en tu lugar. Pero he pasado por la parte de la humillación pública, te lo aseguro. Y, para serte sincera, me he dado cuenta de que, si tú tienes la valentía de volver al instituto y enfrentarte a todos esos

idiotas, entonces yo también puedo. Así que te doy las gracias por ello. Pero eso también significa que me voy a ir pronto. Tómatelo como el primer aviso —me advierte.

—Vale —contesto. Mi antiguo yo habría llorado, gritado o le habría suplicado que se quedase, pero ya no soy mi antiguo yo. Pese a los acontecimientos de las últimas setenta horas, estoy madurando, me estoy fortaleciendo. Sigo a kilómetros del territorio de la normalidad (nunca seré del todo normal, ni quiero necesariamente serlo), pero me voy acercando. Soy un refugiado en la frontera de la normalidad. Estaré bien cuando Esmía se vaya. Estaré bien. Y doy por hecho que ella también, porque es Esmía—. Pero no te vuelvas a teñir el pelo. Me gusta reconocerte cuando vuelves a casa.

Me sonrío y me da un suave codazo. Los dos tenemos las manos en los bolsillos, así que los golpecitos se convierten en un juego.

—No creo que te humillaras de verdad —digo.

—Pues más o menos sí. —No le pregunto cómo porque sé por experiencia propia que no es fácil hablar sobre cómo nos ponemos en evidencia: cuando lo cuentas tienes que revivirlo de nuevo. Si mi hermana quisiera que yo supiese más al respecto, me lo habría contado.

—¿Cuánto tardarás en irte?

—No sé, quizá una semana. Pero volveré para las vacaciones de primavera. Y tenemos el FaceTime. —Asiento—. He visto algunos de los mensajes que has recibido. Ojalá pudiera dar una paliza a todos esos tipos.

—Yo sí que podría —digo, y por un momento me permito imaginarlo. Con una serie de golpes con la base de la palma de la mano dejaría a todo el equipo de fútbol americano por los suelos—. Podría matarlos si quisiera.

—No lo hagas, por favor. —Me echo a reír porque ambos sabemos que jamás lo haría. Cuando era pequeño me disgustaba mucho si pisaba un bicho

por accidente. Quizá me haya convertido en un maestro en el arte de la defensa personal, pero no me gusta hacer daño. Y, en cualquier caso, pese a lo que todos ellos sientan por mí, yo no deseo la muerte de nadie, ni siquiera de Justin o Gabriel. Aunque crea en la teoría cuántica de que la conciencia sobrevive a la muerte, no quiero que sus cuerpos se queden eternamente quietos.

Pero no me importaría que se mudasen a otra ciudad. Eso estaría muy bien.

—¿Qué vas a hacer mañana en el instituto? —me pregunta.

—Lo mismo de siempre. Ponerme los auriculares e ignorarlos a todos.

—¿Y Kit?

Pienso en las pestañas de Kit, en la nieve que se acurrucaba entre ellas, como si fuesen un buen sitio para descansar. Pienso en sus dedos entrelazados con los míos.

Veo su espalda cuando huía de mí tan rápido como sus piernas le permitían.

Pienso en las curvas de la palabra «repugnante», en esa «g» gutural.

—No lo sé —confieso.

*Kit*

David vuelve tres días después. Está sentado en nuestra mesa con los auriculares puestos y la mirada fija en su bandeja de comida. En su ausencia, volví a sentarme con Annie y con Violet a la hora de comer. Las escuché proponer nombres para una nueva lista de candidatos aceptables para el baile. Le dije a Violet que me gustaban sus vaqueros de cintura alta. Fui a todas mis clases y a la reunión del periódico y luego volví a casa y vi Netflix con un cuenco de palomitas más grande que mi cabeza. He comido hummus y pavo con pan de centeno dos veces al día. Debería ganar un Óscar a la mejor actriz por una película llamada *Normal*. No me cabe duda de que sería la primera chica medio india en ganar uno.

Por las noches, cuando mi madre vuelve de trabajar, he estado poniendo música a todo volumen, el equivalente acústico de un cartel de NO PASAR.

Soy consciente de lo mucho que he echado de menos hablar con David.

Me acerco a él poco a poco. Me siento incómoda, como si volviésemos a ser dos desconocidos, como si esta mesa ya no fuese nuestra. Quizá lo que pasa es que no sé cómo comportarme con la única persona en el ancho mundo que me describiría como la chica más guapa del instituto. Ni mi propia madre sería tan caritativa. «Una no es guapa porque sí, Kit —dice a menudo—. Tienes que esforzarte.»

—Hola —lo saludo, y me siento enfrente de él—. ¿Cómo estás?

Él levanta la vista y se quita los auriculares. ¿Cómo había podido olvidarme de su corte de pelo y de esa ropa tan guay? Puede que yo no sea la chica más guapa del instituto, pero no hay duda de que él es un chico muy mono. También es el más raro de todos, por supuesto, cosa que puede causar una cierta disonancia cognitiva.

—No muy bien —contesta.

—Tengo una cosa para ti.

Saco la libreta de mi mochila y se la doy. No intenta cogerla.

—¿La has leído?

Veo que tiene los ojos sobre mi clavícula, una parte de mi cuerpo en la que nunca se me había ocurrido pensar hasta que conocí a David. Resisto la tentación de tocarme las pecas que él dibujó. Pensé en arrancar esa página, en quedármela como un recuerdo de que una vez hubo una persona que pensó que yo era hermosa, pero luego comprendí que no me pertenecía a mí.

—Algunos trozos. No toda. Sé que no debería haberlo hecho, pero sentí curiosidad y la hojeé un poco. Lo siento.

David me ha contagiado de su enfermedad de la honestidad. No hacía falta que le contase la verdad. Tendría que haberle dicho que no la había leído, una respuesta que tampoco se alejaba tanto de la realidad.

Pero resulta que en la libreta, aunque es sin duda extraña e inconexa, no había nada tan perturbador. No me ha expuesto. Hacia el final había una página con una lista corta titulada «El Proyecto Accidente de Kit y D»:

*No mencionar nunca el PA en el instituto*

*¿Biblioteca?*

*Buscar especificaciones técnicas del coche*

*Cálculos*

*¿Ha sido mala idea ayudar? ¿Definición de friendzone?*

Con la última me reí a carcajadas.

—Lo suponía —responde. Ojalá se guardase la libreta, así podríamos fingir que esto no ha pasado. Quiero que entre nosotros todo vuelva a ser como antes: cómodo—. No sabía si hoy te sentarías conmigo. Después de lo sucedido.

—Bueno, sobre mí solo has dicho cosas buenas. —Quería que sonase a broma, pero la frase suena inexpresiva. Por supuesto, en esta misma cafetería hay un montón de gente sobre la que no ha dicho nada bueno. No me imagino cómo debe de sentirse al saber que todo el instituto ha leído exactamente lo que piensa sobre ellos. Es todo muy parecido a *Harriet la espía*, pero sin el final feliz de los libros para niños. Yo también he pensado cosas malas sobre mis compañeros de clase miles de veces, claro, pero esos pensamientos se han quedado a salvo dentro de mi cabeza. Se me da fenomenal guardarme las cosas para mí. Es otra habilidad que he adquirido tras el accidente—. Bueno, y ¿dónde has estado?

—En casa. —David me mira a los ojos—. ¿Te hice salir corriendo el otro día? No sé qué dije para...

—¿Tú? No, no fue por ti. Fue... ese sitio —le aclaro, y él asiente como si lo comprendiera y tal vez lo haga, pero... Tal vez no. Con él es difícil saberlo. A veces pienso que es la única persona que sabe cómo tener una conversación conmigo últimamente, pero luego pienso en su libreta, en lo diferente que es, y me pregunto si no me lo habré imaginado todo, si no habré estado tan desesperada por tener un amigo de verdad que he creado este otro David en mi cabeza que no existe en la vida real.

—Eres muy veloz, ¿sabes? —dice, y por primera vez desde que me he sentado, sonrío. Así, feliz, está todavía más guapo. No, no creo que me lo haya inventado. De verdad que no—. Nunca había visto a nadie correr tan

rápido.

—Ya, bueno.

—¿Has hablado con tu madre? —pregunta, y yo niego con la cabeza—. Bueno, ya lo harás. Cuando estés preparada.

Habla con seguridad. Decido creerlo, porque cada vez que pienso en hablar con mi madre se me anegan los ojos en lágrimas de inmediato y las palabras se me quedan ancladas en la garganta. He ignorado todas las veces que ha llamado a mi puerta, todos sus mensajes, todas sus llamadas. Miro a David e intento no llorar. Me lo he estado aguantando todo, he empaquetado todos estos sentimientos y les he puesto una etiqueta, los he organizado y clasificado como si pudiera convencerme a mí misma de que no ocupan espacio. Solo una esquinita en un armario.

¿Sabéis lo que son las actrices? Muy buenas mentirosas.

Antes de que pueda contestarle, el equipo de fútbol americano al completo se acerca a nuestra mesa. Una montaña de piernas musculosas y bíceps alineados hombro contra hombro. Y entonces, como si estuviésemos en una mala película de adolescentes, Joe Mangino, un musculitos con dientes de conejo, da un paso al frente y tira por los aires la bandeja de comida de David. Un cartón de leche vacío sale volando y cae en el suelo.

—¿Qué haces? —pregunto, y me levanto, aunque ahora que estoy de pie no tengo ni idea de qué puedo hacer yo frente a todos estos músculos. Estos tipos son enormes y no son amigos míos. No puedo pedirles que paren, como hice con Justin y Gabriel. Bueno, se lo puedo pedir, pero no me van a hacer caso.

—No te metas, Kit. Este capullo tiene que morir —gruñe Sammy Metz, que tiene pinta de lo que es: un defensa. Un tío gigante como un roble. Haría buena pareja con Willow, cuyo nombre significa sauce.

—¿No te parece un poco extremo? —David se lo pregunta como si de

verdad quisiera saber la respuesta. En su voz no hay ni pizca de miedo, es tan tranquila y contenida que casi resulta escalofriante. De repente tiene más pinta de robot que de alienígena—. ¿Quieres que me muera? He pasado casi tres días pensando en ello y sigo sin entenderlo.

—No solo quiero que te mueras —interviene Joe—. Quiero que te duela. Que te duela mucho. Estoy intentando decidirme: ¿te meto la bota hasta el fondo de la garganta o te arranco las pelotas y te las hago tragar?

—Si me das una patada en la cara, es poco probable que tu bota me quepa en la boca. Y no tengo ninguna intención de comerme mis propios testículos —contesta David, y luego se vuelve, como si ya no tuviera interés por la conversación. Muerde su manzana y la deja en el plato mientras los demás lo observamos. Cuando vuelve a levantar la vista, parece sorprendido de que sigamos allí—. ¿Qué queréis? Nos está mirando todo el mundo. Es evidente que ahora mismo no puedes tocarme.

—Ya te pillaremos, Drucker. Cuando menos te lo esperes, te pillaremos —repite Joe, recurriendo otra vez a todos esos clichés horribles. ¿Será eso lo que hace los fines de semana? ¿Verá películas malas y practicará los diálogos típicos de macarra de instituto delante del espejo? «Primer paso: tirarle la bandeja de la comida. Segundo paso: proferir amenazas espeluznantes pero genéricas. Tercer paso: tomar más esteroides para que los pectorales me crezcan todavía más».

—Vayan circulando, caballeros —dice la señora Rabin, que se acerca a la mesa y gesticula para que los chicos del equipo se vayan. Sin embargo, no le pregunta a David si está bien. Lo fulmina con la mirada y niega con la cabeza.

—¿Qué pasa con la señora Rabin? —pregunto.

—¿Por qué?

—Te ha mirado mal. ¿Qué le has hecho? —David señala su libreta—. Oh,



oh... —Hago una mueca—. ¿Los profesores también?

—Sí. —David se encoge de hombros; los mueve arriba y abajo como si lo estuviese manejando un titiritero aficionado. Ahora me doy cuenta de que su lenguaje corporal es tan forzado como todo lo demás—. Espero que esto no afecte a mis cartas de recomendación para la universidad.

Más tarde, en historia universal, la señora Martel nos suelta un rollo sobre el impacto de la Revolución Industrial: bla, bla bla, las fábricas y las máquinas de vapor y las terribles condiciones de trabajo y bla, bla, bla. Le mando un mensaje a David. Los dos tenemos los portátiles encendidos, así que podemos chatear y parece que estamos tomando apuntes.

Está sentado una fila más adelante, tres asientos a un lado, donde supongo que se ha sentado desde septiembre. Estudio su perfil. Me gustan sus frondosas pestañas, la curva de sus mejillas y la forma en que ladea la cabeza para mirar por la ventana.

YO: ¿Tienes miedo?

David: ¿De qué?

YO: De los del equipo de fútbol, ¿de qué va a ser!

David: No. Pero ¿sabes qué es lo que sí me da miedo? La evolución hacia la conciencia de la inteligencia artificial. Y el calentamiento global. En la misma medida.

YO: Podrían matarte.

David: Ya lo sé. Si creáramos máquinas que pudieran aprender a sentir todo el rango de emociones humanas, estaríamos todos muertos. Y en lo que respecta al calentamiento global, creo que hace tiempo que hemos llegado al punto de no retorno. Estoy seguro de que el clima apocalíptico pronto se convertirá en la norma.

YO: ¡Me refiero al equipo de fútbol! Igual deberías contárselo a alguien. A la directora, por ejemplo.

David: Ah. Por un lado, han dejado muy claro que me quieren muerto. Por el otro, dudo que de verdad quieran hacer el trabajo sucio. Por no hablar de que tendrían que

deshacerse de mi cuerpo. Además, la policía podría usar todos sus mensajes amenazantes previos como prueba en su contra. Son estúpidos, pero no tanto.

Yo: ¿?

David: Me parece muy poco probable que me maten.

Yo: No lo decía en sentido literal. Me refería a que podrían darte una paliza.

David: También es poco probable. Además, conozco varias formas de defensa personal, que incluyen, pero que no se limitan, el kung-fu y el krav maga. Deberían tenerme miedo ellos a mí.

Yo: ¿En serio?

David: Sí. Pero ¿sabes qué no entiendo?

Yo: NADA.

David: Eso es una broma, ¿verdad?

Yo: Sí, David, es una broma.

David: Vale. Bueno, pues no entiendo que todo el mundo esté enfadado conmigo, en lugar de darse cuenta de que yo soy el agraviado en esta historia. Ni una sola persona se ha acercado a decirme: «Siento mucho lo que te ha pasado». Ni una sola.

Yo: Siento mucho lo que te ha pasado.

David: Te estoy hablando en serio.

Yo: Yo también.

David: Gracias.

Yo: De nada. ¿De verdad sabes krav maga?

David: ¿Crees que bromearía con algo así?

*David*

—Pensaba que la universidad sería más fácil —dice Esmía el martes por la mañana.

Está sentada en la mesa donde desayunamos, sirviéndose un montón de tortitas. Mi padre está a los fogones con sus auriculares puestos. Son iguales que los míos, pero él prefiere escuchar audiolibros en lugar de música. Dice que es una forma muy eficiente de hacer varias cosas a la vez, pero tiene la ventaja involuntaria de que mi hermana y mi madre puedan hablar sin que las oiga. Yo estoy justo detrás de la puerta, escuchando sin que me vean. Soy consciente de que no tengo el poder de la invisibilidad, pero es casi como si lo tuviera.

—Pensaba que sería como una extensión del instituto —continúa—, pero luego llegué allí y tuve que hacer amigos nuevos. Y no parecía caerle bien a nadie.

—Pues claro que les caes bien, Laur. —Mi madre se inclina hacia delante y le estrecha la mano. Esmía ha dicho una tontería: ella cae bien a todo el mundo. Es una de las constantes de la vida, como la composición química del agua.

—No es solo eso. Ya te conté que la iniciación para entrar en la sororidad fue un desastre. Mis clases son muy difíciles y además hubo un chico...

—¿Y? —pregunta mi madre.

—Y nada. Bueno, nada nada tampoco. Me gustaba mucho, mamá, y pensaba que él también estaba interesado en mí. Así que una noche me lo encontré por ahí y, bueno, en fin, que me lancé a sus brazos delante de todo el mundo y él dejó superclaro que yo no le gustaba nada. Fue muy humillante. Además, no tengo amigos. Amigos de verdad, quiero decir. Es que... me siento como si la universidad fuese un rechazo tras otro. Quizá no elegí la adecuada. O igual es que soy una fracasada y ya está.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hija? ¿No le gustas a un chico y vuelves corriendo a casa? —pregunta mi madre—. Es evidente que es un idiota.

—En realidad es superinteligente, mamá. Era mi profesor particular de física. La idiota soy yo. —Esmía apoya la cabeza en la mesa y mi madre le acaricia el pelo como si fuese una niña. Creo que está llorando, pero no lo distingo bien desde aquí.

—¿Por eso te pasas todo el tiempo tirada y con cara triste?

—Pequeño D, me has dado un susto de muerte. ¿Qué haces ahí escondido? —grita mi hermana cuando me ve. Maldita ropa nueva y los ruiditos que hace al rozarse. Mis chinos pasaban mucho más desapercibidos.

—No estaba escondido. Solo estaba escuchando detrás de la puerta —digo mientras entro en la cocina.

—¡Para! —dicen Esmía y mi madre exactamente al mismo tiempo, así que no me queda otro remedio que decir:

—¡Gafe! Hasta que no diga vuestro nombre tres veces no podéis hablar —grito, aunque no se callan.

—Mejor hablamos de todo esto más tarde —propone mi madre, y mi hermana asiente. Me pregunto qué dirá mi padre cuando se entere de que

necesita un profesor particular de física. La ha estado presionando mucho con la universidad desde el verano pasado. Está empeñado en que se gradúe en algo útil, como matemáticas o biología. Antes de que se fuese, no hablaba de otra cosa: Esmía tenía que entender que la universidad iba a costarles mucho dinero y más le valía descubrir de una vez qué se le daba bien. Debería dejar de perder el tiempo maquillándose y aplicarse en las ciencias, igual que yo.

«Cualquiera puede ser la reina del baile, pero no todo el mundo tiene la oportunidad o la capacidad de aprender de geofísicos ganadores del premio Nobel», decía mi padre, y Esmía lo miraba a los ojos y contestaba: «En realidad fui la reina del instituto y algunos padres se sentirían orgullosos». Yo me mantenía al margen, aunque no es del todo cierto que cualquiera pueda ser rey o reina del instituto. No me cabe duda de que yo no puedo. Mi hermana no será la mejor persona con quien hablar de física cuántica, pero, a su manera, es un genio.

—Solo quiero decirles que os quiero y que tengo mucha suerte de tener los dos hijos más valientes del mundo. Claro que cometéis errores, pero, por favor, no dejéis que nunca nadie os haga sentir poca cosa, ¿vale? Ninguno de los dos —dice mamá. Se levanta y nos da un beso en la frente a cada uno mientras va hacia el fregadero. A mamá le gusta darnos discursos motivacionales. Es lo suyo.

—Desde el punto de vista estadístico, es poco probable que seamos los dos hijos más valientes en el mundo entero —replico.

—Contesta: «yo también te quiero, mamá» y punto —me espeta mi madre.

—Y no tengo ni idea de cómo puede uno sentirse «poca cosa». Doy por hecho que me siento como un ser humano de dimensiones normales. —Esmía me da una patada por debajo de la mesa. La miro y veo que me está fulminando con la mirada—. Yo también te quiero, mamá —digo.

Metó el coche en mi plaza del aparcamiento exactamente a las 7.57 de la mañana. Dispongo de un minuto para coger mi mochila y dirigirme a la entrada del instituto. Estoy respetando mi horario de nuevo, algo que, tras la debacle de la semana pasada, es todavía más importante que de costumbre. Tengo que concentrarme, seguir mi rutina y encontrar la paz en sus ritmos y repeticiones. Mi lista de reproducción ya está preparada, así que cuando bajo del coche me pongo los auriculares, como hago siempre. Y por eso tardo un momento en verlos: el equipo de fútbol al completo está esperándome en el aparcamiento, en formación. Un muro de carne sólida.

Me digo que podría ser una coincidencia. Igual no me están esperando. Sin embargo, me quito los auriculares por si preciso de todas mis habilidades sensoriales.

—¡Drucker! —grita Joe Mangino. ¿O es Sammy Metz? Sin mi libreta no los distingo. A mis ojos, los dos parecen dos pedazos de carne de un animal inidentificable que cuelgan de una carnicería de las de toda la vida, fríos y pálidos por donde está la grasa. Este chico se parece más a un roedor que a un porcino—. Queríamos hablar contigo. Di hola.

—Hola —contesto y me arrepiento al instante. Ha sido un acto reflejo estúpido.

—No es ningún secreto que queremos darte una paliza —dice Cachocarne (Cachocarne, ese nombre es perfecto para él), y yo me descubro asintiendo, porque tiene razón, no es ningún secreto. Aunque yo pensaba que querían algo peor. Pensaba que querían matarme—. No te preocupes. No lo vamos a hacer ahora mismo. Solo queríamos recordártelo, por si se te había olvidado. Para que no bajes la guardia.

—No me he olvidado —contesto. Levanto la vista y descubro a Kit, que viene desde su coche. Desearía que hubiese llegado unos minutos antes o unos minutos después, algo que nunca había deseado antes porque me gusta verla entrar al instituto cada mañana. No es una necesidad estricta en lo que

respecta a mi rutina, porque solo llega a tiempo unos tres de cada cinco días, pero es un factor positivo, como cuando la señora de la cafetería se acuerda de ponerse la redecilla o cuando mi teléfono cambia de canción justo cuando doblo la esquina en dirección a mi taquilla.

Sigo andando, pero Cachocarne me para con un golpe en el hombro. Ahora hay bastante gente. Justin y Gabriel también están aquí, justo detrás de la hilera de jugadores de fútbol americano que están en medio del aparcamiento.

—Espera un momento —dice Cachocarne, y la multitud se mueve a su alrededor hasta formar un semicírculo. No sé cómo lo hacen. Nadie dice «acercaos» ni «poneos aquí». Sucede de forma orgánica, como si pudieran oler que algo está a punto de pasar y quisieran asientos en primera fila—. No tienes permiso para irte.

—¿De verdad esto es necesario? —pregunto, molesto, porque son las 7.59 y no había planeado esta parada técnica. Voy a llegar tarde y no me gusta llegar tarde. Además, voy a tener que encontrar la manera de pasar por entre toda esta gente y tampoco me gustan las multitudes. Me provocan una sensación parecida a la de ponerme un jersey de cuello alto o a la de abotonarme una camisa hasta el cuello, ambos inventos bárbaros.

—Dilo. Di: «¿Me podría disculpar?» —Lo miro desconcertado. ¿Por qué debería preguntar eso? No necesito permiso para entrar en el instituto y él no es profesor. Aquí los dos tenemos la misma autoridad.

Ah, ya. La sensación me sobreviene antes de que la comprenda. Algo se me cuela en el cuerpo y se me desliza por las tripas. Reconozco este dolor frío: hace unos años lo sentía a diario.

No hay nada que desee con más fuerza que ponerme los auriculares, entrar y volver a ceñirme a mi horario. Olvidar este retraso. Eliminar este encuentro para siempre con una goma de borrar.

Y entonces veo a Kit y a sus dos amigas, cuyos nombres siempre olvido, así que pienso en ellas como Encinchada y Hippie. Se unen a la multitud, curiosas por ver qué sucede.

—Va, retrasado, dilo. Di: «¿Me podría disculpar?». Venga. Tú puedes.

—¡Déjalo en paz! —interviene Kit, y se me encoge el estómago. Un retortijón agudo, como si alguien me hubiese dado una patada en el vientre.

—Qué bonito, das la cara por tu novio —dice Cachocarne, y eso me provoca un escalofrío de placer. Se ha referido a mí como el novio de Kit. ¡Su novio! Pero en ese momento veo su rostro, que se ha cerrado, como el día que le dije que conducía bien, y me entran ganas de matar a Cachocarne. Kit parece más feliz cuando tiene el rostro abierto.

—Quita de en medio —digo.

—Vaya culito que tiene tu novia, ¿eh? —Sé por Esmía que decir eso sobre una chica no es respetuoso. Igual es porque entra en una subcategoría de la norma que prohíbe hablar del peso de una chica, no lo sé. Miro a Kit, pero, por supuesto, no soy capaz de interpretar su expresión. ¿Me está pidiendo que me pelee por ella? ¿Que salga corriendo?

—Para ya. Es tu primer aviso —le advierto, como aprendí en el vídeo de kung-fu. Le estoy dando a mi contrincante la justa oportunidad de irse. Una resolución pacífica siempre es preferible a pelearse.

Me vibra todo el cuerpo. Si quisiera, podría hacerles daño.

Y de repente quiero.

Cachocarne se ríe. Todos ellos se ríen. De mí. De repente, vuelvo a tener doce años y estoy encerrado en una taquilla con el pelo mojado de agua del retrete, sintiendo que gotas frías y pedazos resbaladizos se deslizan por mi espalda. Ese olor. Pienso en esos mensajes, en que me han tratado como si fuese menos que los demás desde que tengo memoria. ¿Por qué ser como



ellos es el punto de referencia?

—Última oportunidad —le advierto, y doy un paso al frente, con la esperanza de que rompan filas y me dejen pasar. Pero no lo hacen.

Hoy me voy a desviar de mi rutina. Voy a salir de mi zona de confort, como siempre me aconseja Esmía. Voy a hacer lo que sea necesario. Haré un sacrificio por el bien común, como se suele decir. Hoy no voy a volver a ceñirme al plan, aunque, solo durante un segundo, antes de que todo empiece, cierro los ojos y me imagino en el instituto, doblando la esquina del pasillo en cuanto Mozart toca un re menor.

Y luego, mientras oigo esa nota perfecta en mi imaginación, abro los ojos y doy otro paso al frente.

Tiro a Cachocarne al suelo de una patada.

Estoy sentado en el despacho de la directora con una bolsa de hielo en la cara que huele a comida de la cafetería. No a ningún alimento en particular, sino a una amalgama repugnante de toda la comida que sirven: pollo rebozado, patatas fritas, brócoli hervido y un trasfondo de pastel de carne. Tengo la nariz amoratada, pero al margen de eso, estoy bien. No se puede decir lo mismo del equipo de fútbol.

—¿Qué vamos a hacer contigo? —dice la directora Hoch.

El terror que se había desvanecido con la primera patada y con el primer crujido, como si ese único sonido y ese único movimiento hubiesen bastado para que todo el peso se evaporara, se me vuelve a instalar sobre los hombros. Durante unos siete minutos he sido un guerrero. Un héroe. Un defensor de las chicas. O de una chica. La única que importa.

No era David Drucker, el perdedor de la clase.

Mis padres están aquí, los dos, y eso significa que la situación es grave. Normalmente solo viene mi madre, ella es la única que oye los discursos que

empiezan con: «¿Qué vamos a hacer contigo?». Suelen terminar conmigo prometiendo que me esforzaré más, aunque nunca sé para qué exactamente prometo esforzarme más.

Para ser normal, supongo.

Para ser neurotípico, que es otra manera de decir «como todos los demás».

Ser menos yo.

Pero ya no quiero ser menos yo.

—No creo que tengamos que hacer nada —contesto y me doy cuenta de que tengo la lengua hinchada. Alguien se las habrá arreglado para darme un puñetazo en la boca. No recuerdo los detalles de la pelea, ha sido todo acción y reacción, sin pensar, con el piloto automático. Un cerebro limpio y silencioso. Más tarde me tomaré el tiempo para revivirlo en mi cabeza, para analizar toda la secuencia y saborearla un poco.

Inmediatamente después de la pelea, cuando he vuelto a pensar, he oído la sangre y he oído los gritos y lo único que quería era ducharme. Limpiarme todos los fluidos corporales de otros.

—Solo he actuado en defensa propia. Incluso le he dado a Cachocarne un primer aviso. Creo que ha sido extremadamente generoso de mi parte.

—¿Cachocarne? —pregunta la directora. Yo me encojo de hombros. Tengo un 50 por ciento de probabilidades de acertar con el nombre. O Joe Mangino o Sammy Metz. Tampoco importa mucho. Ambos se acabaron llevando golpes.

—El primer chico al que le di una patada —aclaro.

—Tenemos pruebas de que ha recibido amenazas de muerte —interviene mi madre—. En el móvil de David. Es evidente que ha sido en defensa propia.

—Tres estudiantes han acabado en el hospital —repite la directora—. Suena a algo más que defensa propia.

—Con fracturas menores —añade mi padre—. ¡Menores!

—No puedo consentir este tipo de violencia —continúa la directora, y no sé hacia dónde mirar. No esperaba que mi padre hablase ni que me defendiese. Normalmente deja que se encargue mi madre. Pero, claro, fue él quien me enseñó a defenderme.

—Dígame: ¿qué se suponía que tenía que hacer mi hijo? Todo el equipo de fútbol americano estaba esperándole. Ya lo habían acosado en la cafetería. ¿Quiere que le lea los mensajes? —pregunta mi madre y coge el móvil de mi mochila.

—No creo que sea neces...

—«Te voy a matar, cabronazo» —lee mi madre con voz inexpresiva—. «Muérete, retrasado», «Haznos un favor a todos y muérete».

—Puede seguir. Hay muchos más —añade mi padre, como si mi madre estuviera leyendo la lista de la compra. «Huevos, beicon, fresas. Muérete, muérete, muérete.»

Necesito que pare. Quiero ponerme los auriculares o aletear con las manos, pero no hago ninguna de las dos cosas. Intento parecer todo lo normal que puedo mientras presiono una bolsa de hielo apesadado contra la nariz amoratada que me palpita. Mientras pienso en Kit, que huele bien y tiene una nariz perfecta; no es demasiado grande ni demasiado pequeña, es perfecta. Es la perfección en persona.

No recuerdo haberla visto después de esa primera patada. ¿Le habrá gustado que la defienda?

—Por favor, señora Drucker, ya hemos hablado en el pasado de la posibilidad de que este instituto no sea el más adecuado para David. Quizá

haya un lugar más acorde a sus necesidades.

Es la primera vez que escucho esto, y que insinúe que tengan que cambiarme de instituto me duele incluso más que la elección de la palabra «necesidades». No miro a la directora Hoch. Me estoy plegando en mí mismo, me hago más pequeño y más estrecho, más pequeño y más estrecho, hasta desaparecer. Quiero convertirme en algo que no se pueda ver a nivel molecular.

No puedo cambiar de instituto, ahora no. No después de Kit.

Como no me puedo poner los auriculares, me obligo a imaginar su tacto. Finjo. Siento su peso, el ligero vacío que se produce cuando envuelven mis orejas. El ruido blanco de la lista de reproducción «Calma, Pequeño D» que Esmía me hizo antes de irse a la universidad. Siento que poco a poco se me va llenando el cuerpo de sonidos neutros.

—Señora Hoch, ¿quiere que empiece a leer otra vez? Porque creo que, si diese usted un paso atrás y mirase la situación desde un punto de vista razonable, se daría cuenta de que mi hijo es el blanco. No es él quien se ha comportado de forma inadecuada. Su querido equipo de fútbol americano se ha aliado para atacarlo, como unos matones. —Mi madre está prácticamente escupiendo. Está enfadada. Lo sé porque cuando se enfada empieza a palparle una vena que tiene tres milímetros a la izquierda del centro de la frente. Esmía me enseñó ese truco, que se ha convertido en una guía muy útil y fiable sobre los estados de ánimo de mi madre.

—Nadie niega que esos mensajes sean inapropiados y en este instituto tenemos una política de tolerancia cero contra el acoso escolar, pero tenemos que mirar esta situación en un contexto más amplio. Hubo una provocación...

—¿Se está usted quedando conmigo? —explota mi madre. Le tiembla todo el cuerpo y mi padre la rodea con el brazo para evitar que salga volando del despacho—. ¡Esa libreta era privada! ¡Se la robaron, por el amor de Dios!

¡No entiendo qué está pasando aquí! ¡Proteger a mi hijo es su trabajo!

—Pero ¿es que no lo ve? Estoy intentando protegerlo. No es solo el equipo de fútbol; es obvio que muchos alumnos tienen problemas con David. Solo quiero mantenerlo a salvo. —La voz de la directora es desconcertantemente tranquila. Quiero irme flotando sobre ella, pero sé que no puedo. Tengo que estar aquí. Si no me concentro, acabaré en ese colegio para chicos con necesidades especiales donde no saben qué hacer con alguien que tiene cinco asignaturas de nivel avanzado. ¿Cómo voy a explicar en las solicitudes para la universidad que me vi obligado a cambiar de instituto a mediados del penúltimo curso? No me aceptarán en ninguna. Nunca podré escapar de Mapleview. Seré el perdedor que todo el mundo espera que sea. No quiero—. Quizá estaría mejor, e incluso sería más feliz, en un ambiente donde pudiera hacer amigos.

—La última vez que hablamos, hace solo un mes, me dijo que tenía que involucrarse en la comunidad escolar —interviene mi padre—. Se ha apuntado a la Liga Académica y dentro de unas semanas va a participar en un recital de guitarra. Tiene un tutor de habilidades sociales y sus notas son brillantes.

Durante un segundo estoy a punto de objetar, ya que no tengo ninguna intención de participar en un recital de guitarra y no sé si sigo siendo parte del equipo para el decatlón académico, porque me perdí la reunión de la semana pasada por estar incapacitado y, por lo tanto, no poder asistir. Pero entonces pienso en esa primera parte de la intervención de mi padre. «La última vez que hablamos.» ¿Mis padres hablan con la directora con frecuencia? Y ¿qué es un tutor de habilidades sociales?

—Y lo valoro, de verdad; no hay duda de que a David le va fenomenal en el plano académico. Eso no cambia el hecho de que ahora tenga tres estudiantes en el hospital.

—Están ahí por sus propios méritos —replica mi madre. Yo sigo con la

boca cerrada. Hago uso de toda mi fuerza de voluntad para no protestar en voz alta, para no reclamar lo que es mío: están en el hospital por mis méritos, no los suyos.

—Los chicos que están socialmente aislados hacen cosas peligrosas — dice la directora Hoch, y comprendo a qué se refiere, puede que por primera vez. Ha sugerido que soy uno de esos locos que podrían terminar perpetrando un tiroteo. Yo odio las pistolas.

—Me está juzgando mal, señora directora, así como a mi personalidad. Yo no creo en la violencia, a no ser que su finalidad sea la defensa personal. En esta ocasión me han provocado. Di un primer aviso. Seguí todas las normas de un combate justo. No me quedó otra opción que protegerme, de lo contrario podría haber muerto. Y también me gustaría que supiera que no estoy socialmente aislado, que es uno de los indicadores de ese tipo de comportamiento antisocial y sociópata. Ahora soy amigo de Kit Lowell.

—¿Perdona?

—Kit Lowell es mi amiga. Nos sentamos juntos todos los días a la hora de comer —afirmo, y puede que haya demasiado orgullo en mi voz. Me da igual. Decirlo en voz alta me sienta tan bien como patear a Cachocarne en la cara—. Si lo que le preocupa es que no tenga amigos, sepa que los tengo. Kit. Y puede que José también, aunque la goma fosforita que lleva en el aparato me parece una elección desconcertante.

—¿Eres amigo de Kit Lowell? —pregunta la directora e incluso yo detecto su incredulidad.

—Sí, lo soy —insisto—. Y ella también es amiga mía.

*Kit*

Llevo quince minutos debatiéndome entre llamar a la puerta de la directora o no. Todo esto es culpa mía. Si yo no me hubiese sentado en la mesa de David, Gabriel y Justin nunca le habrían robado la libreta y, si no le hubieran robado la libreta, el equipo de fútbol no lo habría señalado como el Enemigo Número Uno. Y, además, David no se ha puesto como una furia hasta que no me han nombrado a mí (o a mi culito, para ser exactos). Estoy segura de que David podrá explicar todo esto con algún complicado algoritmo, pero la conclusión es la misma: la culpa la tengo yo. Seamos sinceros, tengo la culpa de prácticamente todo, excepto de que mi madre se acostase con Jack.

Pero cuando oigo preguntar a la directora: «¿Eres amigo de Kit Lowell?» con ese tono tan condescendiente e incrédulo, como si pensase que soy una amiga imaginaria que David se ha inventado, decido que no tengo elección e irrumpo en el despacho.

—Sí, David y yo somos amigos —digo al abrir la puerta, con un poco más de dramatismo del que pretendía—. Y David no tiene la culpa. La tengo yo.

Hasta después de haber hablado, cuando veo que David, sus padres y la directora Hoch me están mirando perplejos, no me doy cuenta de que mi

comportamiento es totalmente inapropiado. Entonces me planteo si podría estar perjudicando mis opciones de entrar en la universidad.

Nunca había estado tan desesperada por marcharme de Mapleview como en las últimas semanas.

—No creo que esto te concierna —me dice la directora.

Si fuese inteligente, me marcharía. Volvería a casa, haría las maletas y me iría a Alaska. O a Hawái. O a México. ¿Qué más da si no hablo español? Aquí no me queda nada. Me parece que estoy quemando todas las naves a la vez. Hasta yo estoy harta de mis numeritos de adolescente taciturna. Ya es hora de mudar la piel y olvidarme de esta versión de mí misma. Quizá incluso podría deshacerme del sobrenombre de Kit; se parece demasiado a Kitty, que es como me llamaba mi padre. Kit tiene demasiado significado. Podría volver a ser Katherine. O intentar algo totalmente nuevo, como Kath o Katie. O simplemente K: una inicial misteriosa.

—Pero es culpa mía, no de David —repito. Pues sí, parece que sigo adelante. He irrumpido en el despacho de la directora y ahora voy a presentar mi caso, aunque no es para nada mi caso. Ni siquiera se trata de mí. En esta historia no soy más que una nota a pie de página. La parte que te saltas para llegar a lo bueno.

—Kit, esto no es culpa tuya. Pero ya ve que sí somos amigos. Lo que Kit acaba de hacer es la definición misma de amistad —dice David, y se vuelve hacia la directora—. No tenemos que hacer nada conmigo. —David dibuja unas comillas en el aire al usar la primera persona del plural—. Me va bien. He hecho amigos. Como una persona normal. Y usted debería valorarme como estudiante tanto como al equipo de fútbol.

—Te valoramos y nadie ha dicho que no seas una persona normal —dice la directora, entrecomillando al aire «persona normal». Si la vida entera de David no dependiera de esa reunión me reiría de su dialéctica gestual.



—En realidad, eso es precisamente lo que ha estado diciendo. Usted sugiere que David no se merece la protección que ofrece a todos los demás estudiantes y que no tiene el mismo derecho a estar aquí —dice la señora Drucker, y la observo por vez primera. Se parece a Lauren, pero más vieja. Es preciosa y me pregunto si para David será difícil tener una madre tan guapa, igual que a veces lo es para mí. Pero entonces recuerdo que él también es guapísimo, como Lauren, y de todos modos imagino que para un chico es diferente. Aunque mi madre y la señora Drucker son igual de atractivas, lo que Justin llamaría unas MILF, tienen estilos muy diferentes. A mi madre le gusta el glamour y ser una tía de rompe y rasga, con su ropa ajustada y sus tacones altos. La señora Drucker lleva una camiseta escotada y holgada, unos vaqueros desgastados y remangados y unas Converse grises. Casi podría pasar por una estudiante: incluso lleva el pelo recogido en una coleta despeinada, desenfadada y exuberante. A diferencia de mi madre, la señora Drucker no parece esforzarse por ser atractiva; de hecho, parece esforzarse para lo contrario—. No hace más que sugerir que debería ir a un colegio especial.

—David no necesita ningún colegio especial —digo.

Hablo con calma, pero lo que en realidad me apetece es gritar. No lo soporto más. El mundo entero está al revés y nadie más parece darse cuenta. ¿El equipo de fútbol al completo amenaza con asfixiar a David con sus propias pelotas y es él quien tiene que cambiar de instituto?

Mi padre está muerto

Mi madre está viva.

Y yo también.

Yo también.

¿Por qué no cierro el pico?

—Kit, ¿nos disculpas? —me pide la directora.

Quizá debería hacer las maletas y largarme a Francia. Francia es una opción más lógica, ya que allí hablan francés, y algo de francés sé, aunque me da que lo hablaría con el mismo deje de Nueva Jersey que madame Rubenstein, y allí podría tomar champán siempre que quisiera. En realidad nunca he bebido champán, pero tiene pinta de que me gustaría. Mi padre pasó seis meses viviendo en París después de la universidad y había prometido llevarme un día. Tal vez debería llevarme yo misma.

¡Puf! Desaparecer. Igual que él. Me pregunto cuánto tiempo podría aguantar con las tarjetas de crédito de mi madre. ¿Sería tiempo suficiente como para que el mundo se volviese a poner en su sitio?

No. Me equivoco. El tiempo no es el problema. El mundo nunca volverá a estar en su sitio.

—¿Puedo decir solo que David es fantástico y que no debería tener problemas por lo que ha pasado?

—Por favor, vuelve a clase. Nadie te ha pedido tu opinión y...

—Con todo el respeto, deje hablar a la chica —interrumpe el padre de David. Viste unos pantalones chinos y un polo azul, un reflejo del viejo uniforme de David. Cuando era él quien lo llevaba, parecía un dependiente de una tienda de electrónica, la persona a la que le preguntas cuál es el mejor televisor. Su padre parece el encargado.

La directora se defiende de forma instintiva y dice:

—Solo estoy intentando que este asunto quede en privado. —Pero cambia de opinión y añade—: Sigue, Kit.

—Piénselo, David no tiene la culpa de que le robasen la libreta. La tengo yo. Yo lo he convertido en un objetivo. Y si todo el instituto lo odia es por esa libreta. No me entienda mal, él no tiene nada de normal. —Me detengo, miro a David y esbozo una media sonrisa—. Lo siento; es la verdad. Pero

¿quién es normal? Y ¿desde cuándo es ser normal un requisito para ir al instituto?

—Me cae bien —dice el padre de David a nadie en concreto.

—¿Verdad? —responde su madre.

—Me han dicho que has sido la heroína del día —me dice Lauren, también conocida como Esmía, cuando se sienta en el reservado del McCormick's. No se presenta. Es Lauren Drucker, no le hace falta presentarse. Los padres de David nos han llevado a comer una hamburguesa para celebrarlo, aunque él y yo tenemos que volver al instituto antes de que suene la campana para ir a clase de física.

—No creo —contesto. Lauren me mira de arriba abajo. Llevo unos vaqueros, una camisa de cuadros y unos botines, un atuendo que me compró mi madre porque vestirse se le da mejor que a mí. Lauren está estupenda, aunque lleve unas gafas de sol medio rotas en la cabeza, se haya puesto cualquier cosa y esté despeinada. Me intimida demasiado como para preguntarle cómo lo consigue.

—Mi madre me ha dicho que si no han expulsado a David del instituto es gracias a ti.

—No sé. Creo que ha sido David quien ha dejado a todos con un palmo de narices —contesto.

—En sentido figurado y en sentido literal —dice él.

—Nunca había visto nada igual. Era como un maestro de kung-fu.

—Ha sido sobre todo krav maga. Con algunas llaves tradicionales de kárate.

—Pero tú lo has apoyado. Eso me gusta —insiste Lauren, y esa parte de mí que todavía no ha superado las inseguridades propias de los catorce años se estremece de placer al obtener su aprobación.

—¡Por Kit! —exclama la madre de David, y toda la familia Drucker levanta sus batidos y hace un brindis a mi salud.

Más tarde, cuando salimos del restaurante y la madre de David se para a saludar a una señora que conoce y David y su padre debaten sobre si es justo o no que los astrónomos le hayan quitado a Plutón el estatus de planeta, Lauren me aleja del alcance del resto de su familia.

—Tengo que darte las gracias por haber recuperado la libreta —me dice—. Y por hablar con la directora. En serio. Es duro no estar en el instituto para ayudarlo; la verdad es que no soporto estar tan lejos. Así que muchas gracias por hacerlo tú. No me había dado cuenta de lo mucho que lo echo de menos. O el estar aquí.

—No me tienes que dar las gracias por ser amiga de David —contesto—. Me lo paso bien con él.

Lauren entorna los ojos un segundo y me pregunto si estará a punto de llorar.

—Tienes razón. Es un buen chico. En realidad, es el mejor. Pero una cosa más —dice, y me coge del brazo para que no me escape. Me doy cuenta de que tiene los pies metidos en unas botas de nieve peludas de hombre muy poco a la moda, pero que de algún modo parecen estarlo si ella las lleva puestas. ¿Cómo lo hace? Es mágica. No hay otra explicación.

—Sí, dime.

—Probablemente tú también eres una buena chica, pero, para que lo sepas, quiero a David más que a la vida misma. Así que, si le haces daño a mi hermano, sea de la forma que sea, o solo si se te ocurre pensar en hacerle daño, te haré pedazos. Quizá ya no viva aquí, pero todavía soy capaz de hacerlo —me asegura en un susurro digno de un capo de la mafia que, ahora que lo pienso, no es extraño para una reina del instituto, ni siquiera en su versión más hípster e irónica. Ahora tiene los ojos secos y la mirada fría—.

¿Entendido?

—Creo que sí.

—Me alegro —contesta, y me echa el brazo sobre los hombros para darme una especie de abrazo medio amistoso y extraño—. Creo que tú y yo nos llevaremos bien.

Estoy en la reunión semanal del periódico, pero no estamos haciendo nada relacionado con el siguiente número porque nadie puede dejar de hablar de La Pelea. La gente está hablando tanto de ella que se ha ganado las mayúsculas.

—¿Has visto esa llave de cabeza? Ha sido como ver un campeonato de lucha libre —comenta Annie.

—Estaba segura de que iba a matar a Mangino. ¡Que hay diez tíos del equipo de fútbol en el hospital! —exclama Violet, que pese a ser la corresponsal jefa no suele ceñirse a los hechos.

—Más bien, Man-gina —dice un enclenque de un curso inferior que nunca había visto.

Un chiste como ese habría sido un suicidio si Joe no estuviese a una distancia de seguridad, en urgencias.

—¿Cómo ha aprendido a hacer eso, Kit? —pregunta Violet.

—No tengo ni idea. —Solo los escucho a medias. Estoy pensando en cómo pedirle al señor Galto que añada mi nombre a los candidatos para el puesto de redactor jefe. Como al final no voy a largarme a París, necesito que me acepten en una buena universidad, a ser posible en la otra punta del país. Seguro que me gustaría California: cielos soleados, chicos en pantalón corto todo el año... Podría leer los libros de texto tirada en una toalla de playa. Cuando me imagino a la Kit de la Costa Oeste, soy el tipo de chica a la que un bikini y unas gafas de sol le sientan genial y cuya existencia al completo

puede describirse con la palabra «retozar». En otras palabras, lo contrario a la persona que soy ahora.

«Señor Galto, por favor, téngame en cuenta para el puesto de redactora jefa. Soy consciente de que últimamente no he mostrado ser muy digna de confianza y de que falté a la reunión, pero me he pasado los dos últimos años trabajando a destajo y, si me da esta oportunidad, me esforzaré más.» Sí, luego se lo preguntaré, así, sin más. Es del tipo de personas con las que arrastrarse funciona.

—A no ser que vayamos a publicar un número sobre la destreza en el cuerpo a cuerpo de un tal David Drucker, cosa que os aseguro que no vamos a hacer, creo que deberíamos reconducir esta reunión —dice el señor Galto.

Yo me endezco en la silla y saco mi portátil para mostrarme bien dispuesta a tomar notas, comportándome como la estudiante modelo que era antes. Todavía puedo arreglarlo.

—Lo primero en el orden del día: el puesto de redactor jefe. Redobles, por favor...

Se me cae el alma a los pies. Es demasiado tarde. Tres años de trabajar duro y de lamer culos a la basura, porque no fui capaz de mantener el tipo y porque he estado demasiado distraída como para pedirle al señor Galto que me tuviese en cuenta. Había perdido la noción del tiempo.

—Felicidades a Violet y a Annie, ¡nuestras dos nuevas correedoras jefa!

Toda la sala estalla en aplausos y mis amigas chillan y se abrazan, porque lo único que es mejor que ser redactora jefa es compartir el puesto con tu mejor amiga. Me obligo a sonreír, a fingir que no estoy a punto de echarme a llorar, que no me he saboteado a mí misma de forma total y absoluta.

Me alegro por ellas; me alegro de verdad. De todos modos, no solo siento que he perdido algo, es todavía peor: he consolidado por accidente mi postura como la tercera en discordia en nuestro trío. He convertido una situación con

la que no podía lidiar por el momento en algo permanente.

Violet me mira y, aunque no dice nada, sé que me está pidiendo permiso para estar emocionada, así que sonrío más: le dedico una sonrisa luminosa.

Y cuando Annie me mira dubitativa y me hace el saludo de los Boy Scouts, se lo devuelvo.

Pero más tarde, cuando estoy en casa encerrada en mi habitación, escondiéndome de mi madre y del resto del mundo y preguntándome qué habría pensado mi padre de que me haya cargado otra cosa más, me permito llorar. Por tercera vez desde su muerte. He abierto la caja de Pandora.

*David*

De repente mis compañeros quieren hablar conmigo. Me paran tan a menudo por los pasillos que ni me molesto en ponerme los auriculares; dejo que cuelguen alrededor de mi cuello de forma casual, como el collar de una estrella del rock.

—¡Colega, eres un monstruo!

—¡Tío, no sabía que tenías eso dentro!

—¡Toma ya!

Me gritan frases entusiastas a la cara, a menudo acompañadas de estrafalarios gestos con las manos o imitaciones de patadas de kárate. Hasta me han chocado los cinco varias veces y eso no creo que tenga más interpretación que «buen trabajo». Estoy convencido al 97 por ciento de que ninguna de estas personas desea mi muerte. Al menos no hoy.

—Llegas tarde —me reprocha José cuando me presento a la reunión del decatlón académico. Pero no llego tarde, llego 23 segundos pronto. En lugar de verbalizarlo, le enseño mi móvil, que está sincronizado con el tiempo medio de Greenwich—. Bueno, vale. Pero tradicionalmente pedimos a los miembros del equipo que lleguen a las 14.57.

—Pues entonces deberías habérmelo dicho —contesto, mientras miro al



resto del grupo. Hay siete personas, dos chicas y cinco chicos, incluidos José y yo. No conozco sus nombres y no puedo buscarlos porque ya no me traigo la libreta al instituto—. Agradezco la especificidad.

—Apuntado queda —responde José—. ¿Qué te ha pasado en la cara?

—¿Cómo es posible que no te hayas enterado? Ha hecho pedazos al equipo de fútbol entero. Joe Mangino, que es oficialmente la peor persona del mundo, ¡está en el hospital gracias a este chaval! —exclama un chico con una especie de cresta aplastada, que creo que se conoce como *mullet*, y luego lanza el puño al aire. Esmía también lo hace a veces, aunque suele acompañar el gesto con las palabras: «¿Alguien me da un uh uh?». Yo nunca la complazco. No tengo ni idea de qué es un «uh uh».

Valoro la posibilidad de corregir a Mullet, porque es probable que en el mundo haya peores personas que Cachocarne —como por ejemplo miembros del ISIS o incluso Justin—, pero entonces recuerdo que corregir a la gente es de mala educación. Sin embargo, se trata de los miembros de la Liga Académica, así que se diría que quieren tener los datos correctos.

—En primero lloré todos los días por culpa de Joe Mangino —admite José.

—¡Drucker, nuestro héroe! —exclama Mullet y abre los brazos—. Ven a conocer al equipo.

Una chica con dos coletas rubias, gafas y una camiseta fantástica en la que se lee NO TE FÍES DE LOS ÁTOMOS, SE LO INVENTAN TODO me sonrío y me tiende la mano. Supongo que eso significa que quiere que se la estreche, y eso hago. Tiene las palmas frescas y suaves. Busco su nombre en mi cerebro, pero lo único que encuentro es Chica en Silla de Ruedas. Creo que podría ser la segunda chica más guapa del instituto, aunque es pronto para hacerlo oficial, sobre todo porque todavía no he hablado con ella. Esa camiseta no es suficiente. No tenemos ninguna clase juntos, así que debe de ir al último

curso.

—Me llamo Chloe. Creo que hablo por todos nosotros, que hemos tenido que soportar gran cantidad de abusos verbales de esos chicos a lo largo de los años, y también por las copiosas lágrimas de José, si aplaudo tus actos y te doy las gracias —dice la chica, y hace un tímido caballito con la silla.

—Con mucho gusto —contesto, y me pregunto si estaré coqueteando con ella. ¿Se extenderá mi habilidad para el tonto más allá de Kit? No lo creo, pero no pasa nada por intentarlo, como a mi madre le gusta decir.

—Bueno, Drucker, esperamos que te cargues al equipo de Ridgefield Tech en la competición de la semana que viene. Son todos asiáticos, así que son buenísimos —me informa Mullet.

—Eso es racista —contesto.

—Pero yo también soy asiático, así que lo puedo decir. Mi gente es la mejor en estas cosas. —No le contesto porque no sé si ser asiático te da permiso para hacer comentarios racistas sobre otros asiáticos. No conozco esta excepción a la regla.

—Explícanos todo lo que sabes sobre la mecánica cuántica —me pide José, y en ese momento, igual que cuando he tirado a Cachocarne al suelo de una patada, todo mi cuerpo suspira de placer.

—¿Dónde estabas? —me pregunta Trey con una gran sonrisa contradictoria cuando llego a casa y me lo encuentro esperándome en el porche. Tiene la guitarra en el regazo y lleva, como de costumbre, unas chanclas, aunque estimo que lleva aquí fuera al menos 17 minutos. No me gusta mirar sus dedos expuestos, con esos pelos tan tiesos.

—¡Ay, no! ¡Me había olvidado de que teníamos clase! —exclamo, y se me cae el alma a los pies, porque nunca se me olvidan los acontecimientos previamente agendados. Pero la reunión de la Liga Académica pasó de ser un entrenamiento para la competición a un debate sobre la existencia del

multiverso y la mecánica del continuo espacio-tiempo y debo de haberme quedado ensimismado en el debate. Chloe ha leído una cantidad de textos sorprendente sobre el tema y sabe casi tanto como yo. Mullet es un experto en el campo de las matemáticas teóricas y José, un genio de la historia. La experiencia ha resultado ser estimulante en el buen sentido, no como el pelo rubio de Jessica o el perfume de Abby—. Lo siento.

—¿En serio? ¿Te has olvidado? —me pregunta Trey mientras subimos las escaleras hacia mi habitación, donde practicamos guitarra—. ¡Eso es fantástico!

—Ha sido un día muy completo. —Estoy inquieto. ¿Cómo es posible que me haya olvidado de la clase? Y ¿por qué le parece a Trey algo positivo? La rutina es importante. Es la razón por la que hoy, como todos los martes, toca pasta para cenar, y también por la que, pese a la insistencia de mi madre, el risotto no cuenta. Si fuese la noche designada para la comida italiana y no para la pasta, le podríamos dar la razón.

—Tu hermana me ha mandado un mensaje para contarme lo de la pelea. ¿Estás bien? —pregunta, y se señala la nariz, que está considerablemente menos azul e hinchada que la mía.

—Sí.

—Me han dicho que te has unido a la Liga Académica. Qué guay.

—Supongo que tendremos que pagarte la hora entera, aunque vaya a ser una clase corta, así que mejor que empecemos. —Toco unos cuantos acordes para darle una pista de que me gustaría iniciar la clase, por si he sido demasiado sutil.

—No hay prisa. Podemos charlar un poco antes —contesta Trey, y deja la guitarra en el suelo, como si los instrumentos no nos hicieran ninguna falta—. No pasa nada si nos pasamos de la hora.

—¿Le cobrarás más a mi madre? —pregunto.

—No te preocupes por eso.

—No estoy preocupado. Solo quiero aclararlo.

—No, no le cobraré más —contesta Trey, y luego infla las mejillas y exhala profundamente, exactamente igual que Esmía. Se da la vuelta para mirarme (está sentado en la silla giratoria junto a mi escritorio; yo estoy sentado en la cama) y hace un gesto extraño con el que me obliga a establecer contacto visual. Esta técnica suya siempre precede a una pregunta que me hace sentir incómodo.

—David, ¿por qué nunca me preguntas cómo estoy?

Uf, qué alivio. Esa es fácil. Pensaba que iba a volver a sacar el tema del recital. Pese a los diversos acontecimientos recientes que no encajan con mi personalidad, como pasar tiempo con Kit, pelearme con todo el equipo de fútbol o unirme a la Liga Académica, lo de subirme a un escenario con una guitarra delante de la gente es algo que, simplemente, no va a suceder. Tengo mis límites.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque es de buena educación preguntar a los demás cosas sobre sí mismos de vez en cuando —contesta Trey.

—Mi aprendizaje de guitarra solo tiene asignados sesenta minutos a la semana y prefiero no malgastarlos.

—Venga ya. Hace casi diez meses que damos clase y no sabes casi nada sobre mí: si tengo hermanos o hermanas, qué estudio en la universidad, dónde vivo, cuántos años tengo... ¿No tienes curiosidad?

—No mucha. —Daba por hecho que era hijo único, ya que toda esta insistente cháchara me sugiere que está desesperado por tener compañía. Mi madre me dijo que estaba en el último año de universidad, así que eso significa que tiene unos veintiún años. Y, respecto a sus estudios, parece

inclinarse por las disciplinas artísticas. Diría que Literatura Comparada o Historia del Arte.

—A la gente le gusta hablar de cosas triviales. Les hace sentir que te importan —insiste él.

—¿Qué estudias? —pregunto porque, aunque valoro la eficiencia, no me gusta herir los sentimientos de los demás. Y, ahora que ha sacado el tema, tengo curiosidad. Podría haberme equivocado al catalogarlo; no sería la primera vez que me pasa.

—Estudio dos carreras: matemáticas y psicología. —Dice la última palabra con contundencia. Si estuviese transcribiendo la conversación, sería un indicador de que debo escribirla en mayúsculas. «Matemáticas y PSICOLOGÍA.» Pero su cuello desnudo me ha distraído. Es la primera vez que no se ha puesto ese collar de conchas y su ausencia y la consiguiente extensión de piel pálida (una ruptura más en nuestra rutina) provocan que sienta una repentina oleada de depresión y desesperanza. Tengo ganas de llorar o de tumbarme en una habitación oscura, una contrariedad si tenemos en cuenta que estoy a punto de empezar mi clase semanal de guitarra.

Igual le regalo una bufanda para Navidad. Así se podría tapar el cuello que, teniendo en cuenta cómo son los dedos de sus pies, es sorprendentemente poco peludo.

—No habría adivinado lo de las matemáticas, pero si estudias psicología seguro que también te gusta leer el DSM —comento, mientras un pensamiento se forma en mi mente del mismo modo que cuando resuelvo algoritmos complicados. Piezas de lego que se van colocando unas encima de las otras hasta formar algo reconocible. Como puntillismo.

La oleada de depresión se retrae y es sustituida por una vívida certeza.

Por una vez lo entiendo. Quizá con diez meses de retraso, pero por fin lo he entendido.

—En realidad no eres profesor de guitarra, ¿verdad? —pregunto.

—¿Qué quieres decir?

—Mi padre le ha dicho hoy a la directora del instituto que tengo un tutor de habilidades sociales. Eres tú, ¿verdad?

—Me gusta pensar que el trabajo que hacemos juntos tiene múltiples facetas —responde Trey. Recoge la guitarra del suelo y juguetea con las cuerdas—. Sí que te enseñe a tocar, pero también espero estar enseñándote otras cosas.

—No me había dado cuenta. Me siento estúpido. —¿Por qué tengo que ir por la vida viendo solo una parte del escenario mientras todos los demás son conscientes de todo? Como si lo viese todo con un aumento óptico del 1.500 por ciento—. Me lo tendrías que haber dicho. No te habría metido prisa con toda la parte de la charla.

—¿En serio?

—Sí, claro. Seguro que puedo aprender a tocar la guitarra mirando vídeos en YouTube, pero no hay ningún tutorial sobre cómo hablar con la gente en el instituto. Créeme, los he buscado —confieso.

—Está bien. —Trey deja la guitarra y me mira.

—¿Tienes hermanos o hermanas? —pregunto.

—Cariño, abre.

Me despiertan los golpes de mi madre en la puerta, fuertes e intrusivos. Tengo la mejilla húmeda de lágrimas y babas y los ojos tan hinchados que me cuesta abrirlos. Debo de haberme quedado dormida en mitad de una crisis emocional. Me da vergüenza lo que desencadena las cataratas estos últimos días: cosas irrelevantes en lugar de las que de verdad cuentan.

No es que fuese mi sueño de toda la vida. Estamos hablando del *Mapleview High Bugle*. Pues no soy la redactora jefa; ¿qué más da? Tampoco es que sintiera una pasión especial por el periódico. No soy como David, que se entusiasma con todo lo que le interesa y lee manuales de nivel universitario hasta altas horas de la noche. Sigo sin tener ni idea de qué o quién quiero ser cuando sea mayor. Esto solo era una forma de embellecer mis solicitudes para la universidad y nada más.

—¡Déjame en paz! —grito. Mi voz suena temblorosa y triste. Me delata. Y ahora que mi madre sabe que estoy vulnerable se aprovechará. Es en momentos como este cuando sería útil tener hermanos o hermanas, para tener a alguien con quien compartir la atención de mi madre.

—Voy a entrar. —Abre la puerta con una llave de repuesto de mi habitación que no sabía que existía. Mi intimidad era una ilusión, igual que

mi familia feliz. Me pregunto qué más será mentira.

No levanto la vista. No pienso darle la satisfacción de verme así. Sería mejor si solo pensase que estoy enfadada, que ahora la odio. Esta versión tan patética de mí misma le hará creer que tiene margen para volver a hacerse un hueco en mi vida. Quiero gritarle: «¡No lloro por ti!», pero, al parecer, no tengo la suficiente energía.

—Tenemos que hablar —afirma. Se sienta en mi cama y también sobre mis dedos de los pies.

—¡Ay! —No me ha hecho daño, pero no tengo ganas de ser madura en ningún aspecto.

—Entiendo que estés enfadada conmigo —empieza a decir mi madre, mientras se mueve para no aplastarme los pies—. Y tienes todo el derecho a estarlo. Pero creo que deberías escucharme de todos modos.

—No.

—Kit.

—No.

—Deja de portarte como una niña pequeña —me espeta, y eso, por alguna razón, me saca de quicio. Estoy cansada de jugar a ser mayor o de intentar ser una buena chica. De repente me siento acelerada, ardiente de rabia. Debe de ser una sensación parecida a la que habrá sentido David al empezar a derribar a todo el equipo de fútbol a base de patadas. Tengo que aprender krav maga.

—¿Me estás hablando en serio? ¿Yo soy la niña pequeña? ¡Yo no soy quien se ha acostado con el mejor amigo de su marido! Eres una mentirosa y una adúltera.

—Por favor, cariño... —dice con ademán conciliador y los brazos extendidos, como si yo tuviese cuatro años y no necesitase más que un abrazo



de mi mami para que me dejase de doler la pupa. Como si mis palabras le rebotasen encima.

—¿Tienes idea de lo que le hiciste a papá? Se iba a divorciar de ti. Iba a romper nuestra familia. ¡Debiste hacerle muchísimo daño! —grito a pleno pulmón, tan fuerte que seguro que nuestros vecinos, los Jackson, pueden oírme, aunque tengan las ventanas cerradas. Me da igual. Necesito que mi madre se entere bien—. ¡Y todo porque eres una guarra!

—¡Kit!

—¡Deja de decir mi nombre! ¡No tienes derecho a decir mi nombre! ¡No tienes derecho a nada!

—¡Kit! —grita de nuevo, pero ya no la oigo. La ira es demasiado alta, demasiado eléctrica, como el ruido de una emisora de radio al sintonizarse. Ruido blanco sobre ruido blanco.

—Ojalá te hubieses muerto tú y no papá. No es justo —digo, luego me acurruco en posición fetal y lloro porque, aunque le acabo de decir lo más hiriente que una hija puede decirle a una madre, pese a haber visto que mis palabras caían como una bofetada sobre su imperturbable rostro (ha hecho una mueca, en serio), no siento ninguna satisfacción. Peor aún: en cuanto he pronunciado esas palabras, me he dado cuenta de que no las siento. Quería a mi padre, quizá más incluso que a mi madre. Pero, pese a todo, la necesito más a ella. Siempre ha sido así.

Mi madre se tapa la boca con la mano, como si estuviese intentando ahogar un grito mudo. Tiene el rostro más pálido que de costumbre, tanto que es casi del mismo color que el mío. Y en ese preciso instante pierde la compostura.

—Oh, Dios —exclama y empieza a sollozar con violencia contra la palma de su mano—. Oh, Dios, tienes razón. No es justo. Se ha ido para siempre. Y murió sin saber lo mucho que todavía... Lo mucho que siempre lo quise.

—Mamá... —susurro, pero no hago ningún movimiento para consolarla. Solo me despliego, me incorporo y vuelvo a encogerme, colocando las rodillas contra el pecho. Sigo en posición fetal, solo que al menos estoy sentada.

—Entiendo por qué me castigas. Sé que me lo merezco. Pero que sepas que no puedes causarme más dolor del que ya siento. Era mi marido, el padre de mi hija; estuvimos juntos toda mi vida adulta. Ni siquiera sé quién soy yo sin él —confiesa agarrándose el pecho—. El amor de mi vida ha muerto. Ha muerto, Kit. En el único momento en veintiséis años en que dudó de mí.

Y ahí está. Por primera vez mi madre dice esas tres sencillas palabras: «Ha muerto, Kit». Y esa parte, la parte de la muerte, es lo más cierto que ha dicho nunca.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunto, y los roles han vuelto a cambiar. Ahora soy yo quien vuelve a parecer la adulta—. No me digas que te sentías sola. Quiero saber por qué estuviste dispuesta a sacrificarlo todo.

Suspira, cierra los ojos y vuelve a abrirlos, como si estuviese recuperando la compostura.

—Pero es que sí me sentía sola. No es una excusa, es la verdad. Al menos parte de ella. Tu padre tenía sus libros, tu consulta y a ti. No era de la clase de personas que te dicen: «Cariño, qué guapa estás hoy». Ni siquiera me decía a menudo que me quería. Simplemente no era de esa clase de hombres. Ya lo sabía cuando me casé con él y al principio no lo necesitaba tanto. Me sentía bien conmigo misma, no solo por mi aspecto, sino por todo. Por nuestro matrimonio, por ti, por mi trabajo... Durante años, todo fue coser y cantar. Me parecía... No sé, avaricioso y muy americano pedirle más a la vida. Y un día me miré al espejo y de repente tenía cuarenta y cinco años y no me acordaba de la última vez que alguien, tu padre incluido, me había prestado atención de verdad. Me sentí poco valorada. Como si fuese invisible —explica mi madre—. Eres demasiado joven para conocer esa sensación. A tu

edad cada día es como tener el papel protagonista en una película.

No me extraña que mi madre piense que tener dieciséis años es eso. En el instituto era una diosa india de piel clara entre chicas blancas pálidas y llenas de granos. Era una Lauren Drucker, no una Kit Lowell.

—Hablé con tu padre sobre cómo me sentía y él no le dio ninguna importancia. Me dijo que fuese a hacerme una manicura o unas mechas. Fue muy condescendiente. Me dijo que estaba haciendo una montaña de un grano de arena, que todo iba bien, que nosotros estábamos bien. Que todos los matrimonios pasan por fases. No sé. No me escuchó. Y yo sentía que era más que una fase, tenía miedo de que las cosas hubiesen cambiado para siempre. Llegar a los cuarenta no significa que todo haya terminado, ¿no?

No contesto. Para mí los cuarenta están a una eternidad.

—Jack estaba deprimido por su divorcio y papá pensó que sería buena idea que pasase más tiempo con nosotros —continúa—. Así lo animaríamos. A veces charlábamos y nos hicimos amigos. Entonces necesitaba mucho un amigo. Esta vida puede ser muy solitaria; no tienes ni idea.

Quiero decirle que está siendo condescendiente, pero estoy demasiado cansada para hablar. Mi ira se ha transformado en amargura. De repente ya no sé por qué le he pedido explicaciones. No quiero oír hablar de su soledad, ni de la verdad de la vida adulta. No quiero saber nada de todo esto. Quiero pedirle que se calle, pero ella sigue hablando.

—Una noche, mientras tu padre estaba en aquella convención de dentistas de Pittsburgh y tú estabas en casa de Annie, Jack y yo cenamos juntos y yo me emborraché como una idiota —confiesa—. No sé, durante un momento equiparé a tu padre con tus abuelos. Sentí ese ridículo impulso adolescente, esa necesidad de ser rebelde, de echarle sal a la vida, fuera cual fuese el precio. Cometí un error. Una vez. De todos modos, uno de los dos debió pararlo. Yo debí pararlo.

—Eso no es un error. Es una traición —repongo al encontrar mi voz—. Y no traicionaste solo a papá. También a mí. A nuestra familia de tres. Y tu explicación no repara ese daño. Mucha gente se siente sola, puede que todo el mundo. Y no van por ahí...

—Ya lo sé. Ya te lo he dicho, no es excusa. Estábamos borrachos y fuimos estúpidos y pensamos... No, no pensamos. Solo hicimos. Nos arrepentimos de inmediato y, para bien o para mal, se lo confesé a tu padre. Se lo tenía que contar; siempre se lo había contado todo. Y fue entonces cuando presentó la demanda de divorcio. Antes de darme la oportunidad de explicarme.

Me tomo un instante para reescribir la historia que me había inventado en mi cabeza. En la vieja versión, mi padre volvía a casa temprano un día y se encontraba a Jack y a mi madre en la cama. Me había imaginado lágrimas y puñetazos, un drama al nivel de un culebrón. En la vieja versión era una aventura continuada, no un rollo de una noche causado por el alcohol. Esa historia no dejaba lugar a los remordimientos ni a la confesión. Tenía que ver con esa palabra tan tan terrible: «amor».

—Eres demasiado joven para entender todo esto. Mírate. Mi niña. Eres demasiado joven para haber perdido a tu padre y además de una manera tan cruel —se lamenta—. Ni siquiera deberías saber nada sobre mi ridícula crisis de los cuarenta. Eres demasiado joven para todo esto y ya está. Quisiera ponerme delante de ti para protegerte, para detener esta desgracia antes de que te sucediese. Pero no puedo. No puedo. —Se seca los ojos—. Sé que me vas a juzgar y que tal vez me odies y tienes todo el derecho del mundo. Pero yo te quiero, pase lo que pase. Fui estúpida y egoísta y, un día, cuando seas mayor, quizá lo entiendas. Creo que tu padre empezaba a entenderlo. Pero ahora no te puedo pedir que me comprendas. Solo puedo pedirte que me perdones.

Me levanta la cabeza para que la mire a los ojos. Ambas tenemos la cara

húmeda y nos tiembla el cuerpo de pena contenida y arrepentimiento. No se equivoca. Sí que la juzgo y la odio por lo que hizo, pero también la quiero y no sé cómo conciliar ambos sentimientos.

—¿Sabes qué es lo que más me entristece? Que ya no puedo protegerte. Esto no lo puedo arreglar. Nada de ello —se lamenta.

—No necesito que me protejas —contesto. No le digo que la perdono, ni tampoco que la quiero. Solo repito—: No necesito que me protejas.

El problema es que ambas sabemos que es otra mentira, igual que todo lo demás.

Más tarde tengo resaca de tanto llorar. Me duele la cabeza, tengo los ojos rojos e hinchados y siento un vacío en el estómago. Tengo la puerta cerrada y la silla de mi escritorio encajada bajo la manilla para que mi madre no pueda entrar, ni siquiera con su llave secreta. Respiro hondo y decido que, si quiero conservar a mis amigas —y sí que quiero—, es mejor que les escriba. Tecleo rápidamente un mensaje.

Yo: Felicidades por el puesto, chicas. En serio. Debería haberlo dicho antes.

Violet: No es para tanto. Tú también te lo merecías, pero gracias.

Annie: Gracias, K.

Violet: Vas a seguir en el periódico, ¿no?

Yo: Claro.

Violet: Uf. Oye, hay fiesta en casa de Dylan el viernes. Vienes?

Annie: Porfi, di que sí. ¡Porfi, porfi, porfi!♥♥♥♥♥♥♥♥

Yo: ¿Dylan 🧐 o Dylan 🧐?

Annie: 🧐, ¿quién si no?

Yo: Vale.

Annie: Trae a tu novio, D. D.

Yo: David no es mi novio.

Violet: Igual debería serlo. Esa paliza ha sido lo más. Soy #pro david sin lugar a dudas.

Yo: No sé si querrá venir.

Annie: Por millonésima vez, QUE LO TRAIGAS.

*David*

A las 7.57 del miércoles por la mañana me cruzo con Kit mientras entramos en el instituto. Ella me sonríe y me hace un gesto para que me quite los auriculares y eso hago. Estoy bastante seguro de que, si dejo la música puesta y hablamos sin dejar de caminar, conseguir  doblar la esquina cuando cambie la canción.

—Tienes la cara mejor —observa con una mueca—.  Te duele?

—No mucho. Tengo el ojo derecho bordeado de azul y los labios hinchados, pero mi nariz ha recuperado más o menos sus dimensiones habituales. En la ducha he visto siete pequeños moratones por el torso y creo que voy a perder la uña del pulgar izquierdo. Pero dicen que Cachocarne lleva dos miembros escayolados y que tendr  que perderse el resto de la temporada de fútbol. No me quejo: no he recibido ni un mensaje amenazante desde ayer. De momento a mis compañeros no les molesta que siga con vida.

—Pues resulta que hay una fiesta el viernes por la noche —dice Kit.

—Debe de haber muchas fiestas el viernes por la noche —contesto, aunque en mi cabeza sonaba mucho más casual que en voz alta.

—Bueno, esta en concreto es una fiesta del instituto de Mapleview en casa de Dylan.

—¿Dylan chico o Dylan chica?

Kit sonrío para sí, aunque no tengo ni idea de qué le parece tan divertido.

—Dylan chica.

—Ya. —Creo que Dylan chica es la chica con la melena pelirroja que empieza con poco volumen y luego se le despliega como un abanico por la espalda. Es espectacularmente geométrica—. ¿Es la que tiene la cabeza naranja y triangular?

—Esto... Supongo —contesta Kit—. Me preguntaba si querrías ir.

—¿A una fiesta del instituto de Mapleview? ¿Contigo?

—Sí. A la fiesta. Conmigo. Aunque empiezo a arrepentirme de habértelo preguntado, porque me lo estás poniendo muy difícil y es mucho más incómodo de lo que pensaba.

—Me encantaría ir a la fiesta de Dylan chica contigo —acepto de inmediato, antes de que pueda retirar la invitación. Si no supiera que es inapropiado, haría un bailecito ahora mismo. De repente entiendo la adecuación del uso del «¿Alguien me da un uh uh?» de Esmía, porque quiero los dos: un «uh» y luego otro «uh», sean lo que sean. Igual hasta echaría los brazos al aire.

—Vale —dice Kit.

—Vale —digo yo, e intento en vano mantener una expresión neutral. No, tengo una sonrisa tan ancha que me duelen los labios. Me vuelvo a poner los auriculares y doblo la esquina justo cuando empieza la tercera canción. El día ha empezado muy bien.

Vuelvo a estar en el centro comercial de compras para el viernes por la noche. Esmía ha declarado que era una cuestión de necesidad, aunque no entiendo por qué no puedo ponerme uno de los atuendos que compramos la semana pasada. He ido rotando la ropa nueva según un horario acordado con



mi madre que me permite una máxima iteración, pero que además deja tiempo para dos lavados semanales. Solo con pensar en acostumbrarme a más ropa nueva me pica todo el cuerpo.

—¿Habrá mucho ruido en la fiesta? —le pregunto a mi hermana, porque ella es una verdadera fiestera y, por lo tanto, una experta. Lo pregunto en voz alta, porque resulta que aquí también hay mucho ruido: estamos pasando por la zona de restaurantes, la parte que menos me gusta de toda la experiencia que supone ir al centro comercial. Demasiados olores culinarios mezclados y niños que lloran y gente que se abre paso a empujones con una cantidad poco manejable de bolsas.

—Sí.

—¿Será muy molesto?

—Es probable que para ti sí. Pero no te puedes llevar los auriculares.

—¿Olerá mal? ¿Habrá mucha gente vomitando? —En casi todas las escenas de fiesta de las películas de adolescentes, la heroína bebe demasiado y vomita en el regazo de su potencial objeto de interés. Kit me gusta mucho, pero no sé si tanto.

—No creo. A ver, a veces pasa, normalmente cuando ya es tarde, pero seguro que irá bien.

—Di un número. ¿Cuál crees que es la probabilidad de que alguien vomite encima o cerca de mí en la fiesta del viernes por la noche? —pregunto mientras entramos en el vestíbulo principal del centro comercial, que tiene una cúpula de cristal a modo de techo y un piano de cola. Es lo contrario a la zona de restaurantes: vacío, abierto y la única parte de este sitio que no detesto. La música no está mal (bueno, hay una razón por la que el pianista está tocando delante de las tiendas y no en el teatro nacional, pero se deja escuchar).

—2,4 por ciento—contesta Esmía con una precisión poco propia de ella.

No le pregunto cómo ha llegado a esa cifra, pero estimo que habrá ido al menos a una fiesta por fin de semana durante media década y eso significa que habrá estado cerca de vómitos unas seis veces.

—Es una probabilidad razonable.

—Pequeño D, todo va a ir bien.

—¿Y si están los del equipo de fútbol?

—Es probable que se escondan de ti, ya que ahora eres todo un campeón de lucha libre.

—En el campeonato de lucha libre no acatan las normas. Yo acato las normas. Lucho con honor.

—Claro que sí.

—¿Me podrás dar instrucciones para bailar?

—¿Cómo dices?

—Necesito instrucciones para bailar. ¿Cómo muevo el cuerpo al ritmo de la música delante de los demás? Explícamelo. Paso a paso.

—¿Lo dices en serio? No hay un manual de instrucciones para bailar. No es como montar los muebles del Ikea.

—Por favor, ayúdame.

—Bueno, en primer lugar, este no es el tipo de música que habrá en la fiesta. —Señala al pianista, que es calvo y con barba, una combinación que siempre me ha parecido extraña. Lo lógico sería que hubiera una coherencia entre el pelo del cráneo y el de la mandíbula.

—No se oirá el *Bolero* de Ravel. Entendido.

—No se oirá música clásica, en general. Seguramente solo pondrán la basura que pinchen en la radio.

—Me remito a mi petición anterior. Necesito instrucciones para bailar al ritmo de ruido.

—Solo mueves el cuerpo al compás. Sientes la música. —Esmía levanta los brazos y se balancea siguiendo una música que no oigo. Cierra los ojos, se pone de puntillas y salta. Tras aproximadamente noventa segundos, se detiene y me mira—. Ahora tú.

—Me parece que no. —Mi hermana no contesta. Solo espera—. Vale. —La imito, salto arriba y abajo, aunque en realidad no se puede saltar hacia abajo, eso es una paradoja: dejo que la gravedad haga su trabajo. Mis zapatillas chirrían de forma disonante contra las baldosas de mármol.

—No. Para. Parece que te esté dando un ataque de epilepsia. Piensa que bailar es como tener una conversación, pero con la música, en lugar de con otra persona. Es una cuestión de intuición e instinto.

—Claro. Porque a mí esas tres cosas se me dan muy bien: la intuición, el instinto, y mantener conversaciones con otras personas.

—Pequeño D, el sarcasmo es lo tuyo. Pero tú puedes con esto, de verdad. Es igual que cuando hablas con Kit, tú síguela a ella. Busca las pistas. Si la canción es rápida, muévete más rápido. Si es lenta, te mueves más lento, de forma más íntima. Quizá en tu caso no se trate de instinto.

—¿Y entonces de qué se trata? —pregunto.

—Bueno... Tú te fijas mucho en los detalles, ¿no? Reparas en las pequeñas cosas. Y sabes escuchar, escuchar de verdad, de una forma que nadie más puede. Igual puedes usar esas habilidades y hacerlo a tu manera.

—Lo que dices no tiene ningún sentido. ¿Bailar a mi manera? No tengo una manera.

—Sí que la tienes. Todo el mundo la tiene.

Hemos llegado al centro del vestíbulo, y el sol se cuela por la vidriera.

Hace demasiado calor. De repente Ravel me parece una elección muy agresiva para el centro comercial. Pienso en números, aplico algunos valores a un análisis de costes y beneficios para calcular la probabilidad de que me ponga en evidencia si decido bailar en la fiesta. Estos cálculos me parecen muy aleatorios y me incomodan, como si les hubiese asignado números solo para sentirme mejor.

—Y esta podría ser tu oportunidad. Imagina que estás bailando con Kit, quizá podrías acercarte un poco y... ¡Listo! Os besáis.

—¿Crees que es mi única oportunidad en la vida de besar a Kit Lowell? Y, si es así, ¿qué probabilidad dirías que hay? —pregunto.

—Sí, y creo que hay una probabilidad del 2,4 por ciento.

—Entonces, ¿me estás diciendo que el viernes por la noche tengo tantas probabilidades de que me vomiten encima como de besar a Kit Lowell?

—Bienvenido al instituto —concluye Esmía.

*Kit*

—Estás preciosa —me dice David al oído, tan cerca que me estremezco. Noto el altavoz, que emite mala música a todo volumen, contra la espalda y me ahueco la melena como he visto hacer a Jessica, hacia la derecha, luego a la izquierda y luego otra vez a la derecha. Me arrepiento al instante porque mi pelo encrespado no responde bien al movimiento. Llevo el vestido *bandage* rojo de mi madre y sus zapatos de tacón más caros y una botella entera de un vodka escandinavo de buena calidad. En conjunto, me siento como si llevase puesto un disfraz de Halloween. «Adulta en fiesta de cóctel.» He cogido todo esto prestado —bueno, lo he robado— sin pedir permiso, por supuesto, pese a que mi madre no habría tenido ningún problema en dejarme su ropa, aunque el alcohol no me lo habría dado así como así. Pero para pedírselo habría tenido que hablar con ella y todavía no estoy preparada. Sin embargo, el silencio que reina entre las dos es ahora más tierno, más maleable. Sospecho que ahora seguimos calladas para protegernos. Ambas estamos demasiado heridas para hablar.

Todavía cenó sola en mi habitación.

Todavía odio y quiero a mi madre a la vez.

En la fiesta hay demasiada gente. Casi todo el instituto Mapleview está aquí, incluso algunos chicos que se graduaron el año pasado y van a una

escuela de educación superior de aquí cerca. La gente baila dondequiera que encuentre sitio para moverse: encima de los sillones, sobre las mesas... Brincan y se empujan los unos contra los otros como si estuviésemos en una rave y no en el salón de los padres de Dylan. Gabriel y Willow se están comiendo los morros justo en el centro de la improvisada pista de baile. Se están enrollando de esa manera que da mala fama a los besos.

Abby y Jessica están en un lado riéndose. Estoy bastante segura de que están colocadas, a juzgar por sus ojos rojos y la bolsa de ganchitos que comparten. Si estuviesen sobrias, ninguna de las dos permitiría que las vieran comer algo de un color tan chillón; no, mejor dicho, ninguna de las dos permitiría que las vieran comer nada.

—Gracias —le digo a David, y espero que no se dé cuenta de que me he sonrojado. Mi madre, cuando tiene ganas de hacerme un cumplido, siempre aprovecha para sugerir alguna mejora. «¿No querrías probarte otra camiseta, Kit? El amarillo no le queda bien a tu color de piel.» Hasta que no acepto su consejo y me cambio no me dice que estoy «guapa». El «preciosa» de David me hace sentir que he subido de categoría.

—Hay demasiado ruido —protesta David de nuevo a mi oído, y quiero que siga hablando conmigo. Porque me siento bien con él tan cerca de mí, haciéndome cosquillas en la oreja con su aliento. Por supuesto, tiene razón: hay demasiado ruido. No tengo ni idea de por qué voy a fiestas. No es que me apetezca hablar con nadie de los que están aquí o, Dios me libre, bailar. Habría sido mejor que David y yo fuésemos al McCormick's los dos solos para tomar una hamburguesa y un batido.

Lo cojo de la mano y me dirijo hacia la cocina, dejando atrás a Justin, que está pinchando. Allí estaremos lejos del ruido y la multitud. Pero si en el salón reinaba el caos, la escena de la cocina es postapocalíptica. Los fluorescentes están encendidos y las encimeras están plagadas de botellas, bolsitas de ketchup y bolsas de patatas vacías. En el suelo hay un charco

amarillo que espero, por el bien de Dylan, que sea cerveza y no pis, aunque, seamos sinceros: huelen y saben igual.

Violet y Annie, que están tiradas contra la encimera y beben de vasos de plástico rojo, nos saludan con entusiasmo.

—¡Hola! —dicen al unísono y me dan un abrazo algo ebrio. Luego se acercan a David, que al principio no sabe qué hacer, pero al final les devuelve el abrazo.

—Esto es asqueroso. ¿Por qué la gente no limpia lo que ensucia? —David lleva un jersey de cachemira azul, unos vaqueros sorprendentemente ajustados y una cazadora de cuero que le cuelga del brazo. Está muy guapo. Me cuesta apartar la vista de él. Se arremanga y empieza a recoger la basura.

—No tienes por qué hacerlo—le digo. Supongo que su hermana le ha elegido la ropa. Lleva su sello: guay pero casual. Me pregunto si podría darme clases; estaría dispuesta a pagarle, en serio.

—¿En serio? No sé qué otra cosa podemos hacer aquí —repone él.

—Se supone que tenemos que divertirnos.

—Divertirnos. Claro. Eso lo puedo hacer —contesta, aunque parece incómodo y tiene lo que yo llamo la «expresión de procesamiento de información». Como si estuviese traduciendo mis palabras al idioma que habla en su cabeza—. Pero hay mucho ruido. Mucho mucho ruido. Aquí también. Y demasiada luz.

—Bebe algo, eso te ayudará. —Lleno tres vasos de chupito de la botella de mi madre.

—Conduzco —repone.

—Buena respuesta. Pues más para mí, D. D., mi conductor —digo, utilizando la estúpida forma en la que ahora se refieren a él en el instituto. Me alegro de que sea responsable, pero no quiero pensar en conducir.

Les paso los chupitos a Annie y Violet y me bebo el mío y el de David al instante, uno después del otro. Me quema la garganta al tragar. Me pasa lo mismo que a David, ya no tengo ni idea de cómo divertirme, de cómo existir siquiera, así que he decidido que necesito un poco de ayuda para sobrevivir a la fiesta. La verdad es que no encuentro otra manera de hacerlo.

—Relájate un poco —me reprende Violet mirando mis vasos vacíos. No es la primera vez que bebo, pero no lo hago a menudo ni tampoco bebo mucho—. La noche es joven.

—Y nosotras también —contesto, y me bebo un tercer chupito igual de rápido. Violet le echa una mirada a Annie, pero resulta que esta última está de mi lado.

—*Touché* —dice. Luego sirve más bebidas y nos las da. Incluso le sirve a David un vaso de refresco—. ¡Por el hashtag pro-David!

—Por David —digo.

—¿Por mí? —pregunta él desconcertado. Es adorable.

Unos minutos más tarde, o quizá mucho más tarde, no estoy segura, David me da la mano y me lleva al patio de atrás, que por suerte está en silencio. Oigo un zumbido en mi cabeza, veo borroso y el mundo me da vueltas. Estoy borracha, eso es obvio. Lo borracha que estoy y cuánto me arrepentiré de todo esto mañana todavía está por ver.

—¿Quieres mi chaqueta? —pregunta David y niego con la cabeza. Es un error, por supuesto. Siento náuseas de inmediato.

—Vamos a sentarnos —propongo al tiempo que me dirijo a los escalones del porche trasero. Hace frío, así que me acurruco contra David. Somos los únicos tontos que están fuera: hasta los fumadores han abandonado los cigarrillos a cambio del calor de la casa.

—¿Estás bien? No vas a vomitar, ¿verdad? —pregunta, y no sé por qué,



pero me hace muchísima gracia. Me echo a reír, luego él hace lo mismo y las risas y el frío ahuyentan las náuseas.

—No. Te juro que no voy a expulsar pedazos de comida por la boca. — David hace una mueca y, por supuesto, me pongo como un tomate. ¿Por qué he tenido que decir «expulsar pedazos de comida por la boca», sin duda la combinación de palabras menos romántica de la lengua? Podría haber contestado simplemente que no—. O sea, estoy bien.

—Encajas, ¿sabes? Tanto tu exterior como tu interior son preciosos — dice David, y me pone un brazo rígido sobre los hombros. El movimiento es torpe e incómodo, y me encanta precisamente por la incomodidad y la torpeza, no a pesar de ellas. O quizá sea por los cuatro chupitos de vodka y por ese brebaje que me ha preparado Annie. En cualquier caso, me gusta estar aquí sentada y sentir el peso del brazo de David sobre los hombros; me gusta observar su perfil y que el resplandor de sus cumplidos me deslumbre. Quiero alargar una mano y acariciar la ligera sombra de barba de su mandíbula. A diferencia del resto de los chicos de aquí, es más hombre que niño.

—Me gusta encajar —respondo. Soy consciente de que no tiene sentido, pero creo que suena coqueto de todos modos. Tontear es mucho más fácil si estás borracha. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Es el tipo de información básica que alguien como Lauren Drucker ya sabe, estoy segura. David huele bien y la curva de su cuello es tentadora. La clase de sitio donde debería apoyar mi mareada cabeza. Y eso hago. Me acurruco justo ahí, que es algo que jamás haría sin toda esa valentía líquida que me he bebido—. Encajamos —añado, y me doy cuenta de inmediato de que mañana me estremeceré al recordar este momento. ¿¿Encajamos??? Pero, incluso a través de esta nube de embriaguez, siento alivio cuando no se ríe de mí. Me estrecha más, me acerca un poco más a él de forma que nos tocamos y todo es cálido. Nuestros cuerpos encajan. Lo huelo en secreto y recibo mi recompensa: su aroma fresco a limón.

En ese momento me doy cuenta de que quiero que me bese. En realidad no me queda nada más que desear. No puedo borrar los dos últimos meses. No puedo devolver a mi padre a la vida, ni hacer que mi madre no le sea infiel. No puedo deshacer el accidente: no soy tan inocente como para pensar que comprender su dimensión matemática me hará sentir mejor. No puedo ser la redactora jefa del periódico. No puedo cambiar nada, ni arreglar nada. Pero besar a David me haría sentir bien, lo suficientemente bien como para no pensar en la advertencia de Lauren, la de que más me vale no hacer daño a su hermano; lo suficientemente bien como para no preocuparme por si David entenderá o no el concepto de un rollo casual; lo suficientemente bien como para no plantearme por qué se me ocurrió empezar con el Proyecto Accidente.

Lo suficientemente bien como para no pensar en mi padre, ni en mi madre, ni en absolutamente nada.

David me ha dicho que soy preciosa, no una vez, sino dos, y ahora mismo estoy convencida de que no miente, de que lo soy, o de que quizá algún día pueda serlo: preciosa, por dentro y por fuera.

Besar a David me haría olvidar.

¿Tan malo es? ¿Querer olvidar, aunque solo sea un ratito?

Besar a David me haría sentir bien.

¿Acaso necesito una razón mejor?

«Pro-David —pienso—. Soy pro-David sin ninguna duda.»

*David*

Kit tiene la cabeza apoyada en mi hombro. Lleva un vestido rojo con el que parece una momia: está hecho de unas tiras muy ajustadas del color de la sangre y es el tipo de vestido que las adolescentes deberían tener prohibido porque con él aparenta veinticinco años en lugar de dieciséis. Quiero tocarla. Quiero decirle que es la primera chica que he amado, ya que es eso lo que debe de ser esta sensación. Amor.

Nunca me había sentido así. Nunca nadie había ocupado tanto espacio en mi cerebro como para que todo lo demás quedase arrinconado. Aquí fuera, en este patio tan silencioso, consigo aislarme del ruido distante de la música. Aquí fuera, con su cabeza sobre mi hombro y el olor de su champú —a miel y almendras—, y el tacto de su suave melena contra mi mejilla, consigo olvidarme de que soy David Drucker. Consigo olvidarme de todo. De que soy de esa clase de personas cuya madre debe contratar un tutor de habilidades sociales para que aprenda a tener una conversación básica con otros seres humanos. De que soy de esa clase de personas que reciben mensajes que dicen cosas como «muérete, perdedor», de esa clase de personas que son lo suficientemente estúpidas como para meterse en un lavabo con Justin porque les promete que «tiene que enseñarles una cosa muy guay».

¿Cómo la beso? Esmía me ha dado un montón de consejos, como no meterle la lengua hasta la garganta o no ser demasiado baboso. Hasta me ha

hecho ver tutoriales en YouTube sobre diversas técnicas. Pero no hablamos de cómo llegar a hacerlo. ¿Cómo paso de estar sentados el uno junto al otro, mientras miramos las estrellas y escuchamos el chirrido fantasmal de los columpios, a juntar mis labios con los suyos?

—¿Kit? —He decidido que le voy a pedir que me bese, sin más. O, mejor aún, le voy a preguntar si la puedo besar. Es mejor ser claro y directo y no dejar lugar a malentendidos, mi especialidad.

—¿Mmm? —dice, que supongo que significa «¿sí?».

—¿Cómo te sentirías si yo...? O sea, ¿qué piensas sobre la posibilidad de que...? —No soy capaz de decirlo, «¿Cómo te sentirías si yo te besara?». «¿Puedo besarte?» sería mejor. Sí, eso es más preciso. Quiero que me dé permiso, no una complicada discusión acerca de su estado emocional.

«¿Puedo besarte?», dos sencillas palabras. Soy capaz de pronunciarlas.

Me vuelvo hacia ella y, cuando hablo, le rozo la frente con los labios. Es casi un beso. Solo que veinte centímetros más arriba.

—¿Puedo...? —Pero justo antes de que termine la pregunta, ella mueve la cabeza, se acerca, me coge de la nuca con la mano y recorre la distancia que nos separa. Recorre esos veinte centímetros así, sin más. Sus labios están sobre los míos y nos estamos besando.

Lo único que puedo pensar es «Kit me ha besado», una y otra vez, hasta que dejo de pensar por completo.

30

*Kit*

Estoy besando a David Drucker. Estoy besando a David Drucker. Estoy besando a David Drucker.

Me equivocaba. Había dado por hecho que este sería su primer beso, que sería torpe y un poco desastroso, pero divertido de todos modos. No me lo puedo creer. No puede ser. Este chico sabe muy bien lo que hace. Sabe acunar mi cabeza entre sus manos, acercarse despacio y con ternura y aumentar el ritmo, para luego volverlo a ralentizar. Sabe acariciar mis mejillas con besos más tímidos, bajar por mi mandíbula y aliviar la preocupación de entre mis cejas. Sabe detenerse un instante para mirarme a los ojos, mirarme de verdad, con tanta ternura que la siento hasta en las entrañas.

Incluso traza la forma en zigzag de la cicatriz que tengo en la ceja con las puntas de los dedos, como si fuese hermosa.

Podría besarlo para siempre.

Voy a besarlo para siempre.

Estoy besando a David Drucker y sí, me he olvidado de todo lo demás.

Porque sus labios vuelven a estar sobre los míos.

Porque este es el mejor beso de mi vida.

Nos besamos, nos besamos y nos besamos, y paramos solo cuando David se aparta, me sostiene la cara entre sus enormes manos y me dice:

—Ha llegado la policía. Tenemos que irnos.

Hasta eso me parece romántico. Ha pasado de ser un chico rarito de mi clase a mi compañero de fechorías. Nos damos la mano, corremos hasta su coche y él me abre la puerta del copiloto. Me vuelve a ofrecer la chaqueta.

—Estoy bien —digo—. Me has hecho entrar en calor. —Me sonrío y veo que se sonroja, aunque estemos a oscuras. Y ahora yo también me sonrojo. Tengo muchísimo calor.

—Coge al menos mi bufanda. —Se saca una bufanda del bolsillo de la cazadora y me la pone alrededor de cuello. Es de cachemira, tan suave como su jersey. Todo lo que se pone es suave. La coge de ambos extremos, entonces me empuja suavemente hacia él y nos besamos una última vez. Siento una opresión en el pecho, cosquillas en todas partes y me doy permiso para derretirme contra él. Que tengamos que despedirnos de este momento me parece un error. Quiero quedarme aquí.

—¡Id a un hotel! —oigo que Gabriel grita al pasar junto a nosotros, pero me da igual. «Pro-David», vuelvo a pensar. No me cabe duda de que soy totalmente pro-David.

No hablamos durante el trayecto de vuelta. No hace falta. Estoy feliz y calentita, como si tuviese un secreto que voy a guardarme para mí sola. David Drucker, que es muchas personas diferentes a la vez: el chico que siempre se sienta solo, el chico que hablaba sobre física cuántica en la silla de dentista de mi padre, el chico que me dio la mano en la nieve. He besado a David Drucker, el chico con quien más me gusta hablar, y ha sido perfecto.

Son las cuatro de la madrugada y estoy sola en mi habitación. En un abrir y cerrar de ojos, las mariposas que he disfrutado toda la noche se han convertido en murciélagos. La boca me sabe amarga y todo me da vueltas. La

bufanda de David me pica y me calienta demasiado el cuello; me aprieta. Me siento lo contrario a hermosa.

Los remordimientos empiezan a cantarme su cruel canción al oído. Es chirriante y se repite una y otra vez.

Entonces, de repente, el accidente se empieza a reproducir en el techo. Faros. El rechinar de las ruedas. Mi pie, que se mueve despacio. Siempre demasiado despacio.

Lo recuerdo todo.

Necesito que pare.

Me arrastro hasta el baño y llego en el segundo justo.

Expulso pedazos de comida hasta el amanecer.

*David*

He pasado 96 gloriosos minutos besando a Kit Lowell, 96 minutos en los que su boca estaba contra mi boca, o mi boca contra su cuello, o contra ese maravilloso círculo de pecas de su clavícula. Podría pasar el resto de mis días besando a Kit sin aburrirme, sin parar, excepto por mandatos fisiológicos como dormir de vez en cuando, comer y hacer mis necesidades.

¡Ha sido la mejor noche de mi vida!

Después de llevar a Kit a casa en coche, me tumbo en la cama y me quedo despierto. La mente me da vueltas, pero, por una vez, en el buen sentido. No necesito hablarme para mitigar la sensación o liberarme de ella. Besar a Kit no ha sido demasiado fuerte ni demasiado estruendoso ni áspero ni húmedo, como yo me temía. No ha sido demasiado nada. Ha sido perfecto. Besar a Kit ha sido un auténtico privilegio.

Revivo la noche una y otra vez en mi mente, especialmente ese primer minuto. Cómo Kit atrajo mi rostro hacia el suyo, el tacto de sus manos agarradas a mi nuca, la falta de ambigüedad respecto a lo que quería.

Todo estaba claro.

Me ha elegido a mí.

Ella me ha besado a mí.



¡A mí!

Solo por esta noche, puedo fingir que soy alguien que podría llegar a molar. Me puse una cazadora de cuero nueva que parecía usada a propósito y unos vaqueros ajustados, como un miembro de un grupo de pop. Rodeé el cuello de Kit con mi bufanda y la dejé ahí, así que tendrá que volver a verme, aunque sea solo para devolvérmela. Y se me ha ocurrido a mí solo. No lo he sacado de YouTube, ni de las instrucciones de Esmía, ni de una película de adolescentes.

Y ahora que he sido expuesto a esta sensación, a una boca perfecta contra una boca perfecta, al orden natural de las cosas, me pregunto por qué la gente no se besa todo el día, todos los días. ¿Cómo consiguen hacer otra cosa?

Siento que he vuelto a nacer. Ya no soy el bicho raro de Mapleview que aletea con las manos. En el ancho mundo hay esperanza para mí; confío en que algún día podré marcharme de aquí y volver a empezar siendo otra persona. Una versión 2.0 de mí. Yo, pero mejorado.

Amor. Pruebo la palabra varias veces en mi cabeza. Dejo que rebote por mi cerebro, del mismo modo que me enfrento a una fórmula: primero, despacio; luego acelero exponencialmente, hasta que sale por el otro lado completa y resuelta.

Amor.

Sí, lo que ha pasado está muy claro. Lo que me ha hecho Kit.

Ella me ha besado a mí.

Y luego la biología tomó las riendas.

Un subidón de dopamina. Y quizá también una buena dosis de serotonina y de adrenalina.

Una reacción química preciosa.

Y así, sin más, estoy locamente enamorado de Kit Lowell.

Como el amor es algo nuevo para mí, empiezo igual que con cualquier otro ejercicio intelectual y busco en Google: «Qué hacer cuando estás enamorado de alguien». A partir de ahí llego a las reglas del cortejo, que es la forma corriente de referirse al ritual de apareamiento humano. Al parecer, el principal indicador del atractivo de una persona es la simetría de su rostro, así que mido el mío y me siento aliviado al descubrir que mis dos mitades tienen más o menos las mismas dimensiones. Bien. Después, para demostrar que son capaces de producir descendencia potencial en el futuro, los hombres deben gastar dinero en su objeto de deseo. Como no tengo ingresos en el momento presente, decido que la mejor forma de demostrarle a Kit que soy una pareja adecuada para ella es mostrarle mis otros atributos genéticos. Tal vez no se me dé bien la cháchara ni hacer amigos ni respetar el protocolo social del instituto, pero es innegable que tengo un talento excepcional para la ciencia y las matemáticas. Necesito presumir delante de ella, igual que el ave del paraíso cuelgacintas luce las largas plumas de su cola. Cojo mi libreta y anoto mi plan en dos partes.

En primer lugar, me quedaré toda la noche despierto para terminar el Proyecto Accidente. Le voy a demostrar a Kit las aplicaciones que mi conjunto de habilidades tiene en la vida real y la miríada de formas inesperadas en las que puede beneficiarle.

En segundo lugar, invitaré a Kit a la competición de la Liga Académica. Es un poco descarado que use ese evento como forma de cortejo, pero como a Esmía le gusta decir: «Si lo tienes, que se vea bien».

En lugar de dormir, dibujo diagramas, calculo ejes y velocidades e investigo sobre modelos de coche y sus diversos sistemas de freno. Mi calculadora científica está caliente de tanto usarla. Encuentro expertos en colisiones automovilísticas en internet y me sumerjo en las profundidades de los foros sobre medicina forense. Aprendo sobre heridas craneales, traumas

en el pecho y perforaciones cardíacas. Abro las fotografías que tomé del lugar del accidente y amplío la que Kit me envió del coche de su padre en mi monitor de treinta pulgadas: un Volvo aplastado por el lado derecho como un acordeón. Amplío el tamaño con mi nuevo programa fotográfico y examino la sangre del salpicadero en el lado del pasajero. Leo el artículo del periódico sobre el accidente, en el que hay una fotografía del otro coche, un Ford Explorer azul marino con el parabrisas roto y doblado hacia dentro. Un coche convertido en un avión de papel. Al fondo hay un Mini aparcado a un lado con daños mínimos: solo dos faros rotos y una gran abolladura en el capó. El artículo no menciona que hubiese otro coche involucrado, pero, según mi propio análisis, diría que estaba detrás del Volvo. Otro coche cambia las cosas, añade otra capa de complejidad. Ojalá Kit me lo hubiese dicho antes.

Pongo las tres fotografías una al lado de la otra, como en una tira cómica, aunque no haría reír a nadie.

Da igual cuántas veces compruebe mi trabajo, lo hago una y otra vez, quizá tantas como he revivido mis besos con Kit. Los resultados no tienen sentido. Según mis cálculos, los únicos cálculos, su padre no debería estar muerto.

—¿Qué pasa? —pregunta Esmía cuando entra en mi habitación el sábado por la mañana y me encuentra sentado frente al escritorio con la misma ropa de anoche. Estoy aleteando—. ¿No fue bien anoche? Pensaba que con la cazadora de cuero ibas a caso hecho.

—¿Qué caso? —pregunto. Me pesa la cabeza. Son las nueve de la mañana y no he dormido nada. Me froto la cara para intentar despejarme, un gasto de energía inútil en un momento en el que debería conservarla. No pienso con claridad—. La fiesta fue genial. Perfecta, de hecho. Bueno, no la parte de la fiesta, las fiestas son horribles y no sé por qué la gente va. Pero el resto, la parte de Kit, fue genial. Fantástica.

—¿De verdad? Entonces, ¿por qué parece que te haya pasado un tractor

por encima?

—No tenemos tractor.

—Concéntrate, Pequeño D.

—¿Qué?

—Dime qué pasa. —Esmía va en pijama, pero lleva uno limpio que no reconozco. Tiene los ojos menos rojos. La misteriosa enfermedad que la afligía, fuera cual fuese, parece haberse curado sola—. No tienes pinta de alguien que ha pasado una noche «fantástica». ¿La besaste?

—Sí. Bueno, en realidad me besó ella a mí.

—¿Te besó ella a ti?

—Sí.

—¿Y?

—Y estoy enamorado.

—Eso está muy bien. Aunque quizá deberías ir un poco más despacio. Es un poco pronto para que vayas por ahí hablando de amor. —Se deja caer en mi silla giratoria del revés, como si fuese un entrenador de fútbol en una película a punto de dar uno de esos discursos de motivación.

—Da igual. Todo da igual —digo, y me estremezco porque ya siento la pérdida, incluso antes de que haya sucedido. Nunca volveré a besar a Kit. Todo ha terminado no más de doce horas después de que empezase. Por extraño que parezca, esta certeza no me devuelve a mi vida antes de Kit, a mi yo 1.0, cuando besarla me parecía tan imposible como cruzar el continuo espacio-tiempo. A cuando me había resignado a una vida de soledad. Ahora es mucho peor, no soy capaz de imaginar cómo será volver a esa mesa vacía el lunes a la hora de comer. Volver a ser ese chico al que la gente llamaba Caramierda. Mi anhelo por Kit parece físico, como si mi corazón parpadease.

Alfred Lord Tennyson era un imbécil. Se equivocaba. No es mejor haber amado y haber perdido que nunca haber amado. Si nunca hubiese amado, no estaría aquí aleteando. Estaría en la planta de abajo, después de haber descansado por la noche, leyendo el DSM y comiendo las tortitas de cada sábado por la mañana. No sabría cómo es la vida para todos los demás, ni qué significa no estar solo. No sabría cuánto tiempo he vivido lejos del planeta Normal.

—El Proyecto Accidente. No soy capaz de resolverlo —aclaro.

—Por favor, háblame en mi idioma —me pide Esmía.

—Kit me pidió que hiciese algo por ella, que la ayudase a entender cómo había muerto su padre. Bueno, no cómo exactamente, sino cuándo, es decir, el momento en que se pisó el freno, que en el fondo es el cómo, supongo, y los cálculos no salen. Y los cálculos siempre salen. Es lo único que sé hacer y no lo consigo.

—Pequeño D, cálmate. —Alarga una mano para acariciarme la espalda, pero me aparto de un brinco. No quiero que me toquen; me arde el cuerpo—. Tienes mucho más que ofrecer aparte de las matemáticas. Kit no te besó por eso. Lo sabes, ¿verdad?

—No debería estar muerto. Dentista no debería estar muerto.

—¿Quién es Dentista? ¿El padre de Kit? Pues claro que no debería estar muerto. Es una tragedia y...

—No, no lo entiendes. Los cálculos no salen.

—¿Y?

—No es una tragedia. Es una mentira.

El sábado por la mañana, lo primero que pienso al despertarme es que me quiero morir. Porque si me muero dejaré de tener náuseas, la habitación se quedará quieta y no tendré que enfrentarme al desastre absoluto en el que se ha convertido mi vida. Observo el techo blanco desde la cama y pienso en la confesión de mi madre. Se emborrachó y cometió un error. Me dijo que el alcohol te nubla el juicio, que te hace escuchar las voces equivocadas de tu cabeza.

«Tener cuarenta y cinco años no significa que a veces no te sientas y te comportes como si tuvieras dieciséis», aseguró, la frase probablemente más deprimente que he oído en toda mi vida, porque ¿queréis saber cuál es mi gran plan secreto en este momento? ¿El único as que tengo en la manga? La idea de que al final creceré y me alejaré de esta horrible etapa de mi vida y nunca nunca miraré atrás.

Me pregunto en qué estará pensando David esta mañana. A juzgar por sus maravillosas habilidades para besar, es muy posible que tenga una vida secreta. Después de anoche, me doy cuenta de que no sé nada sobre su verdadero yo. Me doy cuenta de que dar por hecho que conoces a alguien es una tontería y una ingenuidad. Mira a mi madre y a mí. Estamos hechas de humo y de espejos.

Miro mi teléfono y veo un montón de mensajes.

Mamá: ¿Estás bien? He dejado un vaso y un ibuprofeno al lado de tu cama. Anoche tenías muy mala pinta.

En otras circunstancias, y en unas más normales, me esperaría un sermón, aunque dudo que mi madre tenga las agallas de criticarme en el día de hoy. Soy una adolescente de dieciséis años y me comporto como tal. Ella no es nadie para juzgarme.

Pero no recuerdo haber visto a mi madre anoche y esa parte, la de no recordar —que además fue una de las razones por las que bebí—, es la que peor me hace sentir.

Yo: Tirando.

Mamá: Dentro de un rato iré a ver cómo estás, ¿vale?

Hago una pausa antes de contestarle. Me encuentro mal, cansada y débil. Por patético que suene, quiero a mi mamá. Estoy demasiado resacosa y destrozada para sentir rabia. Siento que he tocado fondo.

Yo: Vale.

Abro un mensaje en grupo con Annie y Violet.

Annie: OMG. OMG. OMG. ¡KL + DD! Estaría en plan LOL si no tuviese tanta resaca.

Violet: Annie, ¿cuánto café has bebido esta mañana?

Annie: 4 tazas. ¿Tú?

Violet: MUCHAS SIGLAS. ¿QUIÉN ERES?

Annie: Deja de gritar, me duele la cabeza.

Violet: K, ¿estás bien? Hubo MUCHO vodka. QUEREMOS DETALLES. ¡Bien por David!

Annie: ¿Bien por David? No, ¡bien por Kit! V, ¿viste esa cazadora de cuero? Me flipó.

Violet: A mí me gusta esa sombra de barba que tiene.

Yo: Uf, qué resaca... Los chupitos de vodka fueron un error. Besar a David... no lo fue.

Listo.

Así casi parezco la vieja Kit, divertida y desenfadada. La vieja Kit era feliz, o al menos lo suficientemente feliz. La vieja Kit no sabía qué era la depresión.

Violet: Es como si hubiera pasado de no ser nadie a estar buenísimo de la noche a la mañana.

Yo: D siempre fue mono, es solo que a nadie se le había ocurrido mirarlo.

Annie: Excepto a ti. ¿Quién iba a decir que el radar de K para los tíos buenos funcionara tan bien?

Yo: No me gusta porque esté bueno.

Annie: Venga ya.

Yo: Vale, no me gusta SOLO porque esté bueno. Es fantástico de muchas maneras.

Annie: Lo que tú digas.

Violet: Llamadme superficial, pero para mí esa sombra de barba sería razón suficiente.

Annie: Me pregunto si se pone en plan científico cuando dice guarrerías. Oooh, tu materia hace que me vibren las partículas...

Yo: Cállate.

Violet: Cuando estamos juntos, es como una reacción química.

Annie: Quiero insertar mi protón en tu neutrón.

Los mensajes de David son los últimos que leo. Quizá debería permitirme disfrutar de esta evolución inesperada de los acontecimientos. Una noche de besos fantástica. La deliciosa posibilidad de que podría volver a besar a David. Incluso disfruto de las bromitas de mis amigas, porque me recuerdan a cómo era antes nuestra relación. Tal vez por ahora eso debería bastar para sacarme de la cama. Puedo dejar que David sea la corriente que haga avanzar



el tiempo.

David: ¡Gracias por una noche fantástica! Malditos policías.

David: No puedo dejar de pensar en ti.

David. ¿Quieres venir a la competición de la Liga Académica de la semana que viene?

Luego, unas dos horas más tarde:

David: Kit, ¿estás ahí? TENEMOS QUE HABLAR.

David: Kit, llámame de inmediato.

David: En serio, llámame en cuanto te despiertes. Tengo que hablar contigo.

David: ¿Kit?

David: Kit, es sobre el Proyecto Accidente.

Me ha estado enviando mensajes toda la noche. Los dos primeros son de poco después de haberme dejado en casa, pero los últimos cinco los ha enviado esta mañana temprano, en intervalos de quince minutos exactos. Cuando leo las palabras «Proyecto Accidente», es como si me tiraran un jarro de agua fría. Como un puñetazo en el estómago. No, es como si todos mis órganos internos se pulverizaran. Es un recordatorio que no necesito.

El Proyecto Accidente.

Vuelvo a correr hacia el baño.

Esta vez no llego a tiempo.

—Kit, ¿estás bien? —me vuelve a preguntar mi madre cuando me encuentra tirada en el pasillo. Por su tono de voz, no parece enfadada, sino asustada. Nunca he sido de la clase de hijas que no respetan las normas. Todas mis rebeliones hasta la fecha han sido cuidadosas y deliberadas, se han llevado a cabo bien lejos de ojos adultos. Pero estoy marinando en mi propio vómito, la resaca de anoche es más que evidente y tengo la barbilla roja e

irritada por culpa de la barba de David. Quiero decirle que estoy bien, que estoy perfectamente, al cien por cien. Que no es el alcohol lo que me ha hecho vomitar, al menos, no esta vez. Que lo que me pasa es más grave que una noche de fiesta. Quiero decirle que estoy destrozada, rota, que empiezo a sospechar que ni siquiera el tiempo podrá repararme.

Quiero decirle que he cometido un grave error, que ambas lo hemos hecho.

Quiero decirle que me deje en paz de una vez. Que me iría mejor sin ella.

Quiero pedirle que se quede, me abrace y haga que todo esté bien.

Quiero que me diga que hay cosas peores que contar la verdad.

Sin embargo, cuando se sienta en el suelo a mi lado, con las piernas cruzadas, no le digo nada. Me tumbo de lado y apoyo la cabeza en su regazo. Comparto con ella la carga que mi cerebro supone para mí.

Y en lugar de hablar, lloro.

—Todo irá bien, cariño, te lo prometo. Todo irá bien —me tranquiliza mientras me acaricia el pelo.

—¿Cómo? —pregunto. No consigo pronunciar ni una palabra más. Y es lo único que quiero saber. Cómo, cómo y cómo. ¿Cómo va a ir bien?

—No tengo ni idea. Vale, puede que no vaya bien. No del todo. No será lo mismo, pero sobreviviremos a esto. Es un comienzo, ¿no? Sobrevivir. Todavía nos tenemos la una a la otra.

—Sí —murmuro con la cara contra su muslo. No me quiero morir. En realidad no. Simplemente es que estar viva se me da fatal. ¿Será verdad lo que dice? ¿Todavía tengo a mi madre? No siempre siento que sea así.

—Para empezar, podemos decidir no estar sentadas en un charco de vómito —añade, y yo empiezo a levantarme. Al fin y al cabo, mi madre lleva

una camiseta de seda que a veces me presta. Sin embargo, ella hace un gesto para mantenerme donde estoy—. Espera un momento más. Voy a aprovechar que te tengo aquí secuestrada para decirte una cosa. Sé que la cagué, pero te quiero y quería a tu padre. Cuando tus abuelos murieron, sus padres, él... bueno, se quedó destrozado y durante mucho tiempo estuvo como si no tuviese batería. Patético y flojo. Triste y vacío. Más o menos como estás tú ahora.

—Gracias.

—O sea, como estamos nosotras ahora. Yo estoy igual de patética y floja, pero, seamos sinceras, huelo mejor. —Esbozo una media sonrisa. Pese a todo, de eso sí que soy capaz—. Pero con el tiempo papá volvió a ser él mismo poco a poco. Pero no era la misma persona que había sido, ni se le acercaba. Se convirtió en una versión mejor y más fuerte de sí mismo. Recompuso sus pedazos y fue entonces cuando de verdad me enamoré de él. Hasta las trancas. Decidí que, opinaran lo que opinasen mis padres al respecto, él iba a ser mi compañero. Lo que quiero decir es que a veces quedarnos destrozados nos ayuda a crecer. Creo que eso era lo que estaba pasando con tu padre y conmigo antes de que muriera. Estoy convencida de que íbamos a arreglar las cosas y creo que ese debería ser ahora nuestro objetivo. No solo sobrevivir, sino convertirnos en dos versiones todavía mejores de nosotras mismas. En honor a tu padre. Se lo debemos; es lo menos que podemos hacer por la gente que queremos.

Dejo que sus palabras me aneguen, que me empapen con su flagrante optimismo. Puedo ser mejor. Las dos podemos ser mejores. La nueva Kit podría ser alguien de quien algún día esté orgullosa; alguien de quien mi padre estaría orgulloso. No pasa nada si no vuelvo a ser la persona que era. No tengo por qué serlo.

Quizá podamos encontrar un significado a algo tan desprovisto de sentido, aunque sea solo para sentirnos mejor.

O quizá pueda ser la vieja Kit y la nueva Kit. Puedo ser ambas. Dos personas en una.

—Pero tú siempre vas a por todas, mamá —digo.

—Y por suerte tú también. —Asiento. Decidida, motivada y valiente—. Una de las pocas ventajas de que la mierda te salpique por todas partes es que descubres quién pertenece a tu tribu. Así que asegúrate de descubrir quiénes forman parte de la tuya, Kit.

—De acuerdo —contesto, y empiezo a formar el equipo en mi cabeza. Recuerdo que hace unos años, cuando teníamos que elegir jugadores en clase de gimnasia, a David siempre lo elegían el último. Lo imagino allí de pie, dos cabezas más alto que todos los demás, con las manos aleteando a los lados de su cuerpo (algo que sigue haciendo de vez en cuando, aunque no creo que se dé cuenta), y quiero volver atrás en el tiempo y darle un abrazo y susurrarle al oído que puede venirse conmigo. Decirle que, si se cansa de aletear, me puede dar la mano a mí.

—Y espero de verdad que consideres incluirme a mí —añade mi madre en voz muy baja, y comprendo que es lo más cerca que alguien como ella puede estar de suplicar. Cuando no respondo de inmediato, añade—: Al menos, hashtag amigas.

Me río. A mi madre le encanta intentar hablar como una adolescente. Hace una semana la oí hablando por teléfono y se quejaba de que ser adulta no era precisamente una «fantasía» y la última vez que vimos una comedia romántica juntas dijo que tenía ganas de shippear a todos los personajes secundarios.

—Sí, creo que podremos arreglarlo —contesto y me doy cuenta de lo mucho que he echado de menos a mi madre las últimas semanas. No puedo sobrevivir sin ella. Siempre tendrá un lugar en mi tribu.

Me quito la bufanda mugrienta del cuello y se la tiendo a mi madre. Una

ofrenda de paz extrañísima: cachemira empapada en vómito.

—¿Crees que podrán limpiar esto en la tintorería? —pregunto.

YO: Hola. Me acabo de despertar. Podemos hablar. Pero tengo muchísima resaca, ¿me puedes dar unas horas?

David: ¿Anoche estabas borracha?

YO: Eh..., sí.

David: ¿Lo suficientemente borracha como para tener resaca?

¿Es que David no se dio cuenta de que bebí? Creo que, en un momento dado, Annie y yo empezamos a beber directamente de la botella. Él estaba justo a mi lado.

YO: Eso parece.

David: Ah... Y eso significa...

Hay una larga pausa y veo esos horribles puntos suspensivos intermitentes. Me pregunto qué estará haciendo. ¿Está escribiendo? ¿Pensando en qué más decir? ¿Qué tiene que contarme sobre el Proyecto Accidente? ¿En qué estaba yo pensando al involucrarlo en eso? Ahora mismo me parece absurdo. Un acto de desesperación. O de autosabotaje. No hay forma de resolver lo que ha sucedido: la muerte de mi padre no es un problema de lógica. Es una tragedia.

David: ¿Quiere decir eso que en realidad no querías? ¿Que solo me besaste porque estabas borracha?

YO: ¿Qué? No. Sí. No.

David: Por favor, explícate.

YO: A ver, quería besarte y el alcohol me hizo sentir más cómoda.

David: ¿Te sentías incómoda besándome?

YO: ¡No! No quería decir eso. Era... tímida. ¿Me estás preguntando todo esto en

serio?

**David:** Por supuesto. Yo siempre hablo en serio.

**Yo:** No es tan importante.

**David:** ¿Qué no es importante? ¿El beso? ¿Que estuvieras borracha? ¿O el Proyecto Accidente? Estás soltando nuevos cabos y estoy confundido.

**Yo:** Me refería a lo de anoche. Lo de anoche no es tan importante.

**David:** Para mí sí lo fue.

**Yo:** Oh. No quería decir que... Es que... Da igual. Mejor hablemos en persona. Los mensajes no funcionan bien.

**David:** ¿Qué compañía tienes?

**Yo:** ¿Por?

**David:** Si los mensajes no te funcionan, podría ser un problema de tu compañía. Voy a mirar en Yelp cuál tiene mejor cobertura en Mapleview.

*David*

Esmía quiere ayudar, pero no la deajo. Tengo que descubrir cómo hacer esto yo solo; estoy preparado. Es lo menos que puedo hacer por Kit. Estoy bastante seguro de que después de hoy ya no querrá besarme, ni siquiera sentarse en nuestra mesa a la hora de comer. Pero aún albergo esperanzas por la ínfima probabilidad de que le parezca una buena noticia, de que me aclame como a un héroe por haber descubierto la verdad. Es lo que quería, ¿no? Que la ayudara a comprender qué había pasado.

Pero no puedo confiar en mi intuición. Cuando confío en mi intuición, acabo encerrado en una taquilla con el pelo lleno de la mierda de otra persona.

Llego al McCormick's quince minutos antes de la hora y me siento en el mismo reservado en el que comimos la última vez. Mientras espero pido dos batidos, uno para mí y otro para ella. Si existiese el multiverso, en algún lugar, no aquí, en vez de estar sentado esperando el horrible momento en el que le diré a Kit que el accidente no sucedió como ella cree, que es todo mentira, nos estaríamos besando. Sí, nos estaríamos besando quizá incluso en una cama.

Y entonces llega. No lleva nada de maquillaje y se ha puesto el collar con la «K» y esa camisa grande de hombre que ahora se pone dos veces por

semana, y así, sin que haya intentado esconder los círculos azules que luce bajo los ojos, parece más ella misma. Decido que me gusta todavía más con el rostro al natural; el vestido rojo de momia de anoche me intimidaba un poco. Ahora parece una chica. Puede que mi chica preferida, pero solo una chica.

—Uau —digo. Se me escapa antes de que pueda pensármelo bien.

—¿Qué? —pregunta. Se sienta frente a mí, coge su batido y bebe directamente del vaso. Le queda una línea blanca sobre el labio que se limpia con una servilleta.

—Tú. Me gustas hasta con un bigote de leche.

—Para, me voy a poner roja por tu culpa —protesta y entonces, como por arte de magia, sus mejillas morenas adquieren un color rosado—. Escucha, esos mensajes, no sé... Me han puesto muy nerviosa.

—Antes, ¿puedo besarte? —pregunto. Se encoge de hombros y no sé si eso es un sí o un no. Decido ser valiente y lanzarme. Me siento a su lado del reservado, le cojo la cara con ambas manos, me acerco despacio y le acaricio los labios con los míos. Es diferente a anoche, es suave, dulce y fantástico, y demasiado corto. Cuando Kit se aparta, me mira con los ojos húmedos. Niega con la cabeza.

—Eras tú el que quería hablar conmigo, ¿no?

—Sí —contesto—. Sí. Bueno, lo que pasa es que...

—¿Qué? —Por la forma en que está sentada, parece que se esté preparando para algo malo. Tiene las manos delante de la cara, como si yo fuese a darle un puñetazo. ¿Por qué pensaría algo así? ¿O se estará protegiendo de mis labios? No tengo ni idea de cómo interpretar la situación.

—He investigado mucho y no creo que tu padre condujera ese coche —confieso.



—¿Qué estás diciendo? —pregunta ella con voz grave y ronca.

—Bueno, he hecho los cálculos y he analizado las manchas de sangre, las fotos y todo lo demás. Y, teniendo en cuenta que sus heridas fueron mortales, no es posible que fuese él quien conducía el coche. En el periódico nunca dijeron de forma explícita que fuese solo y estoy bastante seguro de que iba en el asiento del copiloto. Así que alguien te ha mentado y siento ser yo quien te lo diga y, por favor, no me odies. Lo único que quería era resolver esta ecuación para ti.

—Vale —contesta ella, pero no me sonrío, ni me da las gracias ni una bofetada, tres posibilidades que me parecían igual de razonables cuando imaginaba esta conversación.

—Quizá tenía una aventura, igual que tu madre, y su... esto... amante era quien conducía y por eso nadie te lo contó. ¿Puede ser? —pregunto.

—¿Qué? Mi padre no tenía ninguna aventura. —Habla en voz todavía más baja. Casi un susurro. Como si fuese agua que se está evaporando.

—Podría haber muchas explicaciones. Pero el cómo... Y eso era lo que querías saber, ¿no? ¿Cómo pasó? Pues no es lo que pensábamos. Y sé que no te gustan los cabos sueltos, como me pasa a mí, y este es un cabo muy muy suelto —continúo—. Lo siento.

—En realidad no es un cabo suelto —sigue hablando en voz baja. Demasiado baja.

—Era una mujer quien conducía, estoy seguro. Sé, por la posición del asiento, que el conductor no podía medir más de 1,65 y que probablemente medía aproximadamente 1,62. A no ser que tuviera una aventura con un hombre muy bajito.

—¡Mi padre no tenía ninguna aventura! —grita, y en ese momento todo cambia. Kit grita tanto que los demás clientes del restaurante nos miran—. ¡Y mi padre no era gay, idiota!

—Lo siento —repito levantando las manos, igual que ha hecho ella antes, cuando parecía tener miedo de que le pegase. No entiendo lo que está pasando. Hemos pasado de besarnos a gritarnos en menos de tres minutos. Ya me imaginaba que se enfadaría, que quizá lo estropearía todo al contarle la verdad, porque eso parece ser siempre mi perdición: mi predilección genética a la honestidad y la transparencia. Pero no pensaba que sería así. Pensaba que Kit era distinta a los demás, que ella no me diría palabras hirientes (idiota, tonto del culo, retrasado) solo porque puede.

Pero me equivocaba, como siempre.

Pero, a diferencia de como siempre, esto es devastador. Como si recuperarme de este momento fuese un imposible.

—Lo siento —digo por tercera vez. No sé por qué me estoy disculpando, excepto por ser demasiado yo mismo. Kit apoya la cabeza sobre la mesa y empieza a sollozar. Su llanto es húmedo, sincopado y desagradable. Hago ademán de acariciarle el pelo, porque incluso después de esto, incluso después de que me haya llamado idiota, no puedo evitar querer tocarla. Pero entonces decido no hacerlo. Me odia y quizá yo también la odie a ella.

Mi mente da vueltas y vueltas. No volveremos a comer sándwiches el uno frente al otro sentados en la misma mesa. Y cuando pienso en eso —en que me sentaré solo los setenta y tres días que quedan de instituto, en que en mi mundo ya no estará Kit—, mis manos empiezan a aletear. Me tapo una con la otra y me siento aliviado de que ella tenga la cabeza agachada. No puedo permitir que vea esta parte de mí.

Recito el número pi en silencio, para que el globo de mi cerebro no se vuelva a soltar. Miro la nuca de Kit, estudio la línea de su melena y me imagino dibujándola. Me imagino trazándola con la punta de un dedo.

Y espero.

La mesa huele a patatas fritas y tengo la mejilla pegajosa de la mermelada o el ketchup que había en ella. Prefiero no mirar. Levanto la cabeza, cojo una servilleta de papel del servilletero y me seco la cara empapada con la poca dignidad que me queda. ¿Quién me iba a decir que podía tocar fondo dos veces en un mismo día?

—Lo siento —susurro, porque me cuesta encontrar la voz. No quiero ser esa chica que se pasa la mañana sentada en un charco de su propio vómito y la tarde llorando en público con restos de salsa en la mejilla. Quiero ser alguien mejor—. No debería haberte gritado.

De camino al McCormick's había decidido ser valiente y honesta. Me he dado cuenta de que no puedo seguir así. Mi madre quería que construyésemos una casa de cristal y de mentiras y que luego viviésemos en ella. Pero es hora de empezar a tirarle piedras, de romperla, de que los cristales nos lluevan encima y nos corten a todos.

Voy a decir las palabras en voz alta. La verdad: «Era yo quien conducía el coche. Fui yo».

No. No soy capaz de decir nada. Tengo la boca seca.

David tiene la mirada fija en mi hombro. Tiene las manos cerradas con fuerza en dos puños, sobre su regazo. Probablemente quiera estrangularme y

no lo culpo. Mi madre se equivocó al querer enterrar la verdad como si fuese algo tangible. Como si evitar que mi nombre saliera en el periódico significase que nunca ocurrió. El trabajo de mi madre es darle la vuelta a las cosas, así que hizo lo que mejor sabe hacer. Entró en acción diez minutos después de que un médico nos dijera que mi padre había muerto, como la superheroína encubierta que siempre supe que podía ser. ¡Mandip Lowell al rescate! Convirtió lo que había sucedido en algo más fácil de digerir.

«Todos sabemos que esto ha sido un accidente —le dijo al reportero, un hombre mayor y canoso con un bigote blanco y despeinado que parecía molesto porque nuestra tragedia familiar hubiese interrumpido sus planes para cenar—. ¿De qué sirve arruinarle la vida a una chica de dieciséis años?» Como si mi vida no estuviese ya arruinada, como si lo que la gente leyera al día siguiente en el periódico con el café del desayuno pudiese cambiar la realidad.

«Es mejor que la dejemos fuera de este asunto —dijo mientras yo estaba de pie, a su lado, fría como el hielo. Ni se me pasó por la cabeza alzar la voz y objetar—. No le pido que mienta —aclaró—. Jamás le pediría algo así. Solo que sea lo suficientemente vago para que la gente saque sus propias conclusiones.»

A la mañana siguiente, una foto de la escena del accidente protagonizaba la portada del *Daily Courier*; y el periodista había hecho exactamente lo que mi madre había sugerido. No hubo ninguna mención a un segundo pasajero; todo aquel que leyera el artículo llegaría a la conclusión más obvia: que mi padre conducía. Ni ella ni yo hicimos nada para corregirles. Otro juego de manos verbal.

¡Puf! Y así, sin más, yo nunca estuve en ese coche. Mi implicación en el siniestro había quedado borrada casi por completo. No se hizo ningún seguimiento, ningún interrogatorio: lo único que quedó fue mi nombre en el informe de un accidente de coche enterrado en las entrañas de la comisaría.

Al parecer, la gente muere todos los días en accidentes de tráfico.

Mi madre me dijo: «Tu padre habría querido protegerte». Y yo la creí porque quise creerla.

Pero deberíamos haber empezado de cero. Sin edulcorar todo el asunto con eufemismos como «accidente», sin que mi madre me diera golpecitos en la espalda y me dijera: «No ha sido culpa tuya», sin que le diese la vuelta a la verdad. Lo que yo hice tiene nombre: homicidio imprudente.

—No entiendo lo que está pasando —dice David.

—Ya sabía que no era él quien conducía. —Me callo porque las lágrimas me impiden seguir hablando. Quiero hacerlo bien, pero no soy tan inocente. Las palabras no son algo que se pueda entregar, que se pueda pasar de una persona a otra para luego olvidarlo. Son como un hilo. Te quedas con uno de los extremos en las manos—. Hay algo que no te conté...

Puedo confiar en David. Él puede guardarme el secreto. Él me ayudará a que todo mejore; sostendrá el otro extremo del hilo.

Quizá era esto lo que quería desde el principio, desde que empecé con el Proyecto Accidente: que David descubriera la verdad para que yo por fin quedara expuesta, para que me empujara a ser honesta. Que yo me saboteara de forma espectacular a mí misma y pudiera empezar de cero.

Cuando era pequeña, mi padre me cantaba «You Are My Sunshine» antes de que me fuese a la cama, incluso esa estrofa tan triste que nadie más parece conocer o recordar y que dice así: «La otra noche, cariño, mientras dormía, soñé que estabas entre mis brazos. Cuando me desperté, cariño, estaba equivocado, así que agaché la cabeza y lloré».

Oigo la canción en mi mente, con su voz, y me recuerda la teoría de David sobre la conciencia. Tal vez mi padre viva en algo tan intangible como la letra de una canción. Tal vez mi padre pueda estar conmigo cuando lo necesito.

«Cuando me desperté, cariño, estaba equivocado, así que agaché la cabeza y lloré.» ¿Puedo cantársela a David a modo de confesión? Sería más sencillo. Más fácil que decir: «Conducía yo. Fui yo».

—Ya lo entiendo —dice David antes de que yo pueda explicarme—. Pues claro. ¿Cómo se me ha pasado por alto? ¡Sí que soy un idiota! Conducías tú. ¡Tú! —lo dice con entusiasmo, como si acabase de hacer un examen de diez, enfatizando alegremente el «tú». Sonríe y habla demasiado alto.

No es como todas las otras veces, cuando la honestidad de David me hacía sentir bien y me parecía un soplo de aire fresco, como respirar bajo el agua. Esta vez es fría, hiriente y precisa, como una puñalada, y borra la canción de mi padre de mis oídos de un plumazo.

La gente que hay sentada en las otras mesas nos oye. Estoy segura. Necesito que se calle; necesito deshacer lo que he empezado. El mundo empieza a dar vueltas y el rostro de David se transforma; ya no es hermoso, es cruel. Me doblo sobre mí misma.

—Conducías tú, ¿no? —continúa—. Y tu padre iba de copiloto. ¡Ahora todo tiene sentido! Tú mides exactamente 1,62. ¡No me puedo creer que no se me haya ocurrido hasta ahora!

Parece emocionado de una forma perversa. Como si pudiese anotarse un tanto. Como si tuviese que chocarle los cinco para celebrarlo. «¡Bravo, David! Has resuelto el misterio: ¡Yo maté a mi padre!»

—Por favor, para. Mejor no... —le suplico. No puedo hacer esto. No puedo. Aquí no. No así, con esa sonrisa de maníaco y esa voz tan estruendosa, colmada de satisfacción consigo mismo. Ahora entiendo por qué mi madre mintió. La verdad es demasiado horrible. Quiero esconder ese hilo en mi bolsillo. ¿En qué estaba pensando?

«Ayúdame, papá.»

«Me he equivocado.»

«Me he equivocado.»

Quería que David me dijera que no se podría haber hecho nada para detener el coche a tiempo.

Quería que David me exonerara.

No quería esto.

—No entiendo por qué me mentiste, Kit —dice, y su rostro vuelve a transformarse. Ahora su voz suena acusadora y no hay ninguna calidez en ella. Ni siquiera una pizca de compasión ni de humanidad. Es Hannibal Lecter sentado delante de un cuenco de helado del que cuelgan mis entrañas.

—Por favor... Por favor, para... —Pero mis palabras se pierden contra la mesa de formica. No soy capaz de levantar la cabeza. Las lágrimas me cubren el rostro, pero ya no lloro. Soy lo que hay después del llanto.

«Así que agaché la cabeza y lloré.»

«¿Dónde estás, papá? ¿Adónde has ido?» Ya no oigo su voz. Ha desaparecido.

—¿Cómo pudiste, Kit? —pregunta David con tono exigente, como si esto tuviera algo que ver con él.

—David...

—Eres como todos los demás. Una mentirosa. Esa noche conducías tú. Fuiste tú. ¡Me has mentido! —grita, y, entonces, como si estuviéramos en una película de terror, porque es en lo que se ha convertido esto, en la peor de todas mis pesadillas, se hace el silencio.

A alguien se le cae el tenedor. Oigo un grito ahogado.

Me había esperado un aterrizaje suave y no una caída en picado. Qué estúpida.

Me he vuelto a equivocar, porque es evidente que todavía no había tocado fondo. Ahora sí, y es más frío, oscuro y solitario de lo que esperaba.

«Me he equivocado.»

Me vuelvo y es entonces cuando me doy cuenta: Gabriel y Willow están en la mesa de al lado, comiendo tortitas recubiertas de nata montada. Lo que come la gente sencilla y feliz.

Han oído todas y cada una de las palabras de David.



*David*

He resuelto el rompecabezas. He hecho exactamente lo que Kit me pidió. Pero era una trampa. Una búsqueda inútil. Una mentira. La mentira de Kit.

El McCormick's se queda en silencio y luego se oye un grito ahogado colectivo. Un hombre que nunca había visto saca sus largas piernas del reservado en el que estaba sentado y se dirige a nuestra mesa. Sé que debo ponerme de pie y quitarme de en medio, pero no sé por qué. Kit deja demasiadas preguntas sin respuesta: ¿Por qué no me confió la verdad? ¿Acaso no quiere saber lo que dicen las matemáticas? Tengo todos los números, los he calculado para ella. Reconfortantes cálculos y hechos verídicos. Me he pasado toda la noche despierto para resolverlo.

El hombre rodea a Kit con los brazos y la lleva hacia la salida del restaurante. Todo sucede tan rápido que casi no me entero. Ella no me mira y no dice nada excepto: «¿Jack?», como si fuese una pregunta, aunque es evidente que no lo es: el hombre debe de llamarse así. Tiene cara de Jack.

Lo odio.

—Estoy aquí, Kitty Cat —le dice. Kitty Cat es un sobrenombre perfecto para ella, porque los gatos son desconcertantes, tienen una inteligencia perturbadora y pueden contorsionarse. Me puedo imaginar a un gato usando las mangas del jersey como si fuesen guantes.

—¡Espera! —digo, pero no se detienen. Kit se vuelve y me mira una última vez, como en estado de shock, y veo que tiene el rostro pálido y húmedo. Por primera vez puedo leer su mirada, aunque no quiera.

Y en ese momento, solo en ese momento, cuando me obligo a establecer contacto visual, es cuando me doy cuenta de lo que acaba de suceder. De lo mucho que he roto.

—Oh, mierda —dice Esmía cuando le cuento la historia. He vuelto a casa corriendo desde el McCormick's, tan desconcertado que me he olvidado el coche allí. Tengo frío, estoy mojado por la lluvia y me tiembla todo el cuerpo. Estoy intentando no perder la compostura porque eso no me ayudará en nada.

No me permito pensar en el número pi. No merezco el alivio adormecedor que me regala. Tampoco me permito pensar en el rostro de Kit porque me duele demasiado. Es como someterme a radiación.

—Estaba tan nervioso que me he olvidado de la norma número cuatro: «Piensa en la situación desde la perspectiva de la otra persona». Lo oyó todo el mundo, Esmía. Todos. ¿Qué voy a hacer?

—No lo sé —responde ella en voz baja.

—¿Qué quiere decir que no lo sabes? Tienes que saberlo. Tienes que ayudarme —le pido con la voz colmada de pánico.

—No sé si puedo. A ver si lo he entendido bien. ¿Primero sonreíste como si hubieses hecho algo bueno? Y ¿luego empezaste a gritarle y la acusaste de haber matado a su padre y todo el mundo te oyó?

Asiento. Estoy demasiado avergonzado para explicar la secuencia de los acontecimientos. Primero me sentía feliz por haber resuelto el rompecabezas; luego, al descubrir la mentira, sentí que se me rompía el corazón y, después, cuando ya era demasiado tarde (siempre es demasiado tarde), me di cuenta de que lo estaba viendo todo al revés.

—Lo he fastidiado todo —me lamento. Reparo en que la maleta de Esmía, que llevaba dos semanas abierta con toda la ropa desperdigada por encima y por el suelo, está cerrada y al lado de la puerta. Ella está totalmente vestida, peinada y huele bien—. Un momento. ¿Te vas? ¿Ahora?

—Dentro de un par de horas. Ya te dije que me iba. Te he lo he ido advirtiendo en intervalos diarios, tal y como me pediste.

—Pero ahora no te puedes ir, Esmía. Necesito que lo arregles.

—No puedo arreglar siempre las cosas por ti. Tengo que volver a la universidad. Yo también tengo cosas que arreglar, David.

—Por favor, no me llames así.

—Vale, lo siento, Pequeño D. No sé si te perdonará, pero creo que ya sabes lo que necesitas saber. No necesitas mi ayuda tanto como antes.

—Pues claro que la necesito. El día de hoy demuestra que necesito tu ayuda de forma total e irrevocable.

—No. El día de hoy demuestra que tú sigues siendo tú y que de vez en cuando cometerás errores de «aspi». —Coge aire rápido. Nunca habíamos usado el diminutivo «aspi» entre nosotros. Y, aun así, como no podía ser de otro modo, esa palabra encaja conmigo mucho mejor que «David». No sé por qué me he resistido a usarla durante tanto tiempo. Sí, la palabra «Asperger» ya no sale en el DSM, pero eso no significa que no me describa, al menos en cierto modo—. Mira lo rápido que has entendido lo que has hecho mal. Tu antiguo yo quizá ni se habría dado cuenta de que Kit estaba disgustada o habría insistido en que estaba siendo demasiado susceptible. Estás mejorando con la empatía. Necesitas practicarla, como todo lo demás.

—Tú no lo necesitas.

—Bueno, no se lo digas a papá, pero voy a catear física, así que ya ves, todos necesitamos práctica en algo. Aunque, al parecer, en diez mil horas se

puede aprender cualquier cosa.

—¿Así que tal vez yo sea normal en 1,4 años?

—Pues no, no lo creo. —Me sonrío y me da un apretón en el brazo—. Pero ser normal está sobrevalorado, créeme.

—Tengo que pedirle perdón a Kit.

—Sí, estoy de acuerdo. Aunque te haya mentado.

—¿Debería comprarle también un regalo? Una cesta de frutas o de golosinas. O un pijama como ese del bicho raro que tanto te gusta. —Me quedo mirando el escritorio de mi hermana. No quiero mirar su maleta, ni a ella tampoco. Es como si ya se hubiese ido.

—Mejor olvídate del regalo.

—A todo el mundo le gusta la fruta recubierta de chocolate.

—En esto es mejor que me hagas caso.

—¿Y si no me perdona? —Imagino mi mesa vacía otra vez. Si Kit no me perdona, quizá pueda sentarme con José, Mullet y Chloe; su mesa está separada de la mía por otras tres. Tardaría un poco en acostumbrarme a la nueva perspectiva y la nueva acústica, pero creo que sería capaz. Aunque estar con ellos no es tan divertido como estar con Kit o como mirarla a ella.

Esmía se encoge de hombros.

—Ella se lo pierde. Hay otras chicas en el mundo.

—No te vayas —le pido, aunque no lo digo en serio. Solo estoy expresando con palabras el impulso de lanzarme a sus piernas para evitar que se marche, como hacía con mi madre cuando era pequeño. Soy consciente de que tiene que volver a la universidad y de que cómo me sienta yo al respecto debería ser irrelevante—. Por cierto, tu profesor particular de física no debe de ser tan listo si no se da cuenta de lo fantástica que eres.

Esmía esboza esa vieja sonrisa tan suya, la que antes lucía todo el tiempo, y luego me estrecha entre sus brazos. Aunque no me gusta que me abracen, a ella se lo permito, porque es mi hermana y mi persona favorita en el mundo entero, y dentro de unas horas estará muy muy lejos.

—Te quiero, Pequeño D, te quiero tal como eres. Así que... Está bien que cambies, pero no cambies nunca de verdad, ¿vale?

—Vale —accedo, aunque no tengo ni idea de qué quiere decir—. Esmía, tengo miedo.

—Todas las buenas personas tienen miedo —contesta.

*Kit*

—La gente es muy amable contigo cuando descubren que has matado a tu padre, es sorprendente —anuncio a la hora de comer. Ahora que mi secreto es de dominio público, estoy jugando a ser una persona nueva. Una persona dada a bromear, como si no me estuviese ahogando en la vergüenza, como si tratar este asunto con ligereza pueda hacer que no me afecte. Por supuesto, he vuelto a sentarme en mi antigua mesa y no he visto a David desde el incidente del McCormick's. Jack, que siempre aparece cuando más y cuando menos lo necesito, estaba con Evan en el restaurante, como una especie de milagro. Me llevó a casa en coche. Yo estaba demasiado alterada para reparar en que era la primera vez que lo veía desde la confesión de mi madre. Durante ese trayecto de cinco minutos fue mi tío Jack y me llevó hasta ella, que tras mirarme a los ojos una única vez se fue directa al botiquín a buscar un Valium.

Lo que sucedió en el McCormick's se ha hecho viral, igual que la libreta de David, aunque en mi caso ha sido a través de mensajes y susurros. Si buscas mi nombre en Google no sale absolutamente nada.

—Deja de decir eso —protesta Violet, aunque ni se inmuta. Tanto ella como Annie se han pasado todo el domingo en mi sofá, tras presentarse en mi casa armadas con pizza y una bolsa gigante de M&M's. Primero no dije ni una palabra y ellas tampoco me preguntaron nada. Nos sentamos a comer y a

ver la tele y, en lugar de mostrarme resentida, valoré que fuesen cuidadosas conmigo. Recordé que siempre han sido miembros de mi tribu. No fui capaz de formar palabras hasta más tarde y, una vez que empecé a hablar, me di cuenta de que no podía parar.

—Mi padre y yo queríamos una chocolatina Snickers —les conté con la vista al frente. No era capaz de mirarlas—. Por eso salimos aquella noche. Pero le dijimos a mi madre que íbamos a por leche. Y mi padre me hizo conducir a mí porque quería que practicara más. ¿Queréis saber qué es lo más raro de todo? El accidente sucedió cuando íbamos de camino a casa y el cartón de leche no se cayó del asiento trasero. No se aplastó, ni siquiera se abolló un poquito. Rarísimo. Todavía tengo la mitad de la chocolatina. La tengo en el escritorio, como un souvenir macabro.

—Es muy pronto para que bromeé con que os disteis una buena leche, ¿no? —preguntó Annie y, por razones que no puedo explicar, a Violet y a mí nos pareció desternillante y nos reímos hasta llorar. Entonces me di cuenta de que quizá el humor me podía ayudar a superarlo. Otra forma de controlar el tiempo.

—Fue un accidente. Tú no tuviste la culpa, de verdad —dice Annie. Es su nuevo mantra preferido, de nuevo, con las palabras «accidente» y «culpa», como si fuesen mágicas. He sido absuelta. ¡Tachán! Ahora todo está bien. Pero no me molesta oírlo, porque necesito cualquier cosa que me den. No debería haber tardado tanto en hablar con mis amigas. Me han apoyado mucho. Lo contrario que David.

—No entiendo por qué tu madre quiso ocultarlo —dice Violet.

—Solo intentaba protegerme —contesto y, sin poder evitarlo, miro a la mesa de David. Pero no está allí. Está unas filas más allá, con los chicos de la Liga Académica. Me descubre observándolo, así que vuelvo a mirar a mis amigas a toda prisa—. Quizá pensó que, si nadie lo sabía, lo sucedido no me definiría. Y ya conocéis a mi madre: es dura como una piedra. Me hace

conducir hasta el instituto todos los días y para hacer todo tipo de recados porque le preocupa que empiece a tener problemas para coger el coche. Una fobia o algo así.

—¿Y funciona? —pregunta Annie.

—Más o menos —contesto—. Todavía me pongo nerviosa al volante, pero cada vez es un poco más fácil.

Ya les he advertido a mis amigas de que la chica que conocían y querían ya no existe, de que deberían dejar de intentar revivir a mi antiguo yo. No soy más valiente ni más fuerte, como esperaba mi madre. Soy una nueva versión de mí misma, alguien que quizá un día podrá caerles incluso mejor. ¿Quién sabe? Igual seré más divertida.

Mi madre ha buscado un terapeuta especializado en el duelo para mí y otro para ella. Incluso ha propuesto que vayamos a ver a un tercer psicólogo las dos juntas. Nos hemos puesto en marcha.

—Vi y yo hemos decidido ir solas al baile y cogeremos un taxi. No hará falta conducir. ¿Te vienes con nosotras? Solo chicas —propone Annie—. ¡Por favor, por favor!

—Lo siento, pero no puedo —contesto.

—¿Por qué no? Si yo puedo ir y ver cómo Gabriel y Willow se pasan la noche enrollándose, tú también puedes ir y hacer como si te divirtieras. —Me encojo de hombros. Mi padre habría estado emocionado con el baile de fin de curso. Me habría hecho un montón de fotos, las habría publicado en Facebook sin mi permiso y me habría suplicado que le enviase las canciones que pinchaba el DJ por mensaje.

—¡Vamos! —me anima Violet.

—Lo siento, chicas.

—Es por David, ¿verdad? Olvídate de él. Es un bicho raro —dice Annie



—. Es obvio que ya no somos pro-David.

—No se trata de David —contesto, pero quizá sí que sea por él, aunque sea solo un poco. Porque, tal vez, de forma fugaz, antes de que se convirtiera en el enemigo, sí que nos había imaginado a los dos de punta en blanco y bailando lento una canción cursi. Sí que me había imaginado otra noche como la de la fiesta de Dylan, cuando me miró como si yo fuese alguien a quien merece la pena mirar, cuando me permití olvidarme de todo.

Después de lo que pasó en el McCormick's, me envió un único mensaje. Contenía solo dos palabras: «Lo siento».

Puede que haya matado a mi padre, pero incluso yo me merezco algo mejor.

*David*

Después de estropearlo todo con Kit, paso la primera semana tan avergonzado que lo único que hago es mandarle un estúpido mensaje. Es corto y me limito a escribir las palabras con las que sé que no me voy a equivocar: «Lo siento». No me fío de no causar un desastre mayor si me atrevo con algo más. Cada vez que cojo el teléfono para mandarle otro mensaje, los nervios me paralizan. No creo que me merezca la oportunidad de explicarme. Ni siquiera me merezco compartir las mismas moléculas de aire que Kit.

Durante todas mis horas de vigilia he seguido la norma número cuatro: he intentado imaginar qué debe de estar pensando. Creo que da por hecho que soy un sociópata. Sonreí. En el McCormick's, mientras hablábamos del accidente, el mismo en el que ella era la conductora y su padre el copiloto, el mismo que finalizó con la muerte de él. ¡Sonreí!

Y luego tuve la osadía de gritarle.

Como conozco mi propio cerebro, comprendo por qué hice todo eso (la secuencia tiene mucho sentido para mí), pero para ella, una persona ajena al interior de mi mente que no sabe nada sobre mis respuestas sinápticas, debo de ser un monstruo.

Lo que sucedió en aquel restaurante, con Kit sentada frente a mí, el batido

frío en mi estómago y las dimensiones extrañas de mi ropa nueva, fue lo siguiente: mi cerebro se estrechó. Hizo lo que hace mejor: formó un túnel. Si entendemos ese momento como unas muñecas rusas, yo solo estaba prestando atención a la figurita más pequeña. Me concentré en los pormenores, en las manchas de sangre, en los datos sobre los frenos y en un algoritmo que había diseñado con elegancia. Encontré una respuesta allí mismo, en el centro. Un pequeño detalle. Eso era lo único que yo podía ver. La solución a una ecuación matemática que llevaba semanas atormentándome. El dato que me faltaba.

En esta metáfora no vi las otras muñecas. La que envolvía a la más pequeña y la que envolvía a la segunda más pequeña y la siguiente y la siguiente.

Lo que la gente neurotípica llama «contexto».

No vi a Kit, ni a la gente de nuestro alrededor, ni la delicada naturaleza del tema que nos ocupaba. La verdad es que no vi absolutamente nada más.

—David, si yo me rindiera cada vez que alguien se cabrea conmigo, tampoco tendría ningún amigo —me dice Trey una semana más tarde, después de que le haya contado la triste historia, incluso las partes que me cuesta admitir. Hoy dedicaremos nuestra clase a las habilidades sociales en exclusiva, porque estoy tan afectado por lo de Kit que ni siquiera me he molestado en sacar la guitarra.

—Creo que no me perdonará —digo.

—Es posible. Pero por lo menos tienes que intentarlo. Y si de verdad te esfuerzas al máximo para disculparte y no te perdona, tendrás que pasar página. Te equivocaste. A veces pasa. Habrá más chicas, tío.

—En realidad no. Es decir, claro que hay más chicas en el mundo, pero, por definición, no hay nadie más que sea exactamente como Kit, con la misma composición genética y del entorno. —Me arrepiento de haber dejado

la guitarra en el armario. Mis manos se quieren mover. Las cuerdas me serían muy útiles ahora.

—¿Qué es lo peor que puede pasar si lo intentas? —pregunta Trey.

—Podría hacer que me odiase todavía más. Podría acabar humillándome a mí mismo otra vez. Podría perder la cabeza, ponerme en posición fetal y empezar a balancearme delante de todo el instituto.

—Veo que has pensado mucho en esto.

—No me estás ayudando —protesto.

—A ver qué te parece esto: no puedes controlar cómo reaccionará ella, pero sí puedes controlar lo que haces tú. Así que sé tú mismo. Hazlo lo mejor que puedas y confía en que funcione.

—Te pago cuarenta dólares por hora y ¿lo mejor que puedes decirme es «sé tú mismo»?

—Los que me pagan son tus padres, listillo.

—Cierto —contesto, porque es verdad. Le pagan ellos.

Así que, cinco días enteros después de mi conversación con Trey, cinco días en los que centro toda mi atención en todas las muñecas rusas y en recuperar la amistad de Kit; cinco días en los que reflexiono sobre qué significa que yo sea yo mismo (aunque no estoy seguro de que la expresión se use mucho en la primera persona), me siento preparado para pasar a la acción.

La primera parte de mi plan es la comida. A fin de cuentas, nos conocimos en mi mesa a la hora de comer.

*Kit*

El lunes siguiente, cuando llego a casa, encuentro una neverita junto a la puerta con mi nombre escrito en la tapa. Dentro hay una fiambarrera enorme de pollo tikka masala casero y arroz blanco. También hay una nota, pero sin nada escrito. Solo tres bocetos idénticos de mí en los que estoy más triste y más guapa que en la vida real. Por supuesto, sé de inmediato que los ha hecho David, pero tardo un minuto en notar las diferencias entre los tres.

En el primero, las pecas de mi pecho tienen su forma real. Casi un círculo, pero no perfecto.

En el segundo, David las ha dispuesto con la forma del número pi.

En el tercero forman el símbolo del infinito.

Cuelgo a mis tres yos en el interior de la puerta de mi armario, en fila. Mis rostros dibujados quedan de cara a la ropa colgada. Un lugar donde solo yo podré verlos. Yo, transformada en arte.

Esa noche, mi madre y yo cenamos la comida que ha preparado David en la encimera de la cocina. Nos sentamos en nuestros taburetes vecinos, con el peso de la verdad acurrucado en el espacio que nos separa. Poco a poco en esta casa nos estamos acostumbrando a la honestidad, aceptando las mil formas diferentes en las que te desabrocha la piel y te hace vulnerable. Intentamos abrirnos a la terrorífica posibilidad de que nos comprendan y

también a lo contrario, que da mucho más miedo. Nos abrimos a la terrorífica posibilidad de que no nos comprendan en absoluto.

El pollo está delicioso. Está casi tan bueno como el que hace mi abuela y muchísimo mejor que el de Curryland.

El martes, cuando abro mi taquilla, me encuentro un libro gordo y polvoriento. Es una vieja edición del DSM. Hay un pólit enorme con una flecha que señala la sección titulada «Síndrome de Asperger».

*Estoy bastante seguro de que tengo síndrome de Asperger. Este DSM es viejo (el nuevo integra mi diagnóstico en los trastornos del espectro autista). Creo que te dirá mucho sobre por qué soy como soy (y por qué me comporté como me comporté), aunque no puedo usar el rollo «aspi» como excusa. Es más una explicación que una excusa.*

*Se dice que, si alguna vez has conocido a una persona autista, entonces... has conocido a una persona autista.*

*Y tú me conociste a mí.*

*Solo a mí.*

*No a un diagnóstico.*

*Sé que te hice año. Me olvidé de pensar primero en ti. No me metí en tu piel, como dice la expresión. (Aunque, si me permites un inciso, me parece que meterse en la piel de alguien es bastante asqueroso, además de moralmente inaceptable. Solo puedo aceptar esa idea como algo metafórico.)*

*Para que lo sepas, eres lo único en lo que pienso.*

*P. D. Te recomiendo que cambies la combinación de tu taquilla por una cuestión de seguridad, pero no lo hagas hasta la semana que viene. Adiviné tu contraseña en el quinto intento.*

El miércoles, en clase, caen tres entradas para un partido de baloncesto de Princeton de mi portátil, junto a otra nota y otro dibujo. Esta vez estoy sentada en las gradas en un partido lleno de gente, al lado de Annie y Violet. No estoy triste. Sonrío y hay algo especial en la forma en que ha dibujado mi pelo. Lo llevo suelto sobre los hombros y cae como una cascada perfecta. De algún modo, hace que parezca liberada.

*Esto es porque me dijiste que te encantaba ir a los partidos. Y luego yo soy el raro. (Eso era una broma, por cierto, aunque no estoy seguro de si ya tengo permiso para bromear contigo. Probablemente no, porque no nos hemos hablado desde el Incidente del McCormick's. Y ese es mi nuevo objetivo vital, por cierto. Volver a tener permiso, algún día, para hacerte reír otra vez.)*

El jueves encuentro un bonsái en mi buzón.

*Me dijiste que a tu padre le encantaban esta clase de árboles. Pensé/esperaba que quizá a ti también.*

El viernes, al abrir mi taquilla, encuentro un nuevo boceto pegado dentro con celo. Es un dibujo de dos números, el 137 y el 139, pero parecen personas. El 139 lleva una mochila como la de David y su nuevo pelo corto. El 137 lleva un bolso como el mío y viste una camisa de hombre idéntica a la de mi padre. Los dos números caminan por la calle Clancy cogidos de la mano.

*Solo quería que supieras que estos son mis números preferidos y mis números primos gemelos preferidos: el 137 y el 139.*

*Y, como son mis favoritos, he querido regalártelos.*

*137 y 139.*

*Ahora son tuyos.*

*Por favor, cuídalos bien.*

El sábado, cuando miro mi bandeja de entrada, veo un correo de David con el asunto: «Esto me da esperanza...». Me enlaza a un artículo sobre un científico ruso que ha creado dos copos de nieve idénticos en un laboratorio. Sonríe como una boba mirando la pantalla.

El domingo, David deja una vieja radio de emergencias en el porche de casa.

*Para que siempre podamos oír la frecuencia del otro. Es evidente que yo necesito una de estas más que tú, pero no creí que comprarme una respetase el espíritu de esta disculpa en varios pasos.*

El lunes, después de la última clase, Annie me para de camino a mi

coche. Me tiemblan las manos, como me pasa siempre antes de sentarme en el asiento del conductor, pero ahora no intento disimularlo.

—David me ha pedido que te dé esto —dice, y me da un pedazo de papel que parece arrancado de su libreta. La miro con una pregunta en los ojos: «¿Qué debo hacer?». Ella se encoge de hombros—. Antes no importaba lo que yo pensase de David. Tampoco debería importar ahora —responde, dándome un golpecito en el hombro como para animarme.

Desdoble el papel.

~~KIT LOWELL: altura: 1,62 metros. Peso: aproximadamente 57 kilos. Pelo castaño ondulado. Lo lleva recogido en una coleta los días que hay examen, los días de lluvia y casi todos los lunes. La piel es amarillada, porque su padre —que es dentista— es blanco y su madre es india (del sudeste asiático, no nativa americana). Puesto en la clasificación de notas de alumnos del curso: 14. Actividades extraescolares: periódico del instituto, club de francés, organización de eventos del consejo de alumnos.~~

Ya lo había leído antes, cuando sus palabras llegaron a internet desde su libreta robada, pero ahora está tachado con una gran «X» y encima ha escrito, con letras mayúsculas:

MI CHICA PREFERIDA DEL MUNDO.

¿SEGUIRÁ SIENDO MI AMIGA?

Por favor, encuéntrate conmigo en las gradas después de clase. Por favor. Y lo siento. Lo siento más de lo que nunca nadie lo ha sentido en la historia de la gente que lo siente. Voy a pedírtelo por favor una última vez, para que me dé buena suerte, aunque no creo en la suerte. Creo en la ciencia. Lo siento. Otra vez.



*David*

Espero en las gradas, exactamente en el mismo lugar de aquel primer día, cuando para mí Kit solo era Kit Lowell, una entrada en una libreta y alguien que había clasificado con recelo en la lista de «Personas Dignas de Confianza». Unos pocos «Encuentros Relevantes». Nada más. Ahora me doy cuenta de que, además de Esmía, es la única amiga que he tenido nunca. Si no viene, se me romperá el corazón. No de forma literal, claro. Mi corazón no dejará de latir. O eso creo. Pero me dolerá de forma literal y figurada.

Cierro los ojos y recuerdo nuestro primer beso. Cuando alargó un brazo y me cogió de la nuca. Siento que ha pasado mucho más tiempo que catorce días. El tiempo ha cambiado de forma desde que conocí a Kit. ¿Es el amor una fuerza tan poderosa como para distorsionar el continuo espacio-tiempo? ¿Pesan sus ondas y sus partículas lo mismo que algo como la conciencia? Me escribo una nota mental para luego pensar en las implicaciones de aplicar la teoría cuántica al amor o, al menos, a sus aproximaciones químicas y hormonales. Podría ser una tesis satisfactoria para mi futuro doctorado.

No va a venir. Es obvio que esta última semana resultará haber sido solo una infructuosa serie de actos de desesperación. Observo a mis compañeros de clase salir del instituto en grupos de dos o de tres, formaciones tan orgánicas que me intimidan. Átomos en moléculas.

Yo estoy solo, como de costumbre.

Los auriculares son como un canto de sirena que se oye desde mi mochila. Me obligo a dejarlos donde están. Soportaré todo el ruido que hay a mi alrededor, dejaré que me sature el cerebro. Oigo la campana a lo lejos, el rugido de los motores. La ansiedad que me retumba por todo el cuerpo.

Era una pequeña posibilidad y he perdido. Kit no necesita más amigos. Sin duda, no necesita amigos como yo.

Dirijo mi atención a la remota posibilidad de que Trey tenga razón. De que algún día no necesitaré a Kit, de que encontraré una forma de llenar mi vida con otras personas. De que hay más chicas en el mundo y quizá una de ellas también será perfecta para mí. Pero, por supuesto, todas las estadísticas apuntan a que Kit es una excepción. A que esto jamás volverá a suceder.

Cierro los ojos. Ya no puedo resistirlo más.

Me pongo los auriculares y empiezo a recitar el número pi en voz baja.

—¿David?

Tras 134 dígitos, levanto la vista y veo a Kit delante de mí, con el mismo aspecto de siempre. No tengo que reajustarme a una nueva iteración. Eso, al menos, es un alivio. No sonrío.

El cielo está bajo y cubierto de nubes grises. Si esto fuese una novela, lo describirían como un presagio.

—Hola —la saludo, y me quito los auriculares. Me acabo de dar cuenta de que, por desgracia, estoy muy poco preparado para este momento. Debería haberme escrito un discurso o haber hecho un dibujo. O, por lo menos, debería haber pensado en lo que quería decir. Ahora entiendo que nunca creí que Kit vendría—. ¿Quieres sentarte?

Ella asiente, se deja caer en el banco a mi lado y levanta una mano para protegerse del inexistente sol. Nos quedamos sentados en silencio unos

minutos.

—¿Y bien? —pregunta—. Tú me has pedido que viniera.

—¿Alguna vez piensas en que tu nombre no encaja contigo? O sea, suelo pensar en ti como Kit, pero en realidad creo que tu nombre debería llevar una «z», porque me resultas confusa, eres zigzagueada y siempre apareces en los lugares más insospechados, como en mi mesa a la hora de comer o en estas gradas. Pensaba que no vendrías. Y también el número ocho, porque... Da igual. Y también la letra «s». Porque es mi preferida. Así que Z8S-139 o 139-Z8S. A veces pienso en ti de ese modo. En mi cabeza —digo contento de que al menos salgan palabras de mi boca. Estoy demasiado nervioso para evaluar si son o no las correctas.

—No sé si puedo hacer esto —contesta Kit.

Sigo hablando.

—Y mi nombre tampoco encaja conmigo. ¿David, en serio? ¿Sabías que hay aproximadamente 3.786.417 Davides en Estados Unidos? Mis padres no podrían haber acertado menos conmigo. Debería llamarme... eh... No sé cómo. Alguna palabra que contuviera la «y».

—Te aseguro que no tengo ni idea de qué estás diciendo.

—Lo que intento decir (no muy bien, supongo) es que cada uno de nosotros cuenta con la forma en la que el mundo nos mira y tú fuiste la primera persona en este instituto, quizá la primera persona en el mundo, con la excepción de mi familia directa, que me miró y vio algo más que el niño raro que aleteaba y que aquí todo el mundo conoce como David o, en su defecto, Caramierda. Escuchaste lo que tenía que decir. Y no soy capaz de expresar lo mucho que lo valoro. Fue el equivalente a que me dieran un nombre mejor.

Ella asiente y me pregunto si se pondrá de pie, se marchará y habremos terminado. No como amigos, pero tampoco como enemigos. Me digo que

debería contarle como una victoria.

—Pero... ¿Es que no vamos a hablar de lo que pasó? El otro día no fuiste raro en el buen sentido, ni raro en plan encantador. Fuiste cruel. Me hiciste daño —me reprocha Kit—. Y me da igual cómo te llames. Deja de cambiar de tema.

—No habíamos empezado con el tema... —Kit suspira, así que me aclaro la garganta y vuelvo a empezar—: Tienes razón. Lo siento mucho, muchísimo. Puedo intentar explicarte lo que pasó, es decir, lo que pasó con mi cerebro, porque espero que sepas que yo nunca, nunca jamás sería cruel a propósito, y mucho menos contigo. Eres mi persona preferida. Lo que me pasó se llama hiperconcentración y solo pensaba en eso, en el detalle, en la respuesta, y no en lo que significaba en realidad. ¿Tiene sentido lo que digo?

Kit se encoge de hombros, un gesto que está en mi Diccionario Pictórico de Gestos Ambiguos mental, así que no sé qué hacer. No sé si debería seguir hablando o callarme.

—Lo siento. Y espero que puedas perdonarme —continúo, y me vuelvo para mirarla. No a la clavícula, ni a la mandíbula ni al brazo izquierdo: la miro directamente a los ojos, que es donde más cuesta.

—No sé, supongo —responde Kit, pero es la primera en apartar la vista—. Pero eso no significa que de repente volvamos a ser mejores amigos ni nada por el estilo.

—¿Éramos mejores amigos? —pregunto. Por supuesto, ella es la mía, excepto por Esmía, que es de mi familia y por lo tanto no cuenta. Sin embargo, nunca pensé que yo sería el suyo.

—Es que... Sé que fui yo la te pidió que empezases con el Proyecto Accidente. Lo sé. Y eso estuvo fatal. Y sé que no te conté la verdad o, al menos, no toda la verdad, pero tú le gritaste al mundo entero mi mayor secreto, lo peor que me ha pasado en la vida, lo peor que me pasará nunca, o

eso espero. Como si no fuese nada. Como si mis sentimientos te importasen una mierda.

—Lo siento. No solo por gritar o por lo inapropiado que fuera. A veces hago estupideces como esa. Lo siento por todo, por supuesto, pero lo que más siento es que te pasara lo que te pasó, y no te lo había dicho en voz alta. No es justo. Que tú condujeras ese coche, la crueldad inexplicable de esa mala suerte... Es la única cosa en el mundo que se me ocurre que no se puede explicar con matemáticas o con teoría cuántica. ¿Ves? No suelo usar palabras como «mala suerte» y aun así hay cosas que escapan tanto a nuestro control que la ciencia todavía no ha inventado una etiqueta para ellas. Y son un asco. Y no te lo mereces. El accidente no fue culpa tuya, incluso las matemáticas dicen que...

—Vale, vale —me interrumpe, como si acabase de tomar una decisión, como si mi algoritmo de la culpa no le interesara. Aunque, como es obvio, no tengo ni idea de cuál es esa decisión ni de si tiene algo que ver conmigo.

—No podrías haber frenado. No había nada que pudieras hacer —insisto, pensando que es el último regalo que puedo hacerle, aunque ella no esté segura de querer escucharlo. Después de esto, me rindo. No habrá más comida ni dibujos. Solo yo.

—Pues claro que podría haber frenado. Podría haber movido más rápido el pie. Tuvo que haber un momento clave, eso es lo único que quería saber. El cuándo. Para poder mirarlo desde otra perspectiva, aunque fuese solo en mi mente —dice con los ojos fijos en el horizonte. Sigo su mirada, pero no sé qué contempla. Supongo que todo Mapleview.

—No, de verdad que no. Si hubieses frenado habría sido mucho peor. Habría muerto también otra persona, Kit. Había un Mini detrás de ti, así que, si hubieses parado de repente, a ese coche lo habrían aplastado por dos lados a la vez. Los dos coches se habrían llevado el golpe. Te puedo enseñar el modelo y la simulación que hice si quieres.

—Mejor no —contesta—. A ver, te lo agradezco, pero hay cosas que no... Es que... No puedo.

—No fue culpa tuya. Ni matemática ni legalmente. No había nada que pudieras hacer. Así que, en lugar de intentar ver cómo pasa desde otra perspectiva, ¿por qué no intentas dejar de darle vueltas a lo que pasó y ya está?

Me mira con una expresión que no sé interpretar.

—No la conocí. A la mujer que conducía el Mini. Ni siquiera sé cómo se llama.

—Le salvaste la vida —digo.

—Puede —contesta, y asiente, pero vuelve a ser como el agua. Su sonrisa es resbaladiza y empieza a caerse de su rostro—. Gracias otra vez. Ha sido muy amable de tu parte.

—Le salvaste la vida —repito, porque no creo que haya notado lo seguro que estoy. Que esto es un hecho.

—¿De verdad lo crees? —pregunta.

—No lo creo, lo sé. Las matemáticas no mienten.

—Pero la gente sí —repite ella—. Todo el tiempo.

—Yo no.

—No, tú no —contesta. Su sonrisa se hace un poco más firme.

—Entonces, ¿volvemos a ser amigos?

—Claro.

—No tenemos por qué comer en la misma mesa; parecías feliz sentada con Annie y Violet. Pero estaría muy bien que charlásemos de vez en cuando. En el instituto, en algún otro momento.

—Claro que podemos charlar —accede, y siento que se me llena el estómago de alivio. No lo he perdido todo.

—Solo para tenerlo claro, doy por hecho que no nos besaremos más, ¿no? —pregunto. Ella se ríe, una carcajada fuerte y repentina, y me siento tan bien como la primera vez que la hice reír. Cuando se trata de la risa de Kit, mi intencionalidad me importa bien poco.

—Ya veremos.

—Entonces..., entonces... ¿puede que sí?

Me da un codazo suave y amistoso, creo, y se lo devuelvo. Me lo tomo como un amable: «No, gracias».

—Vale. ¿Qué hay de cogernos de la mano? ¿Eso lo podemos hacer? —pregunto.

—¿David?

—Vale. Ya me callo. Nos podemos quedar aquí sentados en silencio.

—Eso es buena idea.

—De acuerdo —contesto.

—Gracias —dice ella.

40

*Kit*

David y yo estamos sentados en las gradas. Ante nosotros, todo Mapleview se extiende como el menú de un restaurante, y estamos en esa hora del crepúsculo invernal en la que todo se vuelve del mismo color, de un gris difuminado. El aire es tan denso que tengo la sensación de que podría cortarlo y servirlo como un pedazo de tarta. Nuestra pequeña ciudad parece todavía más pequeña desde aquí arriba.

Dejo que sus palabras se asienten en mi conciencia. La idea de que no podría haber cambiado ni una sola cosa. Al parecer, podemos presentar las matemáticas como prueba y también una maqueta que tiene en su ordenador. Todavía no sé cómo nada de esto me hace sentir, si cambiará las cosas o no. Quizá no lo haga. Quizá para mí solo exista el tiempo y no el alivio.

Estoy segura de que David tiene teorías cuánticas que explicarme al respecto: el descubrimiento de nuestros yo futuros, la existencia de universos alternativos, cómo curarse a nivel molecular... Pero yo no. Creo que todo es mucho más sencillo. Mi padre tenía razón: ni te imaginas los golpes bajos que te puede dar la vida. Y no nos queda más que elegir entre crecer y marchitarnos. Perdonar o pudrirnos. Yo voy a elegir crecer y perdonar, tanto por mí como por mi madre. Ella se merece la misma gentileza.

Miro a David y él me mira a mí, me sonrío y entonces sonrío yo también.



Volvemos a mirar al horizonte. Por alguna razón, pienso en esos tres retratos que ahora están colgados en mi armario. En mi pecho, tatuado de pecosas posibilidades: el número pi y el infinito. Uno abierto, otro cerrado y ambos para siempre. Pensarlo me hace sentir más liviana, más entera. Más grande, de algún modo.

—¿139-Z8S? —pregunto—. ¿En serio?

—O, si lo prefieres, te puedo llamar: Z8S-139. O acortarlo a Z8.

—Me lo pensaré —contesto. Y, ahora que lo miro, me doy cuenta de que tiene razón. No tiene cara de David, ni un poquito—. Entonces, ¿cómo debería llamarte yo? —Se encoge de hombros, de esa forma tan artificial suya y que hoy me parece adorable—. Ya pensaré en algo —añado.

—¿Y pensarás un poco más en lo de besarnos? —pregunta, y yo me echo a reír otra vez e, imitando su gesto, me encojo de hombros. Si supiera lo mucho que he pensado en besarnos...

—¿Reconsiderarás lo de cogernos de las manos? —pregunta.

En lugar de responder, muevo el brazo de forma que queda al lado del suyo, alineados, costura contra costura. Alarga su dedo meñique, lo entrelaza con el mío y un cálido escalofrío se me extiende por todo el brazo.

Nos quedamos así un minuto, con los meñiques entrelazados, como en las promesas que se hacen los niños. Parece la más pequeña de las promesas.

Y entonces le cojo la mano entera y entrelazo todos sus dedos con los míos.

Una promesa un poco más grande. O, quizá, una petición: «Por favor, forma parte de mi tribu».

En realidad es muy sencillo. Por una vez las cosas no son tan complicadas. Ahora mismo, en este lugar, solo estamos nosotros, juntos, sin más. Palma de la mano contra palma de la mano.

El gesto más honesto.

Una forma de seguir adelante.

Quizá la mejor.

## Agradecimientos

Aunque sea mi nombre el que aparece en la portada de este libro, la verdad es que hace falta un pueblo entero para escribir una novela. Así que, si esta no te ha gustado, aquí encontrarás a todas las personas que puedes culpar. Es una broma. Todos los errores son míos y todo el mérito suyo.

En primer lugar, gracias a Beverly Horowitz, mi editora, que me instó a seguir trabajando, editando y remendando para, al final, hacerlo mejor; he conocido a alguien tan perfeccionista como yo y me siento muy agradecida. Tengo una enorme deuda de gratitud con mi agente, Jenn Joel, una de las personas más inteligentes y agudas que conozco; soy muy afortunada por tenerte en mi equipo. Mi eterno agradecimiento para Elaine Koster, a quien echo mucho de menos.

Muchas gracias y un gran abrazo a toda la gente maravillosa de Random House Children's Books: Jillian Vandall (la mejor publicista que se puede pedir), Kim Lauber, Hannah Black, Dominique Cimina, Casey Ward, Alissa Nigro, John Adamo, Nicole Morano, Rebecca Gudelis, Colleen Fellingham y la fantástica Laura Antonacci. Quiero mencionar también al equipo de derechos internacionales de ICM, a Sharon Green y a la Fiction Writers Co-op, el mejor lugar para una charla cibernética. Un abrazo de oso para Julia Johnson y una mención a Kathleen Caldwell y A Great Good Place for Books, que es indiscutiblemente la mejor librería indie del mundo.

Investigué muchísimo para escribir este libro. Si te interesa aprender más

sobre el espectro autista o quieres saber cómo ser de ayuda, por favor, mándame un correo electrónico a través de mi página web y estaré encantada de compartir contigo mi bibliografía para que tengas por dónde empezar. Yo todavía estoy aprendiendo. Espero que me acompañes.

A los lectores que estáis ahí, los que hacéis que sea posible que me dedique a escribir libros: sois mi tribu preferida. No sé cómo daros las gracias por permitirme que todos los días haga aquello con lo que antes solo soñaba despierta. Gracias por los correos, por las cartas, los tuits, las publicaciones en vuestros blogs, las fotos, por venir a saludar cuando estoy de gira y por todo vuestro apoyo. Sois los mejores y os lo agradeceré eternamente.

Y, por último, gracias a mis fantásticos amigos y familia. A mi padre y a Lena, por hacer que toda la gente que habéis conocido en vuestra vida venga a mis eventos. A mi hermano, por animarme siempre. A Mammaji, por todo el cuidado infantil y por asegurarse de que los detalles sobre la familia de Kit fuesen exactos. Al resto del clan Flore, por dejar que entrara a formar parte de la familia. A mi madre y mi abuela, de quienes me gusta pensar que, si los físicos cuánticos tienen razón, siguen vivas en el alma de estas páginas. Y, por último, gracias a Indy, Elili y Luca, que llenan de amor y de significado mi día a día. Soy la chica más afortunada del multiverso.

## **Dos jóvenes aparentemente opuestos y con crisis vitales muy distintas encuentran una conexión inesperada justo cuando más la necesitan.**



Kit le pide a David que le ayude a investigar las causas del trágico accidente de coche en el que muere su padre. Pero ninguno de ellos es consciente de lo que encontrarán. ¿Será su amistad lo suficientemente fuerte para sobrevivir a la verdad?

A veces, una nueva perspectiva es todo lo que se necesita para darle sentido al mundo.

**Julie Buxbaum** es una escritora estadounidense que ha conseguido llegar a lo más alto de las listas de ventas de *The New York Times* con sus novelas de género romántico.

Su exitosa novela juvenil *Postdata: ¿quién eres?* se publicó en Montena en 2016 y sus obras se han traducido a más de veinte idiomas y triunfan en medio mundo.

Título original: *What to Say Next*

Edición en formato digital: junio de 2019

© 2017, Julio R. Buxbaum Inc.

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Elena Macia Masip, por la traducción

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17773-14-4

Composición digital: [leerendigital.com](http://leerendigital.com)

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial





megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](https://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

La teoría imperfecta del amor

1. David

2. Kit

3. David

4. Kit

5. David

6. Kit

7. David

8. Kit

9. David

10. Kit

11. David

12. Kit

13. David

14. Kit

15. David

16. Kit

17. David

18. Kit

19. David

20. Kit

21. David

22. Kit

23. David

24. Kit

25. David

26. Kit

27. David

28. Kit

29. David

30. Kit

31. David

32. Kit

33. David

34. Kit

35. David

36. Kit

37. David

38. Kit

39. David

40. Kit

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Julie Buxbaum

Créditos